



Cargado de misterios  
y sorpresas.  
Sumamente agradable  
*TIME OUT*

**LA ESPANTOSA  
INTIMIDAD DE  
MAXWELL SIM**

**JONATHAN C** Lectulandia

Tiene cuarenta y ocho años y es un antihéroe muy contemporáneo, un perdedor tranquilo que ha perdido el gusto por las relaciones humanas, con setenta y cuatro amigos en Facebook y nadie con quien hablar: Maxwell Sim. Caroline, su esposa, lo ha dejado hace seis meses y se ha llevado a su hija con ella. Y un día Maxwell tiene una oscura iluminación: está terrible, absolutamente solo. En un intento por salir de su depresión, acepta un raro trabajo: llevar a las islas Shetland la buena nueva de unos cepillos de dientes revolucionarios. Pero el viaje de Max será un sinuoso camino de reencuentros y de inesperados descubrimientos, con la aparición de cartas, diarios y manuscritos que reescribirán su propia vida.

**Lectulandia**

Jonathan Coe

**La espantosa intimidación de Maxwell  
Sim**

ePub r1.2

Titivillus 28.10.15

Título original: *The Terrible Privacy of Maxwell Sim*

Jonathan Coe, 2011

Traducción: Javier Lacruz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

El hombre es una palanca cuya longitud y potencia definitivas debe decidir él mismo.

DONALD CROWHURST, citado en  
*El extraño último viaje de Donald Crowhurst*,  
de NICHOLAS TOMALIN y RON HALL

La geografía ya da igual porque nada está cerca ni lejos, la envoltura monetaria que recubre el globo ha destruido la geografía de las distancias.

ALASDAIR GRAY, 1982, *Janine*

Un día me moriré, y en mi tumba pondrá: «Aquí yace Reginald Iolanthe Perrin, no sabía los nombres de las flores ni de los árboles, pero sabía las ventas de las crumbles de ruibarbo en Schleswig-Holstein.»

DAVID NOBBS, *Caída y auge de Reginald Perrin*

Mediante las palabras, nos ofrece sus vergonzosas confesiones. Mediante las palabras, nos brinda su espantosa intimidad.

JAMES WOOD, en un artículo sobre  
Toni Morrison en *The Guardian*, 18 de abril de 1992



## Hallado un vendedor desnudo en su coche

La policía de Grampian que patrullaba el tramo de la A93 bloqueado por la nieve, entre Braemar y Spittal of Glenshee, el jueves por la noche, encontró un coche aparentemente abandonado en el arcén de la carretera, justo debajo del Glenshee Ski Centre.

Al inspeccionarlo de cerca comprobaron que el conductor, en estado de inconsciencia, seguía dentro del coche. La ropa de este hombre de mediana edad, que estaba casi desnudo, se hallaba esparcida por el interior del vehículo. En el asiento del copiloto, a su lado, había dos botellas de whisky vacías.

El misterio se acrecentó cuando los agentes examinaron el maletero del coche y descubrieron dos cajas de cartón que contenían más de 400 cepillos de dientes, así como una enorme bolsa de basura negra con postales del Lejano Oriente.

El hombre sufría una grave hipotermia, y fue trasladado al Royal Hospital de Aberdeen en ambulancia aérea. Más tarde se le identificó como Maxwell Sim, de cuarenta y ocho años de edad, de Watford, Inglaterra.

El señor Sim resultó ser un vendedor contratado en régimen de autónomo por Cepillos de Dientes Guest, de Reading, una firma especializada en productos ecológicos de higiene bucal. La compañía se había declarado en quiebra esa misma mañana.

El señor Sim se ha recuperado totalmente, y parece ser que ha regresado a su casa de Watford. La policía aún no ha confirmado si lo denunciará por conducir ebrio.

*La Gaceta de Aberdeenshire*  
Lunes, 9 de marzo de 2009

Sidney-Watford

Al ver a la mujer china y a su hija jugando a las cartas en la mesa del restaurante, con el agua y las luces de la bahía de Sidney brillando detrás, me puse a pensar en Stuart y en la razón por la que había dejado de conducir.

Iba a decir «mi amigo Stuart», pero supongo que ya no es amigo mío. Por lo visto he perdido unos cuantos amigos estos últimos años. Eso no quiere decir que haya roto con ellos en plan dramático. Simplemente hemos decidido no seguir en contacto. Y así ha sido la cosa: una decisión, una decisión consciente, porque hoy en día no es difícil mantenerse en contacto con la gente, hay muchas maneras diferentes de hacerlo. Pero imagino que, a medida que vas envejeciendo, ciertas amistades empiezan a parecerte cada vez más superfluas. Resulta que te preguntas: «¿Dónde está la gracia?». Y entonces paras.

De todos modos, vamos con Stuart y lo de no conducir. Tuvo que dejarlo por culpa de los ataques de pánico. Era un buen conductor, un conductor prudente y responsable, y nunca se había visto envuelto en ningún accidente. Pero de vez en cuando, al ponerse detrás del volante de un coche, sufría esos ataques de pánico, y al cabo de un tiempo empezaron a empeorar, y también a darle con mayor frecuencia. Recuerdo cuando me habló por primera vez de todo eso: era la hora de comer y estábamos en el bar de los grandes almacenes de Ealing, donde trabajamos juntos durante un año o dos. Aunque no creo que le escuchara con mucha atención, porque Caroline estaba sentada en la misma mesa y las cosas entre ella y yo empezaban a ponerse interesantes, así que lo último que me apetecía oír era a Stuart hablando de su neurosis conductora. Debe de ser por eso por lo que nunca volví a pensar realmente en ello hasta unos años más tarde, en el restaurante de la bahía de Sidney, cuando me vino todo a la cabeza. Su problema, que yo recuerde, era el siguiente. Mientras que la mayoría de la gente, cuando contempla las idas y venidas de los coches por una carretera concurrida, ve una red de tráfico normal que funciona como es debido, Stuart solo era capaz de verlas como una serie interminable de accidentes evitados por los pelos. Veía que los coches pasaban a toda velocidad unos junto a otros, a muy poca distancia (una y otra vez, cada pocos segundos, sin parar a lo largo del día). «Todos esos coches», me decía, «que no acaban chocando de puro milagro... ¿La gente cómo lo aguanta?». Al final ya no podía soportar aquel espectáculo, y tuvo que dejar de conducir.

¿Pero por qué me vino esa conversación a la cabeza precisamente esa noche? Era el 14 de febrero de 2009. El segundo sábado de febrero; San Valentín, por si no se habían dado cuenta. El agua y las luces de la bahía de Sidney brillaban detrás de mí, y estaba cenando solo porque mi padre, por una serie de extrañas razones, se había negado a salir conmigo, a pesar de que era mi última noche en Australia, y de que el único motivo por el que yo había ido a Australia, para empezar, era verlo y tratar de



retomar mi relación con él. En ese momento, de hecho, seguramente me estaba sintiendo más solo que nunca en mi vida, y lo que de verdad me hizo acordarme de mi país fue el ver a la mujer china jugando a las cartas con su hija en la mesa del restaurante. Parecían muy felices juntas. Tenían mucha complicidad. No hablaban mucho, y cuando hablaban era del juego de cartas, o esa impresión me daba, aunque eso no tiene importancia. Lo importante eran sus miradas, sus sonrisas, que no pararan de reírse y de inclinarse la una hacia la otra. Comparado con ellas, parecía que ninguno de los comensales de las otras mesas se lo estaba pasando bien. Cierto que también hablaban y se reían. Pero no estaban completamente *absortos* los unos en los otros, como la mujer china y su hija. Había una pareja sentada delante de mí que tenía toda la pinta de haber salido a celebrar San Valentín: él no paraba de mirar el reloj, y ella de ver si le había llegado algún mensaje al móvil. A mi espalda, tenía a una familia de cuatro personas: los dos niños pequeños se dedicaban a jugar con sus consolas Nintendo, y la mujer y el marido llevaban diez minutos sin cruzar palabra. A la izquierda, tapándome un poco la vista del puerto, había un grupo de seis amigos: dos estaban enzarzados en una gran discusión que había empezado como una conversación sobre el calentamiento global, y que ahora tenía más que ver con la economía; ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder, y los otros cuatro estaban allí sentados, aburridos y callados, mirándoles. Una pareja mayor a mi derecha había decidido sentarse del mismo lado de la mesa, en vez de uno a cada lado, para poder contemplar los dos la vista en lugar de hablar. No es que nada de eso me deprimiera exactamente. Incluso habría dicho que toda esa gente volvería a casa pensando que había pasado una noche muy agradable. Pero a quienes envidiaba de verdad era a la mujer china y a su hija. Estaba claro que tenían algo precioso: algo que yo deseaba con todas mis fuerzas. Algo que quería que compartieran conmigo.

¿Pero cómo podía estar seguro de que era china? Es que no podía. Pero a mí me parecía china. Tenía el pelo largo y negro, un poco revuelto y descuidado; una cara delgada, de pómulos prominentes (lo siento, no soy muy bueno describiendo a las personas); un carmín rojo chillón, que le daba un toque raro; y una sonrisa encantadora, de labios un poco apretados, pero aún más radiante por eso mismo, curiosamente. Llevaba una ropa cara, con una especie de chal negro de gasa (tampoco soy muy bueno describiendo ropa, ¿se mueren de ganas de leer las siguientes cuatrocientas páginas?) sujeto con un enorme broche dorado. Así que tenía dinero. Era elegante, esa sería una buena palabra para describirla. Muy elegante. Su hija, de unos ocho o nueve años, también iba bien vestida y también tenía el pelo negro (no es que haya muchas chinas rubias, la verdad). Tenía una risa bonita: empezaba como una risa gutural y luego se convertía en una serie de risitas en cascada que al final se diluían como un arroyo que cae por una ladera en una serie de charcas. (Como las que solíamos ver mamá y yo siempre que me llevaba de paseo por las Lickey Hills, hace muchísimos años, por detrás del pub The Rose and Crown, al borde del campo de golf municipal. Supongo que eso era lo que me recordaba su risa, y quizás esa sea

otra de las razones por las que la niña china y su madre me impresionaron tanto aquella noche). No sé qué es lo que la haría reírse tanto: algo relacionado con el juego de cartas; no se trataba de un juego completamente tonto e infantil como el *snap*, pero tampoco parecía un juego muy serio de adultos. A lo mejor estaban jugando al *knock-out whist* o algo así. Fuera lo que fuera, hacía que la niñita se riera; y su madre le seguía la corriente, la provocaba, se unía a ella, deslizándose sobre las olas de aquella risa. La verdad es que daba gusto verlas, pero tenía que dosificar mis miradas, para que no se dieran cuenta de que las observaba y la mujer china decidiera que yo era una especie de perverso. Me había pillado un par de veces mirándola, y me había sostenido la mirada unos segundos, pero tampoco demasiados. No se podía interpretar ese gesto como una invitación, porque enseguida apartaba la mirada y empezaba a charlar y a reírse otra vez con su hija, reconstruyendo rápidamente aquel muro de intimidad, aquella pantalla protectora.

Me habría gustado mandarle un mensaje a Stuart en aquel momento, pero ya no tenía el número de su móvil. Me habría gustado escribirle para decirle que ahora ya entendía lo que había intentado explicarme sobre los coches. Los coches son como las personas. Andamos dando vueltas por ahí todos los días, vamos a toda prisa de un lado para otro, estamos siempre a punto de tocarnos pero en realidad tenemos poco contacto. Todas esas aproximaciones... Todas esas posibilidades... Es horrible si te paras a pensarlo. Casi mejor no pensar en ello.

¿Recuerdan dónde estaban el día que murió John Smith? Supongo que la mayoría de la gente no. De hecho, supongo que mucha gente ni siquiera se acuerda de quién era John Smith. Claro que ha habido un montón de John Smiths a lo largo del tiempo, pero el que yo digo fue el líder del Partido Laborista Inglés que se murió de un infarto en 1994. Ya sé que su muerte no tuvo la repercusión mundial de la de JFK o la princesa Diana, pero yo aún recuerdo perfectamente dónde estaba. Estaba en el bar de aquellos grandes almacenes de Ealing, comiendo con Stuart y otros dos o tres tíos, incluido un tal Dave que era un auténtico coñazo. Trabajaba en la sección de electrodomésticos, y era el típico tío al que no puedo soportar. Gritón y aburrido y demasiado seguro de sí mismo. Y sentada en la mesa de al lado ella solita, había una chica encantadora de unos veintipocos años, con el pelo castaño claro que le llegaba hasta los hombros; parecía que estaba muy sola y que no pintaba nada allí, y no dejaba de mirar en nuestra dirección. Como iba a descubrir muy pronto, se llamaba Caroline.

Yo solo llevaba trabajando en aquellos grandes almacenes un par de meses. Antes me había pasado dos o tres años como viajante de juguetes de una empresa que tenía su base en St. Albans. En cierta forma, era un trabajo bastante agradable. Me hice muy amigo del otro representante que tenían en el sudeste, Trevor Paige, y nos divertimos mucho juntos esos dos o tres años, pero nunca me gustó tanto viajar como

a él, y la novedad de todos aquellos viajes me duró muy poco. Así que me puse a buscar algo que no me obligara a viajar. Acababa de pagar la entrada de una bonita casa adosada en Watford (que quedaba cerca de la de Trevor, por cierto) y estaba muy pendiente de cualquier otro trabajo que pudiera salirme. Los grandes almacenes de Ealing habían sido siempre una de mis visitas fijas, y también me había preocupado de hacerme amiguete de Stuart, que llevaba la sección de juguetes. Siempre hay algo artificial, supongo, en las amistades que se hacen por cuestiones de negocios, pero Stuart y yo acabamos llevándonos realmente bien, y al cabo de un tiempo trataba de que Ealing fuese mi última visita del día, para poder salir a tomar una copa juntos después de nuestras reuniones de trabajo. Y entonces una noche Stuart me llamó a casa, pero no en horario laboral, y me contó que lo habían ascendido y le habían dado un puesto administrativo en la oficina de arriba, y me dijo que por qué no intentaba ocupar el suyo en la sección de juguetes. La verdad es que al principio tuve mis dudas, pensando en cómo iba a reaccionar Trevor; pero al final se lo tomó bien. Sabía que era precisamente lo que yo andaba buscando. Así que un par de meses después estaba trabajando en Ealing a jornada completa, y comiendo todos los días en el bar con Stuart y sus colegas, y entonces fue cuando empecé a fijarme en aquella chica encantadora de veintipocos años con el pelo castaño, que por lo visto siempre comía sola en la mesa de al lado.

En este momento me parece que hace tanto tiempo de todo eso... En aquella época todo parecía posible. Cualquier cosa. Me pregunto si alguna vez volveré a tener esa sensación.

Mejor no seguir por ahí.

Vamos con la muerte de John Smith. Éramos un grupo de tíos ese día en el bar, y estábamos sentados comiendo en una de las mesas de formica, a principios del verano de 1994. Pero no me pregunten si llovía o hacía sol, porque en aquel sitio tan oscuro era imposible imaginar qué tiempo podía hacer fuera. Comíamos en una especie de penumbra permanente. Sin embargo, lo que tuvo de especial ese día fue que Dave, aquel tío tan pelma de Electrodomésticos al que no podía soportar, le había dicho a Caroline que se sentara con nosotros. Estaba claro que quería ligársela, pero daba pena verlo porque no paraba de meter la pata. Como no consiguió impresionarla con una descripción de su coche deportivo y del equipo estéreo ultramoderno de su lujoso pisito de soltero en Hammersmith, se puso a hablar de la muerte de John Smith (que habían anunciado en la radio esa mañana) y empezó a usarla como excusa de una serie de chistes malos sobre ataques al corazón. Cosas de este tipo: por lo visto, después del primer infarto de Smith a finales de los ochenta, los médicos habían conseguido revivir su corazón pero su cerebro no, así que no era de extrañar que le hubieran nombrado presidente del Partido Laborista... La reacción de Caroline ante aquel intento de hacer gracia fue insistir en el silencio despectivo que había mantenido durante toda la comida, y aparte de unas cuantas risotadas sin muchas ganas nadie hizo ningún comentario, hasta que me escuché decir a mí mismo (un

poco para mi sorpresa): «Eso no tiene ni pizca de gracia, Dave. Es que ni pizca». En ese momento la mayor parte de los tíos ya habían acabado de comer y enseguida empezaron a levantarse y a irse, pero Caroline y yo no; ninguno de los dos dijo nada, pero decidimos quedarnos allí y entretenernos con nuestros flanes, como por una especie de acuerdo tácito. Así que durante un par de minutos nos quedamos allí sentados en un silencio incómodo, y como a la expectativa, hasta que yo hice un tímido comentario sobre que la sensibilidad no era el punto fuerte de Dave, y entonces, por primera vez, Caroline habló.

Y en ese mismo instante, creo, me enamoré de ella. Fue su voz, ¿comprenden? Me había esperado una voz supersofisticada a juego con su aspecto, pero en cambio resultó tener aquel acento de Lancaster tan marcado y sensato. Me cogió tan de sorpresa (me cautivó tanto) que al principio me olvidé de escuchar lo que me estaba diciendo realmente, y simplemente me dejé seducir por su voz, casi como si me estuviera hablando con algún meloso acento extranjero. Pero rápidamente, y antes de hacerle una impresión desastrosa, recuperé el control y empecé a concentrarme, y me di cuenta de que me estaba preguntando por qué no me había reído yo también con los chistes. Quería saber si había sido porque era simpatizante del Partido Laborista, y le contesté que no, que no tenía nada que ver con eso. Le dije que no me parecía bien hacer bromas sobre alguien que acababa de morir, sobre todo porque Smith siempre me había parecido un tipo decente y dejaba mujer e hijos. Caroline estaba de acuerdo conmigo, pero por lo visto también sentía su muerte por una razón distinta: pensaba que la política inglesa estaba pasando por muy mal momento, y decía que John Smith habría ganado probablemente las próximas elecciones y podría haber terminado siendo un gran primer ministro.

Bueno, tengo que admitir que esa no era la clase de conversación que solía escucharse en el bar de aquellos grandes almacenes, por no decir la clase de conversación en la que yo suelo participar. Nunca me ha interesado mucho la política. (De hecho, ni siquiera voté en las dos últimas elecciones, a pesar de que voté a Tony Blair en 1997, principalmente porque pensé que eso era lo que Caroline quería que hiciera). Y cuando descubrí, como hice enseguida, que Caroline solo se tomaba su empleo en la sección Premamá de los almacenes como un trabajo temporal mientras empezaba a escribir su primera novela, aún me sentí más perdido. Casi nunca leo novelas, y jamás se me ha pasado por la cabeza ponerme a escribir una. Pero, en cierta forma, aquello avivó mi curiosidad. No podía hacerme una idea clara de Caroline, ¿comprenden? Después de pasarme todos aquellos años en la carretera haciéndole visitas imprevistas a la gente y tratando de venderle cosas, estaba bastante orgulloso de mi habilidad para tomarle la medida a cualquiera y decidir, en cuestión de segundos, de qué iba. Pero no había conocido a muchas personas como Caroline. No había ido a la universidad (ella era licenciada en Historia por la Universidad de Manchester) y había pasado la mayor parte de mi vida de adulto en compañía masculina. Ejecutivos, además; la clase de gente que nunca dejaba entrever

demasiadas cosas de sí misma cuando hablaba, y que solía dar por sentado el *statu quo*. Comparada con ellos, Caroline era una auténtica desconocida para mí. Ni siquiera podía imaginarme qué era lo que la había llevado hasta allí.

Me lo explicó la primera vez que salimos juntos, y resultó ser una historia muy triste. Estábamos en una Spaghetti House (una de mis cadenas favoritas en aquella época, aunque ya casi no se ve ninguna), y mientras Caroline picoteaba con el tenedor sus tallarines a la carbonara me contó que, cuando estaba en la universidad en Manchester, se había enrollado a tope con un tío que estudiaba el mismo curso que ella, pero de Filología Inglesa. Entonces él había conseguido un trabajo en Londres, en una productora de televisión, y los dos se habían trasladado a un piso en Ealing. La verdadera vocación de Caroline era escribir libros (novelas y relatos), así que se tomaba aquel trabajo en los grandes almacenes como una cosa temporal, a la vez que intentaba seguir escribiendo por las noches y los fines de semana. Mientras, su novio se lió con otra chica a la que había conocido en la productora y se enamoró locamente de ella, así que a los quince días dejó a Caroline y se largó, y ella se quedó completamente sola, viviendo en un sitio donde no tenía amigos y haciendo un trabajo que no le interesaba nada.

Bueno, ahora ya ha quedado la cosa clara, ¿no? Hay una palabra que describe perfectamente cómo se encontraba Caroline en aquel momento: *rebotada*. Yo le gustaba porque la trataba bien, y porque la había pillado en un mal momento, y porque seguramente no era tan bruto y tan insensible como los otros tíos del bar. Pero, visto desde ahora, es evidente que no tenía nada que ver con ella. En cierto modo es increíble que durásemos tanto juntos. De todas maneras, uno no puede adivinar el futuro. Ya me cuesta imaginarme a una pareja unas semanas después del inicio de la relación, imagínense después de quince años... Pero en esa época éramos jóvenes e ingenuos, y al final de aquella noche en la Spaghetti House, cuando le pregunté si le apetecía hacer una excursión en coche por el campo aquel fin de semana, ninguno de los dos tenía la más remota idea de adónde nos llevaría aquello, y lo único que recuerdo ahora es aquel brillo de agradecimiento en su mirada y que me contestó que sí.

Hace quince años... ¿Quince años son mucho tiempo o poco tiempo? Supongo que todo es relativo. Si los comparas con la historia de la humanidad, quince años son un pestañeo, pero también me da la sensación de que he recorrido un camino muy largo, un camino increíblemente largo, desde la esperanza y la emoción de aquella primera vez en la Spaghetti House hasta esa noche de hace unos meses, el 14 de febrero de 2009, cuando (con cuarenta y ocho años) estaba sentado allí solo en un restaurante de Australia, con el agua y las luces de la bahía de Sidney brillando detrás, y sin poder parar de mirar a aquella mujer china tan guapa que estaba jugando a las cartas con su hija en aquella mesa. Caroline ya se había ido de casa. Quiero decir que se había

largado. Llevaba fuera seis meses, y se había llevado a nuestra hija Lucy con ella. Se habían ido a vivir al norte, a Kendal, en la región de los lagos. ¿Qué fue lo que la apartó de mí definitivamente? Pues una frustración acumulada durante mucho tiempo, supongo. Aparte del nacimiento de Lucy, parecía que los últimos quince años no le habían traído a Caroline ninguna de las cosas que ella esperaba. No había podido escribir su gran novela. Ni siquiera había conseguido terminar un relato corto, que yo supiese. La llegada de Lucy había acabado con todo aquello. Al fin y al cabo, ser madre es agotador. Pero yo no acababa de ver por qué el estar casada conmigo le impedía escribir algo, si eso era lo que realmente quería hacer. Aunque hay otra cosa: en el fondo, puede que a Caroline (por mucho que me cueste reconocerlo) le diera un poco de vergüenza tener un marido como yo. O más bien, un marido con un trabajo como el mío. A esas alturas me había pasado a uno de los grandes almacenes más importantes y con más prestigio de Londres, donde trabajaba en el servicio posventa de atención al cliente. Era un empleo estupendo, bajo mi punto de vista. Pero tal vez hubiera una parte de ella que creía que el marido de una aspirante a escritora debía hacer algo más..., no sé, ¿artístico? ¿Intelectual? Pensarán que podríamos haber hablado de estas cosas, pero lo más triste de nuestro matrimonio, durante los últimos años, había sido una falta de comunicación casi total. Parecía que habíamos perdido la capacidad de comunicarnos, a no ser por las peleas a gritos acompañadas de intercambios de insultos y del lanzamiento de objetos domésticos. No voy a entrar en detalles, pero recuerdo uno de nuestros encontronazos, a raíz de la última discusión, o quizás de la penúltima. Habíamos empezado a discutir sobre si usar una esponja de aluminio o una esponja normal para limpiar la superficie de acero inoxidable de nuestra cocina, y antes de que pasara medio minuto yo ya estaba diciéndole a Caroline que estaba claro que ya no me quería. Y cuando me lo negó, le dije: «A veces hasta pienso que no te gusto». ¿Y saben lo que me respondió? «¿Cómo va a gustarle a alguien un hombre que ni siquiera se gusta a sí mismo?».

Pues si iba a dedicarse a hablar en clave, nunca íbamos a llegar a ninguna parte.

La mujer china y su hija se quedaron mucho tiempo en el restaurante. Teniendo en cuenta lo pequeña que era la hija, resultaba bastante sorprendente que siguieran allí sobre las diez y media. Habían terminado de comer hacía siglos, y lo único que las retenía allí era el juego de cartas. La mayoría de las mesas estaban vacías, y mí también me tocaría enseguida volver al piso de papá. Teníamos que hablar de algunas cosas antes de que yo cogiera el vuelo a casa la tarde siguiente. Pero necesitaba hacer pis antes de irme, así que me levanté de la mesa y fui hasta el servicio de caballeros del sótano.

No me gusta mear de pie. No me pregunten por qué. Que yo sepa, no tuve ningún trauma cuando era pequeño porque me molestaran en unos servicios públicos o algo así. De hecho, no me gusta mear de pie ni siquiera cuando no hay nadie en el

servicio, no vaya a ser que entre alguien cuando esté a medias y me corte la meada como si fuera un grifo, y luego tenga que salir de allí todo cabreado por la frustración y el apuro, con la vejiga medio llena. Así que me senté en una de las cabinas (después de los preparativos habituales, como limpiar la tapa y esas cosas) y entonces fue cuando de verdad me pegó fuerte. La soledad, quiero decir. Estaba sentado bajo tierra, en una especie de cajita a no sé cuántos miles de kilómetros de casa. Si de repente me daba un ataque al corazón sentado en aquel váter, ¿qué iba a ser de mí? Seguramente, algún empleado del restaurante me encontraría justo antes de que cerraran. Llamarían a la policía y mirarían mi pasaporte y mis tarjetas de crédito, y de alguna manera, supongo, utilizando alguna base de datos internacional, averiguarían mi relación con papá y con Caroline, y los llamarían por teléfono para decírselo. ¿Cómo se lo tomaría Caroline? Al principio se disgustaría bastante, pero tampoco demasiado, creo. Ya no jugaba un papel especialmente importante en su vida. Lucy lo llevaría peor, claro, pero también se iba alejando poco a poco de mí; ya hacía más de un mes que no sabía nada de ella. ¿Y quién más había? Bueno, puede que a algunos amigos o compañeros de trabajo les diera algo así como pena un momento, aunque tampoco nada del otro jueves. Chris, mi viejo amigo del colegio, tal vez sintiera como una especie de arrepentimiento porque nos hubiéramos distanciado y lleváramos tanto tiempo sin vernos... Trevor Paige sí que lo sentiría de verdad. Y Janice, su mujer, también. Pero mi fallecimiento tampoco tendría mucha más repercusión que esa. Una cuenta de Facebook inactiva... ¿Pero alguno de mis amigos de Facebook se iba a fijar en eso? Lo dudo. Estaba solo en el mundo, terriblemente solo. Al día siguiente cogía un vuelo a casa, y en realidad lo único que me esperaba a mi llegada era un piso en el que prácticamente no vivía, lleno de muebles de Ikea, y las facturas, informes del banco y anuncios de pizza móvil que se hubieran acumulado esas tres semanas. Y ahora estaba sentado allí solo en una cajita de madera, bajo tierra, en el sótano de un restaurante pegado a la bahía de Sidney, y arriba, a unos metros por encima de mí, había dos personas que (por muy solas que estuvieran en el mundo en otros terrenos) al menos se tenían la una a la otra; al menos estaban unidas la una a la otra, con una fuerza y una intensidad que era evidente para cualquiera que se tomara la molestia de mirarlas un poco. Y yo las envidiaba locamente por eso. Solo de pensarlo, sentí una necesidad repentina y apabullante de conocer a aquella mujer china tan guapa y a aquella hija igual de guapa que se querían tanto. La perspectiva de salir de aquel restaurante sin que me hubieran conocido (sin que fuesen conscientes, de alguna manera, de mi existencia) me parecía insoportable.

Y lo curioso del caso era que, cuanto más vueltas le daba, más me parecía que no había razón para no intentarlo. En realidad, ¿por qué estaba dudando tanto? Se suponía que esas cosas se me daban bien. Antes de que Caroline y Lucy se largaran, dejándome totalmente tirado y haciendo que me convirtiera en una especie de ermitaño involuntario, había hecho toda una carrera gracias a mi habilidad para entenderme con la gente. En definitiva, ¿qué se creen que hace un empleado del



servicio posventa de atención al cliente? Prácticamente, en eso consiste su trabajo. Yo podía ser encantador cuando quería. Sabía cómo hacer que una mujer se sintiera cómoda. Sabía que la cortesía, la buena educación y un tono de voz amigable solían desarmar incluso al desconocido más receloso.

Así que esa noche (por primera vez desde que Caroline me hubiese plantado, seis meses antes) tomé por fin una decisión: una decisión muy firme. Sin molestarme siquiera en pensar lo que iba a decir, salí de la cabina, me lavé las manos a toda prisa y subí las escaleras rápidamente, muy decidido. Respiraba muy fuerte y estaba muy tenso de los nervios que tenía, pero también tenía una sensación de alivio y de libertad.

Pero la mujer china y su hija habían pagado la cuenta y se habían ido.

Mi padre estaba durmiendo cuando volví del restaurante, así que tuvimos que esperar hasta la mañana siguiente, en el desayuno, para reanudar nuestra discusión sobre su piso de Lichfield.

La verdad es que «discusión» es una palabra demasiado fuerte para el tipo de enfrentamientos que tengo con mi padre. También lo es «enfrentamientos», ya puestos. Mi padre y yo jamás nos hemos alzado la voz, ni nos hemos insultado; simplemente nos replegamos en un silencio herido, un silencio que en determinadas ocasiones ha llegado a durar varios años. Ese método siempre nos ha funcionado, más o menos, aunque ya sé que otras personas lo encuentran bastante raro. Caroline, por ejemplo, no paraba de sacarme el tema: «¿Por qué tu padre y tú nunca habláis como es debido?», solía preguntarme. «¿Cuándo fue la última vez que hablaste de verdad con él?». Yo le recordaba que para ella era muy fácil decirlo. No sabía qué hombre tan difícil era mi padre. De hecho, prácticamente no lo conocía, porque solo se habían visto una vez; la vez que llevamos a Lucy a Australia cuando tenía un par de años. (Mi padre no había querido volver a Inglaterra para la boda, ni por el nacimiento de su única nieta). Da la casualidad de que tanto él como Caroline son aspirantes a escritores (aunque la forma de expresión preferida de mi padre siempre ha sido la poesía, ¡qué les parece!), así que ella tenía la esperanza de que ese interés en común les facilitaría la relación, pero hasta ella tuvo que admitir a los pocos días que él no era una persona nada fácil de entender ni de tratar. De todas maneras, que mi relación con mi padre fuera tan mala siguió siendo un punto de fricción entre Caroline y yo durante los años siguientes. Yo era hijo único, y mi madre se había muerto cuando yo tenía veinticuatro años, así que en realidad él era el único familiar de verdad que tenía. Y cuando Caroline por fin me plantó, su regalo de despedida (si se puede llamarlo así) fue ese viaje a Australia, que pagó sin decirme nada. La primera noticia que tuve de él fue un e-mail de Expedia un día justo antes de navidades, donde me recordaban que pidiera una visa turista por internet. Caroline me había hecho una reserva en un vuelo que saldría de Heathrow exactamente seis meses después de que ella se fuera, pensando quizás que yo no estaría preparado para hacer aquel viaje hasta ese momento, y que tampoco cabía esperar que yo saliese más pronto del pozo de depresión al que sabía que me condenaba. En ese sentido, sus cálculos (el término me parece bastante adecuado) fueron exactos. Lo cual quiere decir, supongo, que después de tantos años me conocía de sobra.

Bueno, Caroline, una idea estupenda: animar a tu marido abandonado mandándolo a que pase tres semanas con un padre del que está distanciado, a ver si se hablan otra vez. El problema es que para obrar un milagro como ese hacen falta un poco de buena voluntad y un billete de avión *low cost*. A la mañana siguiente, mientras tomábamos nuestro último desayuno juntos casi en silencio, me di cuenta de

que mi padre y yo estábamos más distantes que nunca. Si la mujer china y su hija ocupaban un extremo de la escala de la complicidad humana, nosotros ocupábamos exactamente el contrario. Visto desde ahora, había ciertas cosas que hubieran podido unirnos. El hecho de que nuestras parejas tuviesen la costumbre de dejarnos plantados, por ejemplo. Desde que se había ido a vivir a Australia hacía más de veinte años, mi padre había mantenido varias relaciones sin mucho entusiasmo. Yo solo había conocido a una de aquellas mujeres, aunque ya hacía cinco o seis años que lo había dejado. Desde entonces había estado viviendo con una farmacéutica jubilada en las afueras de Mosman, pero acababan de romper unas semanas antes, y no le había quedado más remedio que buscarse otro piso, que de momento tenía poca decoración y pocos muebles. Así que podríamos haber hablado de ese tipo de cosas, pero no fue el caso. En lugar de eso, retomamos el tema de su piso de Lichfield. Se había comprado ese piso a mediados de los ochenta, poco antes de la muerte de mamá (movido por el impulso tácito, imagino, de volver a su ciudad de nacimiento), y yo siempre había dado por supuesto que lo había vendido antes de marcharse a Australia. Pero, por lo visto, no. Por lo visto llevaba veinte años allí vacío. Ya sé que muchos hijos se habrían enfadado con su padre al enterarse de que había permitido que una propiedad familiar potencialmente valiosa llevara veinte años vacía, cada vez más descuidada. Pero lo único que dije fue: «Me parece un desperdicio». Y lo único que dijo él fue: «Sí, tendría que hacer algo con eso». Luego me preguntó si me importaría ir y echarle un vistazo al piso cuando volviera a Inglaterra. Creí que quería que me encargara de ponerlo en venta, y me puse a explicarle que no era un buen momento para intentar vender una casa en Inglaterra, la escasez de créditos empezaba a notarse, había mucha gente que estaba perdiendo su puesto de trabajo y sus ahorros, todo el mundo se encontraba en una situación de inseguridad financiera, y los precios de las casas no paraban de bajar todos los meses. A lo que mi padre me respondió que no tenía intención de vender el piso. Dijo que solo quería que fuese hasta allí a coger una carpeta de anillas azul de una estantería, con las palabras «Dos Duetos» escritas en el lomo, y que luego se la mandase. Le pregunté qué tenía de especial aquella carpeta azul, y me dijo que contenía algunos poemas «importantes» y otros escritos, y que la necesitaba porque la única copia la había tirado su anterior pareja (la farmacéutica de Mosman) hacía unas semanas cuando habían roto. También me dijo que debería leerla antes de mandársela porque, entre otras cosas, explicaba cómo había venido yo al mundo; y entonces se embarcó en una digresión muy larga y bastante extraña sobre que yo nunca habría nacido si dos pubs de Londres que se llamaban ambos El Sol Naciente no hubieran quedado muy cerca el uno del otro a finales de los cincuenta. Una vez más, seguramente otros hijos habrían presionado a su padre sobre el tema, pero supongo que yo me limité a pensar «Dios mío, ya está papá otra vez divagando y saliéndose por la tangente»; y en vez de eso, le pregunté dónde estaba la carpeta y de qué color era exactamente. Así que tuvimos oportunidad de ponernos a explorar una desviación supuestamente interesante de nuestra historia

en común, pero en lugar de eso acabamos discutiendo sobre artículos de escritorio. Vamos, lo habitual... Y al final me metí en el cuarto de invitados a hacer las maletas.

En el taxi camino del aeropuerto no fui pensando en mi padre, sino que me puse a pensar en la mujer china y en su hija, y en qué pena me daba que se hubieran ido del restaurante antes de que yo pudiera hablar con ellas. También es cierto que no estaba todo perdido, porque cuando subí me las había arreglado para acorralar al camarero, que me había contado algo sobre ellas, algo que probablemente me sería útil. No sabía quiénes eran ni de dónde habían salido, pero sí sabía una cosa: que iban al restaurante el segundo sábado de cada mes, sin fallar uno solo, y que siempre estaban solas; nunca las acompañaba un hombre. Y por alguna razón (aunque ya sé que parece una estupidez) esas dos cosas me consolaron bastante. Puede que aquel restaurante quedase a quince mil kilómetros de donde yo vivía, pero hoy en día el mundo es un pañuelo, y cada vez más pequeño; y por lo menos sabía que, cuando me apeteciera, siempre podría coger un avión y volar hasta Sidney y acercarme hasta el restaurante el segundo sábado de cualquier mes, y allí estarían, jugando a las cartas y riéndose. Esperándome. (Ya sé que parece bastante extravagante, pero así era como empezaba a imaginármelo). Y además estarían solas. No había nadie más, ningún rival de sus atenciones. Yo ya lo había adivinado, en realidad, por cómo se trataban entre ellas. No había espacio para otra persona en aquella relación. La presencia de un hombre la habría contaminado. A no ser, claro, que el hombre resultara ser yo.

Así que estaba dejando que mi imaginación se echase a volar. Me estaba entregando a mis fantasías. Pero tal vez eso fuese una buena señal. Llevaba seis meses sin apenas hablar con nadie. Había estado de baja casi todo ese tiempo, y me había pasado la mayor parte solo y en casa, tirado en la cama, y a veces delante de la televisión o del ordenador. No me apetecía nada tener contacto con otras personas. La humanidad (ya se habrán dado cuenta) siempre ha sido muy ingeniosa a la hora de inventar formas de evitar que la gente hable con los demás, y yo había aprovechado muy bien las más recientes. Prefería mandar un sms que hablar con alguien por teléfono. Y en vez de quedar con mis amigos, me dedicaba a redactar actualizaciones alegres e irónicas de mi estatus en Facebook, para demostrarles a todos la vida tan ajetreada que llevaba. Y, por lo visto, a la gente le gustaban, porque ya tenía más de setenta amigos en Facebook: la mayoría de ellos, absolutos desconocidos. Pero parecía que el contacto real cara a cara, de vamos-a-tomar-un-café-y-a-ponernos-al-día, se me había olvidado completamente. Por lo menos hasta que la mujer china y su hija me lo habían recordado. Puede que suene raro, pero su cercanía, su intimidad, había sido la primera cosa en seis meses que me había dado cierta esperanza. Me había hecho sentir incluso que mi suerte podía estar a punto de cambiar.

Y entonces, al día siguiente en el aeropuerto, sucedió algo que me dio exactamente la misma sensación. Estaba haciendo cola para facturar el equipaje, con

la esperanza de que me tocara en un mostrador en concreto, atendido por una mujer con pinta de amable, una morena de ojos color avellana y sonrisa espontánea. Quería que me atendiera ella porque parecía la típica persona que te podría (solo podría) ofrecer un asiento mejor si se lo pedías con la suficiente amabilidad. En cualquier caso, no me tocó ella. En vez de eso, me las vi con un tipo canoso, demasiado moreno de piel, más o menos de mi edad o incluso mayor, que no tenía el menor interés en charlar y rara vez levantaba la vista de su trabajo para mirar a los pasajeros. Estaba claro que no tenía nada que hacer con aquel tío. Pero no pude evitar intentarlo, de todos modos.

—¿El avión va lleno? —me escuché decir.

—Completamente —me contestó.

—¿No hay forma de conseguir un asiento mejor, entonces? —dije yo.

Y él gruñó riéndose:

—Si me dieran un dólar por cada persona que me pregunta eso...

—Se lo preguntan mucho, ¿no?

—Todo el rato, compañero. Todo el rato.

—Entonces, ¿cómo decide?

—¿Qué? —dijo, levantando la vista.

—¿Cómo decide a quién le da un asiento mejor, y a quién no?

—Supongo —dijo, mirándome directamente con ojo crítico antes de volver a bajar la vista— que tiene que gustarme la pinta de quien me haga esa pregunta.

No dijo nada más, y yo me quedé mudo. Y hasta que acabé de facturar el equipaje y vi que mi maleta se perdía en el olvido y me alejé unos metros del mostrador, no se me ocurrió comprobar mis dos tarjetas de embarque (una para cada vuelo del viaje), ni tampoco me di cuenta de que me había dado un asiento mejor, en una clase llamada algo así como Turista especial. Volví la vista hacia el tipo para mostrarle mi agradecimiento. Estaba ocupado con el siguiente pasajero, pero le dio tiempo a echarme una mirada. Su cara seguía sin expresión (o más bien tenía una expresión poco amable), y sin embargo me guiñó un ojo antes de volver a fijar la vista en la pantalla del ordenador que tenía delante.

Dos horas después, sobre las cuatro y media de la tarde, hora de Sidney, estaba pegándole un sorbo a mi copa de champán, esperando el despegue, y recreándome en los placeres del viaje que me aguardaba.

Tenía un asiento en el pasillo; había otro asiento junto al mío, un asiento de ventanilla, vacío en ese momento. Los asientos eran amplios y mullidos, y tenía mucho sitio para las piernas. Sentí una especie de estremecimiento sensual de placer al pensar en las atenciones con las que podía contar. Trece horas hasta Singapur, que incluirían cena, unas cuantas copas más de champán para bajarla, más de quinientas películas y shows de televisión a elegir en la consola de entretenimiento del respaldo

de delante, y tal vez una siestecita en algún momento del vuelo. Luego, un par de horas de transbordo en el aeropuerto de Singapur, otro avión distinto, un whisky largo, unas pastillas para dormir, y me quedaría frito hasta que llegásemos a Heathrow a la mañana siguiente. Mejor imposible.

Por lo menos, así debería haber sido la cosa. Pero, como ya dije, el problema era que ver a la mujer china con su hija había renovado inesperadamente mi necesidad de contacto humano. Quería hablar con alguien. Me moría de ganas.

Conque no es de extrañar que, cuando un ejecutivo pálido con sobrepeso y un traje gris claro se escurrió por delante de mí con un rapidísimo gesto de disculpa para acomodarse en el asiento de ventanilla pegado al mío, sintiese una necesidad imperiosa de entablar conversación con él. Una necesidad equivocada, debo decir. Si mi experiencia en ventas me ha enseñado algo a lo largo de los años, es a interpretar la expresión de la cara de la gente; así que estaba bastante claro que aquel desconocido distante y con pinta de agotado no tenía mayor interés en hablar conmigo, y hubiese preferido con diferencia que lo dejaran en paz con sus periódicos y su portátil. Supongo que en realidad me di cuenta perfectamente, pero decidí apostar a hacer como si nada.

Al ejecutivo le llevó un par de minutos colocarse bien en su asiento y ponerse cómodo. Cuando ya estaba sentado, se percató de que se había dejado el ordenador en una bolsa en el compartimento de arriba, de modo que tuvo que levantarse otra vez y, jadeando un poco, pegar unos cuantos tirones y cambiar unas cuantas cosas de sitio, antes de que los dos volviéramos a ocupar nuestros asientos. Luego abrió el portátil de golpe y se puso a teclear como loco casi en el acto. A los cinco minutos más o menos dejó de teclear, le echó un vistazo rápido a las palabras del monitor, apretó un último botón con gesto decidido, casi teatral, y después suspiró y se recostó en su asiento, jadeando un poco mientras el ordenador se apagaba. Volvió la cabeza hacia mí, sin mirarme de verdad, pero aquel gesto me bastó. Lo interpreté como que me estaba dando pie a iniciar una conversación, a pesar de que no lo hubiera hecho con esa intención.

—¿Listo? —le dije.

Me miró sin verme; era evidente que no esperaba que le dirigiera la palabra. Por un momento pensé que no iba a decir nada, pero entonces se las apañó para contestar:

—Ajá.

—¿Los correos de última hora? —me aventuré a decir.

—Sí.

El acento parecía australiano, aunque era difícil decirlo solo por las palabras «ajá» y «sí».

—¿Sabe lo que me encanta de los aviones? —le pregunté sin desanimarme—. Es el último sitio que nos queda donde somos totalmente inaccesibles. Totalmente libres. Nadie puede llamarte por teléfono o mandarte un sms a un avión. Cuando ya estás en el aire, nadie te puede mandar un correo electrónico. Aunque solo sea por unas horas,

te libras de todo eso.

—Cierto —dijo el hombre—, pero no por mucho tiempo. Ya hay algunas compañías en las que puedes mandar e-mails y usar internet en tu propio ordenador. Y se habla de dejar que los pasajeros usen sus móviles. Y yo encantado, la verdad. Lo que le gusta a usted de volar es exactamente lo que yo detesto. Es perder el tiempo. Perder el tiempo completamente.

—Qué va —le dije—. Solo significa que, si quieres comunicarte con alguien durante el vuelo, tienes que hacerlo directamente. Hablando, por ejemplo... Es una oportunidad de conocer gente. Gente nueva.

Me miró de refilón mientras decía eso. Algo en su mirada me dio a entender que podría desaprovechar la oportunidad de llegar a conocerme sin arrepentirse demasiado. Pero la negativa que yo estaba esperando no se produjo. En vez de eso, me tendió la mano y me dijo secamente:

—Me llamo Charles. Charles Hayward. Pero los amigos me llaman Charlie.

—Maxwell —le respondí—. Max, para abreviar. Maxwell Sim. Sim como el actor. —Siempre digo eso cuando me presento, pero normalmente, a no ser que esté hablando con alguien inglés de cierta edad, la referencia se les escapa y tengo que añadir—: O como una tarjeta SIM.

—Encantado de conocerle, Max —dijo Charlie; luego cogió su periódico, apartó la vista de mí, y se puso a leer, empezando por las páginas de economía.

Pues eso no le iba a funcionar. No puedes ir sentado al lado de alguien trece horas e ignorarlo completamente, ¿verdad? De hecho, no solo trece horas, sino veinticuatro; porque por la tarjeta de embarque que tenía sobre la mesita vi que a Charlie y a mí también nos habían dado asientos contiguos en la segunda parte del viaje. No sería humano ir allí sentado en silencio todo el rato. Estaba bastante seguro, de todas formas, de que si me esforzaba lo suficiente conseguiría sonsacarle. Ahora que ya habíamos intercambiado unas palabras, ya no me parecía tan antipático, solo bastante estresado y agotado. Debía de andar por los cincuenta y tantos; en la cena me contó que había vivido en Brisbane y ahora tenía un puesto de mucha responsabilidad en la sucursal de Sidney de una multinacional que empezaba a tener dificultades económicas. (Supongo que esa sería la razón por la que no iba en Business Class). Se dirigía a Londres para hablar de la crisis con algunos de los otros veteranos de la empresa; no me especificó cuáles eran las dificultades económicas, claro (¿por qué iba a contárselo a un tipo como yo?), pero por lo visto todo tenía que ver con el apalancamiento financiero. Su empresa había conseguido unos préstamos demasiado financiados, o poco financiados, o algo así. En un determinado momento, cuando estaba tratando de explicármelo, pareció que se entusiasmaba bastante, y pensé que había alguna posibilidad de que se volviera muy charlatán, pero cuando se dio cuenta de que yo no sabía nada de apalancamiento, y que en realidad no sabía nada de cualquier instrumento financiero más complicado que un giro en descubierto o una cuenta de ahorro, por lo visto perdió todo interés en mí, y a partir de ahí fue cada vez



más difícil sacarle más de cuatro palabras. Tampoco ayudó el que hubiera bebido varias copas de champán y varias cervezas con la comida, y que empezase a parecer aún más cansado que antes. El otro problema era que, a medida que se iba poniendo taciturno, a mí me pasaba lo contrario, y (aterrorizado por la posibilidad de que se instalase el silencio entre nosotros) empecé a volverme locuaz, incluso parlanchín, y me puse a hacerle confesiones y confidencias a aquel nuevo conocido que seguro que a él le parecieron un rollo, si no le hicieron sentirse un tanto incómodo.

Todo empezó cuando le dije:

—Qué suerte tienes de vivir en Sidney, ¿no? Qué ciudad más increíble. Es tan distinta a donde yo vivo...

Hice una pausa que él interrumpió por fin con la pregunta obligatoria:

—¿No vives en Londres, entonces?

—No, no es exactamente Londres. Vivo en Watford.

—Ah, en Watford —repitió. Costaba saber si pronunciaba aquella palabra con curiosidad, desdén, simpatía o lo que fuera.

—¿Has estado en Watford?

Negó con la cabeza.

—Creo que no. He estado en algunas ciudades importantes. París, Nueva York, Buenos Aires, Roma, Moscú... Pero en Watford no, no sé por qué.

—Pues Watford tiene muchas cosas interesantes —insistí, con un tono un poco a la defensiva—. Mucha gente no sabe que es la ciudad gemela de Pesaro, una ciudad italiana muy bonita, en la costa del Adriático.

—Seguro que son el matrimonio ideal.

—A veces —continué— me pregunto por qué he acabado viviendo en Watford. En realidad yo soy de Birmingham, ¿sabes? Supongo que será porque hace unos años me salió un trabajo en una fábrica de juguetes de St. Albans y Watford queda muy cerca, como ya sabrás. O a lo mejor no lo sabes. El caso es que están pegadas. La verdad es que resulta la mar de cómodo si por lo que sea tienes que ir de una a otra. Claro que dejé de trabajar para esa compañía poco después de mudarme a Watford; qué irónico, ahora que lo pienso, porque luego empecé a trabajar para unos grandes almacenes de Ealing, que está más lejos de Watford que St. Albans. No *mucho* más lejos, eso sí; solo..., bueno, unos diez o quince minutos si vas en coche. Que es como iba yo, porque está complicado ir de Watford a Ealing en transporte público. Pero que muy complicado, en realidad. Aunque desde luego no me arrepiento de haber cogido ese trabajo, el trabajo de Ealing, digo; porque así fue como conocí a Caroline, mi mujer. Bueno, supongo que pronto mi exmujer, porque nos separamos hace unos meses. Digo que nos separamos, pero lo que pasó de verdad fue que me dijo que ya no quería estar conmigo. Y oye, vale, está en su derecho, y hay que respetar esa clase de decisiones, ¿no es cierto?, y ahora ella está..., pues ya te imaginas, muy feliz con nuestra hija Lucy, se han vuelto al norte, y parece que les va bien, porque por alguna extraña razón, no sé por qué, parece que Caroline nunca llevó bien lo de Watford, que

nunca fue feliz del todo allí, lo que es una pena, porque ya sabes que todos los sitios tienen cosas buenas, ¿o no?, aunque tampoco es que por vivir en Watford te levantes cada mañana pensando: «Bueno, puede que la vida sea una mierda, pero mirándolo por el lado bueno, al menos vivo en Watford»; quiero decir que no es que Watford sea unos de esos sitios donde el mero hecho de vivir en ellos ya supone una razón para seguir viviendo, eso sería exagerar un poquito. Watford no es un sitio de esos, pero tiene una biblioteca pública estupenda, por ejemplo, y también está Harlequin, que es un centro comercial nuevo enorme con algunas... tiendas increíbles, increíbles de verdad, y también tenemos... (esto te va a hacer gracia, ahora que lo pienso) —viendo su expresión helada, ya no estaba tan seguro—, bueno..., puede que te haga gracia de todas formas, también tenemos el Walkabout, que es una especie de bar temático enorme, que tiene fuera un letrero grandísimo donde te ofrece «El increíble espíritu de Australia», aunque, ahora que lo pienso, cuando estás dentro nunca te sientes realmente como si estuvieras en Australia, nunca te olvidas *realmente* de que estás en Watford, si hay que ser sincero; pero, bueno, si eres como yo, y te gusta vivir en Watford de todos modos, tampoco pasa nada; quiero decir, alguna gente es feliz simplemente con lo que tiene, ¿no?, y a mí no me parece mal; quiero decir, que nunca me planteé como *objetivo* vivir en Watford, no recuerdo a mi padre sentándome en su regazo y preguntándome: «Hijo, ¿te has parado a pensar alguna vez qué quieres hacer cuando seas mayor?», ni a mí contestándole: «Me da igual, papá, siempre que acabe viviendo en Watford». No recuerdo nada parecido, es cierto, pero para empezar mi padre no era ese tipo de persona, nunca me sentaba en su regazo, que yo recuerde, nunca fue muy sobón ni muy cariñoso ni... nunca estuvo muy *presente* en mi vida de un modo significativo desde que yo tenía... bueno, desde siempre que yo recuerde, supongo; pero, de todas maneras, lo que quiero decir es que solo porque Watford no sea el típico sitio en el que sueñas vivir toda tu vida, eso tampoco lo convierte en el típico sitio del que estás deseando salir; de hecho, tuve una conversación sobre este tema hace unos años con mi amigo Trevor, Trevor Paige, que es uno de mis amigos más antiguos, en realidad; nos conocimos en los noventa, en la época esa en la que yo era representante de esa compañía de juguetes que te contaba antes; él solía encargarse de Essex y de la Costa Este, y yo me encargaba de Londres y los condados de los alrededores, aunque dejé ese trabajo después de un par de años, como ya te he dicho, por los grandes almacenes de Ealing, pero Trevor se quedó, ¿sabes?, y seguimos siendo amigos, sobre todo porque solo vivía a un par de calles de mí en Watford, hasta hace unos dos años, quiero decir, porque hace unos dos años estábamos tomando una copa juntos en el Yates's Wine Lodge del barrio y de repente me suelta: «¿Sabes una cosa, Max? Estoy harto, en serio, estoy hasta los huevos», y yo le dije: «¿Hasta los huevos?, ¿pero hasta los huevos de qué?», y él me contestó: «De Watford», y yo le dije: «¿De Watford?», y él me contestó: «Sí, estoy hasta los mismísimos huevos de Watford, ya llevo viviendo dieciocho años en Watford y, para serte sincero, creo que ya he visto todo lo que Watford puede ofrecer, y no mentiría si

dijera que Watford ya no guarda más placeres ni más sorpresas para mí; es más, incluso diría que, si no salgo pronto de Watford, seguramente me suicidaré o me moriré de aburrimiento o de frustración o algo parecido», lo que me chocó mucho, tengo que decir, porque siempre había pensado que Watford les encantaba a Trevor y a Janice (que es como se llama su mujer, Janice), y de hecho esa era una de las cosas que Trevor y yo siempre habíamos tenido en común, la verdad: el hecho de que los dos tuviéramos debilidad por Watford; y más que debilidad, en realidad lo que le teníamos los dos era mucho *cariño*; la mayoría de nuestros recuerdos y los momentos de amistad más bonitos que habíamos... compartido estaban asociados a Watford, como por ejemplo que nos hubiéramos casado en Watford y que nuestros hijos hubiesen nacido en Watford; y si te soy sincero, pensé que Trevor no sabía lo que decía aquella noche, y que todo era efecto del alcohol; y recuerdo que me dije a mí mismo: «No, Trevor nunca se va a ir de Watford, porque obras son amores y no buenas canciones, o una cosa es predicar y otra dar higos», o como se diga; el caso es que pensé que nunca llegaría a hacerlo, pero, la verdad sea dicha, Trevor tenía más palabra de la que yo creía, y aquello no había sido un farol; quería cortar definitivamente con Watford, y eso fue lo que hizo, y seis meses después él y Janice se fueron a Reading, donde él se consiguió un nuevo trabajo (un trabajo nuevo muy bueno, tal como lo contaba) en una compañía que fabrica cepillos de dientes, o los importa, vamos; creo que los importa del exterior pero los distribuye por toda Inglaterra, y no son unos cepillos normales sino unos cepillos especializados, ya sabes, con unos diseños muy innovadores, y también hilo dental y líquidos para enjuagarse y otra serie de productos para la higiene bucal, que es de hecho un mercado que está creciendo muy... ¿Sí? ¿Qué pasa?

Me había percatado de que alguien me estaba dando unas palmaditas en el hombro. Me di la vuelta y vi que era una de las azafatas.

—Señor —dijo—. Señor, tenemos que hablar un momento con usted sobre su amigo.

—¿Mi amigo?

Al principio no sabía a quién se refería. Luego me di cuenta de que debía de tratarse de Charlie Hayward. Había otra azafata al lado de la primera y un auxiliar de vuelo. No parecían muy contentos. Recordé que había habido cierto revuelo unos minutos antes, cuando una de ellas había venido a llevarse su bandeja, pero yo estaba muy entretenido hablando, y no me había fijado mucho. En cualquier caso, como me comunicaron en ese momento, era imposible saber la hora exacta (por lo menos hasta que encontraran un médico en el avión), pero al parecer llevaba muerto cinco o diez minutos.

De un ataque al corazón, claro. Suele ser de eso.

La compañía lo llevó todo con mucha discreción, debo decir. Una semana después de

que hubiera regresado a casa, me mandaron una carta en la que me daban unos cuantos detalles más, que me consolaron mucho, la verdad, muchísimo. Me explicaban que Charlie Hayward llevaba bastante tiempo teniendo problemas cardiacos (este había sido su tercer infarto, decían, en los últimos diez años), así que tampoco era que la noticia hubiera cogido a su mujer completamente por sorpresa, aunque, por supuesto, estaba destrozada. Tenían dos hijos, los dos de veintitantos años. El cuerpo fue repatriado desde Singapur y luego incinerado en Sidney. Hasta que llegamos a Singapur, eso sí, no les quedó más remedio que dejarlo en el mismo asiento, pegado a mí. Le pusieron una sábana blanca por encima, y me dijeron que podía ir a sentarme con ellos si me apetecía, en unos de los asientos de la tripulación cerca de la cocina, pero les dije que no, gracias, que no pasaba nada. De alguna manera me parecía que habría sido una falta de cortesía, de respeto. Llámenme extravagante si quieren, pero me dio la sensación de que él habría agradecido la compañía.

Pobre Charlie Hayward. Era la primera persona con la que había conseguido hablar de verdad después de haber tomado la decisión de volver a conectar con el mundo. Aunque no parecía un buen comienzo.

De todas formas, pronto me iba a ir mejor.

Fui la última persona en salir del avión cuando aterrizó en Singapur. Mientras levantaban el cuerpo de Charlie y se lo llevaban, me puse en otro sitio, y me quedé allí sentado un rato, después de que los demás pasajeros hubieran salido. Me entró la depresión. Lo tenía muy claro. A esas alturas ya estaba acostumbrado, y sabía reconocerla. Me recordaba una película de terror que había visto una vez en la tele cuando era pequeño. Había un tipo que estaba atrapado en una cámara secreta de un viejo castillo enorme, y el malo de la historia tiraba de una palanca que hacía que el techo de la cámara empezara a bajar poco a poco sobre él. Cada vez más cerca, hasta que amenazaba con aplastarlo. Pues así me sentía yo. Nunca llegaba a aplastarme del todo, claro, pero me quedaba tan cerca que podía sentir su peso sobre mi columna vertebral impidiéndome la libertad de movimientos, paralizándome. Siempre que me pasaba eso, era físicamente incapaz de levantarme durante un tiempo, de ponerme en acción. Tampoco se podría decir exactamente qué era lo que la iba a provocar. Podía ser cualquier cosa. En este caso, supongo que era una especie de recaída; al haberle contado tantas cosas a Charlie, al haberme descargado sin ningún pudor de tantas palabras, una marea de palabras irrumpiendo al fin por las compuertas tras muchos meses de reclusión, meses que aún parecían más largos por tanto silencio, por la falta de contacto humano (quiero decir por un contacto que no fuera a través de la tecnología), tras todo eso y el desastre al que había llevado (indirectamente o como fuera), estaba sufriendo algo parecido a una reacción nerviosa. Era presa de una especie de quietud inamovible, y no tenía ninguna conciencia (pero ninguna) de lo que pasaba a mi alrededor. Al final me di cuenta de que una azafata (creo que incluso era la misma) volvía a sacudirme suavemente por el hombro. «Señor», me estaba diciendo amablemente en voz baja, «señor, le rogamos que salga del avión. El servicio de limpieza está esperando para subir a bordo».

Adormecido, incliné mi cabeza hacia ella sin cruzar palabra, y me puse de pie despacio como si estuviera en trance. Recorrí el pasillo, crucé Business Class y luego salí por el otro pasillo que llevaba a la sala de llegadas. Creo que la azafata fue andando un rato a mi lado. Me dijo algo así como: «¿Se encuentra usted bien, señor? ¿Quiere que le acompañe alguien?», pero la respuesta que le di debió de ser lo bastante tranquilizadora como para que pensara que podía valerme por mis propios medios.

Pasaron unos minutos. No puedo decir exactamente en qué los empleé, pero al cabo de un rato tomé conciencia de que estaba sentado a la mesa de un café, sintiendo un calor agobiante y pegajoso y rodeado de tiendas con los nombres de las marcas globales habituales, por las que deambulaba una multitud de pasajeros con desfase horario y ese aturdimiento tan propio de ellos, los ojos vidriosos mirando sin ver, cada uno desfilando entre estantes y mostradores, revolviendo las cosas expuestas,

con los pasos inconscientes de un sonámbulo. Me quedé mirando el líquido de mi taza de café, y vi que parecía una especie de capuchino. Supuestamente lo había pedido y lo había pagado. Metí el dedo entre mi cuello y el de la camisa para quitarme la mancha de sudor que se había juntado allí. Al hacerlo se me fue la vista hacia una figura en concreto entre la multitud de compradores sonámbulos. Era una mujer joven de unos veinticinco años, y la primera impresión que me dio fue curiosa. No soy una persona especialmente espiritual, pero en lo primero que me fijé de aquella mujer (o eso creí) fue en que llevaba una blusa de muchos colores. De hecho, fue seguramente ese estallido de color que la hacía destacar como un faro resplandeciente lo que primero me llamó la atención y me sacó de golpe de mi último pozo de depresión. Pero en realidad, cuando la vi más de cerca, su ropa me pareció de un color bastante corriente, y lo que yo debía de haber percibido, en cambio, era alguna otra cosa suya que también era llamativa, algo interno, como una especie de aura brillante y luminosa. Aunque eso no tiene mucho sentido, ¿no? Mientras seguía observándola, esa aura fue languideciendo hasta desvanecerse, pero seguía habiendo en ella algo fascinante e irresistible. Para empezar, mientras que la multitud que la rodeaba parecía moverse cada vez más despacio, como en un estado de hipnosis profunda, aquella mujer daba la sensación de tener algún propósito fijo: una sensación bastante vaga, eso sí, por su carácter furtivo. Deambulaba por las entradas de las tiendas, intentando aparentar cierto aire de despreocupación, pero sin poder evitar mirar a su alrededor con tanta frecuencia y tanta cautela que al principio pensé que debía de ser la típica ladrona de tiendas. Aunque, como no acababa de entrar realmente en ninguna tienda, tuve que descartar esa hipótesis. Iba vestida de una forma bastante masculina, con una cazadora vaquera azul que no parecía que le hiciera mucha falta con aquel calor, y llevaba ese pelo tan corto y esa pinta de chavalito que siempre me han resultado tan sexys. (Alison solía llevar esa misma pinta, por ejemplo; Alison Byrne, la hermana de Chris; aunque la última vez que la vi hace quince años, empezaba a dejarse el pelo largo). Supongo que se diría que el pelo de aquella mujer era cobrizo, o rubio cobrizo. Parecía que se había echado henna. De todas formas, lo importante era la cazadora, porque al cabo de un rato empecé a sospechar que a lo mejor solo llevaba aquella cazadora para esconder lo que había debajo. Llegué a esa conclusión después de observarla descaradamente, imagino, un minuto o más, así que ella se fijó en mí y me echó un par de miradas, inquieta y molesta. Avergonzado, aparté la vista, volví a fijarla en mi taza de café ya vacía, y traté de concentrarme en otra cosa; en concreto, un anuncio por el sistema de megafonía: *«Bienvenidos a Singapur. Se recuerda respetuosamente a los pasajeros en tránsito que está prohibido fumar en cualquier lugar del interior del edificio de la terminal. Les agradecemos su colaboración y les deseamos que continúen felizmente el viaje»*. Luego, cuando volví a mirarla, se fijó en mí de nuevo, y esta vez se acercó, abriéndose paso entre las hordas de pasajeros hasta que alcanzó mi mesa y la tuve de pie ante mí.

—¿Es usted policía o algo así? —me preguntó.

Tenía acento inglés. Bastante pijo, pero con ese falso toque barriobajero que a los chicos pijos de hoy en día les encanta darle.

—No —contesté—. No, no soy policía. —Ella no dijo nada en respuesta a eso, se limitó a seguir allí de pie, mirándome con cara de enfado, sin acabar de creérselo—. ¿Por qué ha pensado que soy policía?

—Porque me miraba fijamente.

—Eso es verdad —admití tras un momento de reflexión—. Perdone. Estoy muy cansado, y en medio de un viaje agotador. Así que no ha sido por nada especial.

Se lo pensó antes de decir:

—Vale —en un tono ambiguo—. ¿Y no trabaja... para el aeropuerto ni nada parecido?

—No —le dije—. No trabajo para el aeropuerto.

Ella asintió con la cabeza, aparentemente satisfecha. Y luego, justo antes de irse, añadió:

—Que sepa que no estoy haciendo nada ilegal.

De nuevo, el tono era vacilante, como si no supiera realmente si eso era verdad o no. Intenté tranquilizarla diciéndole:

—Ni se me había pasado por la cabeza. —Intentaba ver qué llevaba oculto debajo de la cazadora, en la que se notaba un abultamiento, pero era imposible saberlo. Estaba a punto de irse otra vez, pero parecía que había algo que la seguía reteniendo. Pensé que a lo mejor estaba cansada y le apetecía sentarse.

—¿La puedo invitar a un café? —le pregunté.

Y ella no esperó ni un segundo a desplomarse en el asiento de al lado.

—Estupendo —dijo—. Estoy destrozada.

—¿Qué le apetece?

Me pidió un café con leche desnatada y una pizca de sirope de arce, y yo fui a buscárselo. Cuando volví a la mesa con nuestros cafés, su cazadora ya no abultaba. Lo que había escondido allí lo había metido ahora en el bolso, que era un chisme holgado y espacioso cuya cremallera estaba cerrando en ese preciso instante; una vez más, con aquel aire ligeramente furtivo que parecía ser la característica principal de sus movimientos.

Decidí no destapar mi curiosidad y ceñirme a una conversación vulgar y corriente.

—Me llamo Max —le dije—. Maxwell Sim, como el... —le eché una mirada y titubeé—, como las tarjetas de los móviles.

Ella terminó de cerrar el bolso y me tendió la mano.

—Poppy —me dijo—. ¿Adónde vas?

—De vuelta a Londres —le contesté—. Solo paramos un poco aquí. Un par de horas. Debería estar en Heathrow a primera hora de la mañana. De vuelta de un viaje a Australia.



—Un viaje largo entonces. ¿De negocios? ¿De placer?

—En teoría, de placer. —Le di un sorbo al café y mascullé con la mirada puesta en la espuma—: Lo tenía todo muy bien planeado y eso. ¿Y tú?

—No, para mí es un viaje de trabajo.

—¿De veras? —Intenté que no se me notara la sorpresa. Ahora que nos habíamos puesto a hablar, todavía me parecía más joven de lo que había pensado en un principio (poco más que una estudiante cualquiera), y me costaba imaginármela en viaje de negocios. No tenía pinta de eso en absoluto.

—Pues sí —me dijo—. Viajo un montón con este trabajo. En realidad consiste sobre todo en eso. En viajar.

—¿Ahora mismo estabas... trabajando? —le pregunté no sé por qué. Supongo que no venía al caso, pero ella no se lo tomó a mal.

—¿Mientras me observabas?

Asentí.

—Sí, estaba trabajando, en efecto.

Parecía que no estaba dispuesta a contarme mucho más.

—Ya —le dije—. Tampoco es asunto mío a qué te dedicas.

—Pues no —dijo Poppy—. A fin de cuentas, acabamos de conocernos. No sé nada de ti.

—Bueno —empecé—, trabajo...

—No me lo cuentes. —Poppy levantó la mano—. Déjame adivinar.

—Vale.

Se echó hacia atrás con los brazos cruzados y se quedó mirándome con un brillo en los ojos que era a la vez crítico y travieso.

—Haces software para una compañía de juegos de ordenador que tiene fama por su tremenda violencia misógina.

—No, para nada. Nada más lejos de la realidad...

—Vale. Crías pollos orgánicos en una pequeña granja de los Cotswolds.

—Tampoco.

—Eres un peluquero famoso. Peinas a Keira Knightley en las ocasiones especiales.

—Pues no.

—Trabajas en una tienda de ropa para caballeros de Cheltenham. Haces trajes de tres piezas por encargo y tomas unas medidas de las piernas increíblemente precisas...

—No, y ya llevas cuatro intentos. Pero te estás acercando.

—¿Uno más, entonces?

—Vale.

—Bueno, ¿y qué tal... catedrático de Moda Contemporánea en la Universidad de Ashby-de-la-Zouch?

La verdad es que considero que visto muy bien, y como hizo esta sugerencia

echándoles una larga mirada a mi polo Lacoste y a mis vaqueros Hugo Boss, me sentí bastante halagado. Sin embargo, meneé la cabeza.

—¿Te das por vencida?

—Creo que sí.

Le conté la verdad: que estaba en el servicio posventa de atención al cliente de unos grandes almacenes de Londres.

A lo que me respondió inmediatamente:

—¿Y eso qué quiere decir?

No me pareció que fuera el momento de entrar en detalles.

—Me dedico a atender a los clientes —le expliqué— cuando ha habido algún problema con la compra. Una tostadora que no funciona. Un par de cortinas que no se ajustan bien...

—Ya —dijo Poppy—. O sea que trabajas en la sección de devoluciones.

—Más o menos —admití, y estuve a punto de añadir: «Trabajaba, más bien», y de empezar a explicarle que en realidad llevaba sin trabajar casi seis meses, pero me contuve. Al fin y al cabo, ya había agobiado a Charlie con mis confidencias y la cosa no había salido bien—. Ahora me toca a mí, ¿no?

Se sonrió.

—Pero no es lo mismo, la verdad. No lo vas a adivinar nunca. Ni aunque lo intentes mil veces.

Tenía una sonrisa bonita, que dejaba entrever una dentadura blanca y cuidada, pero un poco desigual. Me di cuenta de que la estaba mirando fijamente demasiado tiempo; a lo mejor no estaba siendo muy educado. ¿Cuántos años *tendría* aquella mujer exactamente? El caso es que ya me sentía más cómodo hablando con ella de lo que me había sentido hablando con nadie durante mucho tiempo, y sin embargo debía de tener por lo menos veinte años menos que yo; cosa que hizo que me entrara una sensación extraña, medio de incomodidad, medio de excitación.

Mientras tanto, Poppy estaba descorriendo la cremallera de su bolso, y luego lo abrió lo suficiente para dejarme ver algo que no me esperaba en absoluto: una especie de grabadora digital (de profesional, por la pinta, porque tenía el tamaño de un libro de tapa dura, como mínimo) y un micrófono grande, también de los que usan los profesionales: macizo, gordo y con un protector gris de poliéster. En cuanto le eché un ojo a su equipo y lo examiné bien, volvió a cerrar el bolso.

—Ahí tienes una pista —dijo.

—Bueno, pues entonces... debes de ser una especie de grabadora de sonidos.

Negó con la cabeza.

—Eso solo es una parte de lo que hago.

Fruncí los labios, incapaz de pensar en más cosas relacionadas con aquello.

—Has dicho que tienes que viajar mucho —le solté de pronto.

—Sí, por todo el mundo. La semana pasada estuve en São Paulo.

—¿Y esta semana en Singapur?

—Exacto. Aunque, y esto es otra pista, no salí del aeropuerto en ninguna de las dos ocasiones.

—Ya entiendo... Así que haces grabaciones de sonidos de los aeropuertos.

—Exactamente.

Por más que lo intentara, no sabía adónde quería llegar.

—¿Pero por qué? —tuve que preguntarle al final.

Poppy posó cuidadosamente su taza de café sobre la mesa, y se echó hacia delante, con la barbilla apoyada en las dos manos.

—Digamos que soy parte de una organización que proporciona un servicio discreto y valioso a una clientela exclusiva.

—¿Qué tipo de servicio?

—Pues la verdad es que no sé muy bien cómo llamarlo, porque no suelo contarle a la gente en qué consiste. Pero, ya que estoy haciendo una excepción contigo, digamos que me dedico a... facilitar adulterios.

Me entró una especie de excitación perversa cuando pronunció esas palabras.

—¿A facilitar adulterios? —dije. Hasta me excitaba repetir la frase.

—Espera que te lo explico —dijo Poppy—. Mi jefe (se supone que no tengo que decirle su nombre a nadie) ha montado esta agencia. La ha montado para gente que tiene líos (sobre todo hombres, aunque no siempre, desde luego) pero quiere que la cosa sea discreta y que no se entere nadie. El adúltero de hoy en día lo tiene muy mal. La tecnología lo ha hecho todo mucho más complicado. Cada vez hay más formas de estar en contacto con alguien, pero todas dejan rastro. Hace tiempo, le podías haber escrito a alguien una carta de amor, y el único testigo era la persona que te había visto echándola al correo. Hoy le mandas a alguien un par de mensajitos, y luego te encuentras con que figuran en la cuenta del teléfono. Puedes borrar todos los correos que quieras de tu ordenador, pero seguirán almacenados, de la forma que sea, en algún servidor que a saber dónde está. Cada vez se necesitan métodos más complicados si no quieres que te pillen. Y este —le dio unas palmaditas al bolso— es uno.

—¿Y cómo funciona la cosa? —le pregunté.

—Es muy sencillo. Primero, yo viajo por todas partes, a varios aeropuertos distintos, y hago grabaciones, luego vuelvo a casa y los recopilo en un CD. Un CD que luego les vendemos a nuestros clientes, como parte del servicio. Suponte que eres uno de esos clientes. (Aunque debo decir que no tienes ninguna pinta de adúltero). Estás de viaje de negocios en el Lejano Oriente. Pero decides acortar el viaje, y pasar un par de noches con tu amante de París. Evidentemente, tu mujer no se tiene que enterar. Pues esta es una buena manera de que se quede tranquila. Justo antes de regresar a casa, la llamas desde la suite del hotel de París. Tu querida se ha metido en el baño a darse una ducha, así que metes el CD en el equipo estéreo, llamas a tu mujer, ¿y qué es lo que se escucha de fondo mientras hablas con ella? —Abrió el bolso, apretó la tecla de «Play» de la grabadora y, procedente de su altavoz, oí una

grabación del anuncio que había escuchado unos minutos antes: «*Bienvenidos a Singapur. Se recuerda respetuosamente a los pasajeros en tránsito que está prohibido fumar en cualquier lugar del interior del edificio de la terminal. Les agradecemos su colaboración y les deseamos que continúen felizmente el viaje*». Poppy me sonrió, radiante—. Y ya tienes coartada. ¿Quién se va a parar a pensar desde dónde puedes estar llamando, después de oír eso?

Asentí despacio, para demostrar que me había impresionado.

—¿Y la gente paga por eso?

—Pues claro —dijo Poppy—. Mucha pasta. —Acentuó la palabra «mucha»—. Te sorprendería cuánta.

—¿Qué clase de gente?

—De todo tipo. Hay gente casada que no es feliz por todas partes. De todos modos, los precios son bastante exagerados, así que solemos atraer a una clientela muy concreta: banqueros que se dedican a las inversiones, futbolistas profesionales, esa clase de gente...

Estaba pasmado por la despreocupación con que me estaba contando todo aquello. Por muy excitante que me pareciera la idea de «facilitar adulterios», también la encontraba bastante chocante.

—¿Y qué me dices... —intenté escoger las palabras con cuidado— de la dimensión moral del asunto?

—¿De la qué? —dijo Poppy.

—Me preguntaba si tenías algún escrúpulo por hacer eso. Ya me entiendes..., por ayudar a las personas a engañar a otras. ¿No te crea... mala conciencia?

—Ah, eso. —Poppy revolvió la espuma del fondo de su taza de café, y chupó despreocupadamente su cucharilla de plástico—. Ya he superado la fase en la que te preocupa esa clase de cosas. Que sepas que soy licenciada en Historia por Oxford, y ni te puedes imaginar el tipo de trabajos que he hecho desde que me licencié. Los más asquerosos del mundo. El mejor fue asistente personal del director de un club de *lap dance*. Y el peor fue... Bueno, el peor será mejor que no te lo cuente. Y eso sin contar los meses de paro entre uno y otro. Este trabajo es dinero fácil, además de seguido, y me deja mucho tiempo para andar por ahí leyendo, viendo películas y yendo a galerías, que es lo que de verdad me gusta hacer.

—Sí, ya sé que las cosas están... difíciles en este momento. Pero pensaba que...

—¿Sabes una cosa? Me empiezas a recordar a Clive. Me dijo exactamente lo mismo cuando le hablé de este trabajo. ¿Y sabes lo que le contesté?

Evidentemente, no quería saber lo que le había contestado. Ni siquiera sabía quién era Clive. Pero lo primero (y en realidad lo único) que pensé en ese momento fue que no me hacía ninguna gracia que ya hubiera salido a relucir en la conversación un nombre de hombre.

—La verdad es que me cabré un montón —dijo Poppy—, cosa que no suelo hacer con Clive. Le dije: «¿Te das cuenta de que si hay algo que la gente de mi edad

no soporta es a la gente de la tuya dando lecciones de moral? Mira el mundo que tienes alrededor. El mundo que nos habéis legado. ¿Tú crees que nos da algún margen para hacer las cosas por principios? Estoy harta de oír que nuestra generación no tiene valores. Lo materialistas que somos. Que no nos interesa nada la política. ¿Pues sabes por qué es eso? Adivina. Exactamente: ¡porque así es como nos habéis educado! Hasta podríamos ser los hijos de la señora Thatcher, vistos con vuestros ojos, pero fuisteis *vosotros* quienes la votasteis varias veces, y luego volvisteis a votar a la gente que vino después de ella, siguiendo exactamente la misma línea. Fuisteis vosotros los que nos educasteis como zombis consumistas. Dejasteis todos los demás valores fuera, ¿o no? ¿Los valores cristianos? No nos hacen falta. ¿La responsabilidad colectiva? Ya nos diréis de qué... ¿Los productos manufacturados? ¿Hacer cosas? Eso es de fracasados. Sí, vamos a dejar que todos esos fracasados del Lejano Oriente nos lo hagan todo, y así podremos quedarnos con el culo pegado delante de la tele, viendo cómo el mundo se va a la mierda en un pispás, en pantalla grande y alta definición, claro. —Se echó hacia atrás, un poco incómoda por haberle echado tanta pasión al asunto—. Bueno, pues eso fue lo que le dije a Clive cuando me dijo que no debería hacer este trabajo.

La verdad es que era todo la mar de interesante. Poppy había sacado muchos temas a relucir, y me había dado mucho en que pensar. De hecho, había tocado tantos temas importantes que no sabía muy bien por dónde empezar.

—¿Quién es Clive? —le pregunté.

—¿Clive? Clive es mi tío. El hermano de mi madre.

Solté un suspiro de alivio, y dije:

—No sabes cómo me alegro. —Me salió sin poder evitarlo.

—¿Que te alegras? —dijo Poppy, desconcertada—. ¿Se puede saber de qué? ¿De que mi madre tenga un hermano?

—Pues... sí —dije, titubeando desesperado—. No es bueno ser hijo único, quiero decir. Yo lo soy, y no se lo recomendaría a nadie... —Aquello era ridículo. Tenía que cambiar de tema lo antes posible—. Las tarifas de tu agencia deben de ser muy altas —añadí—, si tienen que cubrir los gastos de tus vuelos por todo el mundo una semana tras otra.

—Son altas —dijo Poppy—. Pero la razón no es esa. En realidad los vuelos de ida y vuelta no me salen tan caros. Solo viajo cuando sobran plazas, ¿entiendes? Es un poco imprevisible (a veces acabo teniendo que dormir en el aeropuerto, que no es muy agradable), pero me suele salir bien.

—¿Y esta vez te ha salido bien?

—Bueno, ya estaba cerrado. Le había echado el ojo a este vuelo de British Airways...

—¿Al 7371? —le pregunté, esperanzado.

—Sí, ese. ¿Es el tuyo?

—Sí. ¿Has conseguido plaza?

—Creía que no. Al principio me han dicho que estaba lleno. Pero, por lo visto, ha quedado una plaza vacía, no sé por qué.

De repente tuve la certeza de que me iba a pasar algo bonito.

—¿Te han puesto en Turista especial?

—Exactamente. ¿Por qué?

—Me parece que vas a ir sentada a mi lado.

—¿Por qué estás tan seguro?

¿Debía darle detalles de la reciente defunción de Charlie Hayward? Eso significaría contarle que iba a ocupar el sitio de un muerto. ¿Tenía pinta de ser aprensiva? No me iba a arriesgar; no iba a hacer nada que pudiera ensombrecer el viaje de vuelta que los dos estábamos a punto de disfrutar, codo con codo. A fin de cuentas, y sin comerlo ni beberlo, el destino había dejado caer a aquella hermosa joven en mi regazo, y parecía que ahora íbamos a estrechar aún más nuestros lazos. Para no andarnos con rodeos, durante las doce horas siguientes íbamos a dormir juntos. ¡Y nada más conocernos!

Durante la segunda y última etapa del viaje, se suponía que Charlie debería haber ocupado el asiento del pasillo y yo el de la ventanilla. Poppy dijo que le daba igual dónde sentarse, pero yo no me lo creí. Todo el mundo prefiere el asiento de la ventanilla. Y yo había decidido hacerle el viaje lo más agradable posible. Había decidido hacer todo lo que estuviera en mi mano para caerle bien. Había decidido acabar gustándole.

—Por cierto, me han diagnosticado una depresión —le dije tan pronto como nos acomodamos.

Fue un alivio ver que Poppy no se inmutaba lo más mínimo. Solo se quedó mirándome un momento y dijo:

—Bueno, ya había pensado que te pasaba algo así.

—¿En serio? —dije yo—. ¿Es tan evidente?

—Digamos que tengo buen olfato para esas cosas.

Al final, por lo menos, había conseguido sacar el tema, que ahora era como un sobreentendido entre los dos. Poppy era la primera persona (quiero decir aparte de mis jefes y mi médico y mi asistente de salud laboral; la primera amistad, supongo que es lo que intento decir) con quien me había atrevido a compartir aquel secreto inconfesable. Y había esperado que se apartase de mí, que se quedase muda de pura desconfianza y le pidiese a la azafata que la cambiara de sitio o algo así. Pero estaba equivocado. Por lo visto aquello no cambiaba lo que pensaba de mí. Se lo agradecí mucho, y fue como si inmediatamente se creara una extraña intimidad entre nosotros (una intimidad tranquila y cómoda) que supuso que la conversación entre los dos (que yo había imaginado torpe y forzada) discurriera a partir de entonces con un ritmo completamente natural. Si tengo que ser sincero, durante las horas siguientes no llegamos a hablar ni mucho menos lo que yo había pensado. La mayor parte del tiempo nos la pasamos allí sentados en el típico silencio afable que uno esperaría de una pareja mayor que llevase treinta años casada; como la pareja que había visto en el restaurante de la bahía de Sidney, sentados juntos del mismo lado de la mesa para poder compartir la vista, en vez de charlar. Un par de horas de vuelo (serían cerca de las dos de la madrugada, según el horario de Singapur) fuimos así: yo haciendo zapping entre las distintas películas que ponían en la pantallita del respaldo de delante, y comentándoselas a veces a ella, sin ser capaz de centrarme realmente en nada, mientras Poppy, que se había pasado un rato redactando un pequeño informe en su portátil, lo usaba ahora para matar el tiempo con lo que parecía una especie de sudoku en tres dimensiones, increíblemente complicado.

Aunque hay que destacar que, en los tiempos muertos de esos entretenimientos, nos poníamos a charlar.

—¿Qué tal el *jet lag*? —le pregunté en un determinado momento.

—¿Mmm?

—En ese trabajo tuyo. Debes de tener el reloj biológico hecho polvo. ¿Nunca te da problemas?

Poppy se encogió de hombros.

—Parece ser que no. A veces, cuando estoy en casa me levanto un poco temprano. Y otras, un poco tarde. Pero nada más.

Yo suspiré con envidia.

—Ventajas de ser joven...

—Todavía no vas en silla de ruedas, abuelito.

—Pero sé que me va a llevar un par de días recuperarme de este viaje. Y tengo que hacerlo lo más rápido posible porque luego, esta semana, tengo que tomar una decisión.

—¿En serio?

—Sí. Va a hacer seis meses que estoy de baja. Tengo que ir a los grandes almacenes y ver a la asistente de salud laboral, y decirle si quiero volver o no. Y aunque le diga que sí, puede que ella decida que aún no estoy bien, lo que seguramente les servirá de excusa para... —me llevó un rato recordar el eufemismo — dejarme marchar. Que muy bien podría ser, además, lo que están esperando.

—¿Y tú quieres?

—¿Que si yo quiero qué?

—Que si quieres volver al trabajo.

Me lo pensé un poco, pero era una pregunta muy difícil para contestarla directamente. Me puse a pensar, en cambio, en todo lo que me esperaba cuando volviera a casa: el tiempo desapacible y deprimente de febrero, el piso vacío, el montón de propaganda al otro lado de la puerta... Desde luego, iba a ser horrible. En aquel momento ni siquiera me parecía que pudiese afrontar aquel regreso tan solitario, por no hablar de la decisión que debería tomar después.

—¿Sabes? Todavía tengo la fantasía esa —dije al final— de que voy a llegar a casa, y ella va a estar esperándome. Me refiero a Caroline. Sigue teniendo una llave, ¿entiendes?, así que podría ser. Abro la puerta, y en cuanto la abro, sé que ha vuelto. Al principio no la veo, pero sé que hay alguien allí: está la radio puesta, huele a café recién hecho en la cocina... La casa está caliente y limpia. Y entonces la veo sentada en el sofá, esperándome, leyendo un libro... —Me volví hacia Poppy de nuevo—. Aunque eso no va a pasar, ¿verdad?

Lo único que dijo fue:

—Seguro que ya has ido al psicólogo, ¿pero no tienes a nadie más a quien puedas contarle estas cosas? ¿Alguien de tu familia, por ejemplo?

Negué con la cabeza.

—Mi madre se murió. Murió muy joven, hace más de veinte años. Y con papá no tengo nada que hacer. Nunca hemos podido hablar. Y tampoco tengo hermanos ni hermanas.



—¿Y amigos?

Pensé en mis setenta amigos de Facebook, y me sentí obligado a reconocer:

—En realidad, no. Tengo un amigo que se llama Trevor. Antes vivía cerca, pero ahora se ha ido a vivir a otro sitio. Y aparte de él... —Me interrumpí, queriendo cambiar de tema, o por lo menos el centro de atención—. ¿Y tú qué? ¿Tienes hermanos?

—No, señor. Tengo a mi madre, pero es un poco... egocéntrica, por decirlo así. Pasa de los problemas ajenos. Y papá se largó hace tiempo, cuando ella se dio cuenta de que estaba enrollado con otra tía. —Se rio otra vez, pero de una manera más triste—. Le habría salido mejor con la ayuda de una empresa que facilitara adulterios, ahora que lo pienso. Qué pena que todavía no funcionáramos en aquel momento.

—Entonces, estás como yo —le dije, a lo mejor con demasiada ansiedad—. No tienes a nadie con quien hablar.

—No es exactamente así —dijo Poppy—. Porque tengo a mi tío. Mi tío Clive.

Dejó el sudoku y cerró el programa, así que lo único que se veía en su portátil era el fondo de escritorio, que curiosamente parecía una fotografía de un catamarán muy viejo, medio podrido, una ruina de tablas rotas y pintura descascarillada, abandonada en alguna playa tropical. Me entretuve mirándola un rato, mientras ella me contaba más cosas de su tío, y por qué lo quería tanto. Me contó que su madre la había mandado a un internado muy pijo de Surrey a los trece años, y que se suponía que ella solo era medioterna y tenía que volver a casa los viernes por la tarde, pero como su madre solía estar en el extranjero, iba a pasarlos con su tío; que aquellas visitas habían acabado haciéndole mucha ilusión; que Clive (que vivía en Kew) la llevaba casi todos los fines de semana al cine o al teatro, a conciertos y a galerías de arte, introduciéndola en un mundo antes vedado para ella; y que, si no la veía los fines de semana, le escribía unas cartas muy largas, unas cartas llenas de novedades y de sentido del humor, llenas de cosas divertidas y de historias y de anécdotas y, sobre todo, llenas de amor.

—¿Y sabes una cosa? —me dijo—. Sigo releendo esas cartas. Las llevo conmigo a todas partes.

—¿A todas partes?

—Sí. Hasta en estos viajes. Las tengo aquí metidas. —Le dio unos golpecitos con el dedo índice al portátil—. Las he escaneado todas. Y todas las fotos que me mandaba. Esta, por ejemplo, es de Clive. —Señaló la fotografía del barco varado—. Bueno, no es que la sacara él ni nada —me explicó—. La sacó una artista llamada Tacita Dean. El barco se llamaba *Teignmouth Electron*.

—¿Teignmouth? —le dije—. Eso está en Devon, ¿no?

—Exactamente. Donde se criaron Clive y mi madre.

—¿Y por qué lo has puesto de fondo de escritorio?

—Porque hay una historia increíble que tiene que ver con él. La historia de un hombre llamado Donald Crowhurst. —Soltó un bostezo, prolongado e involuntario,

antes de acordarse de taparse la boca con la mano—. Perdón. De repente me ha entrado mucho sueño. ¿Has oído hablar de él?

Negué con la cabeza.

—Fue el hombre que dio la vuelta al mundo en barco a finales de los sesenta. O eso dijo él, aunque en realidad no la diera.

—Ya —dije, totalmente desconcertado.

—No te lo estoy explicando muy bien, ¿verdad?

—Estás cansada. Deberías dormir.

—Pero es una historia increíble. Creo que deberías conocerla.

—No te preocupes. Veré una peli. Estás demasiado cansada como para seguir de cháchara. Cuéntamela por la mañana.

—No pensaba contártela. Iba a leerte lo que Clive me escribió sobre ella.

—Puedo esperar.

—Ya sé. —Poppy le dio a unas cuantas teclas de su portátil antes de pasármelo deslizándolo sobre la mesita, y de meter la mano debajo de su propio asiento, donde había guardado la almohada y la manta de viaje—. Puedes leer su carta. Ahí la tienes. Es un poco larga, lo siento; pero tienes todo el tiempo del mundo, y te vendrá mejor que perder un par de horas viendo alguna horrible comedia romántica.

—¿Seguro que no pasa nada? Quiero decir que no quiero enterarme de nada... demasiado íntimo.

Pero Poppy me aseguró que no pasaba nada. Así que, mientras desaparecía bajo su manta, me puse su portátil en las rodillas, y me quedé mirando la primera página de la carta de su tío. Estaba abierta con Windows Picture y Fax Viewer, de modo que aún se podía ver el color crema del papel de cartas en que la había escrito, y hasta distinguir una vaga marca de agua formando remolinos bajo la letra. La letra en sí era escueta, angulosa y fácil de leer. Supuse que había usado una pluma estilográfica. La tinta era azul marino, tirando a negra. Cuando empezaba a leer las primeras frases sentí una ligera presión en el hombro izquierdo, y al mirar hacia abajo vi que Poppy había colocado su almohada al lado, y apoyado la cabeza en ella. Levantó la vista un momento, como para pedirme permiso con los ojos, pero en ese mismo instante parpadeó un poco y luego los cerró, sumiéndose inmediatamente en un sueño profundo del que hubiera costado despertarla. Al poco rato, cuando me pareció que ya no se enteraría, le di un beso de buenas noches en el pelo, y sentí un hormigueo de felicidad en el cuerpo.

## AGUA

### El inadaptado

12 de marzo de 2001

Querida Poppy:

Siento no haberte visto este fin de semana. Los fines de semana siempre son un poco solitarios cuando no andas por aquí. Te has perdido un espectáculo glorioso en Kew Gardens; la alfombra de azafrán ya ha florecido del todo (muy temprano este año), y pasearse por Cherry Walk abarcando con la mirada una franja tras otra de esas bellezas blancas y moradas, mientras sus corolas se mecen en la brisa, es darse cuenta de que ha vuelto la primavera. ¡Por fin! De todos modos, espero que te lo hayas pasado bien con tu madre. ¿Te llevó a algún sitio, hizo algo interesante contigo? En el NFT ponían *Los magníficos Amberson* el sábado por la noche, y también me habría gustado haberte llevado a verla. Al final fui solo, pero allí me encontré por casualidad con un amigo mío, Martin Wellbourne, y con su mujer, Elizabeth, y fueron tan amables de invitarme luego a cenar. Así que no fue una noche tan solitaria después de todo.

En cuanto a nuestros planes para el sábado, creo que te comenté que hay una exposición en la Tate Britain en este momento que podría interesarte especialmente. Están exponiendo algunas películas y fotografías de una joven artista nueva que se llama Tacita Dean. A lo mejor ya has oído hablar de ella. Hace un par de años quedó entre las finalistas del Turner Prize. Si no te apetece, dímelo y seguro que encontramos otra cosa que hacer, pero espero que quieras venir.

Debo decir que tengo razones personales muy concretas para querer ver esa exposición. Hay un corto, ¿sabes?, inspirado en la desaparición en el mar del regatista solitario Donald Crowhurst en el verano de 1969, e incluso, o eso creo, algunas fotos de su desventurado velero, el *Teignmouth Electron*, que la señora Dean ha sacado estos dos últimos años, viajando a propósito al sitio donde quedó varado para siempre en Cayman Brac, en el Caribe.

Supongo que no tendrás ni idea de qué diablos estoy hablando. Supongo también que, si voy a hablarte un poco de mi fascinación por la historia de Donald Crowhurst, esta carta va a acabar siendo muy larga. Pero da igual. Es lunes por la mañana, tengo todo el día para mí, y no hay nada que me apetezca más que escribirle a mi sobrina. Así que, perdóname un momento mientras voy a ponerme otra taza de café, y luego intento explicarme.

Ya está.

Si quiero hacerte entender lo que la figura de Donald Crowhurst significó para mí, cuando yo era un niño de ocho años, entonces debemos retroceder (retroceder en el tiempo más de treinta años) a la Inglaterra de 1968, un sitio y una época que ya parecen increíblemente lejanos. Seguro que al nombrar ese año te vienen a la cabeza

un montón de asociaciones: el año del radicalismo estudiantil, la contracultura..., y las concentraciones por Vietnam y el álbum blanco de los Beatles y todas esas cosas. Pero, bueno, eso solo es una parte de la historia. Inglaterra era (siempre lo ha sido) un sitio mucho más complicado de lo que nos haría creer la gente. ¿Qué me dirías si te contara que, tal como yo lo recuerdo, el gran héroe, el personaje que define esa época no fue John Lennon ni el Che Guevara, sino un vegetariano conservador y anticuado, de sesenta y cinco años, con la pinta y el estilo de un tío profesor de latín? ¿Te imaginas de quién puedo estar hablando? ¿Seguirá significando algo su nombre?

Me estoy refiriendo a Sir Francis Chichester.

Probablemente no tienes ni idea de quién fue Sir Francis Chichester. Déjame que te lo explique entonces. Era un regatista, un marino, uno de los más destacados que han salido de Inglaterra. Y en 1968 era una auténtica estrella, una de las personas más famosas y de las que más se hablaba en el país. ¿Tan famoso como puedan serlo David Beckham o Robbie Williams hoy en día? Sí, creo que sí. Y sus éxitos, aunque supongo que hoy le parecerían insignificantes a una generación más joven, siguen siendo, a los ojos de mucha gente, mucho más importantes que jugar al fútbol o escribir canciones. Era famoso por haber dado la vuelta al mundo, sin la ayuda de nadie, en su barco *Gipsy Moth*. Completó el viaje en 226 días; y lo más increíble del caso: durante ese tiempo solo se detuvo una vez, en Australia. Fue una magnífica proeza de marinería, coraje y resistencia, realizada por un héroe absolutamente insólito.

Tuve la gran suerte de criarme junto al mar. Creo que conoces la ciudad donde tu madre y yo nos criamos, ¿no? Se llama Shaldon, y está en Devon. Vivíamos en una enorme casa georgiana, cerca del mar. De todas maneras, Shaldon está construida alrededor de un brazo de agua salada relativamente pequeño, y para llegar a la costa propiamente dicha hay que recorrer casi un kilómetro de carretera hasta la vecina Teignmouth. Y allí te encontrabas con todo lo que se puede esperar de un pueblo turístico marino: un muelle, varias playas, salones de juegos, minigolfs, decenas de pensiones y, por supuesto, en el propio puerto una dársena muy concurrida, donde regatistas y navegantes de lo más variopinto se juntaban todos los días, y el ambiente estaba muy animado con los ruidos susurrantes de los mástiles y los aparejos crujiendo y balanceándose con la brisa. Desde que era muy pequeño (por lo menos hasta donde alcanza mi memoria) mis padres solían llevarme a la dársena para que viera aquel ajetreo, el flujo y el reflujo de la vida marítima. A pesar de que nosotros nunca navegamos, conocíamos a un montón de gente que sí; y cuando tenía ocho años, ya era todo un veterano de pequeños viajes marítimos a bordo de veleros pertenecientes a los amigos de mis padres, y sentía la típica fascinación de colegial por todo lo que tuviera que ver con la náutica.

No es de extrañar, pues, que Francis Chichester y su hazaña ocupasen un lugar tan destacado en mis pensamientos. Aunque nunca llegamos a hacer el peregrinaje por la costa hasta Plymouth para verle atracar a su regreso en mayo de 1967, recuerdo

perfectamente ver un reportaje en directo del acontecimiento (junto con millones de personas) en la BBC. Si no recuerdo mal, hasta habían alterado la programación habitual a propósito. Los muelles de Plymouth y la zona de alrededor estaban abarrotados de multitud de admiradores (como cientos de miles). Daban gritos de apoyo y aplaudían y agitaban sus banderitas de Inglaterra en el aire, mientras el *Gipsy Moth* se deslizaba hacia el interior de la bahía, rodeado de lanchas cargadas de periodistas y equipos de televisión. En cuanto al propio Chichester, iba de pie en cubierta, saludando sereno con la mano, con un aspecto bronceado y saludable (nada que ver con el de una persona que se había pasado los últimos siete meses y medio soportando una forma muy exagerada de reclusión solitaria). Fue una ocasión que hizo henchirse mi corazón de puro orgullo patriótico, algo que no recuerdo haber sentido a menudo desde entonces. Y después de eso empecé un álbum, lleno de recortes sobre el viaje de Chichester y de historias relacionadas con la navegación que cogía de los periódicos que me cedían mis padres.

Esos periódicos, creo recordar, eran el *Daily Mail* los días laborables, y los domingos (igual que, como mínimo, la mitad de la nación, o esa impresión daba en aquella época) el *Sunday Times*. Y fue en el *Sunday Times*, el 17 de marzo de 1968, donde leí este anuncio tan apasionante:

### 5000 £

El premio de 5000 libras de la vuelta al mundo del *Sunday Times* se concederá al regatista que complete en solitario la vuelta al mundo en barco sin detenerse y lo más rápidamente posible, tras partir el 1 de junio y antes del 31 de octubre de 1968 de cualquier puerto de Inglaterra, rodeando los tres cabos (Buena Esperanza, Leeuwin y de Hornos).

¡Una regata! Y una regata que sobrepasaría la hazaña de Chichester al someter a los competidores a una prueba de supervivencia aún más dura; una circunnavegación sin escalas. Aparte del experimento náutico que suponía, ¿podría sobrevivir alguien psicológicamente a una experiencia así? Como ya he dicho, yo ya había navegado en un par de veleros. Sabía cómo eran las cabinas: sorprendentemente acogedoras a veces (además de estar asombrosamente bien equipadas), pero sobre todo *diminutas*. Incluso más pequeñas que mi dormitorio de casa. El hecho de que Chichester hubiera vivido en un espacio tan reducido tanto tiempo me parecía casi su mayor logro. Era increíble que aquellos hombres estuviesen preparados para vivir así durante tantos meses de encierro acuático.

¿Quiénes eran aquellos masoquistas, de todas formas? Tras leer unos cuantos reportajes del *Sunday Times*, ya había llegado por mis propios medios a la conclusión de que el competidor más fuerte era un regatista francés llamado Bernard Moitessier. Era un marino increíble: esbelto, fibrado y totalmente entregado a su vida de explorador solitario. Ya había cruzado con su barco de 12 metros, el *Joshua*, las temibles aguas de los Mares del Sur y rodeado el Cabo de Hornos, topándose con tremendas tormentas a su paso (tormentas a las que había sobrevivido). Por lo visto

era reacio a participar en la regata, pero, dadas sus normas, no tenía elección: el *Sunday Times* había dispuesto astutamente las cosas para que cualquier marino que emprendiese la vuelta al mundo entre junio y octubre compitiera por el premio, ya lo quisiera o no. Tomé partido por Moitessier, y hasta convencí a mis padres de que me compraran una cara edición en tapa dura del libro *Un vagabundo de los Mares del Sur* por mi octavo cumpleaños. El texto era demasiado denso y poético para que yo lo disfrutara, pero me pasé horas examinando minuciosamente las fotografías en blanco y negro del musculoso Moitessier impulsando su barco a través de las olas y balanceándose sin esfuerzo entre los cabos del aparejo de su velero como un Tarzán marino.

Los demás participantes en la competición, que fueron anunciados uno por uno, no llegaron a cautivar mi imaginación de la misma forma. Eran: Robin Knox-Johnston, un oficial inglés de la marina mercante, de veintiocho años; Chay Blyth, un antiguo sargento del ejército, un año más joven; Donald Crowhurst, de treinta seis años, un ingeniero inglés, gerente de una empresa de electrónica; Nigel Tetley, un capitán de corbeta de la Royal Navy; y cuatro más, aunque ninguno parecía de la talla de Moitessier. Un par de ellos, según pude deducir, apenas habían navegado. Pero entonces ocurrió algo que me hizo cambiar de opinión y de posicionamiento. Mi padre volvió un día del trabajo con un ejemplar del *Teignmouth Post & Gazette* y me enseñó la historia que venía en primera plana, donde, sorprendentemente, se decía que uno de los participantes de la carrera, Donald Crowhurst, no solo había decidido que iba a zarpar desde Teignmouth, sino que incluso había accedido a llamar a su velero *Teignmouth Electron*. (A cambio, como salió a relucir más tarde, del patrocinio de varias empresas del pueblo).

El nombre del hombre que había convencido a Crowhurst de que concediera ese beneficio a un pueblo con el que, por otro lado, no tenía nada que ver era Rodney Hallworth: un antiguo periodista de sucesos de Fleet Street, convertido ahora en un agente de prensa asentado en Devon y en un asiduo promotor de cualquier cosa que pudiese mejorar la imagen de Teignmouth a los ojos del resto del mundo. Por las historias que comenzó a filtrar entonces a los periódicos locales y nacionales, empecé a imaginarme a Donald Crowhurst como una especie de superhéroe del deporte de vela: el «tapado» de la regata y, por lo tanto, el competidor más misterioso y atractivo. No solo era, por lo visto, un marino consumado, sino un mago de la electrónica y un diseñador de gran talento que, a pesar de haberse apuntado tarde a la competición, iba a dejar a sus rivales con un palmo de narices al hacerse a la mar en un navío lustroso y moderno, radicalmente innovador, que había sido construido siguiendo sus propias especificaciones: nada menos que un trimarán con un exclusivo sistema autoadrizante que se activaría en caso de vuelco, y cuyo control dependía (y ahí estaba el quid, porque esa palabra aceleraba el pulso de cualquiera en 1968) de un ordenador.

Inmediatamente, Donald Crowhurst se convirtió en el centro de todo mi interés y

toda mi admiración. Estaba previsto que llegara a Teignmouth en cuestión de semanas, y yo me moría de impaciencia.

Mientras tanto, se había formado un comité de apoyo, y uno de los amigos navegantes de mi padre era un miembro entusiasta. Así que nos iba llegando la información gota a gota. El barco de Crowhurst estaba terminado y, tras zarpar de un astillero de Norfolk, Crowhurst ya estaba bordeando la costa de Devon. Estaría con nosotros a la vuelta de unos días. Como luego se vio, fue una previsión muy optimista. Algunos problemas iniciales lastraron aquel viaje inaugural, que llevó el cuádruple de tiempo del que debía haber llevado, y ya estábamos a mediados de octubre cuando Crowhurst y su tripulación consiguieron atracar en Teignmouth. La tarde del viernes posterior a su llegada, mi madre fue a recogerme al colegio y me llevó al puerto para que pudiera echarle un primer vistazo a mi héroe y observar parte de los preparativos.

En la vida de todos los niños, me imagino, hay un momento decisivo en el que el significado de la palabra «desilusión» se convierte en algo cruelmente palpable. Un momento en el que se dan cuenta de que el mundo, que hasta entonces habían concebido como algo repleto de promesas, cargado de infinitas posibilidades, es en realidad un lugar defectuoso y limitado. Ese momento puede ser devastador y permanecer muchos años después en la mente, más fuerte que el recuerdo de alegrías anteriores y de emociones infantiles. Y en mi caso se produjo aquella gris tarde de viernes de mediados de octubre, cuando vi por primera vez a Donald Crowhurst.

¿Aquel era el hombre que iba a ganar la vuelta al mundo en barco, organizada por el *Sunday Times*? ¿El hombre que iba a derrotar a Moitessier, el brillante y experimentado francés? ¿Y aquel era el *Teignmouth Electron*, el último grito en diseño náutico moderno, que iba a deslizarse por encima de las inmensas olas de los Mares del Sur, con cada detalle de sus veloces movimientos regulado y corregido por lo último en tecnología informática?

Francamente, costaba creer cualquiera de las dos cosas. Crowhurst era un personaje gris y sin carisma; después de todas aquellas fanfarronadas en las entrevistas de los periódicos, yo me esperaba a alguien con aire de seguridad en sí mismo, con cierta aura de heroicidad: a alguien con mucha *presencia*, por decirlo así. Y, en lugar de eso, parecía un inútil lleno de preocupaciones. Tengo la impresión (a posteriori, claro) de que estaba asustado, incluso aterrorizado, porque lo hubieran convertido en el blanco de todas las miradas, y por el peso de las expectativas que se habían puesto en él. En cuanto al tan cacareado *Teignmouth Electron*, no solo parecía frágil y endeble, sino que los preparativos que se estaban haciendo a su alrededor eran un desastre. El propio barco parecía todavía en construcción, con toda una tropa de obreros subiendo y bajando todo el tiempo para realizar infinitas reparaciones, mientras en el costado del muelle se iban acumulando sin parar un número pasmoso de provisiones en montones desordenados: desde herramientas de carpintería a equipos de radio, pasando por latas de sopa y carne envasada. Dentro y fuera de todo

aquel caos, el propio Crowhurst deambulaba sin rumbo fijo, posando para el omnipresente equipo de cámaras, discutiendo con los constructores del barco, metiéndose de vez en cuando en algún quiosco con teléfono para quejarse a sus supuestos proveedores, presa de una ansiedad cada vez más evidente.

Bueno, y el gran día llegó por fin: 31 de octubre de 1968. Una tarde de jueves encapotada, con llovizna y, en conjunto, deprimente. No había una gran multitud en el costado del muelle; nada comparado con el gentío que había acudido a Plymouth para recibir a Chichester el año anterior, eso seguro; tal vez sesenta o setenta personas. Nuestro profesor le había dado permiso a toda la clase para marcharse temprano si queríamos ir a verlo, y evidentemente la mayoría de los niños lo habían aprovechado, pero dondequiera que fueran no fue a despedir a Donald Crowhurst en su viaje alrededor del mundo. Yo fui el único niño en edad escolar que se tomó la molestia (lo tengo bastante claro). Mi madre fue conmigo, mi padre debía de estar trabajando, y en cuanto a tu madre..., no sé dónde andaría. Tendrías que preguntárselo a ella. Recuerdo que el ambiente que reinaba entre la gente era tan escéptico como festivo. A Crowhurst le había salido un buen número de detractores en Teignmouth durante las últimas semanas, y él no hizo mucho por aplacarlos cuando regresó para su gran partida con un jersey beige de pico, con camisa y corbata incluidas. Poco que ver con el atuendo que Moitessier habría elegido para su despedida, no pude evitar pensar. Y las cosas aún se pusieron peores: Crowhurst salió exactamente a las tres en punto, pero casi enseguida tuvo dificultades, no fue capaz de desplegar las velas y tuvo que ser remolcado de nuevo hasta la costa. La gente aún se volvió más despectiva en ese momento, y muchos se fueron a casa. Mi madre y yo nos quedamos a ver qué pasaba. Les costó casi dos horas solucionar el problema, y a esas alturas ya estaba atardeciendo. Por fin, se hizo otra vez a la mar justo antes de las cinco. Y esa vez fue de verdad. Le acompañaban tres lanchas; en una iban su mujer y sus cuatro hijos, ceñidos en unas trenzas de lana que estaban muy de moda entre los jóvenes de aquella época. A pesar de que Crowhurst tenía una pinta tan corriente, recuerdo haberles envidiado por tener un padre así y formar parte del centro de atención; debía de hacerles sentirse muy especiales. Su lancha siguió al velero aproximadamente una milla, tras lo cual se despidieron de él con la mano y regresaron a puerto. Crowhurst continuó alejándose en la distancia hacia el horizonte, en pos de meses de soledad y peligros. Mi madre me cogió de la mano y volvimos juntos a casa, con ganas de tomarnos un té en un sitio caliente y ver la televisión aquella noche de jueves.

¿Cuáles fueron las fuerzas que operaron sobre Donald Crowhurst durante los meses siguientes? ¿Qué le llevó a actuar de aquella forma?

La mayor parte de lo que sé de la historia de Crowhurst (aparte de ese primer recuerdo de verle salir del puerto, quiero decir) proviene de un excelente libro escrito



por dos periodistas del *Sunday Times*, Nicholas Tomalin y Ron Hall, que tuvieron acceso a sus diarios de a bordo y a sus grabaciones los meses siguientes a su muerte en el mar. Titularon su libro *El extraño último viaje de Donald Crowhurst*, y en él citaron algo que él grabó en su magnetófono portátil poco después de dejar su patria: «El problema de navegar en solitario es que ejerce una enorme presión sobre el hombre en cuestión, explora sus debilidades con una penetración que muy pocas ocupaciones pueden conseguir».

En el caso de Crowhurst, hubo las evidentes imposiciones de vivir solo en el mar (la falta de espacio; el ruido, el movimiento y la humedad constantes; la espantosa intimidad de su diminuta cabina), pero también se vio sometido a presiones de distinta procedencia. De dos personas distintas, para ser exactos. Una era su agente de prensa, Rodney Hallworth; la otra su patrocinador, un hombre de negocios del pueblo llamado Stanley Best, que había financiado la construcción del trimarán y era por tanto su propietario, pero a cambio había insistido en un contrato donde se estipulaba que, si algo salía mal durante el viaje, Crowhurst tendría que comprarle el barco. Eso significaba, en realidad, que no le quedaba otro remedio que completar la circunnavegación: cualquier otro resultado lo llevaría a la ruina.

La presión proveniente de Hallworth era un poco más sutil, pero no menos insistente. Hallworth se había pasado los últimos meses convirtiendo a Crowhurst en un héroe. Un hombre que, en esencia, era poco más que un «marino de fin de semana» había sido elegido para interpretar, a ojos del público lector de periódicos, el papel del rival audaz y solitario: la encarnación del aguante y la resistencia media inglesas, un valeroso David desafiando a los Goliats de la navegación. Hallworth había hecho (y continuó haciendo) un trabajo brillante, aunque totalmente carente de escrúpulos. Cuesta no verlo como el prototipo del manipulador de opinión, antes de que esa expresión se pusiese tan de moda. En cualquier caso, a Crowhurst le habían hecho sentir sin la menor duda que no podía decepcionar a su público, ni defraudar a su agente de prensa después de todo el trabajo realizado. No se podía volver atrás.

No llevaba mucho tiempo de viaje, sin embargo, cuando algo quedó dolorosamente claro: tampoco había posibilidad de avanzar. En poco más de dos semanas descubrió que su intento de circunnavegación en solitario era una completa fantasía.

«Atormentado por una conciencia cada vez mayor», escribió el viernes 15 de noviembre, «de que debo decidir enseguida si puedo seguir afrontando esta situación. Qué decisión más terriblemente desagradable (plantarlo todo a estas alturas), ¡qué decisión más tremenda!». El sistema eléctrico del *Teignmouth Electron* había fallado, entraba agua por las escotillas (la escotilla delantera de babor había dejado entrar más de 450 litros en cinco días), Crowhurst se había olvidado los imprescindibles rollos de manguera en Teignmouth (convirtiendo el vaciar el agua con una bomba en poco menos que imposible), tenía las velas gastadas, había tornillos saliéndose continuamente del sistema de gobierno, y en cuanto al ordenador que se suponía iba a

pilotar el barco y responder a cada movimiento suyo con exquisita sensibilidad..., ni siquiera había llegado a diseñarlo o instalarlo nunca. La maraña de cables multicolores que se entrelazaban tan visiblemente por encima de toda la cabina no estaba conectada a nada en absoluto. En otras palabras, el *Teignmouth Electron* apenas era apto para la navegación; y sí, ese era el navío en el que se proponía cruzar los Mares del Sur, ¡el itinerario marino más peligroso del mundo! «Con el barco en su estado actual», escribió en su diario de a bordo, «no creo que mis posibilidades de sobrevivir sean mayores que un cincuenta por ciento». Mucha gente la habría considerado una estimación optimista.

Así que no había forma de avanzar, ni tampoco vuelta atrás. Un punto muerto. Y en esas circunstancias, ¿qué podía hacer el pobre Donald Crowhurst?

Pues esto fue lo que hizo: dio con una solución digna, podríamos decir, de nuestro mismísimo primer ministro. Porque (al igual que el señor Blair, enfrentado a dos cosas tan poco deseables como el capitalismo de libre mercado y el socialismo de Estado) Donald Crowhurst decidió que había otra posibilidad: una «Tercera Vía», nada menos. Y fue una vía, hasta sus críticos tuvieron que admitirlo, sumamente atrevida e ingeniosa. Decidió, por consiguiente, que si no podía *hacer* un viaje alrededor del mundo en solitario y sin escalas, haría lo más parecido a eso: un viaje *falso*.

Recuerda, Poppy, que estábamos en los años sesenta. Todas las tecnologías de las que disponemos hoy en día (el correo electrónico, los teléfonos móviles, los Sistemas de Posicionamiento Global) aún no se habían inventado. En cuanto Donald Crowhurst levó anclas del puerto de Teignmouth y se adentró en alta mar se quedó tan solo como cabe imaginar que podría quedarse cualquier ser humano. Su único medio de comunicación con el mundo exterior era un sistema de radio de poco fiar. Durante semanas, incluso meses en su momento, era muy probable que no tuviese el menor contacto con el resto de la humanidad. Y en esa época eso equivalía a que la humanidad tampoco tuviese la menor idea de dónde encontrarlo. El único registro de su rumbo sería el que él hiciese en su cuaderno de bitácora, con su propia letra, calculando su posición con su propio equipo. Así que ¿qué le impedía hacer un relato completamente falso de su viaje? No necesitaba rodear los tres cabos en absoluto. Podía ir bajando por la costa de África, luego virar hacia el oeste, deambular por el medio del Atlántico unos meses y reincorporarse discretamente a la carrera tras los auténticos competidores después de que hubieran rodeado el Cabo de Hornos y estuviesen dirigiéndose de regreso hacia Inglaterra. Quedaría en un honroso cuarto o quinto lugar (en cuyo caso nadie tendría el mayor interés en examinar con demasiado detenimiento sus diarios de a bordo) y salvaría la honra.

Llevar dos cuadernos de bitácora totalmente distintos (uno donde registrar su viaje real y otro que contuviera los registros falsos) requeriría una habilidad y un ingenio considerables, pero Crowhurst era perfectamente capaz. En cualquier caso, está claro que esa idea le pareció preferible a la perspectiva de verse humillado y

arruinado. Conque se decidió, y empezó la gran farsa.

De vuelta en Shaldon, yo no me había parado mucho a pensar en Donald Crowhurst. Aquella partida tan penosa y poco digna había menguado en cierta forma mi fe en mi héroe. Es más, apenas se le había mencionado en ninguno de los reportajes periodísticos que cubrieron las primeras semanas de la carrera. Varios competidores ya se habían retirado y, entre los que continuaban, parecía que Robin Knox-Johnston, Bernard Moitessier y Nigel Tetley eran los que más ocupaban la imaginación de los periodistas. Recuerdo que me emocioné mucho, sin embargo, un día de diciembre en que Crowhurst volvió a ser de repente noticia (dominando de hecho los titulares deportivos del fin semana), con una historia del *Sunday Times* donde se recogía que había anunciado un nuevo récord del mundo de la distancia más larga recorrida por un navegante en solitario en un solo día; algo así como 240 millas, me parece. Evidentemente, debió de ser justo después de que hubiera tomado la decisión de empezar a llevar falsos registros de su avance.

Después de eso, fui siguiendo la carrera lo mejor que pude, recortando los últimos reportajes del periódico todos los domingos y pegándolos en un nuevo álbum que mi madre me había comprado con ese fin en la oficina de correos de Teignmouth; pero, una vez más, las cosas empezaron a estar muy tranquilas en el frente de Crowhurst. Esa primavera fue cuando me eligieron portero del equipo de fútbol del colegio, y la obsesión por el fútbol empezó a sustituir mi obsesión por los barcos. Además, mis padres se compraron su primera roulotte, e hicimos una excursión a New Forest durante las vacaciones de Semana Santa. Recuerdo que me enfadé porque *tu* madre (que debía de rondar entonces los diez años) se pasó toda la semana leyendo los libros de *Torres de Malory*, en vez de jugar conmigo. Recuerdo a The Move tocando «Blackberry Way» en *Top of the Pops*, y a Peter Sarstedt con su interminable «Where Do You Go To My Lovely». Esas son las cosas que han sobrevivido en mi memoria, de los primeros meses de 1969. La vida familiar, la vida corriente. Una vida vivida rodeado de gente.

Mientras tanto, en algún sitio en medio del Atlántico, Donald Crowhurst iba volviéndose loco lentamente.

Es escalofriante ver cómo fue haciendo la crónica de esa locura que se iba apoderando de él en sus diarios de a bordo. Supongo que sin ninguna compañía humana, y sin ninguna oportunidad de comunicarse por radio con su mujer y sus hijos por si se descubría su posición, no es de extrañar que intentara buscar consuelo durante esos largos meses solitarios en la silenciosa comunión entre pluma y papel. Al principio, junto con los detalles de su posición (la real y la falsa) se limitó a escribir valoraciones incoherentes de su situación en un determinado momento, reflexiones sobre la vida en el mar, o incluso algún poema. Este, por ejemplo, lo escribió después de que un búho empapado y estremecido de frío se hubiera posado

un rato en una jarcia, llevándole a pensar que podría ser el ejemplar debilucho de un vuelo migratorio, «un inadaptado, destinado con toda probabilidad, al igual que muchos de sus equivalentes humanos, a morir en soledad y anónimamente, sin que lo viera ningún otro ejemplar de su especie»:

Compadécete del inadaptado, que lucha con el corazón a punto de estallar; ni rastro de sentido común, su vuelo tampoco es normal.

Compadécete, compadécete de él. Pero compadécete aún más de quien no ve el brillo de la luz del inadaptado que le guía al final.

Pero, después, cuando el horror de aquella situación empezó a pesarle cada vez más, las entradas en los diarios de Crowhurst se hicieron aún más extrañas. Aparte del extremo aislamiento al que se estaba sometiendo (meses de total soledad, sin nada más que la ondulante inmensidad del mar a los dos lados con la que distraer la vista), también iba tomando conciencia de que, si proseguía con aquella patraña, iba a tener que vivir una mentira enorme el resto de su vida. Una cosa sería contarles mentiras a los periodistas, o incluso a los amigos de los bares de clubs marítimos (narraciones emocionantes de sus portentosas aventuras en alta mar: los horrores de los Mares del Sur, la euforia de rodear el Cabo de Hornos; Crowhurst podía inventarse las que quisiera), pero ¿qué iba a contarle a su mujer, por ejemplo? ¿Podría seguir viviendo en la mentira a su lado, noche tras noche, sabiendo que su amor y admiración por él se basaban en parte en actos de heroísmo que, como se había demostrado a sí mismo, estaba muy lejos de ser capaz de realizar? ¿Podría seguir ocultándole la verdad durante los siguientes cuarenta o cincuenta años? He escrito antes la «espantosa intimidad» de su cabina. ¿Las mentiras de Crowhurst podrían subsistir en la aún más espantosa intimidad de su vida familiar?

Y entonces, unos meses después, casi al final de la regata, la situación se hizo todavía más desesperante. Se vio destruido, en realidad, por el propio éxito de sus propias patrañas y exageraciones. Porque, cuando ya había retomado la competición, y telegrafiado su posición a un perplejo Rodney Hallworth (que había dado por hecho, al llevar meses sin noticias de Crowhurst, que debía de estar muerto), se informó por radio de su supuesto avance a Nigel Tetley, en aquel momento el único navegante aparte de Robin Knox-Johnston, que seguía en la regata. (Hay que destacar que Moitessier había rodeado el Cabo de Hornos bastante rápido, pero le había vuelto totalmente la espalda a la competición, alegando que el premio en metálico y la publicidad correspondiente eran una afrenta a sus valores espirituales). En ese momento estaba claro que Knox-Johnston ganaría el premio por regresar el primero a casa; el problema era que había salido meses antes que los demás, así que no iba a ganar el de 5000 libras por la circunnavegación *más rápida*. Ahora parecía que aquello se decidiría entre Tetley y Crowhurst. Tetley iba a la cabeza, aunque Crowhurst (aparentemente) se le iba acercando a toda velocidad. Tetley decidió que no podía arriesgarse. Empezó a forzar cada vez más su propio trimarán (el irónicamente llamado *Vencedor*) en el tramo final. Pero ya se había dañado mucho en

los Mares del Sur, y se estaba desintegrando. Una noche a altas horas (mientras estaba durmiendo) la proa de babor se soltó y abrió un agujero en la proa del casco principal. El barco comenzó a inundarse, y él se dio cuenta inmediatamente de que no había nada que hacer aparte de mandar un mensaje de socorro y abandonar la embarcación. Cogió sus rollos de película fotográfica, sus diarios de a bordo y su transmisor de radio de emergencia, se metió en el bote salvavidas, y se pasó la mayor parte del día yendo angustiosamente a la deriva en el Atlántico, hasta que un avión americano de rescate apareció al anochecer para recogerlo. Para Tetley había acabado la regata y su sueño se había hecho pedazos.

Pero para Crowhurst eso también era lo peor que podía haber pasado. Significaba que sería el claro vencedor del premio por el viaje más rápido y, por tanto, el centro de atención de los medios. Rodney Hallworth ya le estaba telegrafando para contarle la bienvenida con honores de héroe que lo esperaba: los helicópteros dando vueltas en el cielo, los equipos de televisión, los barcos llenos de reporteros. Pronto se estudiarían sus cuadernos de bitácora con el más mínimo detalle; y él en el fondo debía de saber que no pasarían la prueba. Y una vez se hubiera descubierto el fraude, ¿cómo iba a sobrevivir? Stanley Best querría que le devolviese el dinero. Y en cuanto a Hallworth, sería el hazmerreír de todo el mundo. Su propio matrimonio podría venirse abajo con tanta tensión.

Enfrentado a la imposibilidad de su situación (percatándose de que su arriesgada «Tercera Vía» se había convertido simplemente en otro callejón sin salida), Crowhurst se dio por vencido. En vez de apurarse, empezó a bordear la costa. Fue a parar a los Doldrums, y dejó que el velero se abriese camino trabajosamente en esas aguas estancadas, infestadas de algas, desatendido, mientras él permanecía bajo cubierta, desnudo con aquel calor asfixiante, intentando reparar metódicamente su transmisor de radio estropeado; tarea que implicaba reconstruirlo desde cero, a riesgo de causarle serios daños eléctricos con su soldador, y que le llevó casi dos semanas. Pero por lo menos ese trabajo lo distrajo por un tiempo de tanta introspección. Cuando lo terminó, en los días calurosos y solitarios que le siguieron, Crowhurst dejó a un lado todos los pensamientos sobre la acogida que le esperaba en su país, y se aisló en un mundo imaginario de especulación pseudofilosófica. Inspirado por el único libro que se le había ocurrido llevarse durante el viaje (*La teoría de la relatividad* de Einstein), se dedicó a verter palabras en las hojas de sus diarios de a bordo, marcando tanto las letras con el lápiz que a menudo rompió el papel. Miles y miles de palabras. Vistas desde ahora, muestran con extremo detalle el proceso de una mente desenvolviéndose bajo presión. Empezó por abordar uno de los grandes enigmas matemáticos, el número imposible: la raíz cuadrada de menos uno.

Introduzco esta idea de la raíz cuadrada de menos uno porque lleva directamente al oscuro túnel del continuo espacio-tiempo, y cuando la tecnología salga de ese túnel «el mundo se acabará» (yo creo que en el año 2000, como se ha profetizado muchas veces), en el sentido de que tendremos acceso a medios de existencia «extracorpórea», convirtiendo la necesidad de la existencia física en algo superfluo.

Prosiguiendo con el tema, pero ahondando aún más en la fantasía, empezó a creer que la especie humana estaba al borde de una enorme transformación, que unos cuantos elegidos, como él, pronto mutarían en una «segunda generación de seres cósmicos» que existirían completamente al margen del mundo material, pensando y comunicándose de una forma que sería totalmente abstracta y etérea, atravesando los límites del espacio, de modo que ya no habría necesidad de tener una relación física y corpórea con otras personas. Y al ser el portador de esta novedad trascendental, comenzó a verse a sí mismo como una personalidad de gran importancia, una especie de Mesías, aunque fuera consciente de que, para el resto del mundo, siempre parecería algo mucho menos importante; se resignó a que lo consideraran un «Inadaptado»: «El Inadaptado excluido del sistema; la libertad de abandonar el sistema». Al final, el último día de su vida, sus garabatos aún se volvieron más incoherentes y abstractos («solo puede haber una belleza perfecta, / la enorme belleza de la verdad»), y la sensación de haber pecado, haber mentido, haber decepcionado a todo el mundo se hizo aplastante.

*Soy lo que soy  
y veo la naturaleza de mi ofensa*

En sus últimos escritos, Crowhurst también se había obsesionado con el tiempo; tras meses anotando su posición verdadera y su posición ficticia sobre la superficie de la Tierra, tal vez se había hartado de pensar en términos de dimensión espacial. Había empezado a encabezar cada frase con una anotación exacta del momento en que la estaba escribiendo. Así que sabemos que fue en determinado momento, entre las 10.29 y las 11.15 del 1 de julio de 1969 cuando escribió las que fueron prácticamente sus últimas palabras:

Se ha acabado...  
Se ha acabado...  
ES LA MISERICORDIA

Y luego, tras garabatear unas cuantas frases atormentadas más, cogió su cronómetro y el cuaderno que contenía el registro falso, se subió a la popa del *Teignmouth Electron* y desapareció, sin que nadie volviera a verlo.

No estábamos faltos de héroes reales en el verano de 1969. La noticia de que se había descubierto el velero de Crowhurst en medio del mar, y de que él había desaparecido y probablemente estaría muerto, apareció en los periódicos del domingo 13 de julio. Dos semanas después, el 27, volvió a copar los titulares, pero esta vez ya se habían leído sus diarios, se había desenmascarado el fraude, y todas las historias giraban en torno a su intento de colarles una auténtica patraña al *Sunday Times* y al público inglés. Leí aquellas historias con auténtica estupefacción, recuerdo, y quizás con

cierta sensación juvenil de traición. Pero entonces, entre medias de aquellos dos domingos, el 20 de julio de 1969, apareció otra historia, también relacionada con la necesidad humana de exploración, de gestas heroicas, de redefinir la propia posición en una dimensión espacial: Neil Armstrong se convirtió en el primer ser humano que pisó la luna.

Fue un verano de prodigios, por decirlo así. Pero curiosamente el prodigio de mi héroe de antaño, Donald Crowhurst, y su trágica caída es el que he conservado en la memoria y el que me ha obsesionado con más insistencia durante años. Que es por lo que ahora me fascina ver cómo a otras personas (incluida Tacita Dean) también las ha obsesionado. Me pregunto dónde residirá su capacidad de resonancia. Al fin y al cabo, Crowhurst es una figura difícilmente admirable. Los hombres que obtuvieron mayor prestigio gracias a la epopeya de la Golden Globe fueron Knox-Johnston y Moitessier. La historia más desgarradora, en cierta forma, es la de Nigel Tetley, el «hombre olvidado» de la carrera, que a punto estuvo de embolsarse el premio de 5000 libras, y que sin llamar la atención (y sin dejar ninguna nota ni ningún rastro de titular en la prensa) se suicidó en un bosque cerca de Dover dos años después.

Así que... ¿por qué Donald Crowhurst? O, por expresarlo de otra manera, ¿qué es lo que dice de nuestra propia época, la época en que vivimos ahora, que nos resulte más fácil identificarnos, en vez de con Robin Knox-Johnston (un deportista casi cómicamente testarudo, intrépido y patriota), con una figura de una talla mucho menor: un hombre que se engañó a sí mismo y a los que le rodeaban, un hombre insignificante cercado por la angustia de una desesperada crisis existencial, un embustero atormentado?

Bueno, Poppy, seguro que no vamos a encontrar la respuesta a estas preguntas durante nuestra visita a la exposición el sábado. Y siento haberte escrito tan largo y tendido sobre un tema que, aunque siempre ha sido muy importante para mí, es imposible que a ti, y probablemente a cualquiera de tu generación, os toque tan de cerca. Pero creo que será una mañana interesante de todas formas, y espero que luego disfrutemos de una buena comida. En cualquier caso, van a bajar las temperaturas este fin de semana, así que no podremos comer al aire libre. ¡No te olvides de traerte la bufanda y los guantes!

Tengo muchas ganas de volver a verte.

Tu tío, que te quiere siempre,

*Clive*

Cuando terminé de leer esa carta por primera vez, tenía el hombro izquierdo dormido por el peso de la cabeza de Poppy apoyada en él. La aparté con suavidad, e instintivamente ella cambió de postura, apoyándose contra el otro lado del asiento, lejos de mí. Cogí su almohada y, levantándole la parte de atrás de la cabeza con cuidado, la deslicé por debajo, hasta que ella encontró un nuevo acomodo. Tenía la boca medio abierta y una burbujita de saliva en una comisura. Le coloqué bien la manta de viaje, asegurándome de que le cubría los dos hombros, y se la remetí por los bordes del cuerpo. Soltó un pequeño suspiro y se sumió aún más profundamente en un sueño tranquilo.

Me levanté, me froté los ojos y me quedé escuchando un rato el ronroneo continuo de los motores del avión. La mayoría de los pasajeros iban dormidos, y las luces de la cabina emitían una especie de resplandor crepuscular extraño y apagado. En la pantalla de delante, un mapa siempre cambiante mostraba el progreso del avión en dirección a Londres: decía que en ese momento estábamos sobre el Mar de Arabia, a unos cientos de kilómetros al oeste de Bangalore. Como me pasa con todo lo tecnológico, no tenía ni idea de cómo funcionaba aquel aparato asombroso. Hacía cuarenta años, por lo visto Donald Crowhurst había podido ocultarse durante meses en medio del Atlántico, un puntito en el mar, rodeado de infinitas millas de mar abierto, pero de alguna manera invisible para todos los habitantes del planeta. Actualmente, en cambio, a saber cuántos satélites en órbita apuntaban hacia nosotros minuto a minuto, señalando con una velocidad y una precisión increíbles nuestra posición. Ya no había intimidad que valiera. Nunca estábamos realmente solos. Eso debería haberme consolado, la verdad (ya había tenido suficiente soledad —más que suficiente— durante los últimos meses), pero, no sé por qué, no fue así. Al fin y al cabo, incluso cuando había estado a cientos de millas en alta mar, incluso cuando había habido océanos enteros separándolos, Crowhurst había seguido unido a su mujer por invisibles ataduras de sentimiento. Podía haber estado seguro, casi en cualquier momento del día o de la noche, de que ella estaba pensando en él. Y, sin embargo, ahí me tenían a mí, con una chica amable y cariñosa sentada a mi derecha, dormida a mi lado (la cosa más íntima, y que demuestra mayor confianza, que uno puede hacer con otra persona, pienso a veces), y la triste verdad era que cualquier cercanía que se diera entre nosotros sería probablemente pasajera. Al final del vuelo, seguramente habría desaparecido.

Volví a leer la carta del tío de Poppy durante esas horas de vigilia, y después una tercera vez. Me dejó con más preguntas que respuestas. ¿Donald Crowhurst había sido un cobarde por hacer lo que hizo? Me costaba verlo de esa forma. Solo tenía treinta y seis años cuando había iniciado su viaje y, por mi parte, yo seguía sintiéndome un niño en comparación con él, a pesar de que ya tenía cuarenta y ocho



(había celebrado mi cumpleaños en Australia quince días antes, en un restaurante griego económico de Sidney, esforzándome por mantener una conversación con mi padre, como de costumbre). Ser el dueño de un barco como aquel (sin contar el convencerte a ti mismo —y a otros— de que podías pilotarlo en solitario alrededor del globo, surcando los mares más peligrosos de la Tierra) indicaba... ¿autoengaño tal vez? No, no creía que Crowhurst se hubiera engañado. Todo lo contrario: para los baremos de hoy en día, parecía casi inconcebiblemente maduro y seguro de sí mismo. ¿Treinta y seis años? Cuando yo tenía treinta y tantos, aún me atormentaba (como la mayoría de mis amigos) con la idea de si estaba preparado para tener hijos o no. Crowhurst había superado eso hacía tiempo: ya tenía cuatro. ¿Qué pasaba con mi generación? ¿Por qué tardábamos tanto en crecer? Nuestra infancia parecía durar hasta bien entrada la veintena. A los cuarenta todavía éramos adolescentes. ¿Por qué nos llevaba tanto tiempo hacernos cargo de nosotros mismos, y ya no digamos de nuestros hijos?

Bostecé y sentí que empezaban a pesarme los párpados. La batería del ordenador de Poppy casi se había agotado también: le quedaban ocho minutos, decía el medidor. Apreté la tecla de *siguiente* en el visor de fotografías y fax, y miré por última vez las fotos de Donald Crowhurst que ella había escaneado. No acababa de saber qué, pero había algo en ellas que me molestaba, algo que me desasosegaba un poco. Además de la foto del barco abandonado, había tres más. Crowhurst con su impermeable, soltando amarras en Teignmouth: la escena que había presenciado el propio tío de Poppy; Crowhurst hacia el final de su viaje, un autorretrato con bigote y una cara distinta, curtida por el sol; y por último Crowhurst con un aspecto asombrosamente joven en tierra firme, ante las cámaras de la BBC, mientras lo entrevistaban antes de su partida.

La última era una ampliación, y era la más inquietante. No miraba directamente a la cámara, sino hacia abajo, perdido en sus pensamientos angustiosos. Se estaba mordiendo con cierto nerviosismo el nudillo del pulgar. Ahí ya parecía un hombre atormentado, como si fuera perfectamente consciente de que la imagen que estaba dando al mundo era falsa; de que la verdad que se escondía detrás era más oscura, más peligrosa, y demasiado dolorosa para enfrentarse a ella. Esa era la foto, definitivamente: la foto que me desasosegaba tanto. ¿Pero por qué me producía tanta impresión?

Entonces me di cuenta. Claro, era evidente, ahora que me había fijado. Era la viva imagen de mi padre.

# Watford-Reading

La echaba de menos.

Ya la echaba de menos.

Poppy se había ido hacía un cuarto de hora y ya la echaba de menos terriblemente.

¿Debería interpretar de alguna manera el hecho de que no hubiera querido venirse a tomar un café conmigo? Pues claro que no. Había tenido un vuelo muy largo, estaba cansada y le apetecía irse a casa. Nos habíamos despedido en la zona de recogida de equipajes. Un mal sitio para decirse adiós. Ruidoso, caótico, agobiante. Pero ella solo llevaba equipaje de mano, y yo tenía que esperar a que apareciera mi maleta en la cinta transportadora, así que tuvo que ser allí. Al final recogí mi maleta, la llevé rodando hasta fuera, vi la cola de los taxis (en la que había por lo menos cincuenta personas) y la volví a meter dentro rodando.

Subí en la escalera mecánica hasta la sala de espera de salidas y pedí un capuchino. Creo que era la bebida más caliente que me han servido en la vida. Pasaron veinte minutos antes de que me atreviera a posar mis labios en ella. Mientras tanto, me quedé observando las idas y venidas de los demás pasajeros. Por lo visto nadie, aparte de mí, viajaba solo. Lo cual no podía ser cierto, objetivamente hablando, pero era la sensación que me daba esa mañana. Al cabo de unos diez minutos, un hombre se sentó en la mesa de al lado. Parecía más o menos de mi edad, a pesar de que tenía el pelo gris, casi blanco; y estaba solo. Conque estaba a punto de decirle algo, aunque fuera solamente por el consuelo de volver a hablar con alguien, cuando aparecieron su mujer y sus dos hijas. Las dos hijas eran muy guapas. Supuse que la más pequeña tendría unos once años, y la mayor, doce o trece, cerca de la edad de Lucy. Las hijas eran muy pálidas; de hecho, toda la familia era muy pálida. Me quedé escuchando su conversación un rato. Él iba a pasar unos días en Moscú, y la familia había venido a despedirle. Por alguna razón, parecía que aquel viaje le ponía muy nervioso; su mujer intentaba tranquilizarlo, y no paraba de decirle cosas como: «Ya has hecho este tipo de cosas mil veces». Él comentó que iba a conceder montones de entrevistas, y me pregunté si sería famoso, pero no lo reconocí. Se marcharon a los diez minutos o así.

Mi capuchino seguía estando demasiado caliente para tomármelo. Cogí mi móvil y rescaté el número de Poppy de la memoria y me quedé mirándolo. Me gustaría haber sido capaz de sacarle una foto antes de que se fuera, pero sabía que habría parecido un poco raro pedirle ese favor. Le habría quitado las ganas. Así que, en vez de eso, lo único que tenía era el número de su móvil. Una cara, una personalidad, un par de ojos muy vivos, un cuerpo, un ser humano: todo reducido a once dígitos en una pantalla. Todo contenido, de alguna manera, en aquella combinación mágica de números. Mejor que nada, en cualquier caso. Por lo menos tenía alguna forma de

contactar con ella. Por lo menos ahora en mi vida estaba Poppy.

Le di un sorbo de prueba al capuchino que me habían servido veinticinco minutos antes, pegué un respingo cuando aquel líquido todavía abrasador me produjo ardientes punzadas de dolor en los labios, la lengua y el paladar, y lo dejé por imposible. Saqué mi maleta de debajo de la mesa y fui a probar suerte otra vez en la cola de los taxis.

Eran alrededor de las nueve cuando me iba acercando a casa. Iba apoltronado en la parte trasera del taxi, mirando por la ventanilla el aspecto monocromo y lúgubre de la parte urbana de Hertfordshire con ojos somnolientos. Era la tercera semana de febrero de 2009, el cielo estaba lleno de nubes y el mundo nunca me había parecido más gris o más frío que aquella mañana. Pensé en el país que había dejado atrás, tan lleno de calor, de color, de vitalidad. El azul intenso del cielo de verano en Sidney, el deslumbrante juego de la luz en las aguas de la bahía. Y ahora aquello. Watford: lluvioso y barrido por el viento.

—Déjeme aquí, si hace el favor —le dije al taxista.

Se me quedó mirando, un tanto desconcertado, mientras sacaba mi maleta de un tirón de la parte delantera del taxi y le pagaba la carrera (cincuenta libras, más la propina). Pero sabía (aunque solo fuera posponer el momento fatal) que aún no podía irme a casa. Todavía necesitaba un poco más de tiempo para coger fuerzas. Así que volví a llevar rodando la maleta detrás de mí, mientras torcía a la izquierda por Lower High Street y subía por Watford Field Road. Cuando llegué al propio Field, me desplomé sobre un banco. Los travesaños de madera estaban mojados y noté cómo la humedad me iba empapando los pantalones, los calzoncillos y la piel. Me daba igual. Mi casa quedaba a menos de un kilómetro, y llegaría enseguida, pero mientras tanto quería quedarme sentado y pensar, y observar a la gente que iba camino del trabajo; para comprobar, supongo, si seguía sintiendo algún tipo de vínculo con aquella gente: mis colegas humanos, mis colegas británicos, mis colegas watfordianos.

Me estaba costando.

Debió de pasar una persona por delante de mi banco cada medio minuto más o menos, pero nadie me dijo hola, ni me saludó con la cabeza, ni tan siquiera me miró a los ojos. De hecho, cada vez que yo trataba de mirarles a los suyos o ponía cara de que estaba a punto de dirigirles la palabra, apartaban la vista aposta rápidamente y apretaban el paso. Cualquiera pensaría que eso sucedía especialmente con las mujeres, pero no era así; los hombres parecían igual de asustados ante la perspectiva de que un desconocido intentase trabar relación con ellos, aunque fuera de pasada. Daba que pensar ver cómo incluso la más mínima chispa de humanidad que trataba de encender entre nosotros hacía que me volvieran la espalda y salieran huyendo despavoridos.

Para quienes no conozcan Watford Field, es un trocito de parque que seguramente

no tendrá más de 200 metros de lado, y que queda cerca de las dos vías principales, Waterfields Way y Wiggenhall Road, así que el ruido del tráfico es casi constante. No es exactamente un oasis, pero supongo que hoy en día hay que valorar cualquier espacio verde donde uno se pueda batir en retirada. Al cabo de un rato empecé a sentirme extrañamente a gusto aquella mañana, y a pesar del frío y la humedad me quedé sentado mucho más tiempo del que tenía pensado. A medida que se fue haciendo más tarde, claro, empezó a pasar cada vez menos gente. Enseguida llegó un momento en el que llevaba diez minutos sin ver a nadie. Y ya hacía más de una hora desde que había hablado con alguien, si se puede llamar propiamente hablar a haberme despedido del taxista mascullando unas palabras. Seguramente ya era hora de darme por vencido y afrontar el amenazante vacío de mi casa.

Entonces apareció un hombre doblando la esquina de Farthing Close, en dirección a mí. Y hubo algo en la vacilación de sus pasos, en la ambigüedad de su manera de moverse, que me hizo pensar que me podría servir. Tendría unos veintitantos años y llevaba un polar azul marino y unos vaqueros estrechos lavados a la piedra. Tenía una espesa mata de pelo negro y rizo, y lo que parecía un asomo de bigote (bastante incierto, como todo lo demás en él). Iba mirando alrededor con cierta perplejidad, y un par de veces, antes de llegar a mi banco, se paró, se volvió y miró a lo lejos, como analizando caminos alternativos que podía haber tomado. Evidentemente, se había perdido. Sí, era eso, ¡se había perdido! ¿Y qué hacía la gente cuando se perdía? Se paraban a preguntar. Eso era lo que iba a hacer. Probablemente quería llegar a la estación de tren de High Street. O tal vez al Hospital General. Ambas cosas quedaban cerca. Me iba a preguntar cómo llegar hasta allí, y entablaríamos conversación. Hasta podía imaginarme cómo sería la conversación. Incluso antes de que me hubiera dirigido la palabra, la estuve ensayando en mi cabeza. «¿Adónde vas, compañero? ¿A la estación? Pues la estación de High Street está doblando la esquina; pero, si quieres ir a Londres, mejor que vayas a Watford Junction. Está a unos diez o quince minutos de aquí. Tienes que seguir todo derecho por esta calle, retomar Lower High Street, y luego torcer a la izquierda y seguir todo derecho hasta que llegues a un gran cruce con la carretera de circunvalación».

Ya oía sus pasos acelerándose rápidamente, y hasta su respiración, que era irregular y ansiosa. Vi que casi me había alcanzado. Y que no tenía una pinta tan amistosa como yo me había imaginado.

«Luego cruzas la carretera de circunvalación», proseguí en silencio a pesar de todo, «y pasas por delante de la entrada del Harlequin a tu derecha, y del enorme Waterstone's...».

—Deme su teléfono.

Mi voz interior se paró de golpe.

—¿Qué?

Levanté la vista y le vi mirándome furioso, con una expresión mezcla de malevolencia y de pánico.

—Deme su puto móvil. Ya.

Sin añadir ni una palabra, metí la mano en el pantalón y traté de sacar el móvil. Los pantalones me quedaban apretados y no era fácil.

—Lo siento —dije, retorciéndome y forcejeando—. Parece que no quiere salir.

—¡No me mire! —me gritó el hombre; la verdad es que más bien parecía un chaval—. ¡No se quede con mi cara!

Yo casi había conseguido sacar el móvil del bolsillo. Qué irónico: mi último teléfono había sido un Nokia de línea superfina que habría salido fácilmente. Me había pasado a este Sony Ericsson más gordo porque era mejor para reproducir mp3. Aunque no me pareció el momento más adecuado para ponerme a explicarlo.

—Aquí tienes —le dije, y le di el móvil. Me lo arrebató bruscamente—. ¿Querías algo más? Quiero decir... dinero, tarjetas de crédito.

—¡Que te den! —me gritó, y salió corriendo por Farthing Way, en la misma dirección por la que había venido.

Había ocurrido todo en unos segundos. Me volví a recostar en el banco y vi cómo desaparecía a lo lejos. Estaba temblando un poco, pero enseguida me tranquilicé. Mi primer impulso fue marcar el 999 y llamar a la policía, pero entonces me di cuenta de que ya no tenía teléfono con el que hacerlo. El segundo fue ponerme a arrastrar la maleta hasta mi casa y pararme en alguna tienda de barrio por el camino, para comprar algo de leche y poder hacerme una taza de té cuando llegara. Curiosamente, más que preocupado por la pérdida de mi teléfono (que tenía un seguro de robo, de todas formas), estaba desilusionado por el hecho de que mi anhelado momento de contacto humano no hubiera sido el éxito que yo esperaba.

Justo en ese momento, volví a oír que alguien se acercaba. Esta vez, corriendo. Y la misma respiración jadeante y desacompasada. Era mi ladrón. Pasó corriendo por delante de mi banco, sin hacerme ni caso, luego se paró en seco, miró hacia los lados y se pasó una mano por el pelo.

—Mierda —decía—. ¡Mierda!

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Giró en redondo.

—¿Eh?

Me miró con más atención y se percató, creo, por primera vez de que yo era la misma persona a la que acababa de robarle el teléfono.

—¿Qué pasa? —repetí.

Le llevó otro poco valorar la situación y decidir que no estaba tratando de liarle. Entonces dijo:

—Me he perdido, tío. Me he perdido completamente, joder. ¿Por dónde se va a la estación?

Mi corazón revivió al escuchar esas palabras.

—Bueno, hay dos estaciones. ¿Adónde quieres ir?

—Al centro de Londres, tío. Tengo que volver a Londres ya.

—Entonces mejor Watford Junction. Está a unos diez o quince minutos de aquí. Tienes que seguir todo derecho por esta calle, retomar Lower High Street, y luego torcer a la izquierda y seguir todo derecho hasta que llegues a un gran cruce con la carretera de circunvalación.

—La carretera de circunvalación, ¿eh? Donde están todos esos semáforos.

—Exacto. Luego cruzas la carretera de circunvalación y pasas por delante de la entrada del Harlequin a tu derecha, y del enorme Waterstone's...

—Vale, vale... Conozco el Harlequin. Ya sé ir desde allí. Estupendo, tío. Genial. Ya me he aclarado.

—Encantado de servirte de ayuda —dije, sonriéndole abiertamente esta vez.

Pero fue un error, porque le hizo gritar:

—Y no me mires a la cara, tío, no *te atrevas* a mirarme a la puta cara —antes de darse la vuelta y salir corriendo a la velocidad de un atleta hacia el borde del Field y la calle que llevaba a Lower High Street.

Debía de tener un desfase horario muy serio, porque me costaba pensar. Mientras me iba acercando como podía hasta la tienda de barrio, lo único que pensaba del robo era: «Qué buena historia para contársela a Poppy»; y de hecho estaba tan encantado con tener una historia que contarle, tan encantado de tener ya una excusa para ponerme en contacto con ella esa misma mañana, que me dediqué a ir redactando mentalmente, la mar de feliz, un extravagante y deprimente sms sobre lo ocurrido. Hasta que llegué a la tienda y posé la maleta en el suelo delante de la entrada no me di cuenta de que no podía mandarle un mensaje, porque ya no tenía móvil, y además, como ya no tenía móvil, ya no tenía su teléfono, ni ninguna manera de ponerme en contacto con ella.

Así que no había nada que hacer.

Entré a comprar leche.

Mientras empujaba la puerta principal de mi casa, esperaba sentir el peso muerto de un montón de correo basura detrás. Pero no había tanto. Poco más de diez sobres. Para ser sincero, me había esperado más, tras una ausencia de tres semanas.

Después de dejar la maleta en el hall, recogí las cartas del suelo y me las llevé al cuarto de estar, que estaba helado. Ni que decir tiene que no se oía el ruido de ninguna radio saliendo de la cocina, ni llegaba hasta el hall ninguna ráfaga de olor a café recién hecho. Caroline y Lucy estaban (como muy bien sabía) a más de trescientos kilómetros. A lo mejor alguna carta de aquellas era suya, de todas maneras. Al principio, cuando se fueron, Lucy solía escribirme bastante a menudo (cada par de semanas, más o menos), normalmente adjuntándome algún dibujo, o un collage, o una redacción que había hecho en el colegio. Pero las cartas se habían ido espaciando últimamente. Me parecía que la última vez que había recibido una había sido en noviembre... A ver... Examiné rápidamente los sobres, y enseguida vi que no había nada de ella. Tres facturas de tarjetas de crédito. Cartas de las compañías del gas y de la luz haciéndome alguna oferta. Informes del banco, facturas del móvil. La mierda de siempre. Nada de interés.

Entré en la cocina para encender la calefacción y poner a hervir la tetera, y mientras estaba allí de pie le eché un vistazo al contestador automático colgado de la pared. Había un número parpadeando: 5. ¿Cinco mensajes telefónicos, cuando llevaba fuera casi un mes? Qué cosa más ridícula. ¿Me atrevería a escucharlos?

Mientras me armaba de valor, subí al dormitorio de atrás para encender mi ordenador. Como siempre, el truco estaba en entrar en la habitación y hacer lo que tuviera que hacer allí sin mirar realmente a mi alrededor. A esas alturas se me daba muy bien. Tenía que hacerlo de esa forma, porque aquel había sido el dormitorio de Lucy. Lo lógico habría sido redecorarlo después de que Caroline y ella se hubieran ido, pero no había sido capaz de ponerme a ello; al menos, de momento. Así que seguía teniendo el papel pintado rosa, de niña, que le gustaba a ella, y las marcas de masilla adhesiva en la pared donde solía pegar todos los pósters de sus revistas de animales: grandes primeros planos de hámsters durmiendo y wombats increíblemente bonitos, y esas cosas. Afortunadamente, por lo menos los pósters habían desaparecido. Pero el propio papel pintado era un doloroso recordatorio. A lo mejor esa era la semana adecuada para hacer algo con él. No hacía falta quitarlo, podía pintar por encima: tres o cuatro capas de pintura blanca con brillo deberían ser suficientes para ocultar el dibujo de flores. Entretanto, me limitaba a mirar al frente, restringía mi campo de visión a las cosas en las que quería concentrarme. Así era más fácil.

De vuelta en la cocina, me hice un tazón de té cargado, y le di un par de sorbos antes de apretar la tecla de «Play» del contestador automático. Aunque mi estado de



trémula expectación duró poco. Había un mensaje de mi jefe, recordándome que tenía que acudir a una última reunión con la asistente de salud laboral pasados unos días. Había también dos mensajes de mi dentista: uno automático que me recordaba mi cita para una revisión semanas antes (de la que me había olvidado completamente), y otro de una persona real, dejado al día siguiente, preguntándome por qué no había aparecido, y recordándome que tendría que pagar la revisión de todas formas. Y luego había dos mensajes en blanco que consistían simplemente en un largo pitido electrónico, seguidos del ruido de alguien colgando el teléfono. Uno debía de ser de Caroline, claro, pero no podía marcar el 1471 para averiguarlo, porque ambas llamadas eran de una fecha anterior a los mensajes de mi dentista.

Eso por lo que se refería al teléfono.

Bueno, igual Facebook me animaba un poco. Al fin y al cabo, tenía más de setenta amigos en Facebook. Seguro que había habido alguna actividad mientras yo estaba fuera. Me tomé el té arriba, me acomodé delante del ordenador y accedí a mi página de inicio.

Nada.

Me quedé mirando la pantalla traumatizado. Ni un solo amigo me había mandado un mensaje ni había colgado nada en mi página en el último mes. Vamos, que aquello era la demostración de que ninguna de esas setenta personas se había acordado de mí ni una sola vez durante mi ausencia.

De repente sentí el estómago vacío. Me empezaron a picar los ojos: se me iban a saltar las lágrimas. Era todavía peor de lo que me podía haber imaginado.

Solo me quedaba una cosa: el correo electrónico. ¿Podría soportar abrir el Outlook Express? ¿Y si se repetía la historia en mi bandeja de entrada?

Mis dedos se movieron mecánicamente, como los de un robot, por el teclado. Agarré el ratón con la mano derecha, y no aparté la vista de la pantalla mientras aparecía el mensaje de bienvenida del programa, y luego los encabezamientos de la columna de «Asunto» de los correos recibidos anteriormente. Despacio, con el corazón en un puño, y un pozo de miedo abriéndose en mi barriga, moví el cursor por la pantalla y le di al letrero fatídico: «Enviar y recibir».

Apareció la ventana de diálogo. Los mensajes indicadores pasaron a toda velocidad. Buscando host. Conectando. Autorizando. Conectado. Después unos segundos de pausa, como si el ordenador estuviera tomándose el pelo y disfrutando de mi sufrimiento, hasta que... ¡SÍ! Qué alegría: «Recibiendo lista de mensajes del servidor», y casi no me lo podía creer, el primer mensaje venía acompañado del asombroso anuncio: «Recibiendo mensaje 1 de 137».

¡Ciento treinta y siete mensajes! Vaya, vaya. ¿Quién decía que ya a nadie le importaba Maxwell Sim? ¿Quién decía que no tenía amigos de verdad?

Junto al icono de mi bandeja de entrada, empezó a aumentar el número rápidamente. Veinte mensajes, sesenta, setenta y cinco..., se iban amontonando. Me iba a llevar todo el día leerlos. ¿De quién serían? ¿De Chris? ¿De Lucy? ¿De

Caroline? ¿O quizás incluso de mi padre, tratando de enmendar que mi visita a Australia hubiese resultado un fiasco?

Cerré los ojos un momento, respiré hondo, y luego comencé por los primeros mensajes, que decían:

¿Tu virilidad está en proceso de construcción?

Prueba la mágica pastilla azul

El vigor del interior de tus calzoncillos será invencible

Cuando tienes la herramienta grande, el resto del mundo te parece muy pequeño

Tu potente empalme excitará a las mujeres

Las cosas van muy mal cuando tu amiguito está muerto

Un monstruo erecto, duro como una roca

La manera más rápida de triunfar es recuperar tu hombría

Un instrumento fantástico te dará una fantástica reputación

Llévales ventaja a los demás tíos

Dales salchicha a las señoras

Bueno, paciencia, esos solo eran los diez primeros. Parecía que por alguna razón no había funcionado el filtro de spam. Pero tenía que haber algunos mensajes de verdad entre tantos distintos. ¿Cuáles eran los siguientes?

El amiguito del interior de tus calzoncillos bailoteará como si estuviera de fiesta

Estamos aquí para liberarte del tormento de la pequeñez

Tu rifle se pone firme, ¡y se quedan impresionadas!

¡Enróllate el mando de juego a la pierna!

Puedes renovar y recuperar la forma de tu juventud

La verdad que esconden 22 centímetros

¡No la vuelvas a decepcionar!

Ten una verga voluminosa

Lo llamarás Pedro el Grande

Participa en un maratón sexual con nuestra ayuda experta

El duro amiguito del interior de tus calzoncillos mirará al cielo

Amplía tu aparato

Dale el mejor combustible a tu cohete

Dios mío. No podía haber muchos más de ese estilo. ¿O sí?

La vida con una herramienta pequeña es patética y miserable

Aquello era un poco escabroso, desde luego. Además de todos los problemas que tenía en la vida, nunca se me había ocurrido que podía tener una «herramienta pequeña». Siempre me había considerado dentro de la media en ese aspecto, supongo. Y sin embargo ahora, ante aquella invasión, mi «amiguito» (como pasaría a llamarlo

a partir de entonces) empezaba a sentirse tan enclenque y encogido como un champiñón.

¿Harto de que tu amiguito mire al suelo?

¿Harto de terminar la noche solo con un beso?

¡Fornica como un macho!

Ahora ya no tienes que apagar las luces cuando te quitas los calzoncillos

Las mujeres te traerán la Luna para acostarse contigo

Conócela sexualmente por dentro completamente

A las mujeres les gusta que les den duro

Solo los grandes empalmes llegan al punto G

Tienes que ser un Hombre de Verdad con una gran dignidad

Consigue el plátano más grande

¡Ayúdala a encontrar la felicidad! ¡Líbrala del dolor!

¿Líbrala del dolor...? Este era curioso. A medida que esos encabezamientos iban pasando rápidamente en una especie de borrón, y que iba siendo evidente que esos eran los únicos mensajes que me habían mandado en las últimas tres semanas, me puse a divagar y a preguntarme si todo aquello me lo habrían mandado *auténticos* desconocidos, si realmente yo sería el receptor de la propaganda de las empresas farmacéuticas y las páginas porno por pura casualidad. Algunas de aquellas frases empezaban a adquirir un tinte casi filosófico. Hasta me pregunté si habría una especie de sabiduría encerrada en ellas: una sabiduría destinada a mí personalmente.

Recobra parte de tu juventud de nuevo

Lo cierto era que me gustaría...

¿Qué más te hace falta para ser el hombre perfecto?

Esa era una pregunta que me había hecho a mí mismo muchas veces. ¿Tendría la respuesta aquella gente?

Aprende a estar realmente dentro de ella

Eso era algo que nunca había aprendido con Caroline. Qué cierto. Cuánto mejor nos habría ido si hubiera aprendido a estar realmente dentro de ella.

Dale una firmeza de cemento

Una vez más, ¿era ahí donde me había equivocado? ¿Por eso la había dejado apartarse de mí? ¿Por falta de firmeza?

Ya llevaba cerca de cien mensajes. Y seguían entrando.

Tu amiguito inflexible mantendrá la cabeza bien alta

Las mujeres le cantarán odas al grandioso monstruo de tus calzoncillos

¡Consigue por fin la atención que mereces!

Olvida el pasado y céntrate en el futuro: crece ya

Ninguna mujer se atreverá a darte la espalda  
Nadie tiene la culpa de ese miembro lamentable, pero lo puedes cambiar  
Hola Max  
La flaccidez no será el problema de tu verga  
Aumentar tu herramienta masculina es como ganar una guerra  
El tamaño importa en el mundo real

Pero un momento... ¿Hola, Max? Eso no parecía spam.

Desplacé líneas frenéticamente con la rueda del ratón hasta aquel mensaje insólito, y lo volví a mirar. Era de Trevor, Trevor Paige. Y era un correo de verdad, de una persona de verdad. Le di a «abrir» y con un suspiro de alivio y de felicidad leí las palabras que en ese momento me parecieron tan elocuentes, tan conmovedoras y tan cargadas de gracia y de sentido como cualquier cosa que hubiera escrito Shakespeare o algún otro poeta.

hola max voy a watford este miércoles qué tal una cerveza recuerdos trev

Y tras leer el mensaje una y otra vez hasta que lo grabé a fuego en mi memoria, crucé los brazos sobre el teclado del ordenador, apoyé la cabeza en ellos y suspiré de sincera gratitud.

Al poco rato me fui a la cama. Tenía intención de combatir el desfase horario, si podía, pero estaba demasiado cansado. Me quedé dormido inmediatamente, aunque el sueño fue entrecortado, intranquilo.

¿Saben esa clase de sueño que está a medio camino entre el sueño y otra cosa? ¿Como si tu mente despierta se negara a quedarse quieta, y a pesar de estar agotada no acabara de permitirle a tu inconsciente tomar las riendas? Pues al principio fue así. No paraba de ver imágenes de mi antiguo compañero de colegio, Chris Byrne, y de su hermana Alison, pero no sabría decir si esas imágenes eran una ensoñación o un recuerdo. Éramos adolescentes, y yo estaba con los dos en el campo, en un sitio que no reconocí, rodeado de bosque. Chris llevaba el pelo largo, al estilo de los setenta, y parecía que ya estaba en edad de afeitarse: tenía un esbozo de barba en algunas zonas de la cara. Estaba sentado con las piernas cruzadas en una alfombra de hojas, tocando la guitarra, sin hacernos caso ni a Alison ni a mí. Había una extensión de agua resplandeciente en el borde del bosque, y Alison iba andando hacia ella. Mientras caminaba de espaldas a mí, agarró la parte de abajo de su camiseta y se la sacó despacio por la cabeza, seductoramente, dirigiéndome una mirada burlona. Debajo llevaba el sujetador de un bikini naranja. Tenía la piel suave, sin defectos, tostada por el sol.

La vecina de al lado sacó la basura al contenedor, y el golpe de la tapa me despertó bruscamente. Me incorporé en la cama y miré el reloj: las dos y media de la tarde. Me recosté en las almohadas y me quedé mirando al techo, totalmente despierto de repente. ¿Por qué había soñado con Chris y Alison, o me había parado a pensar siquiera en ellos? Seguro que era porque durante las últimas tres semanas, aparte de las demás cosas desagradables que había hecho, mi padre no había parado de preguntarme cómo le iba a Chris y si nos veíamos a menudo últimamente. Qué típico de él insistir sobre eso; qué típico de él aprovecharse (¿inconscientemente?) de uno de mis puntos débiles y pellizcarlo hasta casi hacerme perder los nervios cada vez que lo mencionaba. Por cierto, debería haber explicado esto antes, pero Chris era mi amigo más antiguo, de los tiempos de primaria en Birmingham. Me había mantenido en contacto con él bastante a menudo desde entonces, hasta hacía cinco años, cuando Caroline, Lucy y yo habíamos ido a pasar las vacaciones con Chris y su familia a Cahirciveen, en el condado de Kerry. Fueron unas vacaciones desastrosas; desastrosas por un accidente que tuvo su hijo Joe, del que salió muy mal parado. A raíz de este accidente, se les había echado la culpa a varias personas, se habían dicho cosas que no se debían haber dicho, y el resultado fue que Chris y su familia se marcharon antes de lo previsto y regresaron a Inglaterra en avión. Desde entonces, no había vuelto a contactar conmigo ni una sola vez. Seguramente estaba esperando que lo hiciera yo, pero yo no me sentía capaz porque..., bueno, quizás ahora no es el

momento de explicarlo. Es todo muy complicado. Y en cuanto a por qué los avatares de mi amistad con Chris tenían algún interés para mi padre («¿Qué tal está?», no dejaba de preguntarme. «¿Cuándo fue la última vez que lo viste?»), parecía que iba a seguir siendo uno de los misterios irresolubles de la vida.

Me quedé echado en la cama un rato más, pensando en aquella imagen de nosotros tres en el bosque. Entonces me di cuenta de dónde procedía: en el largo verano de 1976 (el verano de la sequía, como siempre lo recordará la gente de mi edad) nuestras dos familias habían ido juntas de acampada a los bosques lindantes con Coniston Water, en la región de los lagos. No me acordaba de mucho más sobre eso, salvo que mi padre había sacado un montón de fotos esa semana, que yo conservaba en un álbum en alguna parte. Sí, en el temido dormitorio trasero, si no me equivocaba.

Fui a buscar el álbum y me lo llevé al dormitorio; luego encendí la lámpara de la mesilla y me apoyé en una almohada. El álbum estaba encuadernado en piel de imitación azul marino, y las copias de dentro habían visto mejores días, porque ahora estaban muy descoloridas. Además, me había olvidado de lo mal fotógrafo que era mi padre. Quiero decir, seguro que las fotos eran buenas si te gustaban las fotografías de la naturaleza o los primeros planos exagerados de extraños trozos de roca cuyas texturas al descubierto habían disparado su imaginación; pero si querías recordar cómo habían sido esas vacaciones familiares, perdías el tiempo mirándolas. Pasé las hojas rápidamente con impaciencia, preguntándome por qué demonios no le había parecido adecuado sacar una sola foto de mí o de mi madre. O de cualquier otro ser humano, ya puestos. Aunque sabía que había por lo menos una foto de Chris y Alison allí dentro (una foto que me sabía de memoria, a pesar de que llevaba, como mínimo, diez años sin verla), y cuando al fin la encontré, en la última página del álbum, me di cuenta de que las imágenes que me habían venido a la cabeza en la cama esa mañana habían sido una mezcla curiosa: mitad recuerdos, mitad ensoñaciones. En esa foto, Chris y su hermana estaban de pie, con el agua hasta las rodillas, en una tarde gris y sin sol. Tenían el pelo mojado de nadar, y parecía que Alison en concreto estaba helada. Llevaba aquel bikini naranja, y el pelo rojizo que remataba aquel cuerpo juvenil uniformemente moreno, con un corte de chico (corto por los lados y por atrás).

Bostecé ruidosamente, y dejé caer el álbum de fotos sobre la colcha. Cuando hice eso, y la lámpara de mi mesilla de noche iluminó la foto de Chris y Alison desde otro ángulo, me fijé en una cosa curiosa: si la mirabas de cerca, se veía que la foto había sido doblada alguna vez por la mitad; tenía un pliegue apenas visible, que formaba una línea vertical justo en el medio. ¿Y eso por qué? Volví a bostezar, aparté el álbum, y estiré el brazo para apagar la lámpara. Era inútil ponerme a pensar en aquel estado. Sabía que seguía necesitando muchas más horas de sueño. Mi último pensamiento no fue para mi antigua amistad con Chris Byrne, ni para los complicados sentimientos que en su día había tenido hacia su hermana, sino para

Poppy. No acababa de creerme que ya no tuviera su número. Y ella ni siquiera me había dicho su apellido.

Volví a despertarme justo antes de las siete, y poco después hice algo de lo que me avergüenzo bastante, relacionado con mi ordenador y con internet. No pensaba comentarlo aquí, pero, bueno, supongo que la gracia está en que lo cuente todo, incluso las peores cosas, así que no puedo pasarlo por alto como si nada.

¿Pero cómo lo voy a explicar?

Tiene que ver con Caroline. Con Caroline y con lo mucho que sigo echándola de menos.

El caso es que (aparte del correo electrónico y el teléfono) tenía otro medio de contactar con Caroline: uno que solo usaba muy de cuando en cuando, sin embargo, porque usarlo me hacía sentirme un poco miserable y un poco cerdo, además de cabrearme un poco conmigo mismo. De todos modos, aún había momentos (momentos en los que la echaba muchísimo de menos, y en los que necesitaba algo más que una charla educada, rápidamente interrumpida, o un par de frases automáticas sobre los progresos de Lucy en el colegio) en los que emplear aquel método me parecía la única opción posible.

Empezó así.

Cuando estábamos casados, y Lucy tenía, creo, cinco o seis años, Caroline comenzó a usar internet mucho más que antes. Me parece que fue cuando a Lucy le salió una erupción muy fea alrededor de la base del cuello y Caroline se metió en la red para ver qué podía averiguar al respecto. En algún momento eso acabó llevándola a un sitio llamado «Red de las mamás», que estaba lleno de madres debatiendo sobre esa clase de problemas, comparando sus experiencias y ofreciendo soluciones. En cualquier caso, la erupción vino y se fue, pero estaba claro que en la «Red de las mamás» hablaban sobre muchas otras cosas, porque Caroline empezó enseguida a pasarse medio día metida allí. Al poco tiempo, creo recordar que le hice una pregunta bastante sarcástica sobre cuántas horas podía pasarse uno al día chateando sobre vacunas infantiles y sacaleches, y ella me contestó que en realidad escribía cosas en hilos sobre libros y política, música y economía y todo tipo de cosas, y que ya había hecho un montón de amigas *on line*. «¿Pero cómo van a ser tus amigas si nunca quedas con ellas?», le pregunté, y ella me explicó que aquella era una manera muy anticuada de verlo, y que si quería adaptarme al siglo XXI tendría que ponerme al día en la evolución del concepto de amistad a la luz de las nuevas tecnologías. La verdad es que no se me ocurrió ninguna respuesta para eso.

En definitiva, a lo mejor Caroline tenía razón. Quiero decir que, visto desde ahora, puedo entender por qué necesitaba meterse en la red para encontrarse con todas esas amigas y mantener todas esas discusiones. Desde luego, en casa no tenía oportunidad de hacerlo. Había intentado hacerse amiga de las otras madres del

colegio de Lucy, y en determinado momento hasta había intentado organizar un Grupo de Escritoras de aquella zona, pero por alguna razón las cosas no terminaron de funcionar. Ahora que lo pienso, debía de estar realmente sola. Yo siempre había esperado que se hiciese muy amiga de Janice, la mujer de Trevor, aunque supongo que eso no se puede forzar. Habría estado bien hacer cosas juntos en plan cuarteto de amigos, pero a Caroline nunca le apeteció demasiado. Y yo tampoco le servía de mucha ayuda, la verdad. Sabía perfectamente que, en el terreno intelectual, no estaba a su altura. Nunca leí tantos libros como ella, por ejemplo. Siempre estaba leyendo. Aunque no me interpreten mal, me gustan los libros tanto como a cualquiera. Cuando estás de vacaciones, por ejemplo, al lado de la piscina, tostándote al sol, no hay nada que me guste más que meter las narices en un libro. Pero para Caroline era más que eso. Como si leer se hubiera convertido en una obsesión. Solía ventilarse dos o tres libros a la semana. En su mayoría, novelas. Novelas «literarias» o «serias», creo que las llaman. «¿No empiezan a parecerte todas iguales después de un rato?», le pregunté una vez. «¿No es como si todas se te fundieran en una sola?». Pero me dijo que yo no sabía nada del tema. «Tú eres de esas personas», me soltó, «a las que un libro nunca les cambiará la vida». «¿Y por qué iba a tener que cambiarte la vida un libro?», le contesté. «Las cosas que te cambian la vida son cosas reales. Como casarte o tener niños». «Me refiero a que se te abran horizontes nuevos», me dijo, «a que se te eleve el nivel de conciencia». Era algo sobre lo que nunca íbamos a ponernos de acuerdo. Un par de veces intenté esforzarme un poco más en comprenderla, pero nunca acabé de entender adónde quería llegar. Recuerdo que le pedí que me diese algún consejo sobre libros que debería leer: libros que en potencia podrían cambiar mi vida. Me dijo que lo intentara con algunas novelas norteamericanas contemporáneas. «¿Como por ejemplo?», le pregunté. «Píllate uno de los libros del Conejo», me contestó; y unas horas después, cuando volví de la librería y le enseñé lo que había comprado, me dijo: «Estarás de broma, ¿no?». Era *La colina de Watership*<sup>[1]</sup>.

(Un libro estupendo, de hecho, si quieren saber mi opinión. Aunque tampoco es que me cambiara la vida.)

Pero supongo que me estoy desviando demasiado, para postergar el contarles lo realmente vergonzoso del caso, que es lo siguiente: después de romper, y de que Caroline y Lucy se hubieran vuelto a Cumbria, me uní a la «Red de las mamás». Me registré con el nombre de usuario «LizzieCostaSur» y fingí ser una madre soltera de Brighton con su propio negocio de fabricación de artículos de joyería y esas cosas. Evidentemente, sabía cuál era el nombre de usuario de Caroline, y puse especial interés en seguir los hilos donde veía que ella participaba. Poco a poco me fui dedicando a ser el siguiente que *posteaba* en el hilo, siempre que Caroline hacía una entrada. Continuaba comentando el tema que ella trataba, añadiendo a veces una pequeña salvedad o corrección solo por una mera cuestión de forma, pero coincidiendo normalmente con ella. A veces me costaba; sobre todo si el hilo (como



solía suceder) era sobre un libro o un escritor concreto, aunque en esos casos me limitaba a las generalidades e intentaba salirme por la tangente. Cuando ya llevaba haciéndolo varias semanas, y Caroline ya tenía que estar definitivamente al tanto de la existencia de LizzieCostaSur, quien a lo mejor hasta le producía cierta curiosidad, le mandé un mensaje privado diciéndole que mi nombre real era Liz Hammond, y que me gustaban muchos sus *posts*, y que me daba la sensación de que compartíamos muchos intereses, y que si le parecía bien que empezásemos a escribirnos personalmente, a través de e-mails. Ni siquiera estaba muy seguro de que fuera a contestarme; pero me contestó. Y la verdad es que me dejó muy asombrado.

Caroline y yo llevábamos juntos doce años. Y no mentiría si dijera que, en todo ese tiempo, no me escribió *nunca* (ni tan siquiera se dirigió a mí) con tanto cariño como se dirigió a Liz Hammond en ese primer correo. No lo voy a citar (a pesar de que casi me lo sé entero de memoria), pero les puedo asegurar que no se creerían la cordialidad, la simpatía, el *amor* que puso en aquellas palabras, aquellas palabras dirigidas a una completa desconocida. ¡Una completa desconocida *que ni siquiera existía*, por el amor de Dios! ¿Por qué no me había escrito nunca (por qué nunca me había *hablado*) de esa manera? Me quedé pasmado, y me sentí tan... *herido* que ni siquiera pude contestarle hasta que pasaron unos días. Y tengo que admitir que, cuando por fin conseguí contestarle, estaba un poco asustado. Era evidente que iba a ver otra faceta de Caroline si continuaba con aquella correspondencia, una faceta que ella jamás me había dejado entrever a lo largo de nuestro matrimonio. Tendría que acostumbrarme a eso. De todos modos, decidí no precipitar las cosas. Si Caroline y la inexistente Liz Hammond intimaban demasiado, o demasiado rápido, las cosas se volverían enseguida muy complicadas. No quería convertirme en su amiga íntima ni nada parecido. Solo quería que me mantuviera al día de esas cosas cotidianas que nunca iba a saber en mi papel de exmarido. Y eso fue más o menos lo que pasó. Aprendí a ignorar los celos que sentía cada vez que Caroline me mandaba un correo (la sensación de que era yo, el hombre que había estado casado con ella doce años, quien siempre había sido el auténtico desconocido por lo que a ella se refería), y en vez de eso, me limité a centrarme en las novedades de las que me iba enterando de esa forma: como que Lucy se hubiera puesto a estudiar clarinete, o que resultara que era buena en geografía, esa clase de cosas. A cambio yo le iba soltando gota a gota un poco de información a Caroline sobre mi yo imaginario, aunque a la vez estaba medio arrepentido de haber empezado todo aquello. Intercambiamos fotos unas cuantas veces, y en respuesta a la foto de ella y Lucy delante del árbol de Navidad (que yo había enmarcado, por cierto, para ponerla encima de la chimenea), saqué de internet una foto cualquiera de los hijos de otra persona, y le dije que eran mi niño y mi niña. No tenía por qué no creerme.

Todo esto suena muy triste contado así, ¿verdad? Pero, si he de ser honesto conmigo mismo, solo lo hacía cuando me encontraba especialmente desesperado; y esa era una de esas noches. Haber conocido a Poppy y luego perder el contacto con

ella tan rápido, cambiar Sidney por Watford dándome cuenta de que no estaba más cerca de mi padre de lo que había estado siempre, ser testigo de la muerte del pobre Charlie Hayward..., todas esas cosas me habían alterado y se habían combinado para que, esa noche de desfase horario, estuviera más deprimido que nunca. Necesitaba tener contacto con alguien otra vez, y ese alguien tenía que ser Caroline, y tenía que ser algo más que las frases de cumplido que me soltaría si la llamaba por teléfono para preguntarle cómo iba todo.

De todas maneras, no escribí un correo muy largo. Me disculpaba por mis tres semanas de silencio, diciéndole que se me había estropeado el ordenador y que habían tardado mucho en arreglármelo. Le conté que el negocio de joyería por encargo de Brighton empezaba a ir un poco mal porque se empezaba a notar la falta de créditos. Entré en la página del *Daily Telegraph* para echarle un vistazo a las noticias, y le pregunté si creía que el gobierno decía en serio que iban a prohibir las primas de los bancos. Todo eso sumaba unos tres párrafos, y de momento no me daba la cabeza para más. Me despedí diciéndole: «Cuídate y contéstame si puedes, Liz», y añadí un pequeño *smiley* amarillo.

Caroline me contestó como una hora más tarde. Era el acostumbrado e-mail cariñoso y sincero, lleno de novedades, de aquel curioso toque de humor, y de un montón de preguntas sobre cómo le iba a Liz, si creía que su negocio iba a salir adelante y demás. Cuando lo imprimí me salieron un par de páginas. Era el segundo trimestre de Lucy en su nuevo instituto de secundaria, y parecía que se estaba adaptando bien. Su nueva profesora de ciencias era «un auténtico encanto», por lo visto. Caroline acababa hablando un poco de sí misma en el último párrafo: decía que por fin se había puesto a escribir seguido, que iba todos los martes por la noche a un taller de literatura muy bueno que había encontrado en Kendal; y que si había conseguido ponerse de verdad era porque había empezado a escribir sobre sus propias experiencias (sobre todo historias de su matrimonio), pero que las redactaba en tercera persona, para proporcionarles una especie de «distancia y objetividad». Daba la casualidad de que acababa de terminar un relato corto en los dos últimos días. ¿A Liz le gustaría leerlo y hacerle una crítica que le pudiera servir de ayuda?

Debo reconocer que me revolvía el estómago estar haciendo aquello. Era como si anduviera husmeando en el cajón de la ropa interior o el cubo de la ropa sucia de Caroline. Aun así, la cosa tenía un cierto encanto horrible que me impedía volverme atrás. Me intrigaba que pudiera tenerle tanto cariño a una persona imaginaria (Liz) y tan poco a una de verdad (yo). De repente me acordé de la carta del tío de Poppy, y del momento en que describía el descenso de Donald Crowhurst a los abismos de la locura. ¿Qué era lo que había escrito en sus diarios de a bordo? Había empezado intentando averiguar la raíz cuadrada de menos uno, y eso le había llevado a una teoría delirante sobre personas que se transformaban en una «segunda generación de seres cósmicos» que se relacionaban los unos con los otros de una manera totalmente incorpórea, inmaterial. Pues a lo mejor no se había vuelto tan loco, a fin de cuentas.

Alrededor del año 2000, había vaticinado, ¿no es cierto? O sea, más o menos cuando todo el mundo empezó a usar internet. Un invento que ahora le permitía a alguien como Caroline ser amiga íntima de alguien que era producto de mi imaginación.

Aparté su correo, me froté los ojos y meneé con fuerza la cabeza. Qué manera de pensar más absurda... No quería seguir a Donald Crowhurst por aquel túnel oscuro, muchas gracias. Bajaría a hacerme una taza de té. Y cortarían de raíz aquella ridícula farsa sobre «Liz Hammond» ahora que aún estaba a tiempo. Aquel había sido mi último e-mail. No más subterfugios. No más simulacros.

De todas formas, sentía curiosidad por leer ese relato.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo Trevor—. Estás pensando que, en potencia, estamos al borde de una catástrofe económica. Justo al borde de un precipicio.

En realidad no era eso lo que estaba pensando. Estaba pensando que me alegraba de volver a ver a Trevor. Estaba pensando que su energía y su entusiasmo eran tan contagiosos como siempre. Estaba pensando que me encantaba estar sentado al lado de Lindsay Ashworth, la tercera e inesperada componente de nuestro equipo, a la que me había presentado como su «colega». Y también estaba pensando que nunca habría pensado que nadie (ni siquiera Trevor) se pudiera enrollar así, echándole tantas ganas, sobre cepillos de dientes: tema del que no se había desviado ni una sola vez en la media hora que llevábamos sentados en el bar del hotel.

—Bueno, andamos todos un poco nerviosos con la situación económica —continuó—. Las pequeñas empresas se están yendo al garete en todas partes. Pero tengo que decir que Cepillos de Dientes Guest se encuentra en una situación bastante buena. La cotización en el mercado es buena. Y la liquidez, excelente. Estamos seguros de que vamos a poder capear esta recesión. Lo cual no quiere decir que vayamos a dormirnos en los laureles. No he dicho eso. He dicho que estamos seguros, así que estamos tranquilos. ¿Verdad, Lindsay?

—Totalmente —dijo Lindsay con su ligero y mesurado acento escocés—. De hecho, Max, hoy Trevor ha hecho una observación muy buena sobre nuestra estrategia. ¿Te importa que te cite, Trevor?

—Venga, cítame.

—Pues la observación de Trevor era la siguiente. Aunque en realidad es más bien una pregunta. Bueno, tres, de hecho. Estamos abocados a una gran recesión global, Max. Así que déjame preguntarte una cosa: ¿vas a cambiar de coche este año?

—Lo dudo. La verdad es que apenas lo estoy usando.

—Exactamente. ¿Y piensas salir con tu familia al extranjero este verano, Max?

—Es que mi familia... pues... ya no vive conmigo. Supongo que se irán de vacaciones por su cuenta.

—Anótate un tanto. ¿Pero te los llevarías al extranjero si aún viviesen contigo?

—No, creo que no.

—Exacto. Así que, en vista de los problemas económicos actuales, no vas a cambiar de coche, y tampoco te vas a ir de vacaciones al extranjero. Pero dime una cosa Max. —Se inclinó hacia delante, como para darme el golpe de gracia—. *¿Estás planeando recortar gastos en tu higiene oral?*

Tuve que admitir que eso no entraba en mis planes.

—¡Exacto! —dijo—. La gente siempre se va a lavar los dientes y siempre necesitará cepillos de dientes. Ahí está lo bonito del humilde cepillo de dientes. Es un producto a prueba de recesiones.

—Pero —dijo Trevor, levantando el dedo índice—, como ya he dicho antes, eso no es un motivo para dormirse en los laureles. La higiene oral es un mercado muy competitivo.

—Muy competitivo —asintió Lindsay.

—Tremendamente competitivo. Repleto de peces muy gordos. Ahí tienes a Oral-B, a Colgate, a GlaxoSmithKline.

—Nombres con los que hay que contar —dijo Lindsay.

—Nombres gigantescos —dijo Trevor—. Son los Goliats del mercado de los cepillos de dientes.

—Buena imagen, Trevor.

—En realidad es de Alan.

—¿Quién es Alan? —pregunté.

—Alan Guest —me explicó Trevor— es el fundador, el propietario y el director gerente de Cepillos de Dientes Guest. Todo es idea suya. Antes trabajaba para una de esas grandes empresas, pero al cabo de un tiempo se dijo: «Hasta aquí hemos llegado. Tiene que haber una alternativa». Ya no quería tener nada que ver con los gigantes, ni con sus modelos de mercado. Quería ser David.

—¿Qué David? —preguntó Lindsay.

—David, el chaval que tuvo que pelear contra Goliat —le explicó Trevor, un poco molesto por la interrupción—. No sé cómo se apellidaría. En la historia no viene su apellido.

—Ah. Ya sé.

—Alan se dio cuenta —continuó Trevor— de que no podía enfrentarse a esas grandes empresas en su propio terreno. Las reglas del juego no eran las mismas para todos. Así que decidió fijarse otras metas. Tuvo una visión, y vio el futuro. Como Lázaro en el camino de Damasco.

—Ese resucitó de entre los muertos —dijo Lindsay.

—¿Qué?

—Que Lázaro resucitó de entre los muertos. El del camino de Damasco era otro. Lázaro nunca fue a Damasco, que yo sepa.

—¿Estás segura?

—Bueno, puede que fuera, vete tú a saber. A lo mejor se dejaba caer por Damasco de vez en cuando. Seguramente tenía parientes allí, o algo así.

—No, quiero decir si estás segura de que no fue Lázaro el que tuvo la visión.

—En un noventa por ciento. Puede que incluso en un noventa y cinco.

—Bueno, da igual. Como ya he dicho, Alan se dio cuenta de lo que estaban haciendo mal las grandes empresas. Y vio dónde estaba el futuro: los cepillos de dientes verdes.

—¿Verdes? —dije, desconcertado.

—No me refiero al color. Hablamos del medio ambiente, Max. Hablamos de energía sostenible, de fuentes renovables. Déjame que te pregunte una cosa: ¿dónde

crees que se fabrican la mayoría de los cepillos de dientes?

—¿En China?

—Exacto. ¿Y de qué están hechos?

—¿De plástico?

—Exactamente. ¿Y de qué están hechas las cerdas?

Nunca he podido contestar ese tipo de preguntas.

—No sé... ¿De algo sintético?

—Sí, de nailon para ser exactos. ¿Y a qué te suena todo eso? A mí me suena a receta de desastre ecológico. Los dentistas recomiendan que cambiemos de cepillo de dientes cada tres meses. Cuatro veces al año. Lo cual quiere decir que te vas a cargar trescientos cepillos en toda tu vida. Y lo que aún es peor, que solo en Inglaterra seguramente tiramos doscientos millones de cepillos de dientes al año. Estupendo para las grandes empresas, claro, porque eso quiere decir que la gente los tiene que seguir comprando nuevos. Pero esa es una manera antigua de pensar. Ya no se pueden poner las ventas por encima del medio ambiente. En interés de la humanidad, todos tenemos que cambiar de canción. Los beneficios tienen que pasar a ser el segundo violín. Es inútil que la banda siga tocando mientras el *Titanic* se hunde. Alguien tiene que ponerse a ordenar las sillas de cubierta.

Asentí sensatamente, haciendo lo posible por seguirle.

—Ahora bien..., Alan sabía que las soluciones no eran difíciles de encontrar. Estaban delante de la puerta de su casa, mirándole a la cara. Sabía que nos encontrábamos en una encrucijada. Había dos caminos muy evidentes que recorrer, los dos llevaban en la misma dirección, y los letreros estaban bastante claros. —Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una cosa. Pensé que sería un bolígrafo, pero resultó ser un cepillo de dientes—. Opción número uno —dijo—, un cepillo de dientes de madera. Bonito, ¿eh? Este es uno de nuestro modelos estrella. Hecho a mano en una fábrica de Market Rasen, Lincolnshire. Hecho de madera sostenible, naturalmente; cien por cien pino europeo. Nada de dañar las selvas tropicales. Y cuando ya los has usado, lo puedes tirar al fuego, o desmenuzarlo y usarlo de abono.

Cogí el cepillo, lo sopesé en la mano como valorándolo, y pasé el dedo por sus elegantes curvas. Era un objeto bonito, eso no se podía negar.

—¿De qué están hechas las cerdas? —pregunté.

—De pelo de jabalí —dijo Trevor. Se dio cuenta de que pegué un pequeño respingo—. Interesante reacción, Max. Y bastante corriente, por otra parte. ¿Cuál es el problema exactamente? Es mucho mejor que el nailon, y muy bueno para el medio ambiente utilizar pelo de jabalí.

—A no ser que seas un jabalí —apuntó Lindsay.

—No sé —dije—. Es un poco raro eso de meterte pelos de jabalí en la boca cuando te lavas los dientes. Parece poco... ¿higiénico?

—Hay mucha gente que opinaría lo mismo que tú —dijo Trevor—. Y tampoco

vamos a esperar que cambien de actitud de la noche a la mañana. Si vas a predicarle a la gente, tienes que convertirla primero. Es un proceso gradual. Todos los caminos llevan a Roma, pero no se construyó en un día. Así que para los más conservadores, tenemos... este. —Sacó otro cepillo del mismo bolsillo. Era rojo claro, casi transparente—. El buen mango de plástico de siempre. Y las buenas cerdas de nailon de siempre. *Pero...* —retorció la parte de arriba del cepillo y la cabeza se desprendió limpiamente— se puede quitar perfectamente, ¿ves? Tiras la cabeza cuando ya la has usado, y el mango aún te durará toda la vida. Mínimo daño al medio ambiente.

—Y mínimos beneficios —dije.

Trevor soltó una carcajada de compasión y meneó la cabeza.

—Pero es que en Guest no pensamos de esa forma, Max. Eso es pensar a corto plazo. Eso no es pensar libremente. Pero nosotros pensamos libremente. De hecho, somos tan libres que hemos salido de esa cárcel mental y hasta nos hemos olvidado de dónde está; y aunque nos acordáramos, hemos devuelto las llaves hace años, y además seguramente ya han cambiado la cerradura. Así que nos da igual, ¿entiendes?

—Sí —dije—, empiezo a entender.

—No estamos diciendo que la rentabilidad no sea algo a tener en cuenta —añadió Lindsay—. Hay que tenerla muy en cuenta, por supuesto. Debemos ir por delante de la competencia.

—Tiene razón Lindsay. El caso es que no estamos solos en ese campo.

—¿En serio?

—Cuando eres como Alan, ¿entiendes?, y tienes ideas realmente originales —dijo Trevor—, es inevitable que otras personas las tengan también. Hay un montón de cepillos de dientes de madera en el mercado. Y un montón de cepillos con cabezas desechables. Pero este nos parece el no va más. Nadie tiene ninguno como este.

Sacó del bolsillo un tercer cepillo de dientes. Hasta el momento era el más raro. Sí, también era de madera, pero la cabeza (que parecía desechable) consistía en un cepillo extraordinariamente largo, fino y sintético, que giraba cuando lo retorcías. Era una maravilla de diseño.

—Ya veo que estás impresionado —dijo Trevor con una sonrisa de satisfacción—. Te dejaré que lo mires un rato. ¿Os pido lo mismo otra vez?

Mientras Trevor estaba en el bar, fue como si Lindsay y yo llegáramos a un acuerdo tácito de que no íbamos a hablar de cepillos de dientes. Por desgracia, como sabíamos tan poco el uno del otro, era difícil sacar otro tema de conversación. Normalmente una situación así me hubiera resultado incómoda, pero ese día estaba demasiado contento como para que me desconcertara. Tenía la cabeza puesta en Poppy, ¿comprenden?, que se había vuelto a poner en contacto conmigo esa tarde. Yo ya me había agenciado otro móvil (sin necesidad de cambiar de número), y eso significaba que Poppy había podido llamarme ese día para invitarme a cenar el viernes por la noche, nada menos que en casa de su madre, donde tendría oportunidad de conocer (entre otras personas, me imaginaba) al famoso tío Clive. Por lo tanto ese

día el mundo me parecía un lugar mejor, más acogedor y más esperanzador; y por eso ahora me encontraba sonriéndole a Lindsay con lo que parecía (o eso esperaba) auténtica cordialidad. Tenía treinta y muchos años, supuse, y el pelo rubio platino cortado como un casquete al estilo Louise Brooks. A esas alturas se había quitado la chaqueta milrayas gris de ejecutiva, y lucía un top blanco sin mangas que dejaba al aire sus brazos pálidos y delgados. Me pregunté si Trevor le habría hablado mucho de mí: de que nuestra amistad ya duraba muchos años, de que habíamos sido vecinos mucho tiempo en Watford, de que era buena persona y un tío honrado, sociable y digno de confianza. Esa clase de cosas.

—Me ha dicho Trevor que te han diagnosticado una depresión —dijo ella, mientras apuraba el resto de su gin-tonic.

—Anda, ¿te lo ha contado? Pues sí, es cierto. Llevo unos meses de baja.

—Eso me ha dicho. Aunque me he quedado un poco sorprendida. No tienes pinta de estar muy deprimido.

Bueno, por lo menos eso era una alegría.

—Yo creo que ya he pasado lo peor. De hecho, tengo que volver al trabajo el viernes, para ver a la asistente de salud laboral. Quieren saber si voy a volver, o si me pueden..., ya sabes, dejar marchar.

Lindsay sacó la rodaja de limón de su vaso y le pegó un mordisco.

—¿Y...?

—¿Cómo que y?

—Si vas a volver.

—No estoy seguro —dije sinceramente. Y luego añadí—: La verdad es que no me apetece. Me gustaría empezar de cero, hacer algo completamente diferente. Aunque no sea el momento más adecuado para eso, ¿no?, tal como está el mercado laboral.

—Nunca se sabe —dijo Lindsay—, a lo mejor te sale algo por casualidad.

—No creo en los milagros.

—Yo tampoco. Pero a veces la gente tiene rachas de suerte. —Le pegó otro mordisco a la pulpa de la otra mitad de su rodaja de limón y volvió a meter la monda en el vaso—. ¿Trevor no te había dicho que yo también iba a venir esta noche?

—No, pero supongo que debería haberme imaginado que me tenía algo preparado, cuando me habló de quedar aquí. Solemos ir al pub.

Debo decir que me alegraba de no haber ido al pub. Aquel sitio era mucho más agradable. Estábamos en el bar del salón del Park Inn Hotel, donde los asientos eran blandos y hondos, la decoración era relajante, no había mucha gente y los altavoces destilaban una música suave, tipo jazz, a un volumen que quedaba casi fuera del alcance del oído humano. Era un sitio sin carácter ni personalidad, pero agradable; no sé si me explico.

—¿Qué te hace pensar que te tiene algo preparado? —dijo Lindsay.

—No sé. Igual estoy equivocado —le dije—, pero me huelo que todo esto es para algo, aunque no sé muy bien lo qué.



—Pues es para algo —dijo Lindsay, inclinándose un poco hacia delante y bajando la voz hasta convertirla casi en un susurro— que tiene mucho que ver contigo.

Me miró directa e intensamente a los ojos un momento. Yo aún estaba tratando de encontrar una respuesta adecuada cuando sonó su móvil. Le echó un vistazo a la pantallita.

—Mi marido —dijo—. Perdona un momento.

Se levantó para atender la llamada, y se fue alejando hasta el otro lado del salón. Le oí decir: «Hola, cielo, ¿cómo va todo?», y entonces volvió Trevor con las bebidas.

—Una jarra de Carlsberg para el niño —dijo—. Está bien esta cerveza, y fría, por cierto. Salud.

Los dos le pegamos un buen trago, y luego me preguntó por mi viaje a Australia y hablamos un rato de eso.

—Yo creo que te ha sentado bien —me dijo Trevor—. Tienes mucha mejor pinta de la que me imaginaba.

Le agradecía que me lo dijera, pero antes de que pudiera darle las gracias ya había cambiado de tema.

—Bueno, ¿y qué opinas de Lindsay? —me preguntó.

—Parece muy agradable.

—Es más que agradable. Es fantástica. La mejor en este negocio.

Asentí, pero enseguida me vi obligado a preguntar:

—¿La mejor *qué* en este negocio, exactamente?

—¿No te lo he dicho? Lindsay es nuestra relaciones públicas. Ella me pasa los informes a mí, que soy el jefe de Márketing y Estrategia de Mercado, y lleva todas nuestras campañas. Y la última que se le ha ocurrido —Trevor dejó su jarra de lager y miró a derecha e izquierda, como si pudiera haber espías industriales de una empresa de la competencia sentados en las mesas de al lado—, la última es una preciosidad. Algo que va a ser un auténtico crack, estoy segurísimo. Nos va a poner... a este nivel. —Levantó la mano hacia el techo, al parecer con la intención de dar a entender un nivel estratosférico.

—Lo siento, chicos —dijo Lindsay en ese momento, al volver a nuestra mesa—. Mal rollito con mi media naranja. Estaba cabreado porque no estuviera en casa para hacerle la cena, a pesar de que ya le había dicho que iba a venir aquí esta noche. Desgraciadamente, aún no he conseguido que supere la fase hombre de las cavernas.

—Le estaba diciendo a Max —dijo Trevor— que tienes una idea genial para la campaña del IP 009.

—¿El IP 009?

Trevor cogió el cepillo de dientes de la mesa.

—Este maravilloso ejemplar —exclamó todo ufano, contemplándolo con admiración—. El número nueve de nuestra gama «Interproximal», y la indudable joya de la corona del catálogo de Guest.

El diseño del mango y la textura de la madera me recordaban la del primer cepillo

que Trevor me había enseñado, aunque estaba claro que este era una versión mejorada.

—¿Lo fabrica la misma gente? —pregunté.

—Pues no —me contestó—. Este está importado de Suiza. Por desgracia, está por encima de las posibilidades de cualquier fabricante inglés en este momento. Seguramente podrían hacer el mango, pero aquí... —señaló la cabeza desechable— es donde está la auténtica genialidad. Puedes ponerle tres cepillos diferentes: uno para limpieza normal, otro para el cepillado interdental habitual, y este otro, que seguro que es el cepillo «interproximal» más largo y que llega más lejos que se puede conseguir ahora en Inglaterra. *Quince milímetros* de una mezcla flexible pero resistente de nailon y poliéster, diseñada por especialistas suizos con una habilidad increíble, de modo que puede rotar en tres puntos de apoyo diferentes en cualquier ángulo que le pidas. Este cepillo llega a *cualquier parte* de tu boca (pero a cualquier parte de verdad), sin que tengas que retorcerte y hacer muecas delante del espejo. Hasta te sacará la placa de la grieta gingival que hay entre el segundo y el tercer molar superior, cosa que cualquiera que se dedique a la odontología te dirá que es el Santo Grial de la higiene oral. Estamos *enormemente* orgullosos de este producto, y por eso vamos a lanzarlo el mes que viene a bombo y platillo, en la Muestra de la Asociación del Comercio y la Industria Dental Británica en el NEC. Y con ese fin, aquí a Lindsay se le ha ocurrido un nuevo eslogan maravilloso, que resume el espíritu no solo de este producto, sino de todos los valores de Cepillos de Dientes Guest, en una frase que es sencilla, elegante y directa. ¿Lindsay? —Le echó una mirada de expectación y le hizo un gesto con la cabeza—. Venga. Díselo.

Lindsay sonrió con modestia.

—Tampoco es nada del otro mundo. Solo que a Trevor parece que le enrolla mucho. Bueno, venga, va. —Cerró los ojos y cogió aire—. ¡NOSOTROS LLEGAMOS MÁS LEJOS!

Se produjo un breve silencio, mientras aquella frase se quedaba colgando en el aire. Nos quedamos allí sentados un rato, saboreándola, como si fuera un buen vino que solo liberase sus secretos en nuestro paladar poco a poco.

—Es... *buena* —dije por fin—. Me gusta. Tiene cierto... Bueno, no sé muy bien qué.

—*Je ne sais quoi?* —sugirió Trevor.

—Sí..., eso.

—Pero aún hay más —dijo Trevor—. Todavía no has oído la otra mitad. Lindsay se está guardando su mejor carta en la manga. Venga, Lindsay, háblale de la campaña. Explícale tu toque maestro.

—Vale.

Lindsay rebuscó en su bolso y sacó un pequeño ordenador portátil blanco, increíblemente compacto y reluciente. A los pocos segundos de tocar la barra espaciadora había cobrado vida, y ella ya estaba en la primera página de una

presentación Power Point. La ilustración parecía representar un mapa de las Islas Británicas.

—El caso es, Max, que ya tenemos un gran producto, y también un eslogan potente. En un ambiente económico un poco más relajado, debería bastar con eso. Pero, tal como están las cosas, tenemos que hacer un pequeño esfuerzo. En eso consiste mi trabajo, fundamentalmente: eso es lo que hace una relaciones públicas. Tienes que agarrar el envase, que puede ser tan aburrido como una vieja caja de lata, y adornarlo, hacerlo un poco navideño, para que parezca atractivo.

—Encontrarle el truco, quieres decir.

—Bueno... —Lindsay vaciló un momento—, yo no lo diría así.

—Yo tampoco —dijo Trevor.

—Lo que pretendía encontrar —dijo Lindsay— era una manera de coger esa frase («*Nosotros llegamos más lejos*») y sacarle aún más partido. Todo el que se pudiera. Seamos francos, la higiene oral no es algo fácil de vender. Y lo que tenemos aquí es un cepillo de dientes asombroso (un cepillo de dientes revolucionario), pero cuesta que la gente lo vea de esa manera. Es un objeto. Un objeto útil, desde luego. Pero aun así... a la gente no le interesan los objetos. Si quieres vender algo, tienes que *dramatizarlo*. Tienes que convertirlo en una historia. Es más, si lo que intentas vender es lo mejor de su clase, tienes que ofrecer una historia igual de buena. Tienes que hacerle justicia. ¿Y cuál es, según tú, la mejor clase de historia, Max?

No me esperaba esa pregunta.

—Chico conoce chica —dije con optimismo.

—No está mal. La verdad es que esa es una de las mejores. Pero intenta pensar en algo un poco más arquetípico que eso. Piensa en la *Odisea*. Piensa en el Rey Arturo y el Santo Grial. Piensa en *El señor de los anillos*.

Me quedé atascado. No había leído la *Odisea* ni *El señor de los anillos*, y el Rey Arturo y el Santo Grial me recordaban a los Monty Python.

—La *búsqueda* —dijo Lindsay por fin, cuando quedó claro que yo no sabía la respuesta—. La peregrinación. El viaje de descubrimiento. —Señaló la pantalla del portátil, indicando de una en una cuatro aspas rojas que había marcado en varios puntos de los bordes del mapa—. ¿Sabes lo que son estas cruces, Max? Pues son los cuatro puntos habitados más lejanos del Reino Unido. Los emplazamientos que están más al norte, al sur, al este y al oeste que ningún otro. Aquí los tenemos... ¡Mira! Unst, en las islas Shetland, al norte de Escocia. St. Agnes, una de las Islas Scilly, frente a la costa de Cornualles. Manger Beg, en el condado de Fermanagh, al norte de Irlanda. Y Lowestoft, en la mismísima punta oriental de Suffolk en Inglaterra. Hemos investigado y hemos llegado a la conclusión de que ninguno de nuestros rivales, ninguna de las grandes empresas, ha conseguido asentarse de verdad en esos sitios. En algunos, sí; pero no en los cuatro. Pero ¿y si nosotros sí?, ¿y si pudiéramos anunciar en la muestra del mes que viene que somos la única compañía cuyos productos están a la venta en todos y cada uno de esos lugares? ¿Sabes que

podríamos decir entonces con todo el derecho del mundo?

Tanto Trevor como Lindsay se quedaron mirándome, inclinándose sobre sus asientos y conteniendo la respiración. Los miré rápidamente a los dos. Empezaron a formar con la boca al mismo tiempo la primera palabra, el principio del eslogan que querían que yo enunciara. Parecía que empezaba por «n».

—«N... N... ¿Nosotros...? —comencé, interrogativamente, y cuando los dos me respondieron haciéndome una seña con la cabeza para animarme a seguir, cogí confianza y fui capaz de completar la frase—: «¡Nosotros llegamos más lejos!».

Trevor se recostó en su asiento y abrió las manos, con una sonrisa radiante de orgullo en su cara gorda de buena persona.

—Sencilla, ¿eh? Sencilla pero preciosa. El IP 009 llega más lejos, y la propia compañía llega más lejos. Producto y distribuidor trabajando juntos en una simbiosis perfecta.

Se puso a contarme más cosas de la campaña que tenían en mente. Mandarían un equipo de cuatro representantes en coche que saldrían, a las doce de la mañana del mismo lunes, de las oficinas de la compañía en Reading. Cada uno llevaría una caja llena de muestras, y una videocámara digital, para poder grabar un diario en vídeo de su viaje. Saldrían en cuatro direcciones diferentes, dirigiéndose cada uno de ellos a uno de los puntos más lejanos del Reino Unido. Habría un premio para el primer vendedor que regresase a las oficinas después de alcanzar su destino (aunque ese era un final previsible, porque Lowestoft estaba mucho más cerca que los otros), pero fundamentalmente se les animaría a tomarse el tiempo que quisieran, dentro de un orden. La compañía pagaría los gastos de cinco noches de hotel, y el auténtico objetivo era hacer cada diario en vídeo lo más interesante posible; cuando regresara el equipo de representantes, se montaría toda la grabación para que estuviera lista para la muestra de la Asociación del Comercio y la Industria Dental, convertida en un corto de veinte minutos que se repetiría sin parar en el monitor de vídeo del stand de Cepillos de Dientes Guest.

—Suenan estupendamente —les dije, muy convencido.

—Es que va a ser estupendo —dijo Trevor—. La gente se va a quedar pasmada. ¿Te imaginas el impacto de ese corto? Una innovación radical en el diseño de cepillos, asociada a tomas impresionantes del paisaje inglés en sus puntos más salvajes y remotos. Me corro en los pantalones solo de pensarlo. Lo que pasa es que... seguimos teniendo un problema. Nos falta un hombre.

Me miró, y por fin empezó a encendérseme la bombilla.

—Cepillos de Dientes Guest —explicó Lindsay— es una compañía pequeña. Esa es la visión de Alan, y así queremos que siga siendo. Solo somos diez personas, y solo tenemos un hombre en el equipo de ventas.

—Se llama David Webster —dijo Trevor—. Un tipo estupendo. Tiene una reputación de primera. Y se va a encargar de la parte del norte de Irlanda.

—¿Y qué pasa con las demás?

—Pues que dos de nosotros vamos a echar una mano. Yo voy a tirar hacia las Scilly, y nuestro jefe de contabilidad hacia Lowestoft un par de días. Pero, por lo que respecta a las Shetland, necesitamos contratar a alguien una semana. Alguien con experiencia en ventas, claro, y alguien que no esté trabajando en este momento. Que es por lo que, Maxwell, mi querido amigo... —apoyó cariñosamente una mano en mi pierna—, me viniste inmediatamente a la cabeza.

Volví a mirar rápidamente a Trevor y a Lindsay, y luego otra vez a Trevor. Sus ojos tenían una expresión ansiosa y conmovedora, como un cachorro de spaniel que te suplica que lo saques de paseo. Los ojos de Lindsay, de un azul cobalto, estaban más fijos en mí; tras aquella claridad fría pude percibir otra cosa, algo más intenso y acuciante, una auténtica necesidad (una necesidad desesperada, me pareció) de que yo aceptara y colaborara. No podía desentrañar la mezcla de motivos que se escondían tras aquella mirada, pero aun así había algo espantosamente imperativo en ella.

—No tengo un coche muy fiable —dije.

Trevor se echó a reír. Una risa relajada, como aliviado porque aquel fuera el único impedimento.

—Vamos a alquilar cuatro coches especialmente para la ocasión. Cuatro Toyota Prius negros idénticos. ¿Has conducido uno alguna vez?

Negué con la cabeza.

—Un coche precioso, Max. Precioso. Un placer conducirlo.

—El Toyota Prius —añadió Lindsay, más en serio— encaja perfectamente con los valores que tratamos de promocionar en Guest. Es un vehículo híbrido, lo que significa que utiliza una combinación de gasolina sin plomo y energía eléctrica; y esas dos fuentes de energía las mantiene permanentemente en el equilibrio ideal un ordenador que lleva incorporado. Es de líneas depuradas, moderno y radicalmente innovador. Y maravilloso para el medio ambiente, claro.

—Exactamente igual que nuestros cepillos de dientes —dijo Trevor—. De hecho, se podría decir que el Prius es casi una especie de... cepillo de dientes con ruedas, ¿no te parece, Lindsay?

Lindsay se lo pensó un poco.

—No —dijo, meneando la cabeza.

—No, tienes razón. Borra esa idea. —Volvió a apoyarme la mano en la rodilla—. Bueno, Max, ¿qué opinas?

—No sé, Trev... Hace tanto tiempo que dejé la carretera... ¿Cuándo pensabais hacerlo?

—Damos el pistoletazo de salida el lunes de la semana que viene. Y te pagaremos un fijo de mil libras, que si lo miras bien es una oferta la mar de generosa. No estás trabajando en este momento en los almacenes, ¿no?

—Llevo unas semanas sin trabajar, sí.

—Pues, entonces, ¿qué te lo impide?

¿Qué me lo impedía realmente? Les dije a Trevor y a Lindsay que lo consultaría con la almohada, pero en realidad no me hacía falta. De todos modos, aún no me había recuperado del desfase horario, y no estaba durmiendo mucho de noche. Esa noche me quedé despierto en la cama pensando en Poppy y en que volvería a verla al cabo de dos semanas; pero también pensé en los ojos azul claro y los brazos delgados de Lindsay Ashworth, y entonces empecé a divagar sobre distintas cosas, como su descripción del Toyota Prius como un coche de líneas depuradas, moderno y radicalmente innovador, y me pregunté por qué aquella frase me resultaba tan extrañamente familiar. En cambio no le di demasiadas vueltas a la propuesta en sí, porque ya me había decidido. A la mañana siguiente llamé a Trevor desde el Starbucks con el móvil, y le dije que contara conmigo. Fue un placer escuchar la alegría y el alivio de su voz. Y ni siquiera pude reprimir un pequeño escalofrío de emoción al pensar que, a la vuelta de quince días, estaría en un ferry rumbo a las islas Shetland.

El viernes empezó con un toque de buen humor y extraño optimismo. Pero terminó con una amarga desilusión.

Había quedado en ver a la asistente de salud laboral a las diez y media. Cogí el tren en Watford Junction a las 8.19 y llegué a London Euston siete minutos tarde, a las 8.49. Cogí ese tren porque Trevor también iba al centro de Londres ese día, y me había propuesto que desayunáramos juntos.

Nos encontramos en un local de la cadena Caffè Nero de Wigmore Street. Yo me tomé un panini de desayuno, relleno de huevos, beicon y setas. Cuando pedí ese panini, el tipo del mostrador, que era italiano, me dijo que «panini» era un plural, y que si solo iba a pedir uno debía pedir un «panino». Se puso muy pesado con eso, pero me pareció que estaba un poco chalado, así que no le hice caso.

Cuando nos estábamos tomando nuestros paninis, Trevor me contó algo interesante, que tenía una relación directa con mi cita con la asistente de salud laboral.

Había algo que debía saber, me dijo, sobre la situación interna de Cepillos de Dientes Guest. Se acababa de enterar de que David Webster, el único representante con plena dedicación que habían contratado hasta el momento, presentaría en breve su renuncia. Había sido «captado» por un cazatalentos de GlaxoSmithKline. Lo cual significaba que pronto pondrían un anuncio para buscar un nuevo representante, y si yo hacía un buen trabajo en el viaje a las Shetland, Trevor no veía por qué no iba a quedarme yo con el puesto. Por lo visto, la decisión final la tomarían conjuntamente Alan Guest y él; siempre que le causara una buena impresión a Alan, la cosa estaba hecha.

Todo iba poniéndose cada vez mejor.

Estuve dándole vueltas a eso mientras recorría los cien metros hacia los grandes almacenes que, hasta hacía seis meses, habían sido mi lugar habitual de trabajo. El sol había hecho por fin acto de presencia, y ese día no parecía una locura esperar que la primavera estuviese a la vuelta de la esquina. Podía sentir una nueva ligereza en mis pasos, que no asociaba para nada con esta parte del mundo. Y tampoco es que me preocupara especialmente ver a la asistente de salud laboral, una señora agradable y muy educada que siempre me trataba con cariño y amabilidad. Ya nos habíamos visto tres veces antes, la primera a mediados de agosto del año anterior. Unas semanas antes, Caroline se había ido de casa, llevándose a Lucy con ella. Aquello se veía venir desde hacía tiempo, supongo, pero aun así (el trauma, la tremenda toma de conciencia de que mi peor miedo: la cosa que más había temido en este mundo) había llegado a ocurrir de verdad..., pues me dejó completamente hecho polvo enseguida. Estuve

intentando sobreponerme un par de semanas, y luego, una mañana, me desperté y quise levantarme de la cama para ir a trabajar, pero mi cuerpo se negó literalmente a moverse. Fue la misma sensación que ya les he descrito antes: como en esa película de terror que vi de pequeño, con un hombre atrapado en una habitación y el techo aplastándole cada vez más. Me pasé el día entero en la cama, sin salir de ella hasta las siete de la tarde, si no recuerdo mal, cuando ya me moría de ganas de comer algo y despejarme un poco. Después me quedé en casa casi toda esa semana, la mayor parte del tiempo en la cama, a veces tirado delante de la tele, y no conseguí arrastrarme hasta el trabajo hasta el viernes por la tarde, cuando mi supervisora me llamó a su oficina, me preguntó qué me pasaba, y me mando directamente a ver a Helen, la asistente de salud laboral, por primera vez. Al poco tiempo fui a ver a mi médico, y a principios de otoño empecé a tomar un montón de pastillas, pero no me sirvió de mucho. No le encontraba sentido a nada y tampoco veía ninguna salida. Evidentemente, lo que lo había detonado era que Caroline y Lucy se fueran, pero enseguida llegó un momento en que cualquier cosa me deprimía. Cualquier cosa, en serio. Parecía que el mundo estaba al borde del colapso económico, y los periódicos venían llenos de titulares apocalípticos diciendo que los bancos estaban a punto de quebrar, que todos perderíamos nuestro dinero y sería el fin de la civilización occidental tal como la conocíamos. No tenía ni idea de si eso era verdad o no, o de qué debía hacer al respecto. Como toda la gente que conocía, tenía una gran hipoteca, deudas enormes en mis tarjetas de crédito y ningún ahorro. ¿Eso era bueno o malo? Nadie era capaz de decírmelo. Así que me pasaba el día viendo las noticias de la tele, sin entender nada aparte de aquel estado de angustia y desesperación que parecía que todo el mundo trataba de superar; y poco a poco caí presa de una especie de pánico indefinido que encajaba perfectamente con mi inercia general. La perspectiva de volver al trabajo se iba haciendo cada vez más lejana. Helen, la asistente de salud laboral, me derivó a un psiquiatra que me hizo una entrevista de dos horas y luego me dio su diagnóstico: estaba deprimido. Le di las gracias por su opinión, él mandó la factura a los grandes almacenes, y yo me volví a casa. Fueron pasando las semanas y los meses. No empecé a salir hasta que un día, revisando mis e-mails, vi que tenía uno de Expedia, recordándome que solo faltaban unas semanas para mi viaje a Sidney. Ni siquiera sabía que se suponía que me iba a ir a Sidney. Como ya he dicho, Caroline me había comprado el billete antes de marcharse. Debo decir que, en el estado en que me encontraba, la perspectiva de viajar a Australia no es que me apeteciera mucho; pero Helen estaba convencida de que me vendría bien, y me animó a hacerlo. Así que viajé en avión hasta Sidney y vi a mi padre; y lo demás ya lo saben. O, por lo menos, lo que he decidido contarles.

Mi encuentro con Helen duró veinte minutos.

Me recordó que se me estaba acabando la baja de seis meses que se me había



concedido por motivos médicos, y me preguntó qué pensaba hacer después. ¿Estaba preparado para volver al trabajo? Le contesté que no quería volver al trabajo. No le conté nada de la nueva vida que me estaba planteando, como representante de cepillos de dientes. De alguna manera me pareció más sensato reservarme esa información. Helen parecía auténticamente disgustada porque no me apeteciera volver a los grandes almacenes. Me aseguró que mi supervisora le había dicho, en una nota escrita, que siempre se me había considerado un empleado del servicio posventa de primera fila. Sería una gran pérdida para mi compañía, me comentó. Le dije que ya lo había decidido, y que mi decisión era irrevocable. Nos dimos la mano. Me prometió que pondría en marcha el papeleo necesario. Nos despedimos.

Pensé en acercarme hasta mi antigua sección de la cuarta planta y despedirme de mis antiguos colegas, pero al final decidí que habría que pasar por demasiados momentos incómodos y dar demasiadas explicaciones complicadas. Era mejor cortar por lo sano. Así que bajé por las escaleras mecánicas hasta la planta baja y salí de los grandes almacenes por una de las puertas principales, en vez de por la puerta de personal. Si quieren que les diga la verdad, me moría de ganas de salir de allí.

La madre de Poppy vivía en una zona acomodada de Londres. Su código postal era el SW7. Tenía toda la tarde por delante, así que me tomé mi tiempo y dediqué un par de horas a deambular por aquellas calles exageradamente pijas y absurdamente boyantes. Me quedé mirando las grandiosas fachadas frías e imperturbables de aquellas sólidas casas georgianas adosadas, y pensé que tendrían que pasar años (incluso décadas) para que la recesión tuviera algún impacto en aquel barrio. Allí la gente había construido un sólido muro de dinero a su alrededor, que no se iba a desmoronar tan pronto.

A un kilómetro y medio de allí, en la High Street de Kensington, donde pasé la mayor parte de la tarde, las cosas no eran tan agradables. Conté como media docena de tiendas que habían echado el cierre y cubierto con tablas los escaparates. Las que quedaban formaban parte en general de grandes cadenas nacionales o internacionales. Por lo visto la gente ya no quería comprar zapatos o artículos de escritorio, a pesar de que parecía que seguía teniendo un apetito voraz por los teléfonos móviles, y le encantaba gastar tres libras y media en una taza de café. Como era mi caso, por cierto. Entré en el Starbucks y pedí un café moca grande con peppermint y (a modo de almuerzo tardío) un panini tostado con tomate y mozzarella. El barman que me atendió era del Lejano Oriente y no me corrigió cuando le pedí el panini. Mientras me comía el panini y me bebía el café, me quedé pensando en la decisión que había tomado ese día. ¿Estaba haciendo una tontería? Corrían malos tiempos. Trevor me aseguraba que Cepillos de Dientes Guest era una empresa consolidada, pero todos los días se estaban yendo al garete pequeñas empresas. Los grandes almacenes, por otro lado, eran un negocio de hacía mucho tiempo, que tenía una clientela fija muy fiel y

un nombre conocido en toda Inglaterra. Y yo estaba renunciando a todo eso, en función de una hipotética oferta (porque no se trataba de otra cosa) de trabajo fijo en una compañía de la que prácticamente no sabía nada. Pero confiaba mucho en Trevor. Y el sueldo que había mencionado era mejor que el que yo había estado ganando. Costaba saber cuál era la decisión acertada. Demasiados imponderables.

Incapaz de resolver tantos problemas, me puse a pensar en el viaje que emprendería poco más de una semana después. El establecimiento que visitaría era una farmacia en el pueblo de Norwich, en el extremo norte de Unst. Trevor ya se había puesto en contacto con ellos, así que estaban preparados para mi visita. Al parecer, conseguir que compraran algunos productos de la compañía era más bien una formalidad. Ya los habían encargado de antemano por teléfono, así que no tendría que empeñarme en venderles nada. Trevor me dijo que lo principal era que me relajara, disfrutara del viaje e hiciera mi diario en vídeo lo más interesante posible. El ferry a las Shetland salía de Aberdeen todos los días a las cinco de la tarde, así que tenía muchas opciones. Si quería hacerlo rápidamente, solo debía arreglar las cosas para pasar allí una noche, la del lunes, en algún sitio entre Reading y Aberdeen. El sitio más obvio, bajo mi punto de vista, era Cumbria. Me proporcionaba una excusa perfecta para llamar a Caroline, y a lo mejor hasta para invitar a Lucy a comer fuera. (Dudaba que la propia Caroline quisiera venir). Tenía que empezar a pensar en comprarle algo bonito, para llevárselo de regalo...

El pensar en regalos me hizo darme cuenta de que también debía comprarles algo a mis anfitrionas de esa misma noche. Salí del Starbucks y entré en una tienda donde vendían barras de chocolate a un precio escandaloso, cortadas en elegantes trozos muy finos y envueltas en plan minimalista, como si los diseñadores de Apple se hubieran puesto a fabricar dulces. Le compré una a Poppy (una tableta de chocolate con leche, sutilmente veteada con mezclas más claras y más oscuras), y luego decidí comprarle algo parecido a su madre. Salí de la tienda la mar de contento con mis adquisiciones. Fue después, al regresar al distrito SW7, cuando empecé a sentirme un poco idiota. Me había gastado veinticinco libras en dos tabletas de chocolate. ¿Empezaba a olvidarme del valor de las cosas, como todo el mundo?

—En cualquier caso —dijo Clive—, una de las cosas de las que empezamos a darnos cuenta todos es de que el valor de cualquier objeto, ya sea una casa o —mirando hacia mí— un cepillo de dientes, por ejemplo, no es en realidad... nada más que una amalgama de diferentes valoraciones que distintos miembros de la sociedad le adjudican en un determinado momento. Es una cosa totalmente abstracta, totalmente inmaterial. Y, sin embargo, en esas entidades absolutamente inexistentes que llamamos precios está basada toda nuestra sociedad. Toda una civilización basada en..., bueno, pues en el aire. Eso es lo que es. Aire.

Se produjo un breve silencio.

—Tampoco es una observación muy original —dijo Richard, cogiendo otra aceituna.

—Claro que no —dijo Clive—. En ningún momento he dicho que lo fuera. Pero, hasta ahora, la mayoría de la gente no lo ha tenido realmente en cuenta. La mayoría de la gente se ha estado ocupando de sus asuntos cotidianos dando tranquilamente por supuesto que algo real y consistente sustenta todas nuestras actividades. Pero ahora ya no es posible dar eso por supuesto. Y a medida que nos vayamos percatando, vamos a tener que ir cambiando toda nuestra manera de pensar. —Le echó una sonrisa desafiante a Richard—. Naturalmente, ya sé que en tu trabajo esto no es ninguna novedad. Lleváis años sabiendo algo que los demás apenas empezamos a vislumbrar. Y encima os habéis aprovechado muy bien de ello, por cierto.

Richard se dedicaba a la banca de inversiones, de una clase u otra. La verdad es que no les había prestado mucha atención cuando me lo explicaron. Había sentido un rechazo instintivo hacia él cuando nos presentaron, y me pareció que el sentimiento era mutuo. Estaba allí, por lo visto, porque su novia, Jocasta, era la amiga de la universidad más antigua de Poppy. Jocasta parecía muy agradable, pero era evidente que pretendía acaparar a Poppy casi toda la noche. Habían puesto tarjetas con nuestros nombres en la mesa del comedor, y se nos había distribuido, me di cuenta, según nuestra edad. A mí me habían colocado en una punta de la mesa, con los mayores (la madre de Poppy, Charlotte, y su tío Clive) y el insoportable de Richard sentado a mi lado, con Jocasta enfrente de él, y Poppy en el otro extremo, tan lejos de mí como era posible. Yo tenía enfrente a Clive, que, debo decir, parecía tan simpático e interesante como Poppy me había hecho creer. Me chocó lo inescrutable que resultaba su madre. Era lo que supongo que los escritores profesionales describirían como una mujer atractiva, cuando quieren decir que muy bien podría haber sido toda una belleza diez o quince años atrás. No parecía que trabajara en nada, aunque estaba claro que vivía de rentas personales de algún tipo; pero costaba averiguar algo más, porque apenas hablaba de sí misma; se limitaba a sonsacarme información sobre cómo había conocido a su hija y (sin preguntármelo directamente) cuáles eran mis intenciones con respecto a ella. No era nada fácil estar sentado junto a Charlotte. Me fijé en que le pegaba bien a la botella de vino tinto incluso antes de que se sirviera el primer plato, y tengo que decir que me hubiera apetecido unirme a ella. La noche no iba a ser tan divertida como había esperado.

—Venga, Clive —dijo Jocasta, ciñéndose a su último comentario—. Eso ha sido un golpe bajo. No deberías hacer leña del árbol caído, ¿no te parece?

—¿Caído?

—Richard ha perdido su trabajo hace un par de semanas —dijo Poppy—. ¿Nadie te lo ha comentado?

—Ah —dijo Clive—. No, no lo sabía. Lo siento.

—Me echaron de la oficina sin muchas ceremonias —dijo Richard—. Con una caja de cartón llena de mis cosas y tal. Tampoco es que me sorprendiera. Se veía

venir desde hace semanas. De hecho, fui el último al que echaron de mi departamento.

—¿Qué departamento era? —preguntó Charlotte.

—Investigación.

—¿En serio? Qué raro que los bancos necesiten un departamento de investigación.

—En absoluto. Este banco en concreto tiene uno de los más grandes.

—¿Y qué clase de gente trabaja ahí? —preguntó Clive—. Supongo que licenciados en Económicas en su mayoría.

—No, no suelen ser economistas. Hay un buen número de matemáticos puros. Algunos tienen estudios de física, normalmente de la rama más teórica. También había unos cuantos ingenieros, como yo. Lo mínimo que se pedía era tener un doctorado.

Yo estaba haciendo un esfuerzo para poder aportar algo a aquella discusión, e intentando pensar para qué quería un banco un departamento de físicos e ingenieros.

—Entonces, ¿qué era lo que hacíais... exactamente? Me imagino que diseñaríais cajeros automáticos nuevos y esas cosas.

Jocasta soltó una carcajada al oír eso. Y Richard se limitó a decir:

—Qué va. —Y me dedicó una de las sonrisas más condescendientes que he visto en mi vida. Así que me quedé bastante chafado, pero Clive intentó apoyarme galantemente.

—Pues, entonces, ¿qué hacíais? No todos somos expertos en banca, ¿comprendes?

Richard le dio un sorbo a su vino y pareció que se pensaba un momento si merecía la pena perder el tiempo respondiendo a aquella pregunta. Al final dijo:

—Nos pagaban por diseñar nuevos instrumentos financieros. Unos instrumentos financieros extremadamente complejos y elaborados. ¿Sabéis quién es Crispin Lambert?

—Claro —dijo Clive. (Yo no lo sabía.)—. Creo que, desde que se jubiló, ya se ha convertido en Sir Crispin. Precisamente el otro día leí un artículo donde citaban una opinión suya.

—Anda, ¿y qué decía?

—Pues, que yo recuerde, decía que evidentemente se habían acabado los buenos tiempos, pero que tampoco era culpa de nadie en concreto (y menos aún culpa *suya* o de gente como él), y que todo el mundo iba a tener que acostumbrarse a apretarse el cinturón y olvidarse del televisor de plasma o las vacaciones en Ibiza este año. Creo que hablaba desde el salón de una de sus múltiples casas de campo en aquel momento.

—Ríete de él si quieres —dijo Richard—, pero cualquiera que sepa algo de la historia de la banca de inversiones en este país sabe que Crispin era un genio.

—No lo dudo —dijo Clive—, ¿pero no son los genios como él los que nos han

metido en este lío?

—¿Qué relación tienes con él, Richard? —preguntó Charlotte.

—Nuestro banco compró su empresa de agiotaje en los ochenta —explicó Richard—, y a partir de entonces se puede ver su influencia en casi todo lo que hemos hecho. Evidentemente, ya hacía tiempo que se había ido cuando yo llegué, aunque seguía siendo un personaje legendario. En realidad fue él quien creó el departamento de investigación. Lo creó de la nada.

—Y esos instrumentos financieros que diseñabais —dijo Clive— son la base de la mayoría de nuestras hipotecas e inversiones, ¿no es cierto?

—Hablando en plata, sí.

—¿Y los simples mortales como nosotros entenderíamos algo de ellos si te dignas explicárnoslos?

—Seguramente no.

—Tú inténtalo, por lo menos.

—No tiene ningún sentido. Es un campo muy especializado. Quiero decir, ¿os enterarías de algo si os dijera que un bono lógico es un bono híbrido que paga una tasa de cupón que es la mínima de las tasas de inflación anual apalancada y el margen diferencial apalancado entre dos tasas CMS? —Se hizo un silencio de estupefacción en la mesa—. ¿O que un canje de descuento de doble potencia limitada MtM combina un canje devengado a un rango de tasa fija de reserva inversa con un componente de incremento? —Richard se permitió una escueta sonrisa de triunfo—. Pues eso, ¿comprendéis? Mejor dejar estas cosas para quienes las entienden.

—¿Y eso incluye a la gente cuyo trabajo consiste en vender esos productos?

—¿Al equipo de ventas? Bueno, se supone que las entienden, claro, pero yo creo que no mucho. Aun así, ese no era nuestro problema.

—Puede que no fuera vuestro problema —dije—, pero cualquiera se habría dado cuenta de que sería la fórmula ideal para el desastre. Un vendedor malamente puede vender algo que no entiende. Y no solo tiene que entenderlo, tiene que creer en ello.

Se quedaron un poco pasmados al oírme decir eso, y para romper el silencio (y quizás justificar mi intervención). Poppy les explicó.

—Max se dedicó mucho a las ventas en sus tiempos.

—¿En el sector financiero? —preguntó Jocasta.

—Qué curioso —dijo Richard—. Creí que te había oído decirle a Clive que tu trabajo tenía que ver con los cepillos de dientes.

—No, no en el sector financiero —admití, deseando en ese momento estar lejos, pero muy lejos, de aquella mesa—. Solía vender... artículos de ocio para niños. Y ahora, sí, voy a... dedicarme a los cepillos de dientes. Es cierto. —Por la expresión de su cara, creí que Jocasta iba a echarse a reír otra vez. Richard no dijo nada, aunque el desdén que se reflejaba en las comisuras de su boca era evidente. Lo bastante evidente, en cualquier caso, para que yo añadiera—: La verdad es que estoy muy entusiasmado con eso. Tampoco es que vaya a suponerme trescientas mil libras al año

y quinientas mil de comisiones, pero por lo menos sé que voy a vender un producto increíblemente bueno. Bien diseñado, no producido en serie, hecho con bastante cuidado, y con un ojo puesto en el futuro... —Se me fue apagando la voz, consciente de que todos me estaban mirando—. Al fin y al cabo —concluí sin mucha convicción—, todos necesitamos cepillos de dientes, ¿no?

Clive se levantó y empezó a retirar los platos.

—Pues sí —dijo—. E, indiscutiblemente, los necesitamos más que los Intercambios con Descuento Doblemente Efectivos.

Después de que saliera de la habitación, Charlotte le preguntó a Richard:

—Entonces, ¿estás buscando otro trabajo en este momento?

—En este preciso momento, no. Primero tengo que aclararme. Podemos aguantar un par de años así. Y si las cosas se ponen muy feas, siempre podemos vender el Porsche.

Jocasta le echó una mirada cortante, como si acabase de plantear tranquilamente la posibilidad de que ella se prostituyera.

Poppy se echó a reír.

—Pero si nunca lo usas. Ese coche lleva sin salir de vuestra casa tres meses.

—Tenemos miedo de quedarnos sin sitio donde aparcarlo —siseó Jocasta, sin asomo de ironía. Se levantó para ir al baño.

Tras eso, Richard pasó ampliamente de mí y entabló una larga y animada conversación con Poppy. De hecho, por lo que pude acertar a oír, estaba coqueteando abiertamente con ella. Ya me había dado cuenta de que él y Jocasta no habían tenido mucho que decirse en toda la noche, y de repente se me ocurrió que, con su pérdida de trabajo y de estatus, su relación estaría sometida a mucha presión. ¿Pero qué podía encontrar Poppy de atractivo en aquel idiota pagado de sí mismo? Me esforzaba por oír todo lo que podía, pero me costaba, porque Clive intentaba enzarzarme en un diálogo sobre Donald Crowhurst («Poppy me ha dicho que su historia te ha cautivado») y su madre no dejaba de cotillear sobre un amigo de la familia que acababa de comprarse una casa de campo en una de las islas Shetland. Durante la hora y media siguiente, Poppy y yo no tuvimos oportunidad de intercambiar una sola palabra. Al final miré el reloj y me di cuenta de que tenía que irme si quería coger el tren de las 11.34 para Watford. Había más trenes que salían más tarde que ese, pero no quería volver a casa en plena noche; y, digámoslo claro, aquella cena había sido un fracaso.

—Ven conmigo un momento —dijo Clive—. Hay unas cosas que quiero darte antes de que te vayas.

Entramos en la habitación de al lado, una especie de cuarto de estar con estudio. El piso de Charlotte era un tercero de un edificio de pisos de lujo que daban a una tranquila y frondosa plaza ajardinada. Tal vez aquella habitación hubiera sido uno de los dormitorios; me chocaba un piso tan grande para una mujer que vivía sola.

—Mira, te he traído el libro —dijo Clive, todo orgulloso—. Y el DVD.

Me tendió un viejo ejemplar de tapas duras del libro de Ron Hall y Nicholas Tomalin, *El extraño último viaje de Donald Crowhurst*, y un DVD de *Deep Water*, el documental de larga duración que se había hecho recientemente sobre su viaje.

—Te van a gustar —auguró alegremente—. La historia entera se vuelve aún más fascinante a medida que vas sabiendo más cosas de ella.

—Gracias —le dije—. Dime cómo quieres que te lo devuelva. ¿Por Poppy, tal vez?

—O directamente, si prefieres —me contestó, y me pasó su tarjeta. Como dirección de su trabajo figuraba Lincoln's Inn Fields. Ni siquiera sabía que era abogado—. Mándame un correo o algo, de todas formas, para decirme qué te ha parecido la película.

—Sí —le dije, por mera educación—. Te lo mandaré.

Clive titubeó; era evidente que estaba a punto de decirme algo más personal.

—Poppy me ha contado... —empezó, e hizo una pausa que yo aproveché para preguntarme qué le habría contado Poppy exactamente de mí. ¿Le habría contado tal vez que yo le resultaba muy atractivo, pero que le costaba admitirlo por la diferencia de edad?—. Poppy me ha contado que has estado de baja por depresión.

—Ah, ya —le dije. Curioso cómo aquel dato parecía seguirme adondequiera que fuera—. Sí, pero creo... creo que ya la he superado.

—Bueno es saberlo —dijo Clive, con una sonrisa afable—. De todos modos, estas cosas llevan su tiempo, ¿sabes? Estaba pensando en tu viaje a las Shetland.

—Seguramente es lo que me hace falta. Algo que me saque de mí mismo.

—Seguramente. Pero vas a estar muy solo allá arriba. Y muy lejos de cualquier conocido.

—No, me vendrá bien. Ya tengo muchas ganas de irme.

—Estupendo. Me alegro de oírlo. —Me dio unas palmaditas en la espalda y añadió algo que no me esperaba—: Cuídate, Max.

Pero a mí me interesaba mucho más ver que Poppy había aparecido a su lado, con el abrigo puesto.

—Creo que voy a acompañarte hasta la estación —dijo—. No hemos tenido mucha oportunidad de charlar, ¿no?

Yo iba radiante de felicidad mientras nos acercábamos juntos hasta el metro de South Kensington. El que se hubiera desviado de su camino para acompañarme, y el que nuestros cuerpos fueran prácticamente tropezándose, porque íbamos andando muy pegados, me parecían dos cosas perfectamente lógicas. Era como si todo lo que había pasado esos días, desde que conocía a Poppy, me hubiera estado llevando hasta un momento crucial, y ese momento ya fuera inminente. Solo unos cuantos pasos más hasta que llegáramos a la arcada de entrada del metro de la estación, y entonces sería el momento: el momento de hacer lo que llevaba toda la noche esperando hacer.

—Bueno —dijo Poppy jovialmente, cuando ya habíamos llegado—. Me alegro de verte, Max. Mañana salgo para Tokio, suponiendo que pueda coger ese vuelo, pero...

bueno, que tengas buena suerte en tu viaje a las Shetland, si no te veo antes. Y gracias por el chocolate.

Se estiró y me ofreció la mejilla. Le cogí las dos mejillas entre las palmas de las manos, le incliné la cara hacia la mía y la besé en los labios. El beso duraría un par de segundos antes de que sintiera que su boca se tensaba y se desacoplaba de la mía, y que Poppy se apartaba bruscamente.

—Ejem... Perdona —dijo, frotándose la boca—. ¿De qué vas exactamente?

En ese momento tomé conciencia de que la gente que pasaba por allí nos estaba mirando con curiosidad y por pura diversión. O me estaba mirando a mí, más bien. De repente me sentí muy estúpido, y muy mayor.

—¿No era... no era lo que esperabas? —dije.

Al principio no me respondió, solo retrocedió unos pasos, echándome una mirada un poco incrédula.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo.

—Poppy... —empecé, pero no me salían las palabras.

—Oye, Max... —se acercó un poco; más valía eso que nada—. ¿Es que no lo entiendes?

—Que si no entiendo el qué.

—De qué iba esta noche. Para qué era.

Fruncí el ceño. ¿De qué me estaba hablando?

—Max... —Soltó un pequeño suspiro de desesperación—. Eres veinte años mayor que yo. Tú y yo nunca podríamos ser... *pareja*. Eres lo bastante mayor como para ser...

Se interrumpió, pero no era la frase más difícil del mundo de completar, ni siquiera para un idiota como yo.

—Vale, ya entiendo. Buenas noches, Poppy. Gracias por acompañarme hasta la estación.

—Max, lo siento.

—No hace falta que lo sientas. No te preocupes. Ya lo entiendo. Muy amable de tu parte. Y tu madre es una mujer muy atractiva. Encantadora, la verdad. Pero no... no es mi tipo, me temo.

Puede que intentara responderme, no lo sé. Me di la vuelta sin mirar atrás y bajé las escaleras hacia la barrera de billetes. Tenía la cara ardiendo y sentí cómo me escocían los ojos de lágrimas de humillación. Me las limpié con la manga de la chaqueta, mientras rebuscaba en el bolsillo mi billete electrónico.

Cualquiera pensaría que las cosas no podrían haber ido a peor esa noche. Pero lo hicieron. Por culpa de algún extraño impulso masoquista, miré los e-mails de mi cuenta Liz Hammond y vi que Caroline le había escrito un mensaje, adjuntándole (como le había pedido) una copia de su último relato. Se titulaba «El hoyo de



ortigas».

Les juro que se me paró el corazón unos segundos cuando vi ese título. No *podía* haber hecho eso, ¿o sí? No podía haber escrito sobre *aquel* episodio.

Mientras se imprimía el relato, fui a ponerme una copa. No había mucho donde elegir, así que tuve que apañármelas con un vodka. Me temblaban las manos. ¿Por qué pasar por aquello, después de la horrible despedida de Poppy? ¿No me bastaba con que una noche en la que había puesto tantas (falsas) esperanzas ya hubiese terminado en catástrofe?

Era inútil. No tenía nada que hacer ante una curiosidad morbosa que me hizo arrastrar mis pasos hasta el cuarto de estar, con el vodka en una mano y diez hojas A4 impresas en la otra. Me dejé caer en el sofá Ikea color carbón, le eché una mirada furiosa a la foto enmarcada de Caroline y Lucy con el árbol de Navidad, que me devolvió una mirada burlona desde la repisa de la chimenea, y luego empecé a leer. Empecé a leer *su* relato (escrito en tercera persona, para proporcionarle «objetividad» y «distancia», ¡hay que fastidiarse!) de lo que había pasado en aquellas vacaciones familiares en Irlanda, hacía cinco años.

## TIERRA

### El hoyo de ortigas

—«Engañar» es un concepto interesante, ¿no crees? —dijo Chris.

—¿Qué quieres decir? —dijo Max.

Caroline se quedó apoyada en el fregadero de la cocina, viendo a los dos hombres hablar. Incluso por aquel intercambio aparentemente insignificante, le parecía que podía percibir un montón de diferencias entre ellos. Chris era un conversador experto y atractivo: por intrascendente que fuera el tema, se acercaba a él inquisitivamente, con curiosidad, esforzándose siempre por llegar hasta la verdad y confiando en que lo lograría. Max siempre estaba nervioso e inseguro; nervioso incluso ahora, hablando con el hombre que era (o eso le gustaba contarle a todo el mundo, incluido él mismo) su mejor amigo y el más antiguo; lo que la llevaba a preguntarse exactamente (y no era la primera vez esas vacaciones) por qué había durado tanto la amistad entre aquellos dos hombres.

—Quiero decir que de adultos no hablamos mucho de engañar, ¿no?

—Puedes engañar a tu mujer —dijo Max, quizás con un toque excesivo de melancolía.

—Esa es la excepción que confirma la regla —admitió Chris—. Pero, aparte de eso, es como si ese concepto desapareciera, ¿no?, en algún momento de la adolescencia. Quiero decir, en el fútbol se habla de jugadores que juegan sucio, pero no de que engañen a nadie. Los atletas se meten drogas que mejoran sus marcas, pero cuando salen en los periódicos el lector no dice que a fulanito lo han pillado *engañando* a nadie. Y sin embargo, para los niños pequeños, es un concepto increíblemente importante.

—Lo siento, pero... —empezó Max.

—No, no estoy hablando de ahora —dijo Chris—. Olvídalo. Da igual.

Esa misma tarde, la hija de Max, Lucy, había tenido una tremenda discusión, que hasta había llegado a las lágrimas, con la hija pequeña de Chris, Sara, sobre unas supuestas trampas que habían hecho durante una partida de críquet francés. Habían estado jugando en la amplia extensión de hierba delante de la casa, y sus gritos de acusación y de negación se habían oído en toda la granja, provocando que los miembros de ambas familias acudieran corriendo de todos lados. Las dos niñas no se habían vuelto a hablar desde entonces. Incluso ahora estaban sentadas en dos extremos opuestos de la granja, una de ellas jugando enfurruñada con su Nintendo DS, y la otra haciendo zapping en la tele, empeñada en encontrar algo decente que ver en la televisión irlandesa.

Chris continuó:

—¿Lucy ya tiene curiosidad por el dinero?

—No mucha. Le damos una libra todas las semanas, y la mete en un cerdito.

—Sí, ¿pero os pregunta alguna vez de dónde viene el dinero, por ejemplo? ¿Cómo funcionan los bancos y esas cosas?

—Solo tiene siete años —dijo Max.

—Mmm. Pues a Joe le interesa cada vez más el tema. Hoy me ha pedido que le diera un cursillo acelerado de economía.

Sí, le *interesaría*, pensó Max. Aunque solo tenía ocho años y medio, Joe ya empezaba a manifestar la misma curiosidad omnívora y entusiasta de su padre, mientras que Lucy, solo un año menor, parecía que se encontraba a gusto viviendo en un mundo propio, compuesto casi en su totalidad de elementos fantásticos: un mundo de muñecas y duendecillos, gatitos y hámsters, muñecos de peluche y encantamientos benignos. Y él intentaba no preocuparse demasiado y no sentir envidia.

—Así que le he hablado un poco de la banca mercantil. Solo los conceptos básicos, claro. Le he dicho que últimamente, cuando dices que alguien es banquero, eso no significa que se pase el día entero sentado detrás de un mostrador, cambiando en metálico los cheques de los clientes; que un banquero de verdad nunca tiene el más mínimo contacto con el dinero. Y que, de todos modos, la mayor parte del dinero que hay en el mundo hoy en día no existe de ninguna manera que se pueda tocar, ni siquiera como trozos de papel con promesas escritas. Así que me ha preguntado: «Pero, entonces, ¿qué *hace* un banquero, papá?». Conque le he explicado que gran parte de la banca moderna se basa en la física. De ahí viene el concepto de apalancamiento. Engranajes, trinquetes y esas cosas; te topas con términos así en las teorías bancarias modernas todo el rato. Pero, bueno, tú todo esto te lo debes de saber muy bien.

Max asintió, a pesar de que en realidad no tenía ni idea. Caroline, que conocía bien a su marido (demasiado bien) después de tanto tiempo, vio cómo asentía y se dio cuenta de que era una fanfarronada. La sonrisita secreta que le echó al suelo de la cocina estaba teñida de tristeza.

—Le he contado que gran parte de la banca moderna consiste en pedir dinero prestado (dinero que no es tuyo) y encontrar otro sitio donde reinvertirlo con un interés más alto cuando te lo devuelven que el que tú le pagas a la persona que te lo presta. Y cuando le he explicado eso, Joe se lo ha pensado un rato y me ha dicho una cosa muy interesante: «Entonces los banqueros en realidad solo son personas que ganan un montón de dinero engañando a la gente».

Max sonrió en señal de aprobación.

—No es una mala definición.

—¿A que no? Porque aporta una nueva perspectiva moral con la que ver las cosas. La perspectiva de un niño. Lo que hacen las sociedades bancarias no es ilegal; al menos la mayor parte del tiempo. Pero la gente no lo tiene muy claro, y es por eso. En el fondo seguimos teniendo reglas no escritas sobre lo que es honrado y lo que no. Y lo que ellos hacen *no* lo es. Es lo que un niño llamaría «engañar».

Max siguió dándole vueltas a esa conversación aquella noche, cuando él y

Caroline estaban echados juntos en la cama del dormitorio del ático, a punto de quedarse dormidos.

—Nunca pensé que Chris se entusiasmaría tanto con todas esas ocurrencias del niño —dijo—. Yo diría que no le pega mucho.

—Puede —dijo Caroline, sin comprometerse.

Max esperaba que dijera algo más, pero solo se produjo un silencio entre ellos: un silencio que formaba parte de otro casi total, más grande y más mágico, que flotaba sobre toda aquella costa. Si aguzaba el oído, casi podía oír el ruido de las olas rompiéndose suavemente en la playa, a poco menos de un kilómetro.

—Se llevan muy bien, ¿verdad? —soltó de repente.

—¿Quiénes? —musitó Caroline en medio de la nube de sueño que ya la envolvía.

—Chris y Joe. Se pasan todo el tiempo juntos.

—Mmm. Bueno, supongo que eso es lo que hacen los padres con sus hijos.

Se volvió lentamente y se quedó boca arriba. Max sabía que eso significaba que ya estaba casi dormida y que se había terminado la conversación. Estiró el brazo y le cogió la mano. La mantuvo agarrada y se quedó mirando el paso de las nubes a través de la claraboya del dormitorio hasta que sintió que la respiración de ella se hacía más lenta y más regular. Cuando se quedó completamente dormida, se soltó suavemente y se apartó de ella. No habían hecho el amor desde que habían engendrado a Lucy, hacía casi ocho años.

Cuando se disponían a dar un paseo a la mañana siguiente, el cielo estaba gris y la marea del estuario baja.

Las dos mujeres se quedarían allí para preparar la comida. Luciendo aposta un delantal de plástico como signo de aburrido trabajo doméstico, Caroline salió al césped para despedir al grupo; pero antes de que atacaran los campos y el sendero que llevaba hasta el borde del agua, Lucy hizo un aparte con sus padres.

—Venid a ver esto —les dijo.

Agarró a Max de la mano y lo llevó a través de la amplia extensión de césped hasta el seto que delimitaba la granja. Del seto sobresalía un tejo joven, con una sola rama retorcida que se metía de nuevo hacia el césped. Un trozo de cuerda con nudos colgaba de la rama, y bajo él habían excavado la tierra para formar un hoyo rebosante de una espesa maraña de ortigas urticantes.

—Caray —dijo Max—. Qué horror.

—Si te cayeras ahí —dijo Lucy—, ¿te tendrían que llevar al hospital?

—Puede que no —dijo Max—. Pero te harías mucho daño.

—La verdad es que no es un sitio muy indicado para poner una cuerda —dijo Caroline—. Yo creo que sería mejor que no os columpiaseis de ella.

—Pero jugamos a eso —dijo una jadeante voz de niño detrás de ellos.

Se volvieron para ver que Joe se había acercado corriendo hasta allí. Su padre

venía detrás.

—¿A qué jugáis exactamente? —preguntó Caroline.

—Es como un reto —les explicó Lucy—. Tienes que agarrarte a la cuerda, y entonces los demás te empujan y tú tienes que columpiarte de un lado a otro diez veces.

—Ya —dijo Chris en un tono de comprensión resignada—. No sé por qué me parece que debe de haber sido idea tuya, Joe.

—Sí, pero todos quieren intentarlo —insistió su hijo.

—Pues creo que no deberíais.

—¿Qué ibais a hacer —preguntó Caroline— si uno se cayese ahí? El picor sería horrible. Os picaría todo el cuerpo.

—Ahí está la gracia del juego —dijo Joe, con el aire triunfante de alguien que manifiesta algo evidente.

—Hay un montón de hojas de acedera —dijo Lucy—. Así que si te caes las puedes usar para curarte.

—En pocas palabras —dijo Caroline—, no, no y no.

Joe soltó un suspiro de resignación y se alejó. Pero no era aficionado a ponerse a rumiar las desilusiones de la vida, y su mente inquisitiva nunca se detenía demasiado tiempo. Mientras enfilaban el sendero del estuario, Caroline oyó cómo le preguntaba a su padre por qué las acederas siempre crecían cerca de las ortigas urticantes, y también oyó que su padre le daba (como siempre) una explicación concisa y detallada. Los siguió con los ojos mientras sus siluetas se alejaban y las dos hermanas de Joe se unían corriendo a ellos: los cuerpos de padre e hijo tan similares por su hechura y su manera de moverse a pesar de los años que los separaban, y las hijas que se les pegaban todas entusiasmadas; los tres niños apiñados en torno a su padre, formando un grupo inseparable por la fuerza de la sangre, el cariño mutuo y, sobre todo, la admiración incondicional que le tenían. Y también se quedó mirando cómo Max y Lucy les seguían por el mismo sendero, cogidos de la mano, sí, pero en cierto modo separados por una fuerza que se interponía entre ellos y los apartaba y aislaba de una manera que ella conocía muy bien por experiencia propia. Por un momento, en la extraña paradoja de su proximidad y su distanciamiento vio un emblema de su propia relación con Max, y sintió una aguda punzada de una pena indefinible.

Les oyó hablar mientras se alejaban andando.

—Entonces, ¿por qué las acederas siempre crecen *precisamente* cerca de las ortigas? —estaba preguntando Lucy.

—Pues... —respondió Max— porque la naturaleza es muy sabia.

Pero no podría jurar si supo explicarle algo más, porque la brisa del mar se llevó sus voces.

¿Cómo lo hacía?, se iba preguntando Max a sí mismo durante aquella caminata.

¿Cómo hacía Chris para saber tanto de tantas cosas?

Lo habría entendido si solo hablara de cosas que caían dentro de su área de conocimientos académicos. Pero no era solo eso. El caso era que sabía de todo. Y no de una manera insultante, en plan «soy más listo que tú». Se trataba únicamente de que llevaba cuarenta y tres años vivo, y en ese tiempo le había prestado atención al mundo que lo rodeaba, y había asimilado y retenido cantidad de información. ¿Y Max por qué no había hecho lo mismo? ¿Por qué no recordaba las cosas más sencillas de la física, la biología o la geografía? ¿Cómo podía haber vivido tanto tiempo en el mundo material y no haber aprendido nada sobre sus leyes y principios? Era vergonzoso. Le hacía darse cuenta de que iba por la vida como sonámbulo, presa de un sueño del que tal vez despertase algún día (seguramente a la vuelta de treinta años) para percatarse de que su tiempo en esta tierra casi se había acabado, antes de que aprendiese a controlarlo siquiera un poco.

Max levantó la vista y dejó a un lado estas sombrías reflexiones cuando sintió que la mano de Lucy se soltaba de la suya, y la vio echar a correr para alcanzar a Chris y a sus hijos. El amable perfil ruinoso recubierto de hiedra de Ballycarbery Castle se alzaba ante ellos, y ella corría hacia el punto donde el río trazaba una curva y a veces se podía cruzarlo con marea baja. Chris les estaba explicando a Joe y a sus hijas el tema de las mareas y del tirón gravitacional de la luna, un tema (como muchos otros) del que Max nunca había llegado a tener ningún dominio. Se puso a escucharle como quien no quiere la cosa, pero empezó a entrarle vergüenza y, para distraerse, cogió un canto rodado que intentó hacer rebotar en la superficie del río. Se hundió tras un par de botes. Volviéndose para alcanzar a los demás, vio que Chris tenía ahora a los cuatro niños a su alrededor, junto a un corte transversal de la orilla del río. Hasta Lucy parecía muy atenta.

—Entonces, cuando un gran trozo de tierra se queda al aire como este —estaba diciendo Chris—, lo maravilloso es que nos cuenta muchas cosas de la historia de la zona. ¿Alguno recuerda cómo se llaman estas distintas capas de terreno?

—¡Estratos! —dijo Joe, muy entusiasmado.

—Exactamente. Se llaman estratos de terreno. Y normalmente al estrato de arriba (este fino estrato oscuro de aquí) se le llama el estrato «O» del terreno, pero a este se le catalogaría como el estrato «T», porque esta parte del paisaje es muy húmeda. ¿Sabéis lo que significa la «T»? Algo de lo que hay mucho en Irlanda.

—¿Turba?

—¡Turba, exactamente! Luego tenemos el mantillo y el subsuelo. Fijaos en cómo los estratos se van haciendo cada vez más finos a medida que vamos bajando. Aunque aquí el subsuelo sigue siendo muy oscuro. Eso es porque Irlanda tiene un clima muy lluvioso, y la lluvia es muy eficaz a la hora de descomponer la roca en tierra, y también de distribuir sus nutrientes a través del terreno. Pero aquí el terreno también es bastante arenoso, porque estamos en la boca de un estuario.

—¿Qué es un estuario, papá?

—Un estuario es cualquier zona costera donde el agua dulce de los ríos y los arroyos se mezcla con el agua salada del mar. Así que los estuarios marcan el límite entre los sistemas terrestres y los sistemas marinos. Suelen tener un suelo muy rico, porque está lleno de plantas y de animales en descomposición. Mirad este subsuelo, por ejemplo...

La verdad es que era impresionante, eso había que admitirlo. Aunque se suponía que Chris tenía que saber de terrenos. Había dado clases de geología, de nivel universitario, durante veinte años, y ahora era catedrático. Max se preguntaba si su hija se daba cuenta de eso. Seguramente no. Empezaba a mirarlo con la misma veneración de sus propios hijos.

Chris, sus hijas y Joe enseguida reanudaron la marcha, parlotando alegremente, en dirección a los tres peldaños de piedra que se habían excavado toscamente en la pared, para que la gente pudiera subir hasta el pasadizo y luego por el sendero cubierto de hierba que llevaba propiamente al castillo. Lucy, mientras tanto, se quedó atrás, dubitativa. Volvió a cogerse de la mano de su padre y le miró a los ojos. No estaba muy claro si había entendido los puntos más delicados de aquella pequeña conferencia, pero desde luego había comprendido una cosa: los lazos de confianza y admiración que unían a los hijos de Chris con su padre, la alegre adoración con la que le habían escuchado. Había comprendido todo eso; y Max sabía que ahora se estaba preguntando por qué no la vinculaban a su padre los mismos sentimientos. O, mejor dicho, que ahora trataba de encontrar esos sentimientos en su interior con una especie de vana esperanza. Quería que su padre le explicara el mundo con la misma seguridad y autoridad que Chris irradiaba sobre sus hijos con cada una de sus palabras. Cuando ellos también se echaron a andar, iba mirando alrededor, y Max sabía que estaba captando su entorno con una nueva clase de curiosidad; que pronto iba a tener preguntas de su propia cosecha que hacerle, y que se suponía que él debía saber las respuestas.

Sucedió antes de lo que se imaginaba.

—Papá —empezó ella con aire inocente.

—¿Mmm? —dijo Max, tensándose ante la inminente pregunta envenenada.

—Papá, ¿por qué la hierba es verde?

Max se rio, como si esa fuera la pregunta más simple e inofensiva del mundo; abrió la boca para soltar la respuesta como si tal cosa, y luego se paró, al darse cuenta de que no tenía la menor idea.

¿*Por qué la hierba es verde?* ¿Qué clase de pregunta era esa? Pues porque *era* verde. Eso lo sabía cualquiera. Era una de esas cosas que se dan por supuestas. ¿Alguien le había explicado *a él* alguna vez por qué la hierba era verde? ¿En el colegio, quizás? ¿En qué asignatura habrían dado eso: biología, geografía? En cualquier caso, hacía siglos. Por supuesto, Chris lo sabría. Había ido a un colegio muy pijo, y sabría que sería por algún motivo... ¿Era por «cromo-algo» o algo parecido? ¿Cromo no significaba color en griego o en latín? Cromosomas..., ¿tendría

algo que ver con los cromosomas?, ¿o con aquella otra cosa que la luz del sol hacía con las plantas?... Foto..., foto..., fotosíntesis. ¿Era eso lo que hacía que las cosas fueran verdes?

Miró a Lucy, que seguía mirándolo fijamente, con una mezcla de paciencia y confianza. Por un momento le pareció muy pequeña, incluso menor de siete años.

Era inútil. El silencio sería la peor respuesta de todos. Iba a tener que decirle *algo*.

—Pues porque... —empezó— todas las noches salen las hadas con sus pincelitos y sus tarritos de pintura verde...

Cielo Santo, a veces se odiaba a sí mismo.

Caroline y Miranda habían terminado de preparar la comida hacía un rato y estaban relajándose junto a la mesa de la cocina, con una botella de vino tinto entre ellas, que ya habían vaciado a medias.

—¿Sabes? —estaba diciendo Caroline—, el problema con Max es...

Pero ahí residía el problema, ¿cuál *era* el problema con Max? Y aunque lo supiera, ¿debía confiar en aquella mujer, la mujer del mejor amigo de su marido, una mujer a la que apenas conocía? (A pesar de que estaba llegando a conocerla y apreciarla bastante en esas vacaciones). ¿No sería de por sí una especie de traición?

Suspiró, renunciando (como de costumbre) a esforzarse por poner el dedo en la llaga.

—No sé... No parece muy feliz. Hay algo de su vida..., de él mismo... Algo que no le gusta.

—Es muy callado —admitió Miranda—. Pero creía que siempre había sido así.

—Siempre ha sido muy callado —dijo Caroline—. Pero últimamente ya es una cosa exagerada. A veces me cuesta sacarle una sola palabra. Supongo que se pasa el día hablando en el trabajo. —Cambiano de tercio, dijo—: Me pregunto qué será lo que Chris y él tienen en común. Son dos personas tan distintas, y sin embargo llevan siendo amigos tanto tiempo...

—Bueno, eso hace mucho, ¿no? Historias en común y esas cosas. —Miranda notaba que algo abrumaba a Caroline, una especie de desazón—. Muchas parejas pasan por momentos difíciles —le dijo—. Y parece que Lucy está muy unida a su padre.

—¿Eso crees? —Caroline meneó la cabeza—. *Quieren* estar unidos, aunque no saben cómo hacerlo. O *él* no sabe cómo hacerlo. —Intentando apurar su vaso de vino, pero viendo que ya estaba vacío, añadió—: Lo que realmente le gustaría a Lucy sería tener un hermano o una hermana. Tu Joe parece la mar de feliz teniendo una hermana mayor y otra pequeña con las que jugar. Me encanta verlos así a los tres juntos. Como deberían ser todas las familias...

—Aún estás a tiempo, ¿no?

Caroline sonrió.



—No soy demasiado mayor, si es lo que quieres decir. Pero seguramente es demasiado tarde en otros sentidos. —Cogió la botella, volvió a llenar los vasos y se tomó un buen trago—. Ya sabes... *Deberíamos... Podríamos...* Esos verbos tan desagradables...

Adónde habría ido a parar esta conversación, cuántas cosas se habría arriesgado Caroline a confiarle a Miranda, no lo sabrían nunca. Porque en aquel momento la puerta trasera de la granja se abrió de golpe. Oyeron las voces angustiadas de los niños y los adultos en el jardín, y luego Chris irrumpió muy decidido en la cocina, agobiado y sin aliento.

—Rápido —dijo—. ¿Dónde está el botiquín?

Miranda se puso en pie de un salto.

—¿Qué ha pasado? ¿Alguien se ha hecho daño?

—Joe, sobre todo. Lucy también un poco. Lo que nos hace falta es bicarbonato. ¿Tenemos bicarbonato?

—¿Pero qué ha *pasado*?

Sin querer escuchar la respuesta, Caroline salió corriendo hacia el césped, donde la aguardaba una escena realmente caótica. Joe yacía estirado en la hierba, inmóvil; al principio pensó que se había quedado inconsciente. Max estaba arrodillado a su lado, con una mano posada tiernamente en su frente. Lucy salió corriendo hacia su madre y se echó sobre ella, agarrándola con todas sus fuerzas con los brazos desnudos, que (como muy bien pudo ver) estaban amoratados y salpicados de unas feas manchas color carmín.

—¿Qué te has hecho, cariño? ¿Qué ha pasado?

—Ha sido con el juego de las ortigas —le explicó Lucy, entre sollozos—. El reto. Volvimos del castillo y nos pusimos a jugar a eso, y papá estaba empujando a Joe colgado de la cuerda, que se estaba columpiando muchísimo, y entonces se cayó y aterrizó justo en el medio del hoyo. Yo me metí para intentar sacarlo.

—¿Qué niña más valiente.

—Pero me duele un montón.

—No hace falta que me lo jures. Pero no te preocupes. Chris y Miranda vienen enseguida. Están buscando algo que echarle a eso.

—¿Y Joe qué? Llevaba pantalones cortos, el pobre. Tiene las piernas...

Caroline se volvió para mirar a aquellas dos figuras: la de Joe tirado en la hierba y la de su marido a su lado. En unos segundos los padres de Joe estarían junto a su hijo, cuidándolo y atendiendo sus necesidades. Pero, durante años, Caroline no se acordaría de esos minutos de confusión y de actividad frenética, sino tan solo de aquel momento de inmovilidad: el cuadro (como siempre lo recordaría) que vio ante sus ojos al darse la vuelta. El cuerpo postrado de Joe, yaciendo allí tan quieto y tan sereno que hasta podría habersele dado por muerto; y arrodillado a su lado (y llorando, a no ser que Caroline se equivocara) su marido, inmovilizado por el dolor y la angustia, aunque no los de su propia hija, sino los del hijo de otro hombre. Y lo

curioso del caso fue que, tras haber observado a Max tan atentamente, y con tanta perplejidad, durante los últimos días, tras atormentarse con el enigma de su descontento, su inadaptación, su sensación de encontrarse siempre a disgusto en el mundo, en aquel momento lo vio (o se imaginó que lo vio) en una actitud que le pegaba y era totalmente lógica: lo vio como un hombre claudicando ante un sentimiento que debía de haber surgido de una forma tan natural, de un modo tan inevitable y terapéutico, que casi podría suponerle un alivio: un hombre lamentándose de la muerte del hijo que siempre había querido tener.

A las once y media de la mañana del lunes 2 de marzo de 2009, me encontraba en Reading, sentado en la oficina de Alan Guest. Los diez miembros con plena dedicación del equipo estaban presentes, incluidos Trevor, Lindsay, David Webster y el jefe de contabilidad, Tony Harris-Jones. Afuera estaba gris pero no hacía demasiado frío, y no amenazaba lluvia de momento. Debajo, en el patio delantero, se veían cuatro Toyota Prius negros pulcramente alineados; y, sentado en un poste de hierro junto a ellos, había un fotógrafo de prensa con pinta de aburrido, charlando con su compañero, un periodista local, que estaba apoyado en uno de los coches, fumando un pitillo. Las oficinas de Cepillos de Dientes Guest eran parte de un polígono industrial en las afueras del suroeste. Más allá del patio delantero se veían filas de almacenes y edificios bajos de oficinas, el terreno de las empresas especializadas en accesorios de baño, componentes informáticos y ropa deportiva y de ocio. Una red de pequeñas carreteras y diminutas rotondas cubría el polígono, pero no se veía pasar ningún coche. Estaba casi inquietantemente tranquilo.

En cuanto a los ánimos en la oficina de Alan Guest, lo mejor sería calificarlos de tensos. Aquel día era un gran día en la historia de Cepillos de Dientes Guest (había tres botellas de champán sin alcohol sobre la mesa, además de once vasos), aunque por alguna extraña razón parecía que a nadie le apetecía celebrar nada. Alan, un hombre delgado de unos cincuenta y tantos años, con pinta de asceta y el pelo canoso, tenía un aire distraído. Así que le estaba tocando a Trevor entretenernos con su charla.

—Bueno, compañeros, hemos estado controlando los pronósticos de la página del Tiempo de la BBC, y he de decir que tengo buenas noticias para la mayoría de vosotros.

Debería haberle escuchado con atención, pero no era capaz de concentrarme. No dejaba de darle vueltas al relato de Caroline. Después de leerlo, los primeros días no había sido capaz de pensar en otra cosa. Estaba tan indignado, tan furioso con ella, que cada centímetro de mi espacio mental (¿el espacio mental se mide en centímetros?, no tengo ni idea) había sido colonizado por pensamientos sobre cómo iba a responderle. Esboqué decenas de e-mails en mi cabeza (algunos míos, otros de Liz Hammond). Cogí cien veces el teléfono pensando en llamar, y luego lo volví a dejar en su sitio. Al final, como seguramente ya habrán adivinado, no había respondido de ninguna forma. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué se suponía que tenía que decir? No tenía palabras para mi sensación de traición ante lo que ella había escrito. Y, a pesar de que había conseguido tranquilizarme desde entonces (en cierta medida al menos), seguía habiendo momentos en los que la sensación de injusticia me soliviantaba otra vez. Y eso mismo me estaba sucediendo en aquel momento.

—Así que no tenemos previstas mayores alteraciones meteorológicas —continuó

Trevor—. Por lo menos la primera mitad de la semana. Puede que el tiempo se ponga un poco revuelto al cruzar desde Aberdeen, Max, si lo dejas para el miércoles o el jueves, pero no creo que tengas por qué...

Al mismo tiempo, tenía que reconocer a regañadientes mi admiración por lo que había hecho Caroline. No soy crítico literario (Dios no lo quiera), pero desde ese punto de vista, me sorprendió por lo... bueno, por lo competente en cualquier caso. No era peor que la mayoría de los tochos coñazos que me había metido por los ojos durante nuestro matrimonio, en su intento de que yo leyera novelas serias.

—Y como ya sabéis, hemos previsto en nuestros gastos cinco noches de hotel, pero es evidente que a la mayoría no nos harán falta. En definitiva, se trata de una competición por ser el primero en ir y venir, aunque creo que todos sabemos quién va a ganar. —Risas y miradas dirigidas hacia Tony Harris-Jones, cuyo viaje no le llevaría más lejos de Lowestoft)—. Pero si el resto conseguimos hacerlo en cuatro días, o incluso en tres, nuestro Gran Jefe nos lo agradecerá un montón, estoy seguro. Estamos en medio de una asquerosa recesión, y corren tiempos difíciles, como todos sabemos muy bien. —Las miradas se dirigieron esta vez a Alan Guest, sin risas que las acompañaran. Él se quedó mirando al frente, sin ninguna expresión—. Así que debería añadir que, por favor, seáis razonables a la hora de elegir alojamiento. Nada de sitios de cinco estrellas, por favor. Ni de castillos escoceses o de espectaculares casas rurales. Os sugiero los Travelodge o los Best Western si os apetece pasaros un poco de la raya. Pero no os paséis de cincuenta libras por noche, a ser posible.

Y, aparte de eso, ¿cómo lo había hecho exactamente? ¿Te leía la mente o algo parecido? Caroline y yo apenas habíamos hablado en los últimos años de nuestro matrimonio, o eso creía yo, que me había pasado la mayor parte del tiempo sentado en silencio a su lado, ya fuera delante del televisor o del volante del coche, o enfrente de ella en la mesa del desayuno, sin que ninguno de los dos dijera una palabra; y puedo afirmar tranquilamente que nunca tuve la menor idea de lo que se le pasaba por la cabeza. Y, sin embargo, al escribir aquella historia, había transcrito más o menos mis pensamientos; y los había transcrito además con una precisión que rondaba el ochenta y cinco por ciento. Daba miedo. ¿De verdad que yo era tan transparente, o era Caroline la que estaba dotada de una intuición realmente asombrosa, que yo ni tan siquiera había imaginado porque nunca me había fijado en ella?

—En cuanto a la parte competitiva del viaje, a Lindsay aún se le han ocurrido más cosas este fin de semana (esta mujer no descansa *jamás*), y nos ha salido con otra idea absolutamente genial. Lindsay, te paso el relevo un momento, si quieres.

Pero aquello también tenía su lado irónico. Caroline nunca se daría cuenta, pero había tropezado en la última valla. Su intuición le había fallado en el punto más crucial. Porque estaba equivocada (pero total y terriblemente equivocada) con respecto a lo que yo había pensado ese día, después de que sacáramos a Joe del hoyo de ortigas y ella me viera arrodillado junto a él en la hierba. «Lamentándose de la muerte del hijo que siempre había querido tener», ¿no es eso lo que supusiste,

Caroline?, ¿no fue ese el giro que decidiste darle? Pues mira, te equivocaste de medio a medio. Ni siquiera te acercaste un poco. Y ni tú ni nadie vais a saber nunca la verdad. Por lo menos si de mí depende.

Lindsay, mientras tanto, se había puesto a contarnos algo del ordenador de a bordo de nuestro Prius. La verdad era que debía prestarle atención.

—Así que lo que pasa cuando le das al botón de «Info» del salpicadero es que puedes elegir entre dos pantallas. Una es el Monitor de Energía, que te dice de dónde viene la energía en un determinado momento, y la otra te da una información detallada de cuánta gasolina has consumido desde la última vez que pusiste a cero el contador del viaje. Esos contadores se han puesto a cero en los cuatro vehículos, por cierto, así que por favor no los toquéis hasta que hayáis vuelto sanos y salvos...

Se me había ocurrido otra idea repugnante. Gran parte de la información en la que se basaba aquella historia solo podía haberla obtenido de Lucy. Sobre todo, el tema de que yo no supiera por qué la hierba era verde. (Que era totalmente cierto, y seguía siéndolo además). Así que Caroline y Lucy se debían de haber juntado y echado unas buenas risas en algún momento sobre el imbécil de papá, que no tenía ni puta idea de las cosas importantes de la vida, y siempre andaba inventándose tonterías para salirse por la tangente ante las preguntas difíciles y las situaciones comprometidas. Evidentemente, muchas de las entrañables charlas que tenían entre madre e hija últimamente girarían en torno a mi cómica ignorancia sobre temas de conocimiento general. Bueno, supongo que debía alegrarme de darles una disculpa para estrechar sus lazos.

—Así que lo que os estamos ofreciendo, señores, es la oportunidad de ganar no solo uno, sino dos premios muy apetecibles. El hombre que tarde menos en ir y venir consigue uno de esos bonitos diplomas firmados: un precioso añadido para cualquier pared de despacho, creo que estaréis de acuerdo..., pero también habrá un premio en metálico de *quinientas libras*... —se oyeron bravos, gritos de alegría y suspiros de asombro; una vez más provenientes de todos menos de Alan Guest, cuyo rostro seguía siendo inescrutable— para el conductor que haga más por demostrar la filosofía verde de Cepillos de Dientes Guest regresando al punto de partida con la *menor cifra media de consumo de gasolina* en su pantalla de información. O lo que es lo mismo, conducid con cuidado, colegas, ¡y conducid sin gastar demasiado!

Lindsay se sentó en medio del aplauso general, y en ese momento se abrieron las botellas de champán y la reunión se disolvió informalmente. Vi que Alan hacía un aparte con Trevor y le decía:

—Que no se queden por ahí sin hacer nada; recuerda que tenemos a ese periodista esperando abajo.

Conque, al poco rato, apuramos nuestras copas, dejamos la oficina en masa y bajamos por aquella escalera de cemento que hacía tanto eco y llevaba hasta el patio delantero. Trevor, David, Tony y yo íbamos cargando con nuestras bolsas de viaje.

Sin proponérmelo realmente, resultó que iba el último del grupo, con Lindsay

Ashworth andando al lado. A veces las cosas pasan así, me he fijado, cuando hay una química tácita entre dos personas. Es como una coreografía invisible: tú no intentas llevar el paso de la otra persona, pero de alguna forma todos los que os rodean se apartan y os dais cuenta de que os habéis encontrado, sin siquiera pretenderlo. Así había sido con Caroline, la primera vez que nos dirigimos la palabra en las mesas de formica de aquel triste bar del personal de los grandes almacenes hace ya tantos años, y así sucedió también aquella mañana conmigo y con Lindsay. Cuando vi que yo iba a su lado, se volvió y me sonrió. Era una sonrisa cariñosa para darme ánimos, aunque también escondía algo más inquietante: un cierto nerviosismo, tal vez.

—Entonces..., ¿estás preparado para esto? —me preguntó.

—¿Preparado para qué? —le pregunté yo.

—Preparado para llevar el IP 009 a sitios donde nunca ha llegado.

Asentí con la cabeza.

—No te preocupes. No os voy a decepcionar.

—Estupendo.

Algo en su manera de decir eso me llevó a comentar:

—Curioso el ambiente de esta mañana en la reunión. Todo el mundo parecía un poco nervioso.

—Ah, ¿lo has notado entonces?

—¿Algún problema?

Ya íbamos hablando en voz baja, pero en ese momento Lindsay acercó aún más su cara a la mía.

—No se lo digas a nadie, pero Alan tuvo hoy una reunión con el banco. Y no le ha ido bien. —Se paró para que los otros todavía se alejaran más (estábamos en la escalera que unía la primera con la segunda planta), y añadió—: Se niegan a darle más créditos. Y él está furioso, porque cambió la cuenta al banco de estos tipos hace solo unas semanas.

—¿Qué tipos? —pregunté, y cuando Lindsay me dijo el nombre del banco, lo reconocí inmediatamente. Era el mismo para el que solía trabajar Richard, el insoportable amigo de Poppy—. Pero... la empresa va bien, ¿no? Quiero decir, ¿todo es consistente y seguro?

—No creo que vaya a haber ningún problema a la larga —dijo Lindsay—. Creo que se trata más bien de un problema puntual de liquidez. —Y añadió—: Por eso Alan también está enfadado conmigo.

—¿Contigo? ¿Y por qué iba a estar enfadado contigo?

—Porque le salí con la idea esa del premio por el consumo de gasolina esta mañana. Y me dijo que no podía permitírselo.

—Pero si solo son quinientas libras.

—Exactamente. Eso fue lo que yo pensé. De todas maneras, de momento ni siquiera podemos llegar hasta ahí, por lo visto. Así que está armando mucho jaleo con lo de anticipar el dinero él mismo.

—¿Su propio dinero?

—Sí.

Nos pusimos en movimiento otra vez.

—Supongo que todo esto te agobiará un poco —dije.

—Más o menos. Me parece que empieza a pensar que toda la campaña es una mala idea. Así que si va mal...

—¿... la culpa la tendrás tú?

Ella asintió, y yo le dije:

—No te preocupes. No va a salir mal. Es una idea brillante, de todos modos.

Lindsay me echó una breve sonrisa de agradecimiento. Habíamos llegado a la planta baja, y mantuvo la pesada puerta abierta para que yo pudiera pasar, mientras dejábamos atrás aquella escalera con corrientes de aire y salíamos al patio iluminado por aquella luz gris y apagada. Todos los demás ya iban por el medio del aparcamiento, en dirección a la fila de los Prius negros que nos aguardaban. En cuanto estuvimos fuera, Lindsay se paró a encender un pitillo.

—¿Sabes?, este es el primer mes —dijo— que no hemos podido pagar la hipoteca. Martin no ha trabajado este año.

Trevor me había contado que el marido de Lindsay se dedicaba a la construcción. Eso era lo único que sabía de él, y no investigué más.

—Corren tiempos duros, Max —dijo—. Asquerosos. Alguien la ha jodido, ¿no? Alguien muy cerca del poder. Pero nadie va a reconocerlo. —Le echó un vistazo al grupito congregado en torno a los cuatro coches negros—. Vamos allá, de todas formas. Los paparazzi están esperando conocerte. No querrás perderte tus quince minutos de gloria, ¿no?

Al final aún fueron menos. El fotógrafo sacó una foto de nosotros cuatro de pie, delante de uno de los coches, y el periodista nos hizo unas vagas preguntas sobre qué clase de cepillos le eran más útiles a la gente que vivía en las partes más remotas del país; por lo visto no había acabado de pillar el porqué de todo aquel asunto. Terminaron su trabajo en un par de minutos, pero en vez de largarse se quedaron por allí para vernos marchar, conservando todo el tiempo un aire ligeramente divertido y displicente, que creo que a los demás nos resultó bastante desalentador como mínimo.

Fue todo muy confuso y alocado. Alan Guest nos regaló las videocámaras en las que íbamos a grabar nuestros diarios. (Lindsay también tenía una, y anduvo por allí de coche en coche, grabando al azar). El manual de instrucciones, nos explicó él, estaba en la guantera, junto con el manual de instrucciones para el propio coche, que al parecer venía en dos volúmenes y sumaba un total de más de quinientas páginas. Nos dijo que no nos asustáramos, asegurándonos que no nos hacía falta consultar los manuales inmediatamente y que nos resultaría muy fácil conducir aquel coche. Yo no me quedé muy convencido, porque no solo no conseguía arrancar el mío, sino que ni siquiera sabía dónde meter el pequeño cuboide de plástico que me habían regalado en vez de lo que, en días pasados, habría sido un juego de llaves. Al final Trevor se me

acercó y me explicó que había un botón que tenía que apretar mientras pisabas el embrague. Parecía todo muy complicado, y el motor no respondió con un rugido satisfactorio cuando seguí sus instrucciones. Pero entonces puse el coche en modo «conducción», y de hecho empezó a moverse; de una forma tan inesperada, en realidad, que avanzó un par de metros y chocó contra uno de los bolardos del borde del aparcamiento. Solo fue un topetazo (no dañó el parachoques ni nada), pero a posteriori supongo que no fue un buen augurio. A Alan Guest no le hizo mucha gracia.

Por fin, cuando dieron las doce del mediodía, salimos en caravana. Tras la flotilla de los cuatro intrépidos vendedores, nos seguían Lindsay y Alan en el BMW de Alan. Lindsay continuaba grabándonos. Cuando llegamos a la rotonda más grande de la periferia del polígono industrial, nos paramos todos: ese era nuestro punto de partida oficial. La rotonda tenía cuatro ramales, y cada uno de nosotros iba a coger uno diferente. Lindsay y Alan se bajaron del coche y se quedaron en el centro de la rotonda. Soplaban un viento cortante de marzo, y había empezado a lloviznar. Alan, bien envuelto en su abrigo y su bufanda, juntó las manos para hacer una especie de megáfono, y gritó:

—¡Allá vamos, colegas! ¡Buena suerte!

Lindsay seguía grabándolo todo con la cámara.

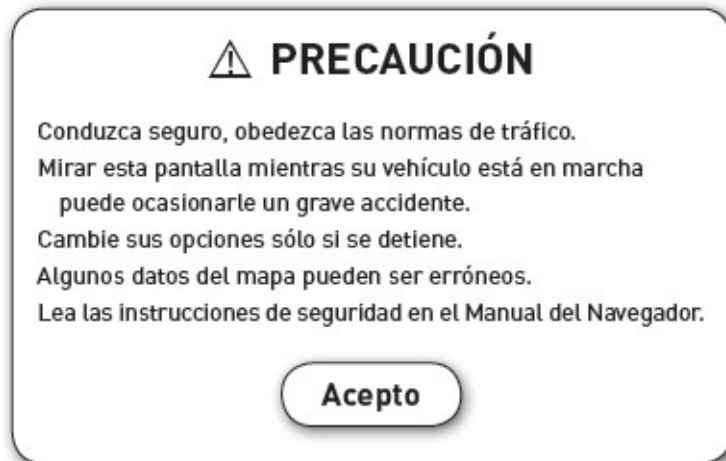
Tony Harris-Jones salió el primero, cogiendo el ramal del este. Luego fue Trevor: dio un giro de trescientos sesenta grados en la rotonda, recorriendo a la inversa el camino por el que había venido y dirigiéndose hacia el sur. David Webster cogió el ramal occidental. Yo solo tenía que seguir todo recto, y coger la segunda desviación que daba al norte. Llevaba la ventanilla abierta para despedirme de Alan y de Lindsay, y cuando pasé a su lado Alan me dijo adiós con la mano, pero Lindsay, me fijé, levantó la vista de lo que estaba grabando (no lo había hecho por ninguno de los otros) y me tiró un discreto beso con la mano izquierda mientras yo pasaba.

Al ver ese gesto, me animé mucho y experimenté una sensación curiosa: un destello de felicidad invadiendo mi cuerpo, que empezó por los pies y siguió subiendo hasta que noté un hormigueo en el cuero cabelludo.

Y entonces, en cuanto quedó fuera de mi vista, me sentí de repente tremendamente solo.



# Reading-Kendal



Mi pantalla mostraba este mensaje desde hacía aproximadamente un cuarto de hora. Me encontraba en la M4, con rumbo este, regresando hacia Londres, pero a punto de girar hacia el norte por la A404(M) en dirección Maidenhead. Había poco tráfico, y yo iba a unos ciento veinte kilómetros por hora por el carril interior. Ya empezaba a acostumbrarme al coche, aunque el número de botones situados a cada lado de la pantalla asustaba un poco. Tendría que parar en algún lado y echarles un vistazo como era debido. Mientras tanto, ¿seguro que no pasaría nada si apretaba el icono de «Acepto»? No me podía quedar mirando aquel mensaje el viaje entero. Era como uno de esos recuadros que tienes que marcar cuando compras algo *online*, aceptando las cláusulas y condiciones que nadie se molesta en leer. No te queda más remedio que aceptar. O, por lo menos, te haces la ilusión de elegir, pero nada más. Puede que así sean las cosas casi siempre.

Cuando apreté el botón, de todas formas, apareció un mapa. Mostraba la autopista por la que yo iba conduciendo, y también a mí (o al menos a mi coche) como una flechita roja que avanzaba muy decidida en dirección este. Cuántos satélites me estarían apuntando en aquel momento, me pregunté, para poder calcular una posición que cambiaba continuamente. Había leído en alguna parte que solían ser unos cinco: cinco pares de ojos vigilándome constantemente desde su posición estratégica en lo alto del cielo. ¿Era un pensamiento tranquilizador o espantoso? Como de costumbre, no lo sabía muy bien. Hay tantas cosas nuevas en la vida de las que realmente no sabemos qué pensar. Lo único que sabía seguro era que las cosas habían sido pero que muy distintas en los días de Donald Crowhurst, cuando se había pasado meses a la deriva en medio del Atlántico sin que nadie se diera cuenta, creyendo que podía engañar al mundo entero con la ayuda de unos cálculos ficticios anotados a lápiz en su cuaderno de bitácora, para que se pensara que se había pasado todo ese tiempo

luchando contra las tormentas de los Mares del Sur. No había muchas posibilidades de llevar a cabo semejante engaño hoy en día.

Cada vez había más tráfico en la autopista, y fue un alivio ver la salida para la bifurcación 8/9 (Maidenhead y High Wycombe) señalada más adelante. Mientras torcía y enfilaba la vía de acceso, enseguida noté que frenaba con demasiada brusquedad. El freno de aquel coche parecía ultrasensible; solo tenías que darle un toquecito con el pie. Había un atasco de dos carriles en la rotonda, con unos diez coches en cada uno. Tuve que detenerme, y aproveché aquel parón momentáneo para apretar otro de los botones de un lado de la pantalla.

En el botón que elegí ponía «INFO». Cuando lo apreté, aparecieron tres columnas verdes en la pantalla. Tardé un poco en darme cuenta de lo que significaban. Aparentemente, cada una representaba cinco minutos de conducción, y te decía cuál había sido el consumo de gasolina en ese tiempo. Durante mis primeros cinco minutos había consumido 8,36 litros a los cien, en los segundos 5,8, y en los terceros 5,57. No estaba mal, pero no me iban a dar ningún premio. Había esperado hacer una media de cuatro y pico o menos. ¿Estaría haciendo algo mal?

Tras sortear la rotonda y entrar en la carretera de High Wycombe, disminuí la velocidad a setenta kilómetros por hora, e inmediatamente la eficacia de mi combustible empezó a mejorar. Parecía que ahora mi consumo medio oscilaba entre 3,79 y 3,55 a los cien, así que conduje a esa velocidad un par de kilómetros, hasta que el conductor que venía detrás, pegado a mí, se puso a hacerme señales con las luces todo enfadado. Aceleré, sintiéndome extrañamente culpable, a pesar de que me había entretenido (viéndolo desde cierto punto de vista) con algo favorable para el medio ambiente. Sería difícil conducir a aquella velocidad todo el camino hasta Aberdeen, pensé, aunque seguro que ganaría el premio de quinientas libras de Lindsay si lo conseguía.

Unos quince kilómetros después, la A404 se unía a la M40, y cogí la primera salida en la rotonda, metiéndome por la autopista en dirección noroeste. A cada lado, se extendía Inglaterra (o lo poco que se podía ver de ella desde la perspectiva de la autopista), tranquila y atrayente, vestida discretamente de verdes y grises apagados. Sentí que empezaba a subirme un poco la moral. Al final tenía cuerpo de aventura.

Mi plan era el siguiente: ese día conduciría con cuidado hasta Birmingham, a poca velocidad, consumiendo el mínimo posible de gasolina. Llegaría a media tarde, reservaría habitación en un hotel, y luego les haría una visita a los Byrne, los padres de mi viejo amigo del colegio Chris Byrne y su hermana Alison. Seguían viviendo en Edgbaston, en una casa cuya parte de atrás daba al embalse, y ya había hablado con el señor Byrne el fin de semana: le había llamado por teléfono para preguntarle si todavía conservaba (tal como creía mi padre) un juego de llaves de repuesto del piso de Lichfield. A lo que el señor Byrne me había respondido: «Sí, seguro que andan por alguna parte». (Aunque parecía que no sabía dónde exactamente). Así que tenía intención de coger las llaves, y acercarme hasta el piso por la mañana. Todo eso

significaría perder mucho tiempo al principio del viaje; pero seguía quedándome mucho para llegar a las Shetland, y en cualquier caso no tenía sentido conducir directamente hasta Kendal esa noche, porque Lucy no podría verme. Ya me había puesto en contacto con Caroline para eso, y me había dicho que Lucy había ido a casa de una amiga a celebrar un cumpleaños esa tarde y que se quedaría a dormir allí. Conque tendría que llevarla a cenar fuera el martes por la noche. No me venía mal; aún podría llegar a Aberdeen el miércoles por la tarde, con tiempo de sobra para coger el ferry de las cinco. Entretanto, hacerles una visita a los Byrne sería probablemente una manera agradable y nostálgica de pasar un par de horas.

Ahora iba todo el rato a noventa por hora. Todos los demás coches de la autopista iban más rápido; hasta los camiones pesados. Mi consumo de gasolina había vuelto a bajar hasta los cuatro litros a los cien, y me puse a pensar en la cantidad de gasolina que se ahorraría la gente si condujese a aquella velocidad todo el tiempo. ¿Por qué tenía tanta prisa todo el mundo? ¿Qué diferencia había en llegar a tu destino media hora más tarde de lo que podrías haber llegado? A lo mejor el problema eran las propias autopistas. Las autopistas te permitían ir más rápido, cierto, pero también te *hacían querer ir más rápido*, te *obligaban* a ir más rápido, porque conducir por ellas era algo muy aburrido. Solo llevaba en la M40 un cuarto de hora, pero ya estaba aburrido. No había nada que ver, nada que mirar, aparte de los signos de puntuación que interrumpían la autopista misma: señales de tráfico, anuncios de gasolineras, pasos elevados, puentes, que de todos modos se fundían en una secuencia indescifrable sin ningún sentido al cabo de un rato. Había campo a ambos lados, pero no tenía rasgos distintivos: de vez en cuando alguna casa, algún embalse, algún pueblo o alguna ciudad vislumbrados en la distancia; pero, aparte de eso, nada de nada. Se me ocurrió pensar que las zonas que bordean las autopistas deben de constituir gran parte de nuestro paisaje, y aun así nadie las visita ni se pasea por ellas, ni tiene más contacto con ellas que el monótono panorama que se va desplegando poco a poco en el parabrisas. Esas zonas son yerros que nadie tiene en cuenta.

«Bienvenidos a Break, 5 km», decía unos de los letreros; así que decidí salirme de la autopista en ese punto y comer algo. La siguiente área de servicio (gestionada por Moto) estaba a treinta kilómetros, y las siguientes a esa, a más de sesenta. No quería esperar tanto. Además, a pesar de que no me apetecía el Kentucky Fried Chicken en aquel momento, la cara del Coronel Sanders sonriéndome radiante desde el letrero de bienvenida me inspiraba confianza. De modo que entré por la vía de acceso en la bifurcación 8A, sorteé la red de diminutas rotondas, y me puse a buscar sitio en un aparcamiento que, a esa hora del día, estaba casi a reventar. Al final metí como pude mi Prius entre un Ford Fiesta y un Fiat Punto, y apagué el motor con una sensación de alivio.

Era la una y cuarto, y tenía hambre. A mi alrededor, la gente se dirigía al comedor principal; ejecutivos como yo, en su mayoría, con trajes oscuros, camisa y corbata, algunos con la chaqueta colgando del hombro (aunque hacía frío ese día, y yo desde

luego no iba a quitarme la mía). Tuve una sensación de bienestar al pensar que formaba parte de algo otra vez: parte de un proceso a escala nacional, parte de una comunidad (la comunidad empresarial) que hacía lo que podía, día sí y día no, para que Inglaterra siguiese adelante. Todos jugábamos algún papel. Allí todo el mundo se dedicaba a vender o comprar algo, a mantener o inspeccionar algo, a fijar el precio o la cantidad de algo. Me sentía conectado de nuevo, reintegrado en la corriente dominante.

El área de servicio en sí misma era un perfecto microcosmos de cómo una sociedad occidental que funcione bien debería operar. Allí se atendían todas las necesidades básicas del ser humano: la necesidad de comunicarse (había una tienda donde vendían teléfonos móviles y accesorios) y la necesidad de divertirse (había una zona de juegos llena de máquinas tragaperras); la necesidad de consumir comida y bebida, y la necesidad de cagarla y mearla; y, por supuesto, la eterna y fundamental necesidad de comprar simplemente toda una serie de cosas: revistas, discos, peluches, barritas de chocolate, películas, chuches, libros, y aparatejos de todo tipo. Lo que sumado al Days Inn situado justo al otro lado del aparcamiento, con su oferta de alojamiento barato para pasar la noche, significaba que te podías instalar en aquella área de servicio sin que nunca te hiciera falta salir de allí. Te podías pasar allí la vida entera, si te apetecía. Hasta el diseño era bueno. Soy lo bastante mayor como para recordar cómo solían ser las estaciones de servicio en los años setenta y a principios de los ochenta. Horribles mesas baratas de plástico y locales de comida incalificables donde te servían huevos y hamburguesas nadando en grasa. En cambio allí teníamos amplios ventanales que daban a una zona pavimentada con fuentes que campanilleaban alegremente; las mesas estaban limpias y tenían un aspecto moderno, y algunas hasta tenían lámparas individuales con pies elegantemente curvados. Por lo menos se lo habían pensado un poco. ¡Y además había muchos tipos de comida! Había un Burger King, por supuesto, y un KFK; pero, si eras una persona que se preocupaba más por su salud, en un letrero muy grande ponía «YO ♥ LA COMIDA SANA», y te señalaba unos mostradores donde había toda clase de ensaladas y de sándwiches frescos a elegir. Por no hablar de un local llamado Coffee Primo, donde te ofrecían café con leche, capuchinos, café moca, chocolate caliente, café de máquina, americano, granizado de vainilla, granizado de caramelo, té Twinings, unas veintitantas opciones descafeinadas, y naturalmente los omnipresentes paninis.

A pesar de esa cantidad de cosas donde escoger, inimaginable (si te paras a pensarlo) una generación atrás, cuando Thatcher y Blair emprendieron la reforma de nuestra sociedad, decidí tomar una hamburguesa. A veces una hamburguesa es exactamente lo que necesitas. Nada de extras, ni de florituras. Es más, en aquel sitio ni siquiera tenías que hablar con nadie para conseguir una hamburguesa. Se hacía todo con la tarjeta de crédito, seleccionando tu pedido en una máquina, metiendo tu tarjeta en la ranura, y luego llevando tu recibo a un punto de recogida. Funcionaba

muy bien. Mi hamburguesa estuvo lista en medio minuto. Cuando la vi, de todas maneras, me sentí un poco culpable por no haber pedido algo más saludable, así que me puse a la cola del mostrador de sándwiches y me compré una botella de agua mineral con sabor a granada y lichi, que costaba 2 libras con 75. Luego llevé mi comida hasta una de las mesas que daban a los ventanales.

Me había traído un buen montón de cosas que leer. Para empezar, estaban los manuales del Prius: uno para el propio coche, y otro dedicado enteramente al GPS de a bordo. También estaban las instrucciones para los auriculares bluetooth que me habían suministrado, que se conectaban con el coche de alguna forma, y podían controlarse con el volante. Trevor y Lindsay habían puesto especial interés en que los pusiera a funcionar lo antes posible, porque querían poder mantenerse en contacto a menudo. Me pregunté, de hecho, si sería demasiado pronto para llamar a Lindsay. Tal vez sí. Tampoco era que le corriera mucha prisa saber que había llegado al área de servicio de Oxford después de hora y cuarto conduciendo. Y luego tenía que estudiar el manual de mi cámara de vídeo, que también parecía bastante complicado. Seguramente dejaría eso para más tarde. Mejor concentrarse en el GPS de momento. Me senté y estuve leyendo el manual unos diez minutos, hasta que me sentí razonablemente seguro de que había entendido los puntos básicos. Confiaba en haber entendido lo suficiente para utilizarlo en la siguiente etapa de mi viaje, de allí a Birmingham.

Cuando volví al coche, encendí el motor y apreté el icono de «Acepto» en cuanto apareció en la pantalla del mapa. Luego apreté el botón de «Destino» y, con cierto trabajo, escribí la dirección de los Byrne en la pantalla táctil. En un par de segundos, el ordenador había localizado su casa y me estaba dando a escoger entre tres rutas desde mi posición de aquel momento. Elegí la que parecía más rápida: todo seguido por la M40 y después en dirección norte hasta Birmingham por Bristol Road. Y entonces, tan pronto la elegí, le oí decir a una voz femenina:

—*Por favor, continúe por la ruta destacada y comenzará la ayuda en ruta*<sup>[2]</sup>.

No fue tanto lo que dijo, sino cómo lo dijo.

A muchas personas, creo, les atraen otras sobre todo por su aspecto. Y, evidentemente, soy tan sensible a eso como cualquiera. Pero lo primero que encuentro *realmente* atractivo en una mujer, nueve de cada diez veces, es la voz. Eso fue lo primero en que me fijé de Lindsay Ashworth cuando nos conocimos: su encantador acento escocés. Y remontándonos aún más atrás, también era lo primero en que me había fijado de Caroline: sus vocales llanas típicas de Lancaster, que no tenían absolutamente nada que ver con lo que yo esperaba escuchar en labios de una mujer que, por lo demás, parecía tan elegante, tan pija y tan urbana. Y puede que suene ridículo, pero ni siquiera esas dos mujeres, Lindsay y Caroline, tenían una voz tan atractiva como la que salió de aquel aparato. Aquella era, sencillamente, una voz bonita. Asombrosamente bonita. Probablemente la más bonita que había escuchado nunca. No me pidan que se la describa. Ya se habrán dado cuenta a estas alturas de

que no se me dan muy bien esas cosas. Era una voz inglesa, no exenta de clase exactamente; más bien lo que se solía denominar una «pronunciación estándar» o «inglés de la BBC». Tenía un toque ligeramente arrogante, supongo. Y un retintín que se podría haber descrito como un poco mandón. Pero, al mismo tiempo, era tranquilizadora, mesurada, y te inspiraba mucha confianza. Era imposible imaginarse a aquella voz enfadada. Era imposible imaginársela sin sentirse apaciguado y reconfortado. Era una voz que te decía que todo estaba bien en el mundo; al menos, en el tuyo. Era una voz sin una sola nota de ambigüedad o inseguridad: una voz en la que se podía confiar. Seguramente por eso me gustaba tanto. Era una voz en la que se podía confiar.

Puse el coche en modo «conducción» y fui saliendo del aparcamiento. Mientras dejaba el área de servicio, pasé por un letrero donde ponía: *«Gracias por haber visitado el área de servicio de Oxford. Su visita y su número de matrícula han sido grabados en circuito cerrado de televisión»*. Más pruebas, por si me hacían falta, de que no estaba tan solo como pensaba.

—¿Y tú qué opinas de eso? —se me ocurrió decirle a la voz del mapa—. Un poco siniestro, ¿no?

Y ella me respondió:

—*Se acerca la salida. A continuación, trescientos metros más adelante, siga recto en la rotonda.*

De momento, me olvidé completamente de que me apetecía llamar a Lindsay.

Seguí conduciendo despacio, intentando ahorrar gasolina, de modo que pasó otra hora y media hasta que llegué a la bifurcación 1 de la M42.

—*A ochocientos metros, salida a la izquierda hacia Birmingham Sur.*

Era la primera vez que me hablaba en unos diez minutos. Para entonces ya había descubierto que podía invocar su voz cuando quisiera apretando el botón «Mapa» de mi volante. Al hacerlo, solía decirte que continuaras haciendo lo que estabas haciendo en ese momento. Así que, cada pocos minutos, apretaba el botón, y ella me decía: *«Continúe por esta autopista»*. No iba escuchando la radio. Había puesto un rato Radio 2 y Radio 4, pero no me apetecía oír a otra gente parlotando. Quería que me dejaran solo con mis pensamientos, y con la voz de Emma cada vez que me apetecía escucharla.

Ah, ¿no les he dicho que se llamaba Emma? Me había pasado la mayor parte de la última hora tratando de decidir cómo iba a llamarla. Al final, me decidí por Emma, porque siempre había sido uno de mis nombres favoritos. En parte porque recordaba haber tenido que leer la novela de Jane Austen en clase de lengua en el colegio. Odiaba ese libro (que era uno de los favoritos de Caroline, por cierto) y solo había sacado un aprobado raspado en el examen, pero por alguna razón el nombre de la protagonista se me había quedado grabado como una especie de emblema de clase y

sofisticación. Y también porque había estado un poco enamorado de Emma Thompson, la actriz, hacía ya tiempo, a finales de los ochenta, cuando tenía aquella pinta de chavalito y había hecho aquella película donde tenía una escena de sexo increíble con Jeff Goldblum. Así que, por una cosa u otra, Emma me parecía una buena decisión.

—*Salida a la izquierda. A continuación, a la derecha en la rotonda, tome la tercera salida.*

Íbamos a poner por primera vez en cuestión nuestra relación, porque yo había decidido no seguir sus instrucciones durante el rato siguiente. Ella quería que continuase por la A38 hasta la rotonda de Lydiate Ash, y que luego torciese a la derecha hacia Rubery. Pero yo tenía otros planes. Quería conducir todo recto por la cresta de las Lickey Hills, y retomar la A38 a través de la B4120 al pie de las colinas. Era un trayecto con más vistas, y me llevaría por parte del paisaje de mi primera infancia. ¿Pero cómo respondería Emma? ¿Comprendería el impulso nostálgico que se escondía detrás?

Un poco nervioso por mi propia audacia, ignoré su insistente repetición de «*La siguiente a la izquierda*» mientras rodeaba la rotonda y enfilaba la *cuarta* salida en vez de la tercera. Me imaginé lo que habría dicho Caroline si hubiera hecho caso omiso de sus instrucciones en ese sentido, en una de nuestras vacaciones familiares. «¡No, esta no!». Habría habido un suspiro de desesperación, y luego su voz se habría crispado, deslizándose hacia aquel horrible tono de resignación contrariada por mi terquedad y mi estupidez. «Estupendo. Si crees que te lo sabes mejor que yo, haz lo que te dé la gana. Yo no me voy a molestar más en mirar esto». Entonces habría tirado el mapa de carreteras a la parte de atrás del coche, sin darle por un pelo a Lucy, que iría sentada en su asiento de seguridad, escuchando la discusión con los ojos muy abiertos de pura estupefacción, y con su cerebritito preguntándose probablemente a sí mismo si así era como hablaban siempre los adultos. Sí, habría sucedido algo parecido. Recordaba cantidad de situaciones de ese tipo.

Pero con Emma era diferente. Al principio no dijo nada en absoluto. La única señal de que se había dado cuenta de mi decisión fue un mensaje en la pantalla que decía «*Calculando la ruta*». Luego, tras unos segundos, retornó su voz. No se produjo ningún cambio de tono en absoluto. Seguía siendo sereno y comedido; totalmente impasible ante mi pequeño acto de rebeldía.

—*Continúe tres kilómetros por esta carretera* —me dijo. Y nada más. Ni peleas, ni sarcasmos, ni preguntas. Aceptó mi autoridad y respondió en consonancia. ¡Dios..., qué fácil habría sido todo si Caroline se le hubiese parecido un poco! Empezaba a pensar que, en Emma, había encontrado algo así como la pareja ideal. Apreté el botón de «Mapa», solo para poder oírsele decir otra vez:

—*Continúe tres kilómetros por esta carretera.*

Precioso. Me encantaba la pequeña pausa que hacía después de la palabra «kilómetros». Lo decía como si fueran versos.



Ahora iba conduciendo por Old Birmingham Road. A mi izquierda me quedaba la entrada de la escuela primaria donde Chris y yo nos habíamos conocido y nos habíamos hecho amigos desde el primer día, cuando teníamos cinco años. Nos hicimos inseparables a partir de ese momento: amigos íntimos durante los seis años siguientes. Y luego, cuando ya teníamos diez, fuimos los únicos niños de nuestro curso que se presentaron el examen de entrada en el King William del centro de Birmingham. Chris aprobó el examen. Yo no, y acabé yendo a Waseley Hills Comprehensive con los demás amigos de la escuela primaria.

—Y fue ahí, ¿sabes? —le dije a Emma—. Fue ahí cuando cambió todo. Muchas cosas vinieron de ahí.

—*Continúe un kilómetro y medio por esta carretera.*

Evidentemente, Chris y yo seguimos viéndonos. Pero la auténtica razón de eso, sospecho, fue que a esas alturas nuestros padres se habían hecho muy amigos, después de coincidir en diversos acontecimientos sociales relacionados con el colegio. El padre de Chris era catedrático de la Universidad de Birmingham, y mi padre, a quien le gustaba creerse un intelectual además de un poeta, no iba a dejar pasar esa amistad, incluso después de que Chris empezase a ir a un colegio mucho más pijo y su familia hubiese dejado Rubery para instalarse en Edgbaston, un enclave más frondoso y más de clase media. Así que Chris y yo mantuvimos nuestra amistad, sobre todo porque nos caíamos muy bien, pero también por una intuición juvenil de que eso era lo que nuestras familias deseaban y necesitaban de nosotros. Y, sin embargo, yo siempre había sido consciente de las diferencias entre nosotros a partir de entonces. Mientras pasaba por delante del camino de entrada a la escuela y me dirigía hacia la cima de la colina, me vino un recuerdo a la cabeza. Chris y yo teníamos once años; llevábamos unas semanas en nuestros nuevos colegios. Él había venido a casa, y estábamos charlando en el jardín de atrás, y me estaba preguntando por Waseley diciendo: «¿Cómo son los maestros?». Al principio yo ni sabía de qué me estaba hablando. Me llevó unos segundos caer en la cuenta. «¿Así es como llamáis a los profesores?», le dije. «¿Los llamáis maestros?». De repente se me había venido una imagen a la cabeza, y vi a una figura autoritaria de pelo canoso y con toga, que se paseaba entre los viejos pupitres de madera enseñando a sus atentos alumnos las declinaciones latinas: un personaje sacado de *Adiós, Mr. Chips* o de una novela de Billy Bunter. Y sentí una pizca de vergüenza (de inferioridad) al darme cuenta de en qué mundos tan distintos vivíamos Chris y yo ahora.

—*En la siguiente rotonda, gire a la izquierda. Primera salida.*

Hice lo que me decía Emma en ese momento. Pero luego decidí volver a desviarme un poco para poner a prueba su paciencia. Justo después de pasar el pub The Old Hare and Hounds, torcí sin pensármelo a la izquierda, para coger Leach Green Lane. Se quedó callada unos segundos mientras el ordenador trataba de averiguar qué estaba haciendo yo, y luego dijo:

—*A doscientos metros, desvío a la derecha.*

—Ya veo por dónde vas —le dije—, pero de momento nos vamos a desviar de esa ruta. Espero que no te importe. El caso es que estamos haciendo un viaje sentimental. Y no creo que estés programada para eso.

—*Se acerca el desvío a la derecha* —insistió.

No le hice caso y torcí a la izquierda. A unos cien metros vi lo que esperaba ver: una casa gris, con las paredes exteriores revestidas de guijarros, desconcertantemente parecida a todas sus vecinas, con una exigua superficie de asfalto delante, donde estaba aparcado un viejo Rover 2000 verde. Aparqué enfrente de la casa, al otro lado de la calle.

—*A doscientos metros, cambie de sentido* —sugirió Emma.

Sin apagar el motor, salí del coche y di la vuelta hasta la puerta del copiloto. Me quedé así un rato, apoyado en la puerta, mirando la casa. Allí era donde había vivido trece años, desde 1967. Yo y mamá y papá. No había cambiado lo más mínimo. Me quedé mirándola dos o tres minutos más, temblando un poco por la brisa de marzo, y luego me volví a subir al coche y seguí conduciendo.

—Bueno, ¿qué se supone que tenía que pensar? —dije, retomando con soltura la A38 en dirección al centro—. ¿Qué se supone que tenía que sentir? Llevaba sin ver esa casa más de veinte años. Ahí es donde crecí. Ahí es donde se desarrolló mi infancia, y si he de ser sincero, ahora que la he vuelto a ver, no es que sienta nada especial. Tampoco es que mi infancia fuese para tirar cohetes. Como todo lo mío, supongo. Nada fuera de lo corriente. Eso es lo que pondrá en mi epitafio. «Aquí yace Maxwell Sim. En realidad era un tipo bastante corriente». Menudo epitafio. No es de extrañar que Caroline se aburriera de mí al cabo de un tiempo. Ni que Lucy no quiera tener demasiado que ver conmigo. ¿Qué hicimos nosotros tres en esa casa durante trece años que no hicieran millones de familias en casas idénticas de todo el país? ¿Qué sentido tenía todo aquello? Eso es lo único que quiero saber, en realidad. No es mucho preguntar, ¿no? ¿Qué sentido tenía? ¿*Qué sentido tenía, joder?*

—*A ochocientos metros* —dijo Emma—, *a la izquierda en la rotonda, tome la primera salida.*

Tenía respuesta para todo aquella mujer.

—*Continúe tres kilómetros por esta carretera.*

Ahora estaba pasando por delante de la vieja fábrica de Longbridge. O, mejor dicho, por delante del agujero abierto en el paisaje donde antes estaba la vieja fábrica de Longbridge. Fue una experiencia extraña: cuando vuelves a visitar los paisajes de tu infancia, seguramente esperas ver unos cuantos cambios superficiales, algún edificio nuevo y raro en algún sitio, una capa de pintura en otro, pero aquello era otra cosa: un complejo entero de fábricas que antes dominaba todo el vecindario extendiéndose por muchos kilómetros a la redonda, vibrando con el ruido de la maquinaria, animado por las figuras de miles de trabajadores y trabajadoras entrando y saliendo de los edificios..., desaparecido por completo. Arrasado, borrado del mapa. Y mientras tanto, un enorme rótulo plantado en medio de aquella franja de desierto urbano nos informaba de que, en poco tiempo, el ave fénix resurgiría de sus cenizas: una «importante urbanización nueva» de «exclusivas unidades residenciales» y «establecimientos comerciales» estaba en marcha; una comunidad utópica donde de lo único que tendría que preocuparse la gente sería de comer, dormir y comprar, porque por lo visto ya no habría necesidad de trabajar, nada de aquel rollo de fichar a la entrada de una fábrica para poder hacer algo tan vulgar como *fabricar* cosas. ¿Habíamos perdido todos la cabeza en los últimos años? ¿Nos habíamos olvidado de que la prosperidad tiene que basarse en algo, en algo sólido y tangible? Incluso para alguien como yo, que no había hecho más que echarles un vistazo a los periódicos y las páginas web de noticias en los últimos quince días, era bastante evidente que las cosas estaban yendo muy mal, que tirar fábricas para poner tiendas ya no iba a ser tan buena idea, que no era sensato erigir una sociedad entera sobre cimientos de aire.

—*Continúe un kilómetro por esta carretera.*

Me di cuenta de que ya no era necesario pasar por Northfield; habían conseguido dinero para construir una nueva circunvalación; tan nueva, de hecho, que parecía que Emma no la conocía. Parecía totalmente confundida mientras yo iba urdiendo mi camino entre sus semáforos y rotondas, aunque una vez más no me quedó más remedio que admirar el hecho de que su tono de voz no se alterase lo más mínimo mientras me iba dando consejos contradictorios y hacía nuevos cálculos a toda prisa. Qué mujer... Selly Oak no le supuso en cambio ningún problema, y me guio sabiamente por Harborne Lane y Norfolk Road hasta Hagley Road. Llegué allí poco después de las tres y reservé habitación en el Quality Hotel Premier Inn, donde las habitaciones individuales cuestan poco más de cuarenta libras la noche, o sea que estaban dentro del presupuesto de Alan Guest. La habitación no era muy grande ni tenía buenas vistas, pero era agradable. Se encontraba en la primera planta, en la parte de atrás. Había un hervidor y un par de sobres de Nescafé, así que me hice un café y me quedé tirado en la cama como media hora, recuperándome del viaje. Me sentía un

poco solo y pensé en llamar a Lindsay, pero decidí dejarlo para la noche.

Los señores Byrne no me esperaban hasta una hora y media más tarde. Tenía el tiempo justo para acercarme en coche hasta King's Norton y visitar el cementerio de la iglesia, conque fue lo que hice. La tumba de mi madre estaba en buen estado. Compré unas flores en el Tesco Express del barrio y las apoyé contra la lápida. No tenía un jarrón ni nada por el estilo. *Barbara Sim, 1939-1985* era lo único que decía. Papá había querido poner algo sencillo, o eso me había contado en su momento. Cuarenta y seis años de edad. Yo ya era mayor; ya había vivido más años que mi propia madre. Y, sin embargo, me parecía que aún me llevaría muchos años sentirme tan adulto como mi madre me lo había parecido siempre. Tenía veintidós cuando yo nací. Sus últimos veinticuatro años de vida los había dedicado a criarme, a ayudarme a hacerme adulto, y en todo ese tiempo se había consagrado a mí desinteresadamente. Me había dado un amor incondicional. Puede que no hubiera sido muy lista, que no hubiera tenido una educación fabulosa, y que no hubiera entendido la poesía de mi padre (yo tampoco, si vamos al caso), pero en el terreno de las emociones había sido más sabia que las personas de su edad. Tal vez las circunstancias la hubieran obligado a ser así, y quizás su generación, al vivir siempre a la sombra de la guerra, se las había arreglado de alguna manera para madurar antes que la mía. Fuera cual fuera la razón, ahora me sentía humillado (sí, esa es realmente la palabra; no serviría otra) al pensar qué gran madre había sido. Hacía que mis intentos de ser un buen padre resultaran patéticos.

1939-1985. No bastaba con aquello. Debíamos haber grabado otra cosa en su lápida, algo más largo.

¿Pero qué?

—Tu madre era una mujer encantadora. Donald y yo siempre lo pensamos. Raro es el día que no hablamos de ella.

La señora Byrne terminó de echar leche en mi té y añadió un par de cucharaditas de azúcar, como yo le había pedido. Me fijé en que le temblaban las manos un poco. ¿El principio de un Parkinson tal vez? Cogí la bandeja con el servicio de té y la seguí, de vuelta al invernadero.

—Este chisme es muy desconcertante —dijo el señor Byrne. Estaba examinando el IP 009, sosteniéndolo contra la escasa luz de la tarde e inspeccionándolo desde todos los ángulos—. ¿Adónde queréis llegar? ¿Cuántos esperáis vender?

—Siempre era un placer hablar con ella. Conseguía que cualquier acontecimiento social fuese como la seda —dijo la señora Byrne. Continuaba hablando de mi madre. Ya me había dado cuenta de que resultaba difícil mantener una conversación con los señores Byrne, porque siempre hablaban a la vez de dos temas completamente diferentes.

—Bueno, la idea no es exactamente esa —le dije al señor Byrne—. No se trata de vender muchos. En realidad da igual que no venda ninguno esta semana.

Lo cual era cierto, al menos por el momento. Cepillos de Dientes Guest ya tenía

contactos con la mayoría de los principales minoristas farmacéuticos (supermercados incluidos), y los pedidos se solían hacer al por mayor, por internet o por teléfono. De todos modos, Alan me había explicado que, si quería probar suerte con algún establecimiento independiente, debía aprovechar la oportunidad y dejarme caer por allí para enseñarles la mercancía. Esa era una parte de mi viaje que no me apetecía especialmente. Hacía mucho tiempo que no me dedicaba a contactar con posibles clientes.

—La verdad es que tiene un diseño muy bonito —dijo—. Deberíamos encargarte un par de ellos.

—Ah, bueno, en ese caso —dije, rebuscando en el bolsillo de mi chaqueta para sacar otro— os regalo estos dos. Aceptadlos como una gentileza de Cepillos de Dientes Guest.

—¿Estás seguro?

—Totalmente.

—Pues estupendo. ¿A que es estupendo, Sue?

La señora Byrne asintió, distraída, pero estaba pensando en otra cosa. Primero nos pasó las tazas de té y los bollitos caseros, y luego dijo:

—¿Así que tienes que ir en coche hasta Aberdeen?

—Exactamente.

—Pues entonces deberías hacerle una visita a Alison. Le encantaría verte.

—Tranquila, Sue —dijo el señor Byrne chasqueando la lengua—. No tiene tiempo para ver a Alison. Oye, Max, ¿Harold le ha alquilado a alguien el piso de Lichfield? Porque llevamos años sin acercarnos para echarle un vistazo, y la última vez que hablamos con él nos dijo que eso era lo que pretendía hacer.

—Pues no veo por qué no —dijo la señora Byrne—. Aunque solo fuese un momento para tomarse una taza de té, ya sería un detalle, y seguro que Max tiene que pasarse por Edimburgo si tiene que ir a Aberdeen.

—No creo que papá lo haya alquilado —le dije al señor Byrne, y luego, volviéndome hacia su mujer—: Creo que hay una carretera de circunvalación, así que en realidad no voy a pasarme por el centro.

—Entonces se está perdiendo un buen alquiler —dijo el señor Byrne.

—Sí, pero no te cuesta nada acercarte hasta casa de Alison desde la carretera de circunvalación —dijo la señora Byrne.

—Voy a coger las llaves, de todas formas.

—Voy a coger el callejero y enseñarte dónde está exactamente.

Mientras iban a coger esas cosas, le di unos sorbos a mi té y me comí mi bollito, y me quedé mirando el jardín trasero. Era un jardín grande y bonito, que se extendía hasta el borde del embalse en una serie de terrazas en pendiente. Detrás de la verja, se veía el sendero que llevaba hasta el embalse. Se podía recorrer aquel sendero en una media hora, creía recordar. Lo había hecho con Alison una vez. Yo debía de tener unos quince años. Fue poco antes de que nuestras familias fuesen juntas a la región

de los lagos. Probablemente me había acercado para ver a Chris, pero me las había arreglado para acabar paseando alrededor del embalse con Alison, que era un par de años mayor que yo, y con quien siempre había mantenido una amistad extraña, más bien exenta de coquetería. (En cierto modo, sentía que se suponía que la tenía que encontrar más atractiva de lo que la encontraba en realidad, no sé si me explico). ¿Debía ir a verla a Edimburgo, pasarme un momento para tomar una taza de té? No la había visto desde la boda de Chris, hacía más de quince años. Podía estar bien...

El señor y la señora Byrne regresaron al mismo tiempo, con la cabeza puesta en asuntos distintos pero paralelos.

—¿Cuándo tienes que llegar a las Shetland exactamente? —me preguntó la señora Byrne.

—Aquí están —dijo el señor Byrne, tendiéndome un juego de llaves—. Por cierto, ¿ese Prius de ahí fuera es tuyo?

—Supongo que no importa demasiado, siempre que ya esté allí este fin de semana —le dije a la señora Byrne—. Sí, es mío —le dije a su marido—. Pero solo para este viaje.

—Entonces, ¿por qué no cenas con Alison y Philip mañana por la noche?

—¿Y qué te parece? ¿Qué tal va?

Supuse que Philip era el marido de Alison. El nombre me resultaba vagamente familiar.

—Me temo que no voy a poder, voy a estar con mi hija Lucy mañana por la noche. En Kendal. Va estupendamente. ¿Sabes que solo me ha consumido cuatro con cuatro litros a los cien cuando venía hacia aquí? Y el GPS es increíble.

—¿En Kendal? ¿Y qué hace tu hija en Kendal?

—Cuatro con cuatro está bien. De todos modos, últimamente hay algunos coches pequeños de gasóleo que casi consumen lo mismo. ¿Qué potencia tiene el motor?

—Bueno..., ya sabrás que Caroline me dejó. Hará unos seis meses. Y ahora Lucy y ella viven en Kendal. No sé qué potencia tiene el motor, lo siento..., seguramente lo pone en el manual.

—Ay, Max, no tenía ni idea. Debes de estar destrozado. Me pregunto por qué no nos lo habrá dicho Chris.

—Me han dicho que le cuesta bastante acelerar. Que no tiene mucha potencia si necesitas adelantar a toda prisa.

—Sí, ha sido una... desilusión. La mayor desilusión de mi vida, en realidad.

El señor Byrne se quedó mirándome sorprendido, hasta que su mujer le dio unas palmaditas en la rodilla en plan reprobatorio.

—Está hablando de la ruptura de su matrimonio, no de la aceleración de su coche. ¿Es que no lo oyes? —Se volvió hacia mí y dijo—: Hay muchas relaciones que pasan por un bache, Max. Seguro que es algo pasajero.

—No creo —le contesté—. Se han trasladado a la otra punta del país. A mí me parece algo bastante definitivo.

—¿Consultasteis a un profesional y esas cosas? —me preguntó la señora Byrne.

—¿Le pusiste los cuernos o algo así? —me preguntó el señor Byrne.

—¡Donald! —exclamó su mujer, indignada.

—Sí —respondí—. Quiero decir que buscamos ayuda profesional; y no, no le puse los cuernos.

—Max —dijo la señora Byrne—. ¿Por qué no te quedas a cenar? He hecho pastel de pollo, y hay de sobra para los tres.

—No quería ser grosero —dijo el señor Byrne—. Pero es que a los hombres les pasan cosas raras cuando llegan a los cuarenta y tantos. Por alguna extraña razón, sienten una necesidad incontrolable de tener relaciones sexuales con chicas de veinte años.

—Estaría muy bien —dije—. Quiero decir, quedarme a cenar, no tener relaciones con chicas de veinte. Lo que también estaría muy bien, claro, pero... Pero, de todas maneras, me temo que no puedo. Quedarme a cenar, digo. Ya tengo... Ya tengo planes para esta noche.

—Ah, ya... Bueno, prepararé otra tetera, de todas formas.

Se metió en la cocina, dejándonos solos a mí y al señor Byrne un rato. Por un momento muy desagradable, creí que iba a intentar que me sincerara con él sobre la ruptura de mi matrimonio, pero no tenía por qué preocuparme. En vez de eso, hablamos del Toyota Prius. Me comentó un artículo que había leído donde se afirmaba que el proceso de fabricación era tan largo y complicado que de hecho anulaba los beneficios medioambientales del motor híbrido. Por lo visto, también venía una gran interrogación junto a la pregunta de si era posible reciclar la batería. Parecía que sabía un montón sobre el tema. Y es que el señor Byrne, igual que su hijo, siempre me había sorprendido por estar tan bien informado. Al contrario que yo, era uno de esos hombres agraciados con una curiosidad insaciable.

La señora Byrne nos dejó solos unos veinte minutos. Yo no sabía muy bien por qué tenía que llevarle tanto tiempo preparar una tetera. Cuando por fin reapareció, de todos modos, la cosa quedó clara.

—Lo siento —dijo—. He estado hablando por teléfono con Alison. Se me ha ocurrido que podía llamarla aprovechando la ocasión. Dice que va a estar en casa toda la semana, y que le encantaría verte el miércoles.

—Ah —le dije, bastante desconcertado—. Pues estupendo, gracias.

—Philip está en Malasia en este momento, así que va a reservar mesa en un restaurante de la ciudad para esa noche, y así los dos podréis salir a algún sitio agradable. Los chicos están los dos en un internado, claro.

—Te lo agradezco mucho, pero...

—¡Ah! —El señor Byrne se levantó de un salto—. Por cierto...

Salió de la habitación, mientras yo me ponía a darle vueltas al nuevo plan. Significaría añadirle un día extra a mi viaje, cogiendo el ferry en Aberdeen el jueves por la noche y llegando a las Shetland el viernes por la mañana. ¿Me suponía un

problema? No necesariamente. A esas alturas, seguramente los otros tres representantes ya habrían llegado a su destino y regresado a casa, pero ¿a mí qué me importaba? No era una carrera. Y si lo era, nunca iba a ser el primero en volver. En definitiva, yo tampoco era el Robin Knox-Johnston ni el Bernard Moitessier de aquella historia. Y, además, ya tenía muchos números para ganar el otro premio: el de consumo de gasolina.

—Pues la verdad es que eso sería... estupendo. Sí, ¿por qué no? Me encantaría volver a ver a Alison.

—Y seguro que a ella también le encantará verte. Genial. Asunto arreglado, entonces.

Me echó una sonrisa radiante y me pasó otro bollito. Cuando me incliné para cogerlo del plato que me ofrecía, vi mi propio reflejo en los recuadros de cristal del invernadero. Afuera casi era de noche. Me esperaba una noche poco prometedora, a solas en mi cuarto del Quality Hotel Premier Inn, y sin embargo no estaba dispuesto a aceptar la invitación de los Byrne a cenar en su casa. Todavía tenía mis reservas con respecto a cuánta compañía humana podía soportar en un solo día. Me comí el bollito en silencio, mientras la señora Byrne me hablaba en un tono tranquilizador, contándome novedades de amigos suyos a los que yo no conocía o no conseguía recordar. Luego, al poco rato, el señor Byrne regresó resoplando y jadeando, y trayendo una gran caja de cartón.

—¡Aquí está! —dijo, dejándola en el suelo del invernadero con aire de triunfo.

—¡Pero, Donald...! —dijo su mujer—. ¿Qué estás haciendo?

—La he sacado del desván —explicó él.

—Ya sé de dónde la has sacado. ¿Pero para qué la has traído?

—Dijiste que estabas harta de verla.

—Y lo estoy. Por eso la metí en el desván. ¿Para qué has vuelto a bajarla?

—No debería estar en nuestro desván. Ya está bastante lleno de cosas. Y es de Alison.

—Ya sé que es de Alison. Siempre le estoy diciendo que se la lleve, y ella siempre se olvida.

—No es que se olvide. No se acuerda aposta.

—Vale, muy bien. Pero no te salgas por la tangente. ¿Para qué la quieres?

—Se la puede llevar Max.

—¿Max?

—Va a ir a verla, ¿no? Pues se la puede llevar.

—No seas tonto.

Me quedé mirando la caja, que era tan grande que al señor Byrne le había costado traerla, y que estaba tan repleta de papeles que casi se salían. De todas maneras cabría perfectamente en mi maletero, y no acababa de entender por qué no debía llevármela.

—No hay problema —dije—. ¿Qué tiene dentro?

—Todos los trabajos universitarios de Alison. Son de hace casi treinta años, creo.



—Deberíamos tirarlos —dijo la señora Byrne—, eso es lo que deberíamos hacer. Quemarlos.

—No podemos —dijo su marido—. Le costó un montón hacerlos.

—Pues sí que le sirvieron de mucho... Ni siquiera se licenció.

—Sue, perdona, *sí* que se licenció. Pero nunca llegó a *ejercer*, que no es lo mismo. Y aún podría hacerlo, ahora que los niños ya están crecidos.

—¿Que no ejerció el qué? —pregunté. Hacía tanto tiempo de eso que ni siquiera me acordaba de lo que había estudiado Alison.

—Psicología —dijo la señora Byrne—. Siempre quiso ser terapeuta.

Eso me sonaba un poco. Aunque solo sirvió para recordarme que, en términos generales, apenas conocía a Alison, y que había compartido pocas cosas interesantes con ella. ¿De verdad me apetecía pasarme la noche entera del miércoles cenando con una supuesta desconocida? En fin..., ya era muy tarde para retractarse. Los señores Byrne ya se habían hecho completamente a la idea; ella, al parecer, por extrañas razones sentimentales, y él porque estaba deseando deshacerse de aquella caja de cartón.

—Ya ves que no ocupa ningún espacio —dije unos minutos después, metiéndola con cuidado en el maletero del Prius. Tenía la maleta y el portátil en el hotel, así que las únicas cosas que había en el maletero eran dos cajas pequeñas de cepillos de dientes de muestra. La señora Byrne había salido para verme marchar. Era una noche fría y nuestro aliento formaba vapor en el aire mientras estábamos en el camino de acceso. Me despedí rápidamente (a lo mejor hasta fui un poco grosero) porque no quería que ella cogiera frío, pero sobre todo porque no soporto las despedidas largas. Sin embargo, cuando acababa de meterme en el coche y estaba a punto de arrancar, el señor Byrne salió corriendo de la casa.

—¡Te las olvidabas! —me dijo, sosteniendo el juego de llaves del piso de mi padre.

De alguna manera me las había arreglado para dejármelas dentro. Bajé la ventanilla y se las cogí.

—Gracias —le dije—. Por poco...

—¿Estas *seguro* de que son esas? —preguntó la señora Byrne.

—Pues claro —respondió el señor Byrne.

—Pues a mí no me parecen las del piso de Harold.

Su marido no le hizo caso.

—No las pierdas —me advirtió—. Es el único juego.

—No, hay otro.

Se volvió hacia ella y dijo suspirando:

—¿Qué dices?

—Digo que no es el único juego. La señorita Erith tiene una copia.

—¿La señorita Erith? ¿De qué me estás hablando? ¿Quién es la señorita Erith?

—La señora mayor que vive en el piso de enfrente. Tiene una copia de las llaves.

Sigue recogiendo el correo, ¿no? Ya sabes..., todas esas postales.

—¿Postales? ¿Pero qué tonterías dices?

—No estoy diciendo ninguna tontería. Harold sigue recibiendo montones de postales todos los años, todas del mismo hombre. —Se agachó hasta mi ventanilla y me dijo—: Sé de lo que estoy hablando, aunque él no tenga ni idea. No le hagas caso. Pásalo bien mañana por la noche con tu hija. Y dale recuerdos a Alison de nuestra parte.

—No le des solo recuerdos, ¡dale también esos papeles! —dijo el señor Byrne—. ¡No te olvides! No la dejes engatusarte.

—No te preocupes.

—¡Y gracias por los cepillos!

—No hay de qué. Gracias por el té.

Les dije adiós con la mano y cerré la ventanilla antes de que pudieran decir algo más. Si no, podríamos habernos pasado allí toda la noche. Sinceramente, hablar con ellos empezaba a agotarme; sobre todo con la señora Byrne, de quien empezaba a pensar que se estaba volviendo un poco excéntrica. Entre otras cosas, su comentario sobre las postales me resultaba muy raro. No parecía muy probable que nadie siguiese mandándole postales a mi padre a Lichfield, después de llevar fuera más de veinte años.

Bueno, ¿y ahora adónde iba?

Primero fui en coche hasta el centro. Evidentemente, tenía a Emma para que me hiciera compañía, pero no le había dado un nuevo destino que buscar, así que se creyó que seguíamos dirigiéndonos hacia la casa de los señores Byrne y sus indicaciones fueron bastante confusas. Daba igual. Yo era feliz con solo oír su voz.

Birmingham había cambiado mucho desde la última vez que había estado allí. Habían construido tantos edificios nuevos (centros comerciales, la mayoría) que la mitad del tiempo no sabía dónde estaba. Al final encontré un aparcamiento de varios pisos, y luego subí andando hasta el nuevo despliegue de tiendas y cafés en el cauce del antiguo canal. Había unos cuantos restaurantes que no conocía, pero acabé entrando en el Pizza Express porque me resultaba familiar y acogedor. Uno siempre sabe a qué atenerse con el Pizza Express.

El restaurante estaba muy animado. Todo el mundo parecía veinte años más joven que yo, y como siempre me dio vergüenza sentarme a comer allí solo. No había llevado nada que leer, así que saqué el teléfono móvil y, mientras esperaba mi pizza, le mandé un sms a Trevor. Me llamó enseguida, empleando el «manos libres» que nos habían dado a todos para usarlo en el coche, pero que yo no había conseguido configurar todavía. La acústica del restaurante era bastante mala y me costaba oír lo que decía, pero deduje que ya solo le quedaba una media hora hasta Penzance y que le hacía mucha gracia enterarse de que yo solo había llegado hasta Birmingham.

—Bueno —dijo, antes de que perdiéramos del todo la comunicación—, si te lo estás pasando bien...

No estoy seguro de que me lo estuviera pasando bien exactamente. Cuando salí del restaurante eran como las ocho y media, y busqué un sitio tranquilo junto a uno de los canales para llamar por teléfono a Lindsay (el lujo que me había estado prometiendo durante las últimas horas). Pero no me contestó. Le dejé un mensaje, aunque puede que no lo escuchara, porque por alguna razón esa noche no me llamó.

Evidentemente podía haber seguido conduciendo hasta Lichfield desde allí, haber pasado la noche en el piso de mi padre y haber ahorrado a Cepillos de Dientes Guest el precio del alojamiento de una noche en un hotel. Pero tenía la sensación de que hacerle una visita al piso de mi padre no iba a ser una experiencia muy alentadora. Pensaba que tal vez fuera mejor verlo a la luz del día. Entretanto, no había mucho que hacer más que volver al Quality Hotel Premier Inn, y ver la tele (en mi portátil) o quizás el DVD de *Deep Water* que me había dado Clive.

Mientras me dirigía hacia allí, Emma y yo nos entendimos estupendamente. Sobre todo cuando, al acercarnos a la rotonda de Holloway Circus, me pareció que sería divertido intentar despistarla dando vueltas en círculo. ¡Qué risa! «*La siguiente a la izquierda*», no paraba de decir. «*La siguiente a la izquierda. La siguiente a la izquierda*». Una y otra vez, y cada vez más rápido, mientras yo aceleraba y le daba una vuelta más a la rotonda a toda pastilla. De todas maneras, seguía sin conseguir que se enfadara. Por rápido que fuera, por muchas vueltas completas que diera, ella jamás perdía los nervios. Debía de llevar seis o siete cuando me fijé en que se acercaba un coche desde New Street Station por Smallbrook Queensway. Cogí rápidamente la salida hacia Five Ways, y desde allí regresé al hotel a una velocidad prudencial de cincuenta por hora.

En cuanto aparqué el coche miré el maletero, porque mientras daba vueltas a Holloway Circus como si fuera en un tiovivo, había oído unos ruidos raros en él. Seguro que mis payasadas en la rotonda habían hecho que la caja de cartón de Alison se desplazara de un lado a otro, y la mayoría de los papeles que iban bastante sueltos en la parte de arriba se habían esparcido por todas partes. En aquel momento hacía mucho viento y, tan pronto abrí el maletero, algunos de esos papeles hasta salieron volando y empezaron a revolotear por todo el aparcamiento. Maldiciendo en voz alta salí corriendo en todas direcciones para intentar atraparlos, pero mientras tanto vino otra ráfaga de viento y empezaron a desperdigarse unos cuantos más. Cerré el maletero de golpe y por fin conseguí, con mucho esfuerzo y cierta ayuda de un tipo bastante estupefacto que pasaba por allí, cogerlos todos. Aplasté aquel manojo contra mi pecho y me metí en la parte de atrás del coche para tratar de alisarlos y ordenarlos de alguna manera. Estaba sin aliento y bastante trastornado por toda la operación. Que yo supiera, solo eran antiguos trabajos universitarios de Alison sin ningún valor especial, aunque al mismo tiempo me parecía que devolvérselos era algo importante que me habían encargado y no quería estropearlo todo.

Sin embargo, esa idea se desvaneció cuando le eché un vistazo a la hoja de arriba que estaba tirada en el asiento de atrás del coche. ¿A que no saben cuál fue la primera palabra que me llamó la atención?

Fue «Max».

Y no solo una vez, por cierto. La palabra «Max» aparecía cuatro o cinco veces solo en aquella hoja.

Por lo visto pertenecía a la parte del medio de una especie de artículo. Me puse a entresacar papeles de aquel montón sobre el regazo, intentando encontrar otras hojas del mismo artículo. La mayoría seguían juntas y en orden, pero parecía que faltaban algunas. Encontré la que a todas luces era la última y hacía la número dieciocho. Luego encontré la primera, con un título que decía: «VIOLACIÓN DE LA INTIMIDAD – Alison Byrne, 22 de febrero de 1980». ¿*Violación de la intimidad*? ¿De qué iba la cosa? También había una nota sujeta con un clip a la primera hoja. Estaba escrita con una letra distinta (más masculina), y después de leer unas cuantas líneas, me di cuenta de que debía haberla escrito su profesor.

Querida Alison:

Creo que está claro por el seminario del jueves y por nuestra charla posterior que tienes un interés especial en el tema de la violación de la intimidad y en la forma en que eso repercute en la relación de las personas implicadas. Como este curso se le pide a todo el mundo que escriba una redacción «introspectiva» que trate algún aspecto de su propia experiencia, me pregunto si te gustaría escribir algo sobre el tema. Tal vez haya algún episodio especial de tu propio pasado que podría ser pertinente.

Puedes estar segura de que las redacciones introspectivas NO cuentan para nota, y de que los profesores no las leeremos a no ser que nos lo pidáis expresamente. Lo cual quiere decir que confiamos en vosotros para que las terminéis cuando queráis, y que se supone que el valor de esas redacciones reside en el mero hecho de escribirlas y en la oportunidad de tomar una mayor conciencia de vosotros mismos que os puedan ofrecer.

De todos modos, el tema elegido es cosa vuestra. Simplemente te quería hacer una sugerencia.

Un saludo,

*Nicholas*

Después de leer eso, me quedé mirando el comienzo de la redacción. Parecía que el primer párrafo consistía simplemente en unas palabras de introducción, pero el segundo empezaba con las palabras: «Era el verano largo y caluroso de 1976». Y unas frases después: «Hacia finales de agosto de ese año, fuimos a pasar una semana de acampada en la región de los lagos con nuestros amigos, la familia Sim».

¿La región de los lagos? ¿Había escrito una redacción sobre nuestras vacaciones en Coniston? ¿Por qué? ¿Qué había sucedido aquella semana que tuviera que ver con «la violación de la intimidad»?

Me temblaban las manos mientras rebuscaba entre el resto de los papeles. Tenía la sensación de que me iba a dar un ataque de pánico o algo así. Tenía que encontrar las hojas que faltaban y leer la redacción entera de cabo a rabo, por doloroso que fuera. Como con el relato de Caroline, me sentía arrastrado por una espantosa curiosidad autodestructiva. Leer aquel relato ya me había costado bastante. ¿Esto todavía iba a ser peor?

Resultó que las hojas que faltaban seguían mezcladas con el resto de los papeles de Alison en el maletero del coche. Me llevó aproximadamente un cuarto de hora juntarlos todos. Luego le di las buenas noches a Emma («Deséame suerte», le susurré), cerré el coche con llave, y me llevé el manojito de papeles a mi habitación del hotel en la primera planta. Me hice otra taza de Nescafé, encendí la tele para que me hiciera compañía, bajé el volumen del todo, y después me eché en la cama y me puse a leer.

## FUEGO

### La foto doblada

El episodio que voy a relatar sucedió hace más de tres años. Sin embargo, todavía lo tengo muy fresco. Me influyó mucho porque me distanció bastante de una persona a la que pensaba acercarme más.

Fue en el largo y caluroso verano de 1976. En este caso «largo y caluroso verano» no es solo una frase hecha, porque en todo el Reino Unido hizo mucho sol y llovió muy poco casi todo el verano, hasta el punto de que el gobierno creó un ministerio especial para la sequía. Ese año, hacia finales de agosto, fuimos de acampada una semana a la región de los lagos con nuestros amigos la familia Sim.

Los Sim habían sido anteriormente nuestros vecinos en el barrio de Rubery de Birmingham. Tenían un hijo que se llamaba Max, y había sido amigo íntimo de mi hermano pequeño, Chris, en la escuela primaria. De todas formas, cuando tenían once años a los dos niños los mandaron a distintos centros de enseñanza secundaria. Chris sacó una plaza en la King William de Birmingham (yo ya iba a su equivalente femenino). Era un colegio muy exclusivo y había que pasar un examen para poder entrar. Max lo había suspendido, así que fue al instituto de la zona. Un par de años después, nos trasladamos de Rubery a una casa con un gran jardín que por detrás daba al embalse de Edgbaston. A pesar de eso, Chris y Max siguieron siendo buenos amigos, y nuestros padres continuaron viéndose mucho.

Cuando tuvo lugar este episodio, tanto Chris como Max tenían dieciséis años, mientras que yo rondaba los diecinueve. En muchos aspectos me encontraba demasiado mayor para irme de vacaciones con mis padres, y de hecho fue la última vez que lo hice. Ya había estado en Francia antes, a principios de verano, con una de mis amigas, pero la acampada iba a ser a finales de agosto, y como seguía haciendo buen tiempo y no me apetecía mucho quedarme sola en casa toda una semana, decidí ir.

Nuestro camping estaba a la orilla de Coniston Water. Había caravanas, y también tiendas, en aquel sitio, y unos modernos aseos con duchas, etc. Mi familia tenía una gran tienda familiar con dos «dormitorios» independientes, así que estábamos bastante cómodos, la verdad, a pesar de que no es que me encante vivir debajo de una lona. Los Sim plantaron su tienda (que era mucho más pequeña) a unos metros de la nuestra, pero enfrente de ella, así que el espacio que las separaba se convirtió en una especie de zona comunitaria. Allí era donde, todas las noches, hacíamos fuego y nos sentábamos alrededor para cenar y charlar de nuestras cosas. Luego, a veces, mi hermano sacaba su guitarra, aunque me alegra poder decir que no nos dedicábamos a cantar ni nada parecido. Solo la usaba para rasguear unos cuantos acordes melancólicos muy sencillos y quedarse mirando al infinito. Tanto él como Max estaban en esa edad en que los chicos se enamoran locamente de las chicas, y Chris

bebía los vientos por una chica de mi colegio. Yo ya le había dicho que no tenía la menor posibilidad, pero a él le daba igual.

En cuanto a Max, parecía que también tenía un amor no correspondido; y a no ser que me equivoque mucho, se trataba de mí.

A pesar de que ya conocía a Max desde hacía muchos años, acababa de empezar a darme cuenta de lo mayor que se había hecho y de que, de resultas de eso, se estaba convirtiendo en un chico bastante guapo. El que fuera casi dos años más joven que yo debería haberme hecho «pasar» totalmente de él, pero me parecía muy halagador que estuviese tan prendado de mí; y, si he de ser absolutamente sincera conmigo misma, una de las razones para irme de vacaciones con ellos había sido, en primera instancia, el hecho de que Max fuera a estar allí. Aunque el pobre era muy inseguro. Y yo seguía la típica táctica de «trátalos mal para que mantengan el interés», y no le hice prácticamente ningún caso durante toda la semana. Esperaba que eso le obligara a aclarar sus intenciones, pero me temo que él interpretó mi comportamiento al pie de la letra, y seguramente pensó que no me gustaba demasiado.

Una cosa que noté rápidamente fue que la dinámica familiar de los Sim era completamente diferente de la nuestra. Max y su madre estaban muy unidos. De hecho, ella lo mimaba un montón, y siempre estaba dándole de comer: poniéndole raciones extras a las horas de las comidas, comprándole chucherías y barritas de chocolate y paquetes de chicles de frutas en la tienda del pueblo, y esas cosas. (Aun así, él estaba muy flaco. Estaba en esa edad en que los chicos pueden pasarse el día llenando los carrillos de comida sin que eso suponga que acumulen una pizca de grasa). Por otra parte, parecía que Max no tenía mucha relación con su padre. La verdad es que el señor Sim no tenía mucha relación ni con su hijo ni con su mujer. Era un hombre callado, muy introvertido, con el que resultaba difícil hablar. Trabajaba de bibliotecario en uno de los centros de formación profesional de Birmingham, pero Max me contó una vez que, en realidad, su padre siempre había querido ser poeta. Una de las cosas que me llamaron la atención de él esa semana fue que siempre llevaba un cuaderno, y solía vérselo anotando cosas. Una noche, cuando todos estábamos sentados en torno al fuego, mi padre hasta le convenció de que nos leyera algún poema de aquel cuaderno. Me puse tensa de pura incomodidad cuando oí aquello, y esperaba que leyera algunos ripios horribles en pareados sobre los pájaros, las flores y la luz del sol y esa clase de estupideces. En cambio, el poema que leyó era bastante bueno. La verdad es que no sé mucho de poesía, y aquel era muy difícil de entender por momentos, pero al menos no era cursi, ni vulgar ni nada de eso. No sabría decir de qué trataba exactamente, sin embargo transmitía una sensación de..., una sensación de pérdida y de pena y de algo relacionado con el pasado que era en cierta forma siniestro y espantoso. Recuerdo que nos quedamos todos allí sentados en silencio, un poco sorprendidos, cuando acabó. Estábamos todos muy impresionados, creo, exceptuando a la señora Sim, que más bien parecía avergonzada. No quiero ser grosera al decir esto, pero era bastante evidente que no

tenía la menor idea de qué hablaba su marido cuando escribía poesía. No creo que tuviera muchos estudios, y tampoco creo que fuera especialmente inteligente. Trabajaba media jornada de recepcionista de un médico en Moseley, y aunque era una persona muy amable y muy práctica (además de *extraordinariamente* guapa), te quedabas pensando por qué demonios se habrían casado ella y su marido, o qué tendrían en común. Las relaciones entre las demás personas son un misterio, y seguramente tiene que ser así.

Aparte de su cuaderno, la otra cosa que el señor Sim nunca se olvidaba de llevar encima era su cámara de fotos. Tenía una cámara rechoncha y complicada, con pinta de antigua, que seguramente valía mucho dinero, y que él siempre guardaba cuidadosamente en su maltrecha funda de cuero. Sacaba sobre todo fotos de paisajes, o primerísimos planos de troncos u hongos o ese tipo de cosas. Vamos, que no eran las típicas instantáneas de las vacaciones. Pero evidentemente, como la redacción de sus poemas, su fotografía era una ocupación solitaria. Nunca llevaba a Max con él, que yo recuerde, para enseñarle cómo encuadrar una foto o qué nivel de exposición emplear; por regla general, no parecía que hubiera mucho intercambio de información entre padre e hijo. A mí me costaba entenderlo, porque mi padre se pasaba el tiempo hablando con nosotros y enseñándonos a hacer cosas. La primera noche de las vacaciones, por ejemplo, recuerdo que desapareció con Chris en el bosque de la orilla del lago, y volvió con un montón de ramas y ramitas para hacer una hoguera. Me preguntó si quería ayudarlo, pero yo estaba muy ocupada leyendo un ejemplar de *Cosmopolitan*. A Max tampoco parecía que le interesase mucho, y de todas maneras estaba ayudando a su madre a pelar las patatas, aunque creo recordar que se cortó un dedo hasta el hueso mientras las pelaba y tuvo que llevar una tiritita los días siguientes. En cualquier caso, mi padre se puso a hacer la hoguera con su esmero habitual, y le explicó a Chris su método paso por paso. Le dijo que no bastaba con echar un montón de palitos en la tierra y encenderlos con una cerilla. De esa forma nunca se conseguía un fuego que durase mucho. Lo primero que había que hacer era limpiar el trozo de tierra y, preferiblemente, rodearlo de piedras para asegurarse su aislamiento. Luego se formaba un montoncito de yesca con ramitas secas y trocitos de madera, además de pedazos de cartón viejo o hueveras y ese tipo de cosas, si las tenías a mano. Era importante, decía papá, no apretarlo todo demasiado: había que dejar espacio para que circulase el aire. Evidentemente, a nuestro alrededor había un montón de trozos de madera seca que podían servir de yesca y de combustible, porque llevaba semanas sin llover en aquella parte del mundo. Había varias maneras de colocar los trozos de madera más grandes encima de la yesca, decía papá; Chris y él probaron de diferentes formas a lo largo de la semana (en forma de pirámide, de estrella, de cabaña de troncos, y demás), pero al final decidieron que formar una especie de tienda india de madera era lo mejor, pues de esa manera la yesca ardía realmente bien en el centro, y los troncos de fuera caían hacia dentro y alimentaban el fuego cuando ya estaban listos. Para prender el fuego usaron toda clase de cosas a



modo de yesca (musgo, hierba seca, agujas de pino, trozos de corteza), y a Chris se le daba muy bien recolectarla, ya que durante los días siguientes se encargó de hacer la hoguera él solo, y todas esas noches lo único que necesitó para prenderla fue una cerilla, y siempre tuvimos un buen fuego resplandeciente que duraba un par de horas o más. Animaba mucho tener un fuego tan bueno todas las noches porque, aunque los días aún eran bastante cálidos, las noches empezaban a ser frescas. Lo mejor era cuando la hoguera ya llevaba ardiendo un rato y el centro estaba realmente caliente; entonces nos poníamos a cenar y sacábamos un paquete de malvaviscos y los dorábamos en el centro del fuego de postre. Deliciosos.

Hacia el final de la semana, el tiempo empezó a cambiar. Durante toda la semana había hecho tanto calor que la mayoría de nosotros nos habíamos bañado en el lago todos los días. Había una pequeña playa de guijarros en un extremo del camping, pero si caminabas un poco más lejos por el bosque acababas saliendo a otra aún más pequeña (de hecho tampoco se la podía llamar propiamente playa, de lo diminuta que era: solo una franja de guijarros, en realidad, cercada por árboles, lo bastante ancha como para que se sentaran dos o tres personas en caso necesario), que se había convertido en nuestro sitio favorito. Parecía que no lo usaba ninguno de los demás campistas. Y allí fue donde fuimos, el último día de las vacaciones, ya avanzada la tarde del viernes, mi hermano, Max y yo. El cielo se había cubierto de nubes y se cernía, opresivo y de un color gris pizarra, sobre Coniston Water. La temperatura debía de haber descendido siete u ocho grados desde el día anterior. Nos habíamos bañado en aquella playa del lago todos los días, y a eso habíamos ido esa tarde, pero cuando llegamos allí no nos pareció un plan muy tentador. De hecho, Max se sentó enseguida en la hierba que quedaba encima de la playa, y dijo que ese día él no iba a meterse en el agua. Chris le llamó «gallina» y se quedó rápidamente en bañador. Se fue adentrando en el agua hasta las rodillas y luego se paró en seco: era evidente que estaba mucho más fría de lo que esperaba. Yo no tenía claro qué era lo que iba a hacer exactamente, aunque empecé a desnudarme de todas formas. Debajo de la camiseta y los vaqueros llevaba un pequeño bikini naranja que aún no me había puesto en todas las vacaciones. Lo había comprado en Francia a principios de verano con mi amiga. Era bastante escaso y atrevido, y yo sabía (sobre todo por la impresión que les había causado a todos los chicos franceses) que me quedaba muy bien. Ya casi se había acabado la semana, y estaba un poco harta de hacerme la dura con Max, así que pensé que si me veía con aquel bikini igual entraba en acción. Mientras me deshacía de los vaqueros y me quitaba la camiseta por la cabeza, noté que me estaba mirando, a pesar de que, cuando me volví para echarle una sonrisa, apartó la vista rápidamente.

—¿Estás seguro de que no te vas a meter? —le dije, y negó con la cabeza. Me sonreía, pero, como siempre sucedía con Max, era imposible saber lo que significaba aquella sonrisa o lo que estaba pensando. Me quedé así un momento, contemplándolo con ojos inquisitivos, con las manos en las caderas (asegurándome de que me viera

bien con aquel bikini), y siguió sin responder, así que me volví suspirando y empecé a meterme en el agua.

¡Qué fría estaba! A lo mejor solo fue el efecto psicológico del cielo gris y la falta de sol, pero el lago me pareció helado comparado con los días anteriores. Absolutamente glacial. Es más, mientras Chris y yo nos íbamos adentrando en él, vimos que empezaban a estrellarse contra la superficie del agua unas cuantas gotas gordas y pesadas. ¡La primera vez que llovía en varias semanas!

—¿Tú crees que es una buena idea? —le pregunté a Chris, pero pocos segundos después ya se había metido del todo en el agua, y rápidamente nadó hacia mí, me cogió por los hombros y me sumergió también. Al principio grité y pataleé, aunque luego cedí y me puse a nadar a su lado, pensando que mi cuerpo se acostumbraría enseguida al frío.

No me sirvió de mucho. El agua me estaba dejando congelada y, a los cinco minutos o así, me di cuenta de que no iba a entrar en calor y de que no estaba disfrutando nada.

—Está demasiado fría —le dije—. Me estoy quedando helada.

—No seas tonta —me contestó Chris, pero entonces vio la tiritona que tenía.

—En serio —le dije—. Me voy a quedar congelada o algo parecido. —Y eché a andar hacia la orilla. Chris me acompañó y salimos juntos del agua. Max nos estaba esperando en la playa con nuestras toallas, y en ese momento me percaté de que se le había unido su padre. El señor Sim estaba parado en la playa, mirándonos a los dos, pero antes de que nos diera tiempo a llegar a tierra nos gritó:

—¡Quietos! —Y sacó su cámara de aquella funda de cuero—. Quedaos ahí un momento —dijo—. Es una foto perfecta.

Así que nos quedamos los dos completamente inmóviles, con aquella agua helada por las rodillas, mientras él seguía allí de pie, manipulando sus lentes y tratando de enfocarnos.

Me sentí un tanto incómoda incluso en aquel momento. No sé muy bien por qué: solo se trataba de un amigo de la familia sacándonos una foto a mí y a mi hermano en unas vacaciones; ¿había algo más inocente? Aunque hubo algo en la parsimonia con la que sacó la foto, haciendo que nos quedáramos allí temblando muchísimo tiempo mientras él buscaba la composición exacta, y también en su forma autoritaria (casi pependenciera) de gritar: «¡Quietos!», que me provocó una sensación desagradable. En primer lugar, no solía sacar aquella clase de foto: rebuscadas fotografías de dientes de león y troncos de árbol, sí, pero no de personas. Entonces, ¿por qué de mí y de Chris? ¿Por qué en ese preciso momento? Y en segundo, de repente deseé con todas mis fuerzas no haberme puesto aquel bikini. Para empezar era bastante diminuto, pero con la humedad y el frío se había vuelto casi transparente, y seguramente me sobresalían los pezones como cerezas. No me importaba nada que Max me viera así, pero su padre... Me parecía un poco espeluznante. Así que, en cuanto sacó la foto, volví rápidamente a la orilla sin mirarle, cogí la toalla que Max me ofrecía y me

envolví en ella. Temblaba como una loca, y me castañeteaban tanto los dientes que apenas podía hablar. Mientras tanto, el señor Sim guardó la cámara en su funda de una manera casi demasiado despreocupada, y dijo en un tono jovial bastante forzado:

—Esta foto va a salir muy bien. Bueno, ¿y quién viene al pub con nosotros esta noche?

Al final resultó que esa noche no cenamos en torno al fuego, porque los mayores habían reservado mesa en un pub cercano. Pero también resultó que yo no conseguía quitarme el frío del cuerpo. Me había permitido el lujo de enfriarme demasiado, y parecía que nada era capaz de hacerme entrar en calor; ni siquiera las dos o tres tazas de té hirviendo que mi madre me preparó cuando regresamos al campamento. Después de tomarme el té, entré en nuestra tienda, me acurruqué dentro de mi saco de dormir y me quedé allí temblando. Mi madre le explicó a todo el mundo que yo no iba a ir al pub, y a eso le siguió una pequeña discusión sobre lo que había que hacer. Oí que Max decía que no quería que me quedara sola y que él también se quedaría para hacerme compañía, lo que me puso muy contenta, evidentemente. Aparte de otras cosas que se pudieran decir de él, Max siempre había sido así; atento, quiero decir, y considerado. Era todo un caballero. Entonces Chris dijo que él también se quedaría y yo pensé: «Oh, no, qué fastidio». Pero el señor Sim se las arregló para quitarle la idea de la cabeza. Recuerdo que pensé qué triste era que el señor Sim se tomase tantas molestias para convencer a Chris de que fuera al pub con ellos, y que sin embargo estuviera encantado con que su propio hijo se quedara. Aunque supongo que eso era típico de la relación del señor Sim con su hijo. De todas formas, yo me alegraba mucho del resultado, como ya se pueden imaginar.

Después de que todos se fueran al pub, Max asomó la cabeza por el faldón de mi tienda y me preguntó si me encontraba bien. Le dije que estaba bien, pero vio que seguía helada y me preguntó si quería más té o un chocolate caliente o algo. Yo le contesté que seguramente sería una buena idea, y le dije que pondría el hervidor en el campinggas y también prepararía unos sándwiches o algo así para los dos.

—Vale —dijo Max, poniéndose de pie. Entonces voy a encender el fuego.

Creo que fue la predicción menos acertada que he oído en mi vida.

Sin entrar demasiado en detalles, los intentos de Max por encender un fuego esa noche y mantenerlo vivo fueron, cuando menos, desastrosos. Todo lo que podía haber salido mal salió mal. La yesca estaba demasiado húmeda (por culpa de la lluvia que había caído antes esa tarde) y tampoco reunió la suficiente. Los troncos que había recolectado para alimentarlo eran demasiado grandes, y no tenía herramientas para cortarlos. Intentó mantenerlos derechos con los pies y partarlos con las manos, pero lo único que consiguió fue hacerse daño: se acabó despellejando la mitad de la mano izquierda, ¡y deberían haber oído las palabrotas que soltó! A partir de ese momento, trató de hacerlo todo con la mano envuelta en un pañuelo, y evidentemente eso solo empeoró las cosas. Yo no paraba de decirle: «Max, da igual, de verdad; siéntate, tómate tu cacao, cómete tus sándwiches y relájate, por el amor de Dios; vamos a

pasar una noche agradable juntos mientras los demás no están». Pero no había manera. No paraba quieto. Se le había metido en la cabeza que yo quería una hoguera (la clase de hoguera que Chris habría hecho), así que yo iba a tener una hoguera. Y luego, al principio, después de haber hecho aquella «cosa» que a mí me parecía un montón desordenado de ramitas, hierba, troncos y helechos, ni siquiera conseguía encender una cerilla. Le llevó tres o cuatro cerillas encender la yesca, y entonces todo aquello empezó a echar tanto humo que, al poco rato, toda nuestra esquina del camping estaba llena de humareda, y la gente salió de sus tiendas para quejarse y decirnos que la apagáramos. Fue en ese momento cuando me eché a reír, y en realidad fue lo peor que podía haber hecho. Max parecía más desdichado que nunca, y redobló sus esfuerzos por conseguir que la cosa funcionase, a base de salir corriendo para encontrar aún más leña mojada. Yo había planeado decirle algo descaradamente insinuante cuando regresase, como: «Hay otras maneras de calentarse, ¿sabes, Max?», pero cuando le vi la cara me quedé sin palabras. Decir que ya no era el momento para decir esa clase de cosas sería decir poco. Ahora ya estaba segura de que la noche se había echado a perder, para él y para los dos. Tenía lágrimas de frustración en los ojos mientras arrojaba aún más vegetación húmeda, que no servía para nada, en aquel montón humeante, y se puso a intentarlo de nuevo con la caja de cerillas, a pesar de aquel pañuelo manchado de sangre. Sabía que, al principio, lo había hecho por pura generosidad (estaba preocupado por mí, y quería que entrara en calor), aunque ahora ya era más que eso. Puede que suene ridículo, pero yo creía que sabía lo que se le estaba pasando por la cabeza, al menos inconscientemente. Ya no se trataba de hacer fuego, sino de la relación de Max con su padre. A Chris le habían enseñado a hacer aquello: papá se había tomado el tiempo necesario, y también la molestia, para que aquella lección pasara de una generación a otra; así funcionaba su relación. Pero Max no había tenido nada parecido. Su padre lo había abandonado hacía años; tal vez ni siquiera hubiera conectado con él en un principio. Y le había hecho aferrarse a aquella madre tranquila y afable que tampoco tenía nada que enseñarle, nada que transmitirle. Estaba solo en el mundo, y seguía bregando con él. Se me estaba haciendo muy doloroso verle arrojar una cerilla apagada tras otra a aquel fuego que nunca iba a prender.

—Ya está bien —le dije—. Me voy adentro. Llámame cuando haya encendido.

Pero cuando volví a echar un vistazo fuera, como media hora después, no había más que un montoncito de leña que humeaba débilmente donde debería haber estado la hoguera, y a Max no se le veía por ninguna parte. Se había largado solo a algún sitio.

Ese no es propiamente el final de la historia. En cierta forma preferiría que lo fuera, porque no me gusta nada el auténtico final. No obstante, soy consciente de que aún no he tratado realmente el tema de la redacción, y para hacerlo tengo que describir en

pocas palabras lo que sucedió en casa de los Sim un par de semanas después.

Debo admitir que me sentía culpable con respecto a Max. Aquella última noche había sido un fracaso total, cuando podría haber sido muy diferente, y no podía evitar culparme a mí misma en cierta medida. Desde luego se había portado como un idiota, pero seguramente habría mejorado la situación que yo no hubiera perdido la paciencia tan pronto con él; y la verdad era que le seguía teniendo cariño, a pesar de su inutilidad. De modo que decidí darle una última oportunidad.

No quería pedirle que saliéramos a tomar una copa ni nada parecido, así que para que no resultase algo muy forzado decidí que me pasaría por su casa un domingo por la tarde y le sugeriría ir a dar un paseo por algún sitio (tal vez al campo de golf municipal, que estaba al otro lado de la carretera donde vivían). No le llamé por teléfono ni nada; quería que pareciera que andaba por el barrio y que me había dejado caer por allí sobre la marcha.

Era una bonita tarde soleada de mediados de septiembre. Subí por el camino de acceso y llamé al timbre de la puerta principal. Por lo visto no funcionaba, pero le habían puesto el seguro al pestillo para que no se cerrara, y pude abrirla empujándola.

Lo primero que habría hecho normalmente habría sido gritar: «¡Hola! ¿Hay alguien?», aunque ese día no lo hice, porque me di cuenta inmediatamente de que la casa estaba completamente vacía y silenciosa, a no ser por alguien que roncaba suave y rítmicamente en uno de los dormitorios de arriba. Sin querer despertar a quien fuera que estuviera durmiendo, subí de puntillas las escaleras y vi que el ruido provenía del cuarto de invitados, que recordaba como una habitación escasamente amueblada, con poco más que un armario y una cama de una sola plaza. ¿Quién estaría allí, y por qué roncaría?

La puerta estaba entreabierta. La empujé silenciosamente y miré dentro.

Era el señor Sim, y lo único que se me ocurrió fue que debía de haber disfrutado de la típica comida copiosa de domingo un par de horas antes (aligerada a lo mejor con un algún vino tinto), porque no creo que quisiera quedarse dormido en la postura en la que me lo encontré. Estaba echado de costado, de cara hacia la puerta. Tenía los pantalones y los calzoncillos bajados hasta las rodillas, y en la mano derecha tenía un pañuelo de papel arrugado. Su pene descansaba encogido y flácido entre sus piernas, y de la puntita morada goteaba un hilillo de semen sobre la colcha azul celeste. Morado y azul celeste, los colores del Aston Villa; ese fue el primer pensamiento absurdo que me vino a la cabeza. Qué raro cómo funciona la mente. La única otra cosa que se veía sobre la colcha era una fotografía: una reluciente copia en color de la foto que había sacado en la pequeña playa de guijarros cercana a Coniston Water. Me fijé en que la había doblado pulcra y cuidadosamente por la mitad, de modo que la figura de Chris quedaba oculta, y a la única persona a la que se podía ver era a mí, toda mojada y helada con mi escueto bikini naranja. Era casi como si la foto hubiera sido compuesta aposta (la perfecta simetría de los dos allí parados, cada uno a un lado del encuadre) para que fuera posible doblarla así.

Solo pude vislumbrar al señor Sim en aquella posición un momento antes de oír cómo volvía a abrirse la puerta principal, y voces provenientes del piso de abajo. Retrocedí rápidamente justo a tiempo, porque le oí despertarse de golpe y adecentarse a toda prisa.

Oí también cómo Max y su madre entraban en la cocina. Habían dejado la puerta principal abierta, así que bajé las escaleras sigilosamente y me escabullí fuera. No me apetecía hablar con ellos, ni tampoco que me vieran. Y, por supuesto, no quería encontrarme con el señor Sim cara a cara.

Después de eso, me preocupé de no tropezarme con Max ni con su familia durante un tiempo. Creo que hasta me las arreglé para no verlos en navidades de un modo u otro, a pesar de que en circunstancias normales siempre nos veíamos en navidades, por regla general pasando la mayor parte del 26 de diciembre (el día en que se dan los aguinaldos) juntos. Parecía que nadie se daba cuenta de que yo trataba de evitarlos, y nadie me pidió ninguna explicación. Era duro para Max, claro, pero sabía que probablemente se colaría por otra chica más pronto que tarde. Las cosas entre nosotros podrían haber sido muy diferentes si no se hubiera empecinado en hacer fuego la última noche en el camping. Esa había sido nuestra gran oportunidad; y, al dejarla pasar, tal vez ya no volviéramos a tenerla. ¿Qué le habría dicho, aquel domingo por la tarde, si hubiésemos salido a dar un paseo juntos por el campo de golf? La verdad es que no lo sé. Lo único que sé es que, después de haber visto a su padre así (después de haberme dado cuenta de que debía haber estado observándome, y deseándome, toda la semana, y después de haber entendido por qué había sacado aquella foto), no podría haberme liado con Max, por mucho que me gustara.

En conclusión, por lo tanto, ¿qué me ha aportado escribir esta redacción? Supongo que me ha reafirmado en mi convicción de que las consecuencias de la violación de la intimidad pueden ser muy destructivas y dañinas. En este caso, destruyeron la posibilidad de que alguna vez tuviera una relación con Max, a pesar de que, antes de lo ocurrido, me hubiera gustado mucho, y hasta me sintiera atraída por él.

*Alison Byrne*  
Febrero de 1980

—*Al frente en la rotonda, tome la segunda salida.*

—Bueno, Emma, ya ves tú qué situación, ¿no?

—*Se acerca la salida.*

—Ahora tengo una imagen mental de mi padre que seguramente nunca seré capaz de quitarme de la cabeza.

—*A doscientos metros, desvío a la derecha.*

—Y para colmo, mañana por la noche voy a cenar con la mujer que me la ha metido ahí.

—*Se acerca el desvío a la derecha.*

—La verdad es que no creía que aún pudiera enfadarme más con mi padre. No acababa de ver cómo podía caer aún más bajo para mí. ¡Pero bien hecho, papá! ¡Lo has conseguido! No solo pajeándote con una foto de una amiga mía, ¡sino dejando que te pillara haciéndolo! ¡Estupendo, papá! ¡Cojonudo! ¿Te has preocupado de buscar alguna otra manera de joderme la vida? Porque muy bien podrías molestarte en terminar el trabajo que empezaste tan bien...

Giré bruscamente el volante para torcer a la derecha, y tomé la curva demasiado rápido. Así que faltó poco para que le arrancara el parachoques a un cuatro por cuatro que estaba esperando para salir a la carretera por la que yo me estaba metiendo. El conductor me tocó la bocina. Yo le miré furioso.

—*Continúe seis kilómetros y medio por esta carretera.*

Ya había dejado Walsall atrás, y avanzaba en dirección nordeste por la A461. Según Emma, me quedaban unos trece kilómetros hasta Lichfield: diecinueve minutos conduciendo a la velocidad a la que iba. Era otra mañana gris, un poco ventosa y un poco húmeda. En la pantallita ponía que la temperatura exterior era de cinco grados centígrados. No había mucho tráfico por las carreteras. De momento, esa mañana había evitado las autopistas. Me había dado cuenta de que las autopistas te hacían sentirte desconectado del paisaje que te rodeaba. Y esa mañana quería conducir por sitios reales: quería ver tiendas y casas y bloques de oficinas. Quería ver viejas tirando de sus carritos de la compra por las calles y grupos de adolescentes maleducados apiñados en torno a las marquesinas del autobús. Ya no quería ser como mi padre, escondiéndose de la vida y dándose placer a sí mismo en una clandestinidad vergonzante, mientras su mujer y su hijo estaban fuera, dando un paseo un domingo por la tarde. No estaba dispuesto a verme a mí mismo como una figura tan patética: todavía no.

Estaba conduciendo demasiado rápido. No podía parar de apretar el acelerador con el pie. Hasta el momento ese día solo había conseguido un consumo medio de 5,46 a los cien.

—*Continúe cinco kilómetros por esta carretera.*

¿Qué me iba a encontrar cuando abriera la puerta de su piso, en cualquier caso? Mi padre no había vuelto en más de veinte años. ¿Había entrado alguien allí en ese tiempo, aparte de los señores Byrne? Lo único que sabía era que en alguna parte encontraría una carpeta de anillas azul, con las palabras «Dos Duetos» escritas en el lomo, que contenía un manojito de poemas incomprensibles y un relato que, por lo visto, explicaría por qué yo no habría nacido si no hubiese sido por lo cerca que estaban dos pubs de Londres llamados El Sol Naciente. ¿De verdad quería descubrir algo más, a esas alturas, sobre las circunstancias de mi nacimiento o, peor aún, mi concepción? No estaba seguro. Ya me había enterado de demasiadas cosas sobre mi padre, y lo que hacía con sus fluidos corporales, como para continuar por aquel camino.

—*Continúe tres kilómetros por esta carretera.*

Le eché un vistazo a la pantalla del mapa. Allí seguía, una flechita roja avanzando intrépidamente por la A461. Aproximándome a mi destino pulgada a pulgada. Qué insignificante me hacía parecer, y también sentirme. Pensé en aquellos satélites, a miles de kilómetros de altura en el cielo, observándome a mí y a miles como yo, observando a toda aquella gente yendo a toda prisa de un lado para otro, cumpliendo con sus tareas personales, cotidianas y, a fin de cuentas, carentes de sentido. Su incomprensibilidad, lo tremendo de todo aquello, me invadió de repente y me hizo estremecerme: sentí un vacío momentáneo en el estómago, como si fuera en un ascensor que hubiera empezado a caer en picado.

—Quieto parado —dije, en parte a Emma y en parte a mí mismo—. No te metas por ahí. Te puedes volver loco pensando cosas así.

Intenté concentrarme en algo más cercano: el paisaje que me rodeaba. Emma y yo estábamos entrando en Staffordshire en ese momento. Habíamos dejado atrás la tristeza de Walsall, y entrado en una zona más tranquila y frondosa. Las casas que salpicaban de cuando en cuando cada lado de la carretera estaban construidas con ese característico ladrillo rojo de Staffordshire, y a veces la carretera se elevaba suavemente y pasaba por encima de un canal con los muros hechos del mismo ladrillo, formando parte de una complicada red que daba melancólico testimonio de un pasado industrial ya desaparecido. Mis abuelos (es decir, los padres de mi padre) habían vivido en esa región hasta su muerte (con una diferencia de unos meses entre los dos) a finales de los años setenta, así que me resultaba vagamente familiar. Era parte del paisaje perdido de mi infancia. Tampoco es que les hubiéramos hecho muchas visitas a mis abuelos. Mi padre nunca les había tenido demasiado cariño. Había mantenido las distancias con ellos, como con todo el mundo.

—*A la derecha en la rotonda, tome la segunda salida.*

No pasaría propiamente por Lichfield, quiero decir por el centro. Rodearía la ciudad por el lado oriental. En tiempos, antes de las autopistas y las circunvalaciones, viajar por Inglaterra tenía que implicar pasar realmente por los sitios. Pasabas por las calles más importantes (o cabalgabas por ellas, si nos remontamos aún más atrás) y te



parabas en los pubs del centro de la ciudad (o hacías escala en las tabernas o en las posadas, o como quiera que se llamasen). Actualmente, toda la red de carreteras parecía diseñada para evitar que eso ocurriera. Las carreteras estaban ahí para evitar que conocieses a la gente, para garantizar que no pasases cerca de ningún sitio donde se juntasen las personas. Me vino una frase a la cabeza (una frase que a Caroline le gustaba repetir): «Solo conecta». Creo que era de uno de esos escritores estrambóticos que siempre andaba intentando que leyera. Y en ese momento se me ocurrió que quien fuera que hubiera diseñado las carreteras de Inglaterra tenía precisamente la idea contraria en mente: «Solo desconecta». Allí sentado en mi Toyota Prius, con Emma por toda compañía, estaba completamente aislado del resto del mundo. No solo no tenía que relacionarme con otra gente, las carreteras ya se encargaban de que ni siquiera tuviera que verla si no me apetecía. Tal como a aquel triste y miserable cabrón de mi padre le habría gustado.

—Tampoco es que ahora mismo me importe un carajo —le dije a Emma—. ¿Por qué iba a malgastar mis fuerzas pensando en él? Lo único que me cabrea es que alejase a Alison de mí. Suponte que hubiéramos salido juntos aquella tarde. ¿Adónde habríamos llegado? Puede que nos hubiéramos hecho novios, que nos hubiésemos comprometido, que nos hubiéramos casado y tenido hijos. Me habría cambiado la vida completamente.

—*Continúe ochocientos metros por esta carretera.*

—De todos modos, qué más da... «*Deberíamos... Podríamos...* Esos verbos tan desagradables». Eso es otra cita, ¿no? ¿De dónde la habré sacado?

—*A doscientos metros desvío a la izquierda.*

—Ya me acuerdo: son del relato de Caroline. Dios, ahora resulta que me he puesto a citar la literatura de mi mujer. Aunque no sé por qué lo llamo literatura, porque lo único que ha hecho esa vaca traidora ha sido coger algo de nuestra vida juntos (nuestra vida en pareja), una cosa personal, privada, maldita sea, y convertirla en un bonito relato para que todos sus amigos del taller de escritura de Kendal puedan soltar muchos «ohs» y muchos «ahs», antes de empezar a cepillarse el Pinot Grigio.

Ahora casi gritaba. Sabía que estaba mal perder los estribos de aquella manera delante de Emma, así que apreté el botón del mapa y dejé que su voz relajante tomara el relevo un rato, guiándome sin dificultad ni aspavientos hasta la calle donde estaba situada la casa de mi padre. Estaba en las afueras de Lichfield. De vez en cuando, por la ventanilla del copiloto, vislumbraba en la lejanía la famosa catedral, pero, de no ser por eso, no había nada que me recordara que estaba rodeando una de las ciudades más pintorescas de Inglaterra, la cuna del Dr. Johnson, si no me fallaba la memoria. Tuvimos que continuar un buen rato por una monótona carretera de un solo carril, flanqueada a ambos lados por casas adosadas de los años de entreguerras, hasta que llegamos a un cruce con mucho tráfico donde Emma me indicó:

—*A la izquierda en la rotonda, tome la primera salida.*

Eso te llevaba a un lugar apartado y tranquilo de calles residenciales, dominado

por tres imponentes bloques de apartamentos de ocho pisos que daban a la arteria principal, la Eastern Avenue. Costaba decir cuándo los habrían construido, ¿en la posguerra? Parecían viviendas de protección oficial, pero viviendas de buena calidad. Todos los pisos tenían balcones, y los edificios parecían limpios y bien cuidados.

—*Ha llegado a su destino* —me dijo Emma, así que le di las gracias y aparqué el coche en una plaza de parking a un lado de la calle y apagué el motor. Luego me quedé mirando el bloque de apartamentos del medio. Se suponía que era donde se encontraba el piso de mi padre. Sentí que todo el cuerpo se me ponía en tensión. Estaba agarrotado de pura aprensión.

Antes de entrar por la puerta principal, saqué mi cámara de vídeo y grabé unos veinte minutos, haciendo una panorámica de todo el edificio, de izquierda a derecha y de arriba abajo. Era la primera vez que usaba la cámara, pero parecía bastante fácil de usar. Aunque no estoy muy seguro de por qué lo hice; en parte para calmar mis nervios, quizás, y en parte porque pensé que a mi padre le gustaría echarle un vistazo la próxima vez que nos viéramos, fuera cuando fuera. En cualquier caso, de poco iba a servirles a Lindsay y Alan Guest para su vídeo promocional. Después metí la cámara en la guantera y cerré el coche con llave.

Es curioso que, cuando ahora rememoro aquella mañana y me recuerdo a mí mismo atravesando el trozo de asfalto delante del bloque de edificios, es como si todo hubiera ocurrido en un silencio absoluto. Y sin embargo, evidentemente, eso del silencio absoluto se acabó hace tiempo. Por lo menos en Inglaterra. Conque debía de oírse el ruido del tráfico de Eastern Avenue, o el aullido lejano de las sirenas de la policía, o el llanto de un niño en una sillita de ruedas un par de calles más allá, pero yo no lo recuerdo así. Todo era quietud. Todo era misterio.

Subí en ascensor hasta el cuarto piso y salí a un vulgar pasillo oscuro con un suelo reluciente de linóleo y las paredes pintadas de un amenazante color marrón oscuro. Los ventanucos de cada una de las puntas del pasillo solo dejaban pasar una pizca de luz gris de mediodía, dos débiles resplandores lejanos a mi derecha y a mi izquierda, mientras me acercaba hasta la puerta del piso de mi padre, lleno de temor, con unos pasos tan suaves y medidos que apenas hacían ruido. Saqué las llaves que me había dado el señor Byrne y traté de encajar una en la cerradura, que ya era bastante difícil de encontrar en aquella penumbra. Parecía que la llave no encajaba. Ni tampoco las otras dos del llavero del señor Byrne. Volví a probarlas una por una, pero dos no encajaban de ninguna manera, en cambio la otra sí (después de mucho forcejear), aunque no giraba.

Recordé el comentario de la señora Byrne, mientras nos despedíamos el día anterior, de que creía que su marido no me había dado las llaves del piso. En aquel momento no le había hecho mucho caso, interpretándolo como el parloteo de una vieja despistada, pero a lo mejor sabía lo que estaba diciendo.

—¡Mierda! —dije en voz alta, y me puse a probar las llaves otra vez. Pero no había manera. Por mucho que forcejeara con la llave que parecía que casi encajaba, la

cerradura no acababa de ceder. Al poco rato, ya no tenía ningún sentido seguir intentándolo. Saqué la llave de aquella cerradura tan recalcitrante, y la tiré al suelo, desesperado—. ¡Mierda! —volví a decir. ¿Por qué siempre que intentaba hacer algo relacionado con mi padre terminaba frustrado y desesperado? Golpeé con tanta fuerza la puerta cerrada con llave de su piso que me hice daño en el puño y me quedé de pie en aquel pasillo a oscuras unos segundos, preguntándome qué podía hacer. ¿Sería como una especie de anticlímax limitarme a regresar al coche y proseguir el viaje hacia el norte?

Entonces recordé la otra cosa que había comentado la señora Byrne: que había otro juego de llaves en manos de una mujer, una tal señorita Erith, que vivía en el piso de enfrente. Seguro que merecía la pena intentarlo.

Me acerqué hasta la puerta del piso y me lo pensé un momento antes de llamar al timbre. ¿Y si no había nadie en casa? Bueno, pues ahí se acabaría la historia. Pero no, se oían voces a lo lejos que venían de dentro. La de un hombre y la de una mujer.

Rápidamente, antes de que me diese tiempo a pensar que estaba haciendo algo estúpido, toqué el timbre. Casi al momento me arrepentí, pero ya no se podía hacer nada. Enseguida oí unos pasos que se aproximaban a la puerta.

Se abrió y me encontré delante de un hombre bajito de origen pakistaní, que andaría cerca de los setenta años.

—¿Sí? —me dijo.

—Lo siento, creo que me he equivocado de puerta.

—¿A quién está buscando?

—A la señorita Erith.

—Pues es aquí. Pase.

Le seguí al interior por un corto pasillo, hacia un cuarto de estar pequeño pero claro, lleno de cachivaches. Había tres estanterías de caoba independientes, llenas de libros viejos de tapas duras y unos cuantos de bolsillo muy manoseados, un antiguo equipo de música (de los años setenta, calculé, o puede que incluso de los sesenta) con un montón de discos de vinilo y de cassettes colocados alrededor (ni un CD), unas diez plantas como mínimo, y varios cuadros en las paredes, la mayoría reproducciones de viejos maestros que conocía hasta yo. También había dos sillones, uno frente a otro, y en uno de ellos estaba sentada una señora mayor que supuse que sería la señorita Erith. Me pareció que le sacaba por lo menos diez años al hombre que me había hecho pasar, a pesar de que tenía unos ojos muy vivos que desmentían la fragilidad de su físico. Llevaba unos pantalones anchos marrones, y una chaqueta de punto azul marino por encima de la blusa, aunque tenía la manga izquierda subida hasta arriba en aquel momento, y a juzgar por el chisme que había en la mesa de al lado, estaba a punto de que le tomaran la tensión.

Cuando me vio, se sobresaltó visiblemente y casi pegó un bote en el sillón de puro asombro.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Es Harold!

—No se levante —le dije—. No soy Harold. Me llamo Max.

Se quedó mirándome con más atención.

—Pues menos mal... —dijo—. Por un momento he creído que me estaba volviendo loca. Pero se parece usted, de todos modos.

—Soy su hijo —le expliqué.

—¿Su hijo? —Entonces me miró de arriba abajo, como si esa explicación hiciera aún más difícil aceptar la realidad de mi súbita aparición, o incluso de mi existencia—. Vaya —continuó, como para sí—, el hijo de Harold. Quién lo habría pensado. Max, ha dicho que se llamaba, ¿no?

—Exactamente.

—¿No ha venido su padre con usted?

—No.

—¿Sigue vivo?

—Sí, está vivo. Está muy bien, la verdad. —Entre una cosa y otra parecía que la había dejado sin habla. Para romper aquel silencio, añadí—: Pasaba por aquí cerca, así que he pensado..., bueno, he pensado que ya era hora de que alguien le echase un vistazo a su piso. —Seguía sin responderme—. Me dirijo hacia Escocia. A las islas Shetland.

El acompañante de la señorita Erith se adelantó en ese momento, y me tendió la mano.

—Permítame que me presente. Soy el doctor Hameed.

—Encantado de conocerle, doctor —le dije, estrechándosela—. Maxwell Sim.

—El gusto es mío, Maxwell. Llámeme Mumtaz, por favor. Margaret, ¿te parece bien que prepare un té para nuestro invitado?

—Claro, claro. —Poco a poco iba saliendo del pasmo que le había provocado mi presencia—. Sí, qué maleducada soy. Siéntese, por favor, y tómese un té. ¿Le apetece un té?

—Me encantaría. Pero no deberían antes terminar de... —Hice un gesto hacia el tensiómetro de la mesa.

—Bah, eso lo podemos hacer luego. En cambio esto es una ocasión especial.

—Muy bien —dijo Mumtaz—. Voy a poner la tetera para los tres.

Cuando se fue a prepararlo, la señorita Erith me explicó:

—Mumtaz era mi médico de cabecera hasta que se jubiló. Pero sigue viniendo a verme cada quince días por propia voluntad. Me hace un chequeo rápido, y luego salimos a comer a algún sitio en coche. ¿A que es un encanto?

—Pues sí.

—Desde luego, si hubiera más gente como él, no estaríamos como estamos ahora.

No me quedó claro qué quería decir exactamente con aquel comentario, de modo que lo dejé pasar.

—Hace más de veinte años —continuó la señorita Erith que no veo a su padre. En 1987 fue cuando se marchó. Solo llevaba aquí un año o así. Ya me estaba haciendo a

la idea de tenerlo de vecino cuando se largó a Australia sin pedirle permiso a nadie...

—Ya sé —le dije—. Para mí también fue un poco sorprendente.

—Bueno, yo no sé muy bien si me sorprendió exactamente. Viéndolo desde ahora no, la verdad. Nunca me pareció que fuera muy sensato volver aquí, a su ciudad natal, después de que se muriera su mujer y todo eso. En realidad lo que le hacía falta era empezar de cero. De todas formas, me llevé una desilusión. Era una persona agradable, y le puedo asegurar que por aquí no hay mucho de eso. Nunca me escribió ni nada parecido. Nunca volvió a ponerse en contacto. Menudo cabrito... ¿Cuántos años tendrá ahora? ¿Setenta y tantos? ¿Está en buena forma, entonces?

—Sí. Lo vi en Sidney el mes pasado. Fue cuando me pidió que pasara por aquí. Quiere que le coja unas... unas cosas del piso. El problema es que parece que no puedo entrar. Creo que me han dado una llave que no es.

—No se preocupe. Tengo una en alguna parte. Aún sigo entrando de vez en cuando para mirar el correo. ¿Sabe?, es una irresponsabilidad por su parte tener ese piso vacío tanto tiempo. A estas alturas, ya se podían haber metido unos okupas. De hecho, deberían haberse metido, la verdad. Si hubiera sido cualquier otro lo habría denunciado a la comunidad de vecinos.

En ese momento regresó Mumtaz con una bandeja cargada de tazas de té, sus correspondientes platillos y un plato lleno de galletas. Cogí una silla de la otra esquina del cuarto y le ofrecí el sillón que debía de haber ocupado antes. Enseguida estuvimos todos colocados.

—Nunca conociste al señor Sim, ¿verdad? —le preguntó la señorita Erith—. El del piso de enfrente.

—No, nunca tuve el placer —dijo el doctor—. Prácticamente no me dio tiempo.

—Max ha venido a recoger unas cosas —dijo la señorita Erith—. Aunque no sé muy bien qué, porque quedan pocas cosas ahí dentro.

—Me dijeron algo de unas postales —le comenté.

—¡Ah, claro! Las tengo yo, a no ser que haya habido más estas últimas tres semanas.

La señorita Erith hizo un esfuerzo para incorporarse, pero Mumtaz la detuvo.

—Por favor, Margaret, no hagas esfuerzos.

—No insistas —dijo, apartándolo—. Todavía no soy una inválida, ¿sabes? Espere un momento, están en alguna parte del cuarto de invitados.

Mientras iba hasta allí, Mumtaz me sirvió un poco de té y me pasó la taza, sonriéndome en plan confianzudo.

—Margaret tiene mucha vitalidad..., la sigue teniendo. Le advierto que tampoco es que su cuerpo esté en mala forma. ¿Le echaría usted setenta y nueve años? Debería pedirle que le contara la historia de su vida. Es increíble. Nació en los canales, ¿sabe? Su padre llevaba una tienda famosa para la gente del canal, a unos cuantos kilómetros al norte de aquí, en Weston. Ahora todo ese comercio y todo ese tráfico han desaparecido. ¡Pero imagínese! Imagine los cambios que tiene que haber visto en su

vida. Alguien debería coger una grabadora y conservar su historia para la posteridad. En realidad, es lo que debería hacer yo. Se lo he comentado alguna vez, claro, pero es demasiado humilde. «Bah, nadie quiere saber cosas de una vieja pesada como yo», te suelta. Pero hay que recordar las historias como la suya, ¿no le parece? Si no, Inglaterra habrá olvidado su propio pasado, y cuando pasa eso tenemos problemas, ¿no es cierto? Incluso más problemas de los que tenemos en este momento.

Otro comentario enigmático; aunque antes de que me diera tiempo a pensármelo, la señorita Erith volvió a entrar en la habitación arrastrando una enorme bolsa negra de basura y diciendo:

—Siento que no estén guardadas en una caja o algo así.

—¡Pero qué...! —dije, al mismo tiempo que abría la bolsa y echaba un vistazo en su interior.

—Ya ve, nunca las clasifiqué ni nada parecido —dijo la señorita Erith—, porque no tenía ni idea de si su padre iba a volver alguna vez o no. Y me dijo expresamente que no le reenviara ninguna.

La bolsa rebosaba de postales. Metí la mano y saqué un puñado al azar. Casi todas eran de sitios del Lejano Oriente: Tokio, Palaos, Singapur... Y todas tenían la dirección de mi padre claramente escrita en letras mayúsculas en el lado derecho, mientras que la otra mitad estaba llena hasta los bordes de una letra apretada y de rasgos fuertes. Y también llevaban todas la misma firma: «Roger».

—Espere un momento —dije—. Estoy empezando a acordarme de una cosa.

Y era cierto. Ahora recordaba que postales parecidas solían llegar a nuestro hogar familiar de Birmingham de vez en cuando. Las recogíamos del felpudo con el resto del correo, yo mismo o mi madre, y las poníamos sin más comentarios sobre el escritorio de mi padre en el cuarto de estar, para que las leyera cuando regresaba a casa del trabajo por la noche. Como todo lo demás que sucedía en aquella familia tan poco comunicativa, nunca se habló especialmente de aquello. Aunque sí me acuerdo de comentarle a mi madre al menos una vez: «¿Pero quién es Roger?». A lo que simplemente me respondió: «Creo que era un viejo amigo de tu padre». Y nunca se había vuelto a sacar el tema.

—He visto esta letra antes —continué—. Y también en postales como estas. En los años setenta mi padre solía recibir bastantes.

—En general, suele llegar una al mes —dijo la señorita Erith—. No recibe más cartas. Solo algo de propaganda de vez en cuando.

—Me las llevaré —le dije—. ¿Le parece bien?

—Pues claro. Ah, y la llave está ahí, antes de que me olvide. En ese frutero de ahí arriba, en la estantería de los libros.

Me levanté para coger la llave, y mientras me ponía de pie dije:

—Creo que voy a echar un vistazo y buscar las otras cosas. Enseguida vengo.

La verdad es que daba miedo entrar en el piso, y quería acabar con aquello cuanto antes. Así que dejé a la señorita Erith y al doctor Hameed tomándose su té, y volví a

la penumbra del pasillo. Y esa vez la puerta de mi padre se abrió fácilmente.

¿Han estado alguna vez en un sitio donde no haya vivido nadie durante más de veinte años? De no ser así, les costará entender lo que se siente. Justo en aquel momento tecleé un par de frases, pero decidí borrarlas porque me parecía que no le hacían justicia a aquel ambiente; usé palabras como frío, escasamente amueblado y sobrecogedor, aunque en cierta forma no bastaban. Hay otra palabra que podría haber usado, claro. Tal vez una palabra demasiado exagerada. Muerto. ¿Les parece demasiado fuerte? Pues da igual..., puede que sea un poco contundente, pero de todos modos es exactamente lo que parecía el piso de mi padre: como un sitio cuyo dueño se murió hace mucho tiempo.

Al poco rato de estar allí, ya me quería marchar.

Había dos dormitorios. Uno tenía una cama individual (con colchón, pero sin ropa de cama), mientras que en el otro (mucho más pequeño) resaltaban un escritorio y una estantería de bricolaje hecha de madera artificial. Naturalmente, todo tenía una espesa capa de polvo. Había como unos diez libros en las estanterías (los que mi padre no había querido llevarse a Australia) y unos cuantos papeles y artículos de escritorio en los cajones del escritorio. La famosa carpeta de anillas descansaba en el tercer estante de la librería, y no me costó dar con ella. Era azul celeste, y en el lomo mi padre había pegado una etiqueta que decía: «Dos Duetos: un ciclo de poemas y unas memorias». Era evidente que había pegado la etiqueta con cinta adhesiva de doble cara, porque el papel se había descolorido y ahora se veían claramente las dos tiras de celo debajo.

Cogí con dos dedos la carpeta y me la llevé a la cocina. Allí había un ventanal que daba a un pequeño balcón y, con un pequeño esfuerzo, conseguí girar la llave y abrirlo de un empujón. Me sentó bien salir al aire libre. Desde aquel balcón se veía el tráfico dando vueltas sin parar y sin destino fijo en la carretera de circunvalación, y más allá, el Staffordshire rural se extendía hacia el horizonte formando ondas grises de un paisaje monótono y poco llamativo. Había empezado a caer una lluvia ligera pero persistente. Se veía la A5192 serpenteando en la distancia, y de repente deseé con todas mis fuerzas ir conduciendo por aquella carretera, de regreso a la autopista: de nuevo a solas con Emma, en dirección norte, camino de Kendal, donde esa noche (Dios..., era un plan tan apetecible que hasta ese momento apenas me había permitido tenerlo en cuenta) volvería a ver de hecho a Caroline y a Lucy, por primera vez en varios meses. Quizás la noche más importante de mi vida, en muchos aspectos. Desde luego una oportunidad para demostrar (de una vez por todas) que no iba a repetir los errores de mi padre; que era capaz de tener una relación con mi hija basada en algo más que la tolerancia mutua y la casualidad de compartir el mismo espacio vital durante mucho tiempo. No iba (articulé las palabras para mí, en silencio pero fervientemente) a acabar así. Mi monumento conmemorativo no iba a ser un

apartamento vacío donde no vivía nadie que le tuviera cariño, en las olvidadas afueras de una ciudad de las Midlands.

Muy decidido, me volví a meter en la cocina, cerré el ventanal, le eché un último vistazo de conmiseración al cuarto de estar mientras pasaba por él, y luego abandoné aquel piso para siempre, cerrando la puerta a mis espaldas. Sentí un alivio extraño e irracional, como si acabara de escapar por los pelos de las garras de un destino tan aprisionante y angustioso que ni siquiera pudiera ser descrito.

—Mumtaz y yo estábamos intentando decidir dónde deberíamos ir a comer —dijo la señorita Erith, cuando me volví a reunir con ellos y le di un sorbo agradecido a mi té aún caliente—. No podemos ir a cualquier sitio, ¿entiende? No sé qué pensará él, pero esto es un acontecimiento en lo que a mí respecta, y una chica espera que la lleven a algún sitio especial. —Se quedó mirando la carpeta azul de anillas que yo tenía en el regazo—. Entonces... ¿ha encontrado lo que buscaba?

—Sí. Creo que estos son algunos de los poemas y de las cosas de mi padre. Por lo visto, ha perdido la otra copia y ahora solo queda esta. —Pasé rápidamente las hojas y vi que había dos partes, una en verso y la otra en prosa—. No sé por qué será tan importante. Supongo que será mejor que la guarde bien. Curioso título —añadí, mirando la primera página—. «Dos Duetos».

—Mmm, ya entiendo —dijo la señorita Erith—. La mitad de Eliot.

—¿La mitad de Eliot?

—T. S. Eliot. Lo conoce, ¿no?

—Pues claro —dije a la defensiva. Luego añadí, solo para asegurarme de que estaba pensando en la persona indicada—. Escribió el libreto de *Cats*, ¿no?

—Sus poemas más famosos son los *Cuatro cuartetos* —me dijo—. ¿Nunca los ha leído?

Negué con la cabeza.

—¿De qué van?

Se rio.

—¡Tendrá que leerlos para averiguarlo! Pues son sobre el tiempo y la memoria y esas cosas. Y giran en torno a los cuatro elementos: el aire, la tierra, el fuego y el agua. Su padre era un gran admirador de la obra de Eliot. Siempre estábamos discutiendo sobre él. A mí no es que me encante, ¿sabe? No es para nada mi estilo. Era antisemita, aparte de todo, y eso no se puede perdonar... Yo por lo menos no puedo. Aunque eso le daba igual a su padre. A él no le interesa la política, ¿verdad?

—Bueno... —Debo decir que en realidad nunca me había parado a pensarlo. Y, además, a mí tampoco me interesaba demasiado—. La verdad es que nunca hablamos de ese tipo de cosas. Nuestra relación se basa en... otras cosas.

La señorita Erith tenía los ojos entrecerrados. Al principio me pregunté si estaría a punto de quedarse dormida, pero al parecer era un intento de recordar algo.



—El caso es que soy de izquierdas de toda la vida —dijo—, y siempre lo seré. Desde que me puse a leer a George Orwell y a E. P. Thompson y esa clase de autores. Mientras que su padre no tiene ninguna conciencia política. Seguramente por eso fue una buena decisión no hacer aquel viaje juntos, porque lo habríamos hecho por razones totalmente distintas.

—¿Estuvieron planeando un viaje? —pregunté cortésmente, con la esperanza de que eso no disparase una larga evocación por su parte.

—Había un libro que se titulaba *La barcaza*. Muy famoso en su día. El autor se llamaba Rolt, Tom Rolt. Aún lo tengo en aquella estantería de allí. Él y su mujer compraron esa barcaza en los años treinta y vivieron en ella unos meses, yendo y viniendo por los canales. Luego él lo escribió todo y publicó ese libro en los años cuarenta, y lo curioso del caso es que en él se habla de la tienda de mi padre, porque yo me críe en los canales, ¿sabe?, y mi padre tenía una tienda en Weston, donde las barcazas hacían escala todos los días. Vendía de todo: todas las cuerdas y amarres que se pueda imaginar, comida de todo tipo, tabaco de todas clases, y lámparas, loza, sartenes, ropa..., de todo. Y también había un montón de estantes con dulces para los niños, claro. ¡Era como la cueva de Aladino! Y las barcas solían parar siempre, llegamos a conocer a toda la gente del canal; era todo un mundo, un mundo diferente, un mundo secreto, con sus propios códigos y sus propias reglas. Aunque solo fuese una tienda diminuta, la habitación delantera de una cabaña con el techo de paja en una fila de cabañas, y debí de atender a los clientes en el mostrador desde que tenía ocho o nueve años. Papá se habría quedado pasmado si hubiera sabido que se mencionaba su tienda en un libro tan famoso, pero evidentemente no leía esa clase de libros (ni ningún libro, en realidad), así que nunca llegó a saberlo. Y yo no lo supe hasta años después. Me fui de casa cuando tenía dieciséis, ¿sabe?, para vivir con un hombre (un barquero, claro), y un año más tarde tuve mi primer niño y dejamos los canales y empezamos a vivir cerca de aquí, en Tamworth, aunque nunca nos casamos (fue un poco escandaloso, la verdad), y al cabo de dos años tuvimos otro niño y aquel hombre me abandonó. Bueno, lo eché yo, si hay que decirlo todo, porque era un caso perdido; nunca tuvo un trabajo ni nada, solía pasarse todo el rato en el pub o persiguiendo a otras mujeres; después de un tiempo decidí que me daba más problemas que otra cosa. Así que la cosa fue que, a principios de los años cincuenta, me quedé sola en un piso enano, con dos niños pequeños, y lo único que pude hacer para evitar volverme loca fue ponerme a leer. Evidentemente, no había recibido prácticamente educación de ningún tipo, pero la Asociación Cultural de Trabajadores era muy poderosa en aquella época, y yo solía ir a las conferencias y a las reuniones y todas esas cosas. Y de hecho al final conseguí ir a la universidad, aunque eso fue cuando ya tenía casi cuarenta años, así que esa ya es otra historia. El caso es que así fue como empecé a leer libros, y ya no me acuerdo de qué edad tendría cuando leí *La barcaza*, pero sé que mis padres ya habían muerto, porque me habría encantado decirles que su tienda salía en el libro, y no pude hacerlo.

Mientras tomaba aliento, Mumtaz dijo:

—Intenta no irte por las ramas, Margaret. Se supone que nos estabas contando algo del padre de Max. Y ahora ya ni nos acordamos de qué estabas hablando.

Se quedó mirándolo fijamente.

—Ya me acuerdo. El caso es que Harold y yo teníamos planeado, ¿entendéis?, que también nosotros alquilaríamos una barcaza unas semanas para hacer la misma ruta que habían hecho ese hombre, Rolt, y su mujer. Pensábamos hacerlo en 1989, exactamente cincuenta años después de que ellos se hubiesen puesto en marcha. La idea era visitar los mismos sitios y ver cómo habían cambiado las cosas mientras tanto. Bueno, esa era mi idea, más bien. Lo único que quería hacer Harold, estoy segura, era sentarse en el tejado de la barcaza para mirar las nubes, soñar despierto y escribir sus maravillosos poemas. Pero para mí, ¿sabéis?, la gracia del libro de Tom Rolt..., y por eso os lo estoy contando —añadió, clavando la mirada en Mumtaz—, está en que no se limita a ser un libro sobre los canales. Sino que es uno de los libros más increíbles que se han escrito nunca sobre Inglaterra. Rolt era un hombre muy interesante (un hombre con unas creencias muy fuertes), y aunque me atrevería a decir que era bastante conservador en el terreno político, andaba metido en temas ecologistas incluso antes de que se inventara ese término. ¿Y sabéis lo que vio, allá por 1939? Vio un país que ya se estaba dejando matar alegremente por el poder de las grandes empresas.

Mumtaz puso los ojos en blanco y soltó un suspiro cómicamente teatral.

—Ah, ya veo. Ahora lo entiendo. No se pierda detalle, Maxwell —dijo, levantando un dedo a modo de advertencia—, porque está a punto de ver a una mujer embarcándose en su tema favorito, y cuando lo haga, ya no va a haber quien la saque de ahí. Nos vamos a pasar aquí el resto de la mañana y la mayor parte de la tarde. Se lo digo yo.

—No es mi tema favorito —insistió la señorita Erith—, y no voy a embarcarme en él. Lo único que digo es que, si lees ese libro, entiendes mucho mejor lo que está pasando en este país, y cuánto tiempo lleva pasando. El gran negocio que se está haciendo. No es algo solo de ahora: llevamos años con eso, incluso siglos. Todo lo que le da a una comunidad su propia identidad (las tiendas, los pubs del pueblo) están quitándolo y sustituyéndolo por esas cadenas insulsas y sin ninguna personalidad...

—Lo que quiere decir en realidad —me explicó Mumtaz con una sonrisa desganada— es que hemos estado intentando pensar en un pub que nos quedara cerca, donde pudiéramos ir a comer algo, y ya no le gusta ninguno.

—No, no me gustan —dijo la señorita Erith—. ¿Y sabe por qué? ¡Porque son todos iguales! A todos los han absorbido las grandes cadenas, y ahora ponen la misma música y sirven la misma cerveza y la misma comida...

—... Y están llenos de gente joven —dijo Mumtaz—. Gente joven que se lo pasa bien... ¡Eso es lo que te molesta! Gente joven a la que le gusta así.

—¡Les gusta así porque no conocen otra cosa! —dijo la señorita Erith, alzando de

repente la voz, enfadada. El toque alegre y humorístico de su conversación parecía haberse evaporado en un instante—. Mumtaz sabe perfectamente lo que quiero decir. —Ahora se había vuelto para mirarme directamente, y me quedé asombrado al ver que tenía lágrimas en los ojos—. Estoy diciendo que la Inglaterra que yo amaba ya no existe.

A eso le siguió un largo silencio, mientras dejamos que sus palabras quedaran colgando en el aire.

La señorita Erith se echó hacia delante y se tomó el resto de su té sin decir nada más, mirando directamente al frente.

Yo bajé la vista hacia la carpeta azul de anillas de mi padre, preguntándome si aquel sería un buen momento para disculparme y marcharme.

Mumtaz suspiró y se rascó la cabeza. Fue el primero en hablar.

—Tienes razón, Margaret, toda la razón. Las cosas han cambiado mucho, incluso desde que yo vivo aquí. Ahora es un sitio diferente. Mejor en algunas cosas, y peor en otras.

—¡Mejor! —repitió ella, despectivamente.

—De todas maneras —dijo él, poniéndose de pie—, creo que deberíamos probar con The Plough and Harrow otra vez. Estaría bien salir al campo, y la música ambiental no está demasiado alta y la comida es buena. —Se volvió hacia mí y dijo amablemente—: ¿Por qué no viene con nosotros, Maxwell? No gustaría que nos acompañara.

Yo también me levanté.

—Muy amable de su parte —dije—, pero creo que preferiría continuar el viaje. Aún me queda un gran trecho por delante.

—Ha dicho que iba a Escocia, ¿no?

—Sí. Lo más lejos que se puede ir..., hasta las islas Shetland.

—Estupendo. Qué aventura. ¿Y le puedo preguntar qué le lleva allí? ¿Es un viaje de negocios o de placer?

Me pareció que el modo más sencillo de responder a aquella pregunta era meter la mano en el bolsillo y sacar otra muestra de los cepillos de dientes que llevaba conmigo desde el día anterior. Les había dado mis dos IP 009 a los señores Byrne (todos los demás seguían en el maletero del Prius), así que lo que le pasé a Mumtaz fue el bonito, escueto y elegante modelo que Trevor me había enseñado al principio: el ID 003, hecho de madera reciclable, con cerdas de jabalí y cabeza de quita y pon.

—Represento a una compañía que comercializa y distribuye estos cepillos —expliqué, sorprendido de lo orgulloso que me sentía al decirlo.

Mumtaz cogió el cepillo y silbó entre dientes de pura admiración.

—Guau —exclamó, pasando los dedos por el mango—, qué bonito. Precioso. Hasta sería un placer cepillarme los dientes, ¿sabe?, si tuviera uno de estos, en vez de parecerme una lata. ¿Y va a vender cepillos de estos en Escocia?

—Ese es el plan.

—Bueno —dijo, al mismo tiempo que me devolvía el cepillo—, seguro que no le cuesta mucho. Margaret... Margaret, ¿te has enterado de algo?

Pero la señorita Erith seguía en una especie de nube. Se volvió hacia nosotros lentamente, casi como si se hubiera olvidado por completo de que estábamos en el piso con ella. Seguía teniendo los ojos empañados y desenfocados.

—¿Mmm?

—Maxwell nos estaba contando que va a Escocia a vender cepillos de dientes. Unos cepillos de madera muy bonitos.

—¿De madera? —dijo ella, recuperando su capacidad de concentración poco a poco.

—A lo mejor la idea... le gusta —dije yo titubeando, esforzándome por encontrar las palabras adecuadas—. Mi empresa, ¿sabe?, no es una gran compañía. De hecho, estamos luchando contra las grandes compañías. Somos una empresa pequeña, y siempre que podemos les encargamos nuestros cepillos a otras empresas pequeñas. El cepillo bonito lo hicieron en Lincolnshire unos artesanos de allí que forman parte de una empresa familiar.

—¿De veras? —dijo ella—. Déjeme ver.

Le pasé el cepillo, y ella le dio vueltas con las dos manos, despacio, respetuosamente, una y otra vez, como si no hubiera visto un objeto tan maravilloso en sus setenta y nueve años de vida. Cuando me lo devolvió (a no ser que me lo imaginara) se le habían desempañado los ojos, que me miraban radiantes con una luz nueva y rejuvenecida.

—Se puede..., se puede quedar ese si quiere.

—¿En serio?

Para mi sorpresa, levantó el labio superior para dejar ver una dentadura amarillenta, pero completa, fuerte y saludable.

—Son todos míos, que conste. Me los lavo tres veces al día.

—Pues tome, entonces. Tome, cójalo.

Puede que le esté echando mucha fantasía al asunto. Puede que me estén engañando mis recuerdos de ese día. Pero mientras el exquisito cepillo volvía de mis manos a las suyas, en el silencio extasiado del piso de la señorita Erith en lo alto de la ciudad de Lichfield, con el doctor Mumtaz Hameed mirándonos benévola y sonriente, sentí que lo que estaba teniendo lugar era casi una ceremonia religiosa; que estábamos haciendo algo (¿cuál es la palabra?), que estábamos haciendo algo que podría describirse como..., sí, ya sé..., sacramental.

Bueno, ya les he dicho que le estaba echando mucha fantasía... Ahora sí que era el momento de despedirme y regresar al coche. A Emma, a la autopista y a la realidad.

Comí tarde, en un sitio llamado Caffè Ritazza, en el área de servicio de Knutsford, tratando de ahorrar gasolina, y ya eran más de las dos cuando llegué. El café (¿o se escribe caffè?) estaba en la primera planta, pegado al puente que conecta la dos mitades de la gasolinera, así que pude conseguir una mesa pequeña cerca del ventanal y ver pasar el tráfico. Mientras comía y veía el tráfico, me puse a pensar en el doctor Hameed y en la señorita Erith, yendo en coche a su pub del campo y disfrutando juntos de la comida mientras se lamentaban de la lenta muerte de la Inglaterra que los dos recordaban. No tenía muy claro si estaba de acuerdo con ellos. Apoyaba la ética de Cepillos de Dientes Guest, claro; pero en cualquier caso, y por lo que a mí me toca, me gusta realmente lo de poder llegar en coche casi a todas las ciudades y saber que te vas a encontrar las mismas tiendas y los mismos bares y los mismos restaurantes. A la gente le hace falta cierta regularidad en la vida, ¿no? Regularidad, continuidad, ese tipo de cosas. Si no, todo se vuelve demasiado caótico y difícil. Supongan que llegan en coche a cualquier ciudad desconocida (pongamos Northampton), y está llena de restaurantes que no conocen. De modo que tienen que arriesgarse con uno, basándose únicamente en cómo sea el menú y lo que se vea por las ventanas. Pues imaginen que es una mierda. ¿No es mejor saber que uno puede ir a cualquier ciudad del país y buscar el Pizza Express más cercano y tomarse una American Hot con aceitunas negras añadidas, y saber así exactamente lo que te van a dar? Vamos, me parece a mí. Tal vez debería haber ido a comer con ellos, y discutir el tema. ¿Por qué no lo había hecho, por cierto? No era verdad, como le había dicho al doctor Hameed, que anduviera justo de tiempo. Me quedaban por lo menos dos horas libres. Pero una vez más (igual que la noche anterior, cuando los señores Byrne me habían dicho que me quedara a cenar) había rechazado la posibilidad de comer cara a cara con alguien. ¿Cuándo iba a superar eso? ¿Cuándo iba a empezar a parecerme fácil volver a tener una conversación normal? De hecho, lo había intentado en ese momento, con la chica del Caffè Ritazza que me había servido la comida. Me echó una mirada rara cuando le pedí un panino con tomate y mozzarella, así que me puse a explicarle que panini era en realidad una palabra en plural y que era gramaticalmente incorrecto pedir un solo panini. Me tenía un poco obsesionado aquel tema últimamente (como el que, por lo visto, ya no sirvieran sándwiches tostados en ninguna parte, solo panini; hasta en Knutsford, por el amor de Dios). Mi intención era entablar alguna conversación insustancial y amistosa, quizás sobre cómo Inglaterra se estaba volviendo cada vez más europea, o sobre que cada vez la educación era peor o algo así, aunque su respuesta inicial fue echarme una mirada tan hostil y suspicaz que al principio pensé que iba a llamar a Seguridad. Al final dijo algo, pero incluso entonces su único comentario fue: «Yo les llamo paninis», y ahí se acabó la historia. Evidentemente no era de esas camareras simpáticas y amigables.

Resultaba bastante relajante e hipnótico estar allí sentado viendo pasar el tráfico por debajo del puente de la estación de servicio. Me hizo acordarme otra vez de mi amigo Stuart, y de cómo había tenido que dejar de conducir porque le aterrorizaba la idea de los millones de accidentes de tráfico que se evitaban todos los días por cuestión de centímetros o de segundos. Observando el tráfico que se dirigía hacia el norte por la M6, veías que tenía parte de razón. Parecía que nadie se paraba a pensar en el riesgo de matarse por ahorrarse un par de minutos de viaje. Me puse a contar el número de veces que la gente se salía de la autopista sin poner el intermitente, o que adelantaba por el carril interior, o que se pegaba inexorablemente al coche de delante, o que se metía delante de otro coche sin dejarle apenas espacio. Después de contar más de cien de esas cosas, de repente me di cuenta de que llevaba sentado allí más de una hora y que tenía que llegar de una vez a Kendal.

—*Continúe por esta autopista* —dijo Emma por octava o novena vez.

Me daba igual que se repitiera. Me seguía gustando escuchar el sonido de su voz. Yo tampoco me sentía especialmente charlatán, así que de cuando en cuando le hacía algún comentario del tipo: «Estamos cruzando el canal de navegación de Manchester, mira», o «Eso que se ve ahí al este deben de ser los Peninos», y apretaba el botón del mapa en el volante para provocar su respuesta. El resto del tiempo, prefería estar a solas con mis pensamientos.

Me puse a pensar en Lucy, lo primero de todo. Para empezar, ¿por qué tenía hijos la gente? ¿Era una cosa egoísta, o la más generosa de todas? ¿O simplemente era un instinto biológico primario que no podía ser racionalizado ni analizado? No recordaba si Caroline y yo habíamos discutido lo de tener hijos o no. Para ser sincero, nuestra vida sexual nunca había sido muy animada, de todos modos, y tras un par de años de matrimonio habíamos llegado a un acuerdo tácito sobre dejar de utilizar métodos anticonceptivos. Concebir a Lucy había sido un impulso, no una decisión. Y sin embargo, en cuanto nació, la vida sin ella se volvió inimaginable. Mi propia teoría (o una de ellas) era que, una vez empezabas a hacerte mayor, también empezabas a estar tan harto y tan desencantado de la vida que debías tener un hijo para agenciarte un par de ojos nuevos con los que ver las cosas, para que volvieran a parecer nuevas y apasionantes. Cuando Lucy era pequeña, el mundo entero para ella era como un gigantesco parque de atracciones, y durante un tiempo así lo había visto yo también. Hasta llevarla al servicio en un restaurante se convertía en un viaje de descubrimiento. Incluso ahora, por ejemplo, cuando veía todos aquellos camiones adelantándome (yo iba por el carril interior, con el velocímetro fijo en los cien kilómetros por hora), sentía una pizca de nostalgia por cuando tenía a la Lucy de siete u ocho años conmigo y jugábamos a lo que siempre solíamos jugar en los viajes por autopista, el juego en el que había que adivinar de qué país era el camión por el rótulo que llevara en el costado, tratando de identificar los nombres de ciudades extranjeras.

Un juego que a ella se le daba asombrosamente...

—¡Mierda! —grité muy fuerte.

—*Continúe por esta autopista* —dijo Emma.

—¡No le llevo ningún regalo!

Y era cierto: mi aventura matutina en Lichfield me había borrado totalmente de la cabeza mis obligaciones paternas. Pero no podía aparecer con las manos vacías. Tendría que salirme en la siguiente área de servicio, después de unos trece kilómetros.

Tras aparcar el coche y entrar corriendo, empecé a mirar alrededor desesperado. Al principio no vi nada que pudiera gustarle mucho. Había la típica tienda donde vendían accesorios para móviles, pero de alguna manera me parecía que no la emocionaría demasiado que le regalaran un cargador de coche o unos auriculares bluetooth. (Lo que me hizo recordar que tenía que poner los de mi coche a funcionar lo antes posible. Tal vez esa noche). Seguramente mi mejor opción era W. H. Smith, pero incluso allí... No era muy probable que les sacase mucho partido a unas sillas de jardín plegables, aunque hubiera una oferta de dos por diez libras... Había un montón de peluches, pero hasta yo me daba cuenta de que eran feos y tenían pinta de ser tremendamente baratos. Un adaptador de corriente europeo, que tanto servía para los países del norte como para los del sur, era práctico pero, aun así, no parecía diseñado para hacer brillar de gratitud los ojos de una niña. ¿Y qué tal un cuaderno para colorear? Tenían muchos de esos, y a ella le gustaba dibujar, a juzgar por los dibujos del colegio que me había ido mandando hasta hacía poco. También tenían rotuladores de colores. Seguro que eso estaría bien. A todos los niños les gustaba dibujar, ¿no?

Fui a pagar y no traté de entablar ninguna conversación trivial con el tipo de turbante que estaba sentado detrás de la caja tremendamente aburrido, así que al poco rato me encontraba de vuelta en la autopista.

—*A tres kilómetros, salida a la izquierda, hacia los South Lakes* —dijo Emma bastante pronto.

A esas alturas, el paisaje era accidentado e interesante. Habían empezado a aparecer letreros marrones de «patrimonio cultural», recordándome que podía echarles un vistazo a las maravillas de Blackpool, a unos kilómetros al oeste, e insinuando sutilmente que el cercano casco histórico de Lancaster bien merecía desviarse un poco de la ruta. Por fin se notaba que estábamos en el norte. Habíamos dejado el centro de Inglaterra muy atrás.

—*A un kilómetro y medio, gire a la izquierda, hacia los South Lakes.*

—Dios mío, estoy nervioso, Emma. No voy a tratar de ocultártelo. Bueno, en realidad no puedo ocultarte nada, ¿verdad? Sabes todo lo que hay que saber sobre mí. Eres el ojo que todo lo ve.

—*Siguiente salida a la izquierda, hacia los South Lakes. A continuación, cuatrocientos metros más adelante, a la izquierda en la rotonda.*

—Aunque no sé por qué estoy tan nervioso. Caroline ha estado muy amable

últimamente, cuando he hablado con ella por teléfono. Supongo que el problema es que lo que quiero no es amabilidad. No me basta. En cierta forma, hasta me duele más cuando me trata bien.

—*A la izquierda en la rotonda, tome la primera salida.*

—Y espero que Lucy no haya cambiado demasiado. Siempre ha sido una niña cariñosa. Nunca nos entendimos tan mal (ni muchísimo menos) como Caroline deja caer en ese... pésimo relato suyo. Lucy no es nada complicada. Seguro que te cae bien.

—*Continúe por esta carretera.*

Anocheía mientras avanzábamos juntos por la A684. Pasamos por delante de un café de carretera que consistía en poco más que una caseta prefabricada, una bandera de San Jorge ondeando en lo alto, y muchos letreros marrones de «patrimonio cultural» invitándonos a visitar «El mundo de Beatrix Potter», que tendría que esperar a otro día, por lo que se refería a nosotros. Enseguida, entre la lluvia y la creciente oscuridad, empezaron a parpadear las luces de Kendal a lo lejos.

—Hola, Max —dijo Caroline.

Se inclino hacia delante en el umbral, me rodeó con un brazo y me dio un beso en la mejilla. Intenté dilatar el beso hasta el punto que me pareció prudente, aspirando su perfume, abrazando el contorno de aquel cuerpo que en tiempos había conocido tan bien.

—¡Ooh! ¿Ese coche es tuyo? —dijo soltándose y correteando por el sendero del jardín delantero para verlo más de cerca—. Muy bonito. No se ven muchos de estos por aquí.

—Es de la empresa, en realidad —dije.

Ella asintió en señal de aprobación.

—Impresionante. Deben de irte muy bien las cosas.

Ahora la lluvia había parado, más o menos. Me volví para mirar de cerca la fachada de la casa. Era pequeña, coqueta, semiadosada, y estaba hecha de piedra de la región. De repente deseé con todas mis fuerzas poder pasar la noche allí, y no en el Travelodge del pueblo, donde ya había reservado una habitación. Pero nadie me había invitado.

—Brr. Vente, que hace frío —dijo Caroline, y me llevó dentro.

—Bonito corte de pelo —le dije, arriesgándome a soltar un piropo mientras la seguía hasta la cocina. Durante años, su pelo había sido como una zona catastrófica. Nunca había sabido qué hacer con él; nunca lo había llevado ni muy largo ni muy corto, ni muy rizado ni muy liso, ni muy rubio ni muy castaño (hasta el color era indefinido). Pero ahora alguien le había dado un buen repaso, y tenía un aspecto más sofisticado que nunca. Castaño con mechuras rubias..., no sabía cómo no se le había ocurrido antes, pensándolo bien. Siguiéndola por la casa adelante, vi que también había perdido bastante peso, unos siete u ocho kilos. Llevaba un top ceñido de cachemir negro y unos pantalones ajustados que le marcaban la curva de las caderas y



las nalgas. Estaba estupenda. Parecía diez años más joven que la última vez que la había visto. Podría haber pasado perfectamente por alguien de treinta y tantos años. Comparado con ella, yo estaba fofo, mayor y en baja forma.

—Voy a poner el hervidor —dijo.

—Estupendo. —Había esperado que me ofreciera una copa de vino o algo así, pero al parecer iba a ser un té—. ¿Dónde está Lucy?

—Está arriba. Poniéndose guapa. Bajaré en un momento.

—Estupendo.

En el coche, de camino hacia allí, me había hecho una imagen mental de Lucy bajando a todo correr las escaleras para arrojarle en los brazos de su papá. Por lo visto también me había equivocado en eso. De hecho, parecía que la bienvenida más cálida me la iba a dar el cachorro de Dachshund marrón que salió corriendo del otro lado de la cocina, ladrando y haciendo todo lo posible para llegar con sus saltos hasta mis rodillas.

Lo cogí en el medio de uno de esos saltos y lo acurruqué en mi pecho.

—Así que tú eres Rochester, ¿no? —le pregunté, acariciándole la cabeza mientras él se frotaba el hocico contra mi pecho—. ¡Hay que ver qué guapo eres, eh!

—¿Cómo sabes que se llama Rochester? —me preguntó Caroline, dejando una taza de té sobre la mesa de la cocina a mi lado.

—¿Qué?

—Que cómo sabes que se llama Rochester. Solo hace un par de semanas que lo tenemos.

Evidentemente, acababa de meter la pata: la adquisición de aquel perrito era algo que Caroline solo me había comentado bajo mi disfraz de Liz Hammond. Dadas las circunstancias, solo podía mentir de una manera:

—Ah, lo sabía por Lucy. Me lo dijo en un e-mail.

—¿En serio? No sabía que Lucy te había mandado e-mails.

—Es que tampoco lo sabes todo, ¿no?

—Tienes razón. —Retiró con un cubierto las dos bolsas de té usadas de un platito y las dejó caer en el cubo de la basura—. Ni siquiera sé qué haces aquí. ¿Has dicho que ibas a Escocia?

—Sí. A las Shetland, en realidad.

—¿A vender cepillos de dientes?

—Más o menos.

—Entonces te has movido un poco. Creía que nunca ibas a dejar aquel trabajo.

—Bueno, supongo que de vez en cuando alguien tiene que darte una patada en el culo. Que es exactamente lo que hiciste tú. Cuando tú y Lucy os marchasteis..., bueno, vamos a decir que vi las cosas un poco más claras.

Caroline se quedó mirando su taza de té.

—Sé que te dolió.

Yo me quedé mirando la mía.

—Estabas en tu derecho.

No dijimos nada más sobre el tema.

—¿Adónde la vas a llevar esta noche? —me preguntó Caroline, más animada.

—He reservado mesa en ese chino del centro —le contesté. A Lucy siempre le había gustado la comida china.

—Tiene fama de bueno. Aún no hemos ido nunca.

—Ya te contaré.

En ese momento nos distrajo la entrada en la cocina de una adolescente alta y esbelta, con el pelo moreno alborotado, un poquito de maquillaje de más, el típico gesto de cabreo, y una seductora figura de mujer insinuándose bajo los vaqueros medio decolorados y el top rayado que dejaba al descubierto su cintura. Me llevó un par de segundos darme cuenta de que era mi hija. Se acercó y me dio un beso bastante brusco.

—Hola, papá.

—¿Lucy? Tienes una pinta... —me esforcé por encontrar el adjetivo adecuado, y vi que no había ninguno—. Tienes una pinta..., guau..., increíble.

Estaba claro que, desde que vivían allí, mi hija había cambiado mucho. Si su madre parecía haber rejuvenecido diez años, Lucy parecía haber cumplido cuatro o cinco más. No tenía nada que ver con la niña que había visto por última vez aquella horrible mañana de sábado... (¿podía volver sobre aquello de nuevo?, no había intentado imaginarme aquella escena ni una sola vez desde que había sucedido, era demasiado doloroso hacerlo, y los seres humanos tienen mecanismos para lidiar con esas cosas..., *la mente tiene fusibles*), aquella horrible mañana de sábado en la que Lucy y Caroline se habían ido en una furgoneta de mudanzas alquilada, con todas sus cosas metidas en la parte de atrás, camino de Cumbria, las dos muy calladas mirando hacia delante con los ojos fijos, sin devolverme mi gesto de despedida...

Vaya... Había vuelto a pensar en ello, por lo menos. Y entonces, mientras me percataba de lo mucho que parecía haber cambiado Lucy desde ese día, cogí el regalo de la mesa con una incipiente sensación de temor, y se lo di, sin envolver, metido todavía en su bolsa de plástico.

Aún ahora me duele recordar su reacción. Sigo estremeciéndome siempre que pienso en ello. Al abrir la bolsa de plástico y ver el cuaderno de colorear y los rotuladores, se quedó un momento sin respuesta, aunque apenas se le notó, y luego dijo:

—Gracias, papá. —Y me dio un abrazo, y después sus ojos se posaron brevemente en los de Caroline e intercambiaron una mirada; una miradita divertida de desesperación, que decía (mucho más elocuentemente que si la hubieran puesto en palabras): «Pobre papá, no se entera de nada, ¿verdad?».

Yo aparté la vista y dije, solo por romper el silencio:

—Vamos fuera para que le eches un vistazo a mi coche antes de irnos a comer. Tiene un GPI incorporado y toda la pesca.

Como si eso fuera a impresionarla.

Lucy me contó que ya no le gustaba la comida china, porque estaba llena de glutamato monosódico, así que cancelé la reserva y fuimos a un restaurante italiano de la misma calle. Me fijé, con cierta aprensión, en que no formaba parte de ninguna cadena, lo que evidentemente significaba adentrarse en lo desconocido. Por lo visto, Lucy ahora era vegetariana, así que pidió una lasaña de verduras, y yo me resistí a la tentación de comerme una pizza grande de carne y pedí un risotto de setas. Parecía un plato bastante aburrido, pero no quería molestarla ni dar la impresión de que no tenía en cuenta sus convicciones. A lo mejor si le añadía un montón de cucharadas de queso parmesano no me sabría tan mal.

—Bueno, ¿y qué? —empecé—. ¿Qué tal ha sido esto de trasladarse al norte?

—Ha estado bien —dijo Lucy.

Esperé a que se extendiera sobre el tema. Pero no lo hizo.

—La casa es muy bonita —me arriesgué a decir—. ¿A ti te gusta?

—Sí —me contestó—. Está muy bien.

Esperé a que diera más detalles. Pero tampoco lo hizo.

—¿Y el colegio? —le pregunté—. ¿Has hecho muchos amigos nuevos?

—Sí —dijo ella—. Unos cuantos.

Esperé a que siguiera hablando, pero, en vez de eso, se oyeron unos pitiditos electrónicos dentro de su bolso. Sacó una Blackberry y le echó un vistazo a la pantalla. Se le iluminó la cara, soltó unas carcajadas y rápidamente se puso a teclear algo. Yo me serví un poco más de vino y mojé un trozo de pan en la salsa de aceite de oliva mientras ella se entretenía con eso.

—¿Es la Blackberry de tu madre? —le pregunté, cuando me pareció que había terminado.

—No. Hace mucho que la tengo.

—Ah. ¿Y quién era? —pregunté, señalando la pantallita.

—Una persona que conozco.

Se hizo el silencio entre los dos, y yo iba teniendo una sensación de frustración cada vez mayor. ¿En eso se había convertido mi relación con mi propia hija? ¿Eso era todo lo que tenía que decirme? Por el amor de Dios, habíamos vivido juntos doce años, y en unas condiciones de total intimidad. Le había cambiado los pañales, la había bañado. Había jugado con ella, le había leído cosas, y a veces, cuando tenía miedo en plena noche, se había subido a mi cama y apretujado contra mí. Y ahora (después de llevar separados poco más de seis meses) nos estábamos comportando como si no nos conociésemos de nada. ¿Cómo era posible?

No lo sabía. Lo único que sabía era que no iba a darme por vencido esa noche, al menos de momento. Conseguiría que entablase una auténtica conversación conmigo, aunque fuera lo último que hiciera en la vida.

—Debe de ser muy diferente —empecé— vivir en...

Y en ese momento mi propio móvil hizo sonar su pequeña melodía, para avisarme de que había recibido un mensaje de texto. Cogí el teléfono y lo sostuve con el brazo estirado (estoy perdiendo vista, y últimamente tengo que hacer cosas así). El mensaje era de Lindsay.

—Léelo si quieres —dijo Lucy—. No me importa.

Abrí el mensaje, que decía: *Hola qué tal, debes de estar ya en el mar espero que todo vaya bien llama cuando puedas L*

No era el mensaje más efusivo del mundo, pero llevaba esperando tener algún contacto (cualquier contacto) con Lindsay día y medio, así que lo leí con un alivio que no pude disimular. Volví a dejar el teléfono sobre la mesa casi en el acto con una especie de indiferencia fingida, aunque no conseguí engañar a Lucy ni un segundo.

—¿Era bonito el mensaje? —me preguntó.

—Era de Lindsay —le dije. Los ojos de Lucy dieron a entender que no se quedaba contenta con aquella respuesta, así que añadí—: Una persona que trabaja conmigo.

Ella asintió con la cabeza.

—Ya. —Y luego, mientras mordía la punta de un palito de pan, me preguntó—: Nunca sé muy bien con ese nombre... ¿Es de hombre o de mujer?

—Creo que puede ser de las dos cosas —le dije—. En este caso es una mujer.

—¿Y no le vas a contestar? —me preguntó.

Cogió la Blackberry y yo cogí mi teléfono.

—Solo un momento —le prometí.

—No pasa nada.

Pero en realidad me llevó mucho más que un momento. No soy muy rápido mandando mensajes de texto, y no sabía muy bien qué poner. A final me decidí por esto: *Aún no he llegado al ferry. Estoy todavía en Kendal, cenando fuera con mi encantadora hija. Siento mucho haber avanzado tan poco. ¡No pierdas la fe en mí!*

Para cuando ya había enviado eso, por lo visto Lucy había enviado y recibido unos cuatros mensajes. Los dos dejamos nuestros teléfonos un poco a disgusto, y nos sonreímos el uno al otro.

—Decía que debía de ser muy diferente...

Apareció el camarero con la comida. Nuestra mesa era bastante pequeña y le llevó un rato encontrar sitio para todo. Luego vino el lío ese de rallar la pimienta negra y espolvorear el queso, que él convirtió en toda una ceremonia. Cuando terminaba de hacerlo, llegó otro mensaje de Lindsay. Lo leí antes de ponerme a comer. *Max, disfruta del viaje y no te preocupes por avanzar o no, recuerda que solo se trata de divertirse besos*

Me sonreí para mí mismo mientras dejaba el teléfono, y Lucy se dio cuenta de que estaba sonriendo, pero no dijo ni pío.

Tras pegarle el primer bocado a mi risotto —que no sabía absolutamente a nada

—, aproveché la ocasión para hacer una pregunta.

—Tú mandas muchos mensajes, ¿no, Luce? —empecé diciendo.

—No te creas —me respondió—. Puede que veinte o treinta al día.

—Pues a mí eso me parece mucho. Vamos, muchísimo. ¿Qué quiere decir cuando alguien te pone un beso al final del mensaje?

Pareció que empezaba a interesarle un poco la cosa.

—¿Es de tu colega otra vez? —me preguntó.

—Sí.

—Déjame ver.

Le pasé el teléfono y, después de leer el mensaje, me lo devolvió.

—Difícil decirlo —reconoció—. Depende del tipo de persona que sea, la verdad.

—¿Pero no hay una especie de... reglas para estas cosas?

Estaba encantado con esa pregunta, debo decir, y bastante seguro de que había sacado un tema sobre el que por fin podríamos enrollarnos. Si Lucy mandaba unos veinte o treinta mensajes al día, tenía que ser capaz de hablar del tema horas y horas.

—Bueno, en realidad no son reglas —me contestó. Me desilusionó ver que su tono de voz reflejaba cierto aburrimiento, incluso cierto desprecio—. Es solo un beso al final del mensaje, ¿entiendes? Seguramente no significa nada. De hecho, ¿cómo puedo estar teniendo esta conversación con mi propio padre? Me parece... penoso que estemos hablando de esto. Es una tontería, papá. No es más que un beso. Tómalo como quieras.

Se quedó callada y pinchó su lasaña con el tenedor.

—Vale, lo siento, cariño —dije después de una breve pausa bastante triste—. Intentaba encontrar algún tema del que hablar, simplemente.

—No pasa nada, yo también lo siento. No quería ser tan antipática. —Le dio un sorbo a su Coca-Cola light—. De todas maneras, ¿por qué no ha venido mamá con nosotros esta noche? ¿Ni siquiera os habláis?

—Pues claro que nos hablamos. No sé por qué no habrá querido venir. Creo que ha dicho que tenía otro plan.

—Ah, claro. Hoy es martes. Es la noche de los escritores.

—¿La noche de los escritores?

—Va al taller de escritura ese. Escriben cuentos y cosas y se los leen los unos a los otros.

Genial. Así que en aquel mismo momento Caroline estaba volviendo loco a un público arrebatado con la tronchante historia de Max, Lucy y el hoyo de ortigas. Seguramente ya había llegado al trozo donde yo no tenía ni idea de por qué la hierba era verde. Hasta podía oír sus risas condescendientes y admirativas tan claramente como si estuvieran allí mismo, en el restaurante con nosotros.

—Se está tomando en serio lo de escribir entonces, ¿no? —le pregunté.

—Eso parece. El caso es que... —se sonrió en ese momento con aire conspirador — hay un tío que también va al taller, ¿sabes?, y estoy empezando a pensar que...

¿Empezando a pensar el qué? Me lo podía imaginar, pero nunca lo sabría seguro, porque en ese momento se puso a sonar su Blackberry otra vez.

—Espera —me dijo—. Tengo que mirar esto.

El mensaje la hizo reírse como una loca, fuera lo que fuera.

—Es de Ariana —me dijo, como si eso lo explicara todo—. Mira lo que le ha hecho a esta foto con el Photoshop.

Me enseñó la pantalla, que tenía una foto de una chica con una pinta la mar de normal.

—Muy buena —le dije, devolviéndole el móvil. ¿Qué más se suponía que debía decir?

—Es que ha puesto la cabeza de Monica en el cuerpo de Jess.

—Ah, ya. Qué lista.

Lucy se puso a escribir su respuesta y, mientras tanto, yo saqué mi teléfono y empecé a teclearle otro mensaje a Lindsay. Casi fue mejor que nunca llegase a mandárselo. ¿Qué me lo impidió? Fue la cara de una mujer sentada a la mesa de al lado. No sé muy bien cómo describir aquella mirada. Lo único que sé fue que abarcó la escena que estaba presenciando en nuestra mesa (un padre de mediana edad con pinta de aburrido que había sacado a cenar a su hija, los dos sentados cara a cara sin nada que decirse, el uno mandando un sms y la otra jugueteando con su Blackberry) y reaccionó con una desasosegante mezcla de diversión y lástima, todo ello contenido en una sola mirada la mar de elocuente. Y en ese instante una imagen me vino de nuevo a la cabeza: la mujer china y su hija sentadas una frente a otra en el restaurante de la bahía de Sidney, riéndose juntas y jugando a las cartas. La conexión entre ellas. El placer de disfrutar mutuamente de su compañía. El amor y la intimidad. Todas las cosas que parecía que Lucy y yo no habíamos tenido nunca. Todas las cosas que el desgraciado de mi padre nunca me había enseñado a forjar entre los dos.

Envié un mensaje más esa noche. Pero no a Lindsay. De hecho, nunca adivinarían a quién, así que se lo diré. Se lo mandé a Clive, el tío de Poppy.

Dejé a Lucy en casa sobre las nueve y media. Caroline aún no había vuelto. Lucy me hizo pasar y me preparó una taza de café, y estuvo sentada en la cocina hablando conmigo (es un decir) una media hora. Cuando me quedó claro que Caroline no tenía precisamente mucha prisa en volver a casa para verme, decidí dar la velada por terminada, me metí en el coche y me fui a mi Travelodge, que estaba a unos diez minutos en coche en las afueras.

Conque no hay más que contar de mi reunión familiar.

De vuelta en el hotel, me di cuenta de que, a pesar de que estaba cansado, también estaba demasiado alterado como para irme directamente a la cama. No había nada en la tele, así que saqué de la maleta el DVD de *Deep Water* de Clive, y lo metí en mi portátil. Tenía la extraña sensación de que verlo me animaría de alguna manera. ¿Saben esa frase manida de: «Siempre hay alguien que está peor que tú»? Bueno, pues creía que en mi caso me iba a costar encontrar a alguien. Aunque siempre cabía

la posibilidad de que se tratase de Donald Crowhurst.

Era una película impactante. Durante la última semana, antes de emprender aquel viaje, había estado leyendo *El extraño último viaje de Donald Crowhurst*. El libro daba muchos detalles y estaba muy bien documentado, pero la película hacía que te metieras mucho más en la historia, que entraras más en ambiente. Se abría con la imagen de unas olas enormes alzándose en la noche sacudida por el viento, y enseguida te hacías una idea de lo solo y asustado que debía de haberse sentido Crowhurst en aquella situación, a merced de los elementos; solamente con verlo ya me entraban un frío y un mareo... Luego había planos del propio hombre, tomados más adelante durante su travesía, curtido y endurecido por ella: un bigote que le daba un aire un poco cruel sobre el labio superior, y unos ojos que reflejaban desconfianza y recelo. Tras unos cuantos planos más de ese tipo, acompañados de una música inquietante y amenazadora, retrocedíamos hasta una escena que reconocí inmediatamente: la entrada en la bahía de Plymouth, flanqueada por una multitud enfervorecida que había acudido a presenciar el regreso a casa de Francis Chichester tras su viaje en solitario. (Escena que aún recordaba haber visto con mi madre en la tele, un domingo por la noche de la primavera de 1967). Después, eran presentados los principales participantes en aquella historia: el propio Crowhurst, su mujer y su familia; sus rivales más importantes, Robin Knox-Johnston y Bernard Moitessier; su patrocinador, Stanley Best; y quizás el más digno de recordar de todos, su agente de prensa, Rodney Hallworth. A Hallworth se le describía como una «figura dickensiana», y desde luego la descripción parecía encajar con aquella presencia imponente y rolliza, con un aire protector que apenas conseguía disimular la clara vena de cinismo y falta de compasión que corría bajo la superficie. «Mucha gente que hace grandes cosas suele tener una personalidad poco relevante», se le había oído afirmar alegremente. «La labor de un agente de prensa es coger el paquete (que puede tener tan poca gracia como una vieja caja de lata) y envolverlo lo mejor posible (con un toque navideño) para que resulte atractivo». Crowhurst, supongo, era la «vieja caja de lata» en aquella ocasión, y el cometido de Hallworth consistiría en exagerar sus virtudes, en «envolverlo», que sería a lo que en gran parte se debería el haber creado una situación que lo llevaría a la locura. La película continuaba relatando este proceso con comprensión, pero sin ahorrarse detalle. Se veía la confusión que acompañó su partida en Teignmouth, y lo asustado que parecía en ese momento, cuando la cámara lo cogía desprevenido. (En esa situación, pensé —y no por primera vez—, era en la que su parecido con mi padre se había acentuado más). Y luego, a medida que se iba desarrollando el viaje, los retos prácticos de la navegación solitaria dejaban de ser el foco de interés, y pasaban a serlo los diarios de Crowhurst, sus cuadernos de bitácora, sus garabatos trastornados, la desintegración de su mente. El primer plano prolongado de su última frase («ES LA MISERICORDIA») era especialmente escalofriante. Cuando se terminó la película estaba muy alterado y exhausto.

Cuando acabé de verla, ya eran más de las doce. A pesar de todo, decidí mandarle un mensaje a Clive: *Hola qué tal, acabo de ver la peli de Crowhurst. ¡Increíble! Muchas gracias por habérmela prestado. Sigo de viaje hacia las Shetland, aún no he llegado.*

Fui al baño a lavarme los dientes. Al poco rato me metí en la cama y estaba casi dormido cuando en mi teléfono empezó a sonar una musiquilla que ya me resultaba familiar. Clive había contestado enseguida a mi mensaje. Había escrito: *¡Me alegro de que te haya gustado! Que tengas una buena travesía y estoy deseando que me cuentes tus hazañas cuando vuelvas. X*

Me quedé mirando aquel mensaje (o más bien aquella «X» del final) bastante asombrado. ¿Por qué era Clive precisamente el que tenía que mandarme un beso virtual? Si hubiera sido Lindsay, aún lo habría entendido, ¿pero Clive? En mi vida había recibido un sms de otro hombre que terminara con un beso. Costaba imaginar a Trevor, por ejemplo, añadiendo un beso al final de uno de sus mensajes o uno de sus e-mails. Así que ¿a qué estaba jugando Clive? Me habría gustado que no hubiese sido tan tarde para llamar a Lucy y preguntarle su opinión al respecto. Por lo menos habría podido decirme si le parecía normal o no.

Darle vueltas a aquello me ponía nervioso. Al final empezó a entrarme sueño, pero con el documental sobre Crowhurst se me habían quedado grabadas una serie de imágenes perturbadoras e inquietantes en la cabeza. Y allí seguían, flotando ante mí, mientras mi respiración se iba calmando. Las olas alzándose y rompiéndose..., la cara de Crowhurst que (esa noche más que nunca) me recordaba a la de mi padre..., las olas alzándose y rompiéndose... Rodney Hallworth y su «vieja caja de lata»..., las olas alzándose y rompiéndose..., ¿dónde había escuchado antes aquella frase?... Rodney Hallworth... Lindsay Ashworth..., alzándose y rompiéndose... Rodney Hallworth... Lindsay Ashworth..., alzándose y rompiéndose..., alzándose y rompiéndose...



Kendal-Braemar

—Bueno, Emma, empieza a estar todo claro. Van encajando las cosas.

—*Continúe por esta carretera.*

—No sé cómo ha pasado, pero parece que me estoy convirtiendo en Donald Crowhurst. En eso es en lo que estoy a punto de convertirme. Llámalo destino, llámalo predestinación, llámalo como quieras, pero es como si no tuviera otra opción. Es algo que me va a pasar, quiera o no.

—*A mil doscientos metros, desvío a la derecha.*

Habíamos dejado Kendal unos diez minutos antes, y nos dirigíamos hacia Penrith por la A6. El tiempo había empeorado, y unas gotas gordas de algo entre la lluvia y el agua nieve salpicaban el parabrisas. La carretera se iba haciendo cada vez más empinada en una serie de curvas de un paisaje agreste y frondoso.

—Aquí estoy, a fin de cuentas, conduciendo un coche que se supone que es nuevo, innovador y el no va más del diseño, igual que el trimarán de Crowhurst. Es una especie de versión moderna del *Teignmouth Electron*, y yo voy al timón.

Mientras nos desviábamos de la A6 hacia la entrada 39 de la M6, podíamos ver a la izquierda las enormes chimeneas de la fábrica de cal de la Corus, escondidas al fondo de una carretera privada un tanto amenazante que hacía que pareciesen una instalación militar secreta. Al poco rato ya habíamos llegado al cruce con la autopista.

—*A la izquierda en la rotonda, tome la primera salida.*

—Y piensa en quiénes eran los demás personajes de su historia. Rodney Hallworth, Stanley Best, ¿no te recuerdan a nadie esos nombres? Todo encaja perfectamente.

—*Se acerca a la salida.*

—Así que ¿qué está pasando? ¿Será que estoy como... poseído por él, o que me estoy volviendo loco? Y si me estoy volviendo loco, ¿eso cambia las cosas? Porque eso podría formar parte de mi transformación en él, ¿no? ¿Qué opinas, Emma? ¿Qué me aconsejas?

—*Continúe por esta autopista.*

Pues sí, aquello parecía bastante sensato, supongo. En cualquier caso, no es que tuviera muchas más opciones.

Ya eran casi las doce y media. Tras darme un buen baño y desayunar tarde en el Travelodge, había vuelto en coche hasta Kendal y paseado un rato por la ciudad, tratando de disfrutar de la experiencia de encontrarme en otra parte del país, y de quitarme de encima la infinita sensación de extrañeza, de *extranjería*, que llevaba invadiéndome los dos últimos días, desde que había dejado Watford. Había pasado tres semanas en Sidney y nunca había tenido esa sensación, así que ¿por qué ahora me daba la impresión de que cada nueva ciudad inglesa que pisaba era un poco más irreal que la anterior? Quizás tuviera algo que ver con aquella fijación cada vez

mayor con Crowhurst. Empezaba a sentirme desconectado de mí mismo; a veces me daba la sensación de que me encontraba fuera de mi cuerpo, mirándome desde arriba, e incluso esa mañana en Kendal hubo un momento en que me pareció que estaba viendo High Street desde las alturas, y viéndome a mí mismo también caminando entre las demás personas, como extras en una secuencia perfectamente planificada de una película, con aquellos cientos de personas como insectos en primer plano y la gran extensión de las montañas formando un lejano telón pintado, bastante inverosímil.

A última hora de la mañana había ido a ver a Caroline otra vez. No me esperaba, pero decidí darle una sorpresa. Sabía que era la responsable de una de las tiendas de beneficencia de High Street, conque me dejé caer por allí sin avisarla antes, sin esperarme mucho más que un brusco desaire, pero recibiendo en realidad una bienvenida mucho más calurosa de lo que me había esperado. Me preparó un café y me llevó a la oficina de atrás, y estuvimos hablando como media hora o más (sobre todo de Lucy); y aquella mañana Caroline me pareció cariñosa y amable, e interesada en lo que yo estaba haciendo, y cuando me marché no fue porque ella quisiera, sino porque quise yo. Porque el que fuera agradable conmigo hacía que me apeteciera estar más con ella que nunca, y sabía que eso no iba a volver a ocurrir, así que no me quedaba otro remedio que salir de allí y continuar el viaje.

—*Continúe por esta autopista.*

Ahora estábamos en algún punto entre las salidas 41 y 42. Nos dirigíamos hacia el norte, y cuanto más nos adentrábamos en el norte, más escaso parecía el tráfico. Estábamos haciendo una media de 4,18 litros a los cien, porque allí era más fácil conducir cómodamente a noventa kilómetros por hora sin gente pegada a ti y haciéndote luces para que apuraras. Y curiosamente, a pesar de que conducir más rápido habría sido menos peligroso que ciento cincuenta kilómetros al sur, aparentemente no había tantos coches que superaran el límite de velocidad. Todo el mundo parecía más relajado. ¿Hay estadísticas que demuestren que los conductores del norte de Inglaterra consumen menos gasolina que los del sur? No me extrañaría nada.

—*Continúe por esta autopista.*

No hay mucho que hacer cuando llevas horas conduciendo a escasa velocidad, aparte de fijarte en las pocas distracciones que te ofrece la autopista (un aviso amarillo de la policía informando de un «Posible Homicidio»; señales de salida apuntando a Penrith, Keswick, Carlisle; un enorme letrero azul con las palabras «Bienvenido a Escocia / Fàilte gu Alba»; un gran bosque de pinos plantado en una colina formando la letra «T», con sombras de nubes cargadas de lluvia deslizándose sobre él) y dejar vagar tus pensamientos. Curioso cómo, cuando haces eso, empiezan a asaltarte los recuerdos: cosas que habías olvidado, o tal vez reprimido, durante cuarenta años o más. Fue pensar en Francis Chichester lo que lo provocó; me acordaba de que había visto su regreso en la tele con mi madre, aunque no recordaba

en cambio si mi padre lo había visto con nosotros o no. Y entonces me vino a la memoria: había ocurrido algo extraño esa noche. Sí que mi padre había estado viendo la tele con nosotros al principio, pero entonces sonó el timbre, y él fue a abrir la puerta, y enseguida entró un hombre extraño en casa. Y digo extraño no solo porque mi madre y yo no lo conocíamos, sino porque era..., bueno, realmente extraño. Para empezar, llevaba un extravagante sombrero de ala ancha, e iba vestido con el tipo de ropa que seguramente la gente llevaría en Carnaby Street en 1967, pero que desde luego jamás se había visto en cien kilómetros a la redonda de Rubery. También tenía una fina barba pelirroja; esa es la única otra cosa que puedo describir de él. El hombre no entró en nuestro cuarto de estar, y solo pude vislumbrarlo a través de la puerta abierta mientras papá se lo llevaba hacia la parte trasera de la casa. Se metieron los dos en el comedor y se pusieron a hablar, mientras mamá y yo seguíamos viendo la televisión. El hombre debió de irse después de que me mandaran a la cama, porque no recuerdo haberlo visto marcharse. De hecho, como ya he dicho, se me había olvidado completamente su extraña e inesperada visita a nuestra casa hasta ese momento, cuando me vino el recuerdo de una forma muy clara mientras cruzaba con Emma la frontera de Escocia y la M6 se difuminaba en la A74(M). Y lo que inmediatamente me pregunté fue qué otra persona podría haber sido que no fuera el misterioso «Roger» que le había mandado postales a mi padre todos los meses desde el Lejano Oriente en la década de los setenta, y por lo visto continuaba haciéndolo incluso ahora. Nunca me habían dicho el nombre de aquella persona, de eso estaba seguro; pero también estaba igual de seguro de que solo podía haberse tratado de Roger.

—*Continúe por esta autopista.*

Me recreé en aquel recuerdo en concreto un momento, aunque enseguida lo sustituyeron más pensamientos desordenados. Iban pasando los kilómetros mientras nos adentrábamos en Escocia, y seguí conduciendo casi como en sueños, sin chocar con los otros coches de milagro. Debieron de pasar como diez minutos antes de que saliese de golpe de aquel estado y me diese cuenta, con un sobresalto, de qué era lo que había estado pensando.

Había estado tratando de averiguar la raíz cuadrada de menos uno.

Pues sí que sí...

Otra comida solitaria, otra área de servicio de la autopista, otro panino. Champiñones, prosciutto y ensalada, esa vez.

Área de servicio de Abington. Welcome Break. No lo puedo evitar, me gustan esos sitios. Me siento como en casa en ellos. Me gustaban las sillas de madera oscura y las mesas de madera clara, el *look* Habitat. Muy años noventa. Me gustaban las dos enormes yucas puestas entre las mesas. Me gustaba la terraza exterior barrida por el viento, las sombrillas cerradas batiendo con la brisa húmeda de aquel día. Me gustaba

la manera en que, en medio de un paisaje campestre espectacular, alguien se las había ingeniado para crear aquel pequeño oasis de normalidad urbana. Me gustaba la expresión de agradable expectativa en las caras de la gente mientras cogían sus bandejas de pizza y pescado con patatas fritas de la barra del Coffee Primo, seguros de que iban a disfrutar metiéndose algo especial entre pecho y espalda. Sí, era la clase de sitio que me pegaba.

Sin embargo, mi sensación de ligera pero palpable incomodidad no varió. ¿Fue porque estaba nervioso por ver a Alison? Siempre podía llamarla por teléfono y cancelar la cita, a pesar de que había salido demasiado tarde para coger el ferry desde Aberdeen, por rápido que condujera a partir de allí. De todas formas, no se trataba de eso. Había otra cosa que me inquietaba. Quizás el peso de todos aquellos recuerdos que habían vuelto a salir a la luz.

Al acabar de comer, encendí el portátil y le enchufé el aparatito que me conectaba a la red de banda ancha del móvil. Miré el correo y también Facebook. Nada. Al apagar el portátil me di cuenta de que casi no tenía batería.

Sintiéndome culpable por no haberla usado prácticamente hasta el momento, saqué la cámara de vídeo digital y grabé un poco el área de servicio y las montañas que la rodeaban. Solo unos treinta segundos. Como la vez anterior, cuando había grabado el bloque de apartamentos de mi padre en Lichfield, tuve la sensación de que aquello no era en absoluto lo que Lindsay quería, y de que probablemente nunca entraría en el montaje final.

También hay retenciones en dirección norte en la M6; el problema es un camión atascado entre las salidas 31 y 31A, estaba en el carril número 3 y las colas llegan hasta la salida 29. Otro camión atascado en las obras de la M1, en dirección norte después de la salida 27 al norte de Leicester; eso ya se ha solucionado, pero seguimos teniendo problemas en la M1, que está bloqueada en dirección sur en la salida 11, a la altura de Luton, donde también hay colas a pesar del tráfico desviado por las rampas de acceso; gracias a Mike y a Fiona por avisarnos; ellos nos han dicho que hay un problema antes, en la salida 14, la de Milton Keynes, porque un montón de tráfico está usando la A5 para entrar en Dunstable que ahora está muy cargada en dirección sur. En dirección norte han cerrado temporalmente la M1, para dejar que aterrizase una ambulancia aérea, que ha aterrizado y despegado después, así que la carretera vuelve a estar abierta al tráfico. Había un vehículo bloqueando la M25, entre las salidas 18 y 17, en sentido contrario a las agujas del reloj, desde Chorleywood a Rickmansworth; ya se ha despejado todo eso, pero ha provocado una gran retención, más o menos en el punto habitual, aunque por lo visto aún mayor hoy, en sentido contrario desde la salida 23, que es la de la A1(M) hacia Watford en la salida 19. También acaban de retirar los coches de un accidente en la M25 en sentido contrario a las agujas del reloj, desde la salida 5, que es la desviación a la M26. Cambridge: hay un accidente en dirección norte en la A11, que está cerrada en dirección norte en Papworth Everard, al norte de la A428 en *Caxton Gibbet*...

—Lo siento, Emma —dije, a la vez que apagaba la radio—. No es que me esté hartando de oírte, es solo que..., como ya te puedes imaginar, a veces un hombre necesita un cambio de decorado, una compañía diferente...

—*A mil doscientos metros, desvío a la izquierda.*

—Sé que me has entendido —le dije, agradecido. La voz de Emma sonaba amable y tranquilizadora, después del monólogo estridente y amenazante del locutor radiofónico.

Ahora nos encontrábamos solamente a unos kilómetros de Edimburgo. Según la información de la pantalla informativa del coche, solo habíamos recorrido 660 kilómetros desde que habíamos salido de Reading dos días antes, pero de alguna manera, al escuchar todos aquellos nombres familiares (Rickmansworth, Chorleywood y, por supuesto, Watford), daba la sensación de que estábamos a punto de llegar a un sitio increíblemente remoto. Ya había oscurecido, y formábamos parte de una larga fila de coches que avanzaba a una velocidad constante por la A702: un cortejo fúnebre de luces traseras, y de vez en cuando de frenada, hasta donde alcanzaba la vista. Hacía poco rato que habíamos dejado atrás un letrero que decía «Bienvenido a las Scottish Borders», y ahora pasamos por otro donde ponía «Bienvenidos a Midlothian». Era agradable saber que éramos bienvenidos. Me pregunté si sería igual de bienvenido en casa de Alison.

Antes de que nos diéramos cuenta, ya habíamos cruzado la carretera de circunvalación y nos dirigíamos hacia las afueras. Alison vivía en una zona de Edimburgo conocida como The Grange, y yo ya me había imaginado que debía de ser una zona bastante acomodada. No sabía cómo se ganaba la vida su marido exactamente, pero sabía que dirigía una gran empresa de mucho éxito, con oficinas en muchas partes distintas del mundo, y que se pasaba el día viajando. De todos modos, me llevé una sorpresa cuando Emma siguió guiándome (como si conociera aquella ciudad de toda la vida) por calles aún más anchas, más tranquilas, más retiradas y más exclusivas. La mayoría de las propiedades de piedra de arenisca de aquel lugar parecían más mansiones que casas. Y la de Alison, cuando aparcamos delante, no era precisamente la más pequeña.

—*Ha llegado a su destino*—dijo Emma, sin dejar traslucir ninguna sensación de triunfo o de chulería, solo de tranquila satisfacción por el trabajo bien hecho—. *La guía del itinerario ha terminado.*

Jamás me esperé volver a estar soltero a los cuarenta y ocho años. Pero ahora que había pasado, y que era evidente que Caroline no tenía intención de volver conmigo, me daba cuenta de que me enfrentaba a un problema muy concreto. Tarde o temprano, si no quería terminar como un viejo solitario, iba a tener que encontrar otra pareja. El problema era que las mujeres más jóvenes (como Poppy) por lo visto no se iban a fijar en mí, y a mí las mayores no me resultaban atractivas.

Tal vez debería dar una definición de «mujeres mayores» en este momento. He estado dándole vueltas, y supongo que una «mujer mayor» es cualquier mujer que tenga más años que los que tenía tu madre cuando tú eras adolescente. Pongamos que uno empieza a interesarse *realmente* por el sexo (hasta el punto de ser incapaz de pensar en ninguna otra cosa) a los dieciséis años. (Ya sé que ahora los chavales empiezan antes, sin ninguna duda. La sexualidad ocupa un papel tan importante en el mundo occidental que seguramente muchos chicos ya están al cabo de la calle a los catorce o así. Y el otro día leí en el periódico que una mujer había sido abuela a los veintiséis años. Sin embargo mi generación era diferente. Fuimos la última que se desarrolló tarde). Bueno, pues cuando yo tenía dieciséis años, mi madre tenía treinta y siete, y les puedo asegurar que me parecía *vieja*. Nunca se me habría pasado por la cabeza que podía tener una vida romántica, o una vida interior, y ya no digamos una vida sexual (salvo con mi padre; y ni siquiera estaba muy seguro de eso, si había que hacerle caso a la redacción de Alison). Sexual y sentimentalmente, no existía como persona, por lo que a mí tocaba. Existía para cubrir mis necesidades físicas y emocionales. Ya sé que resulta chocante dicho de esa manera, pero los adolescentes son egoístas y egocéntricos, y yo la veía de esa forma. E incluso ahora que tengo cuarenta y ocho años, me cuesta hacerme a la idea de que las mujeres de la edad de mi madre (vale, las mujeres de *mi* edad, si quieren decirlo así) puedan ser consideradas seres sexuados. Evidentemente, no tiene sentido. Evidentemente, estoy equivocado. Pero no lo puedo remediar, y estoy intentando ser lo más honesto posible al respecto. Al fin y al cabo, ese fue el motivo por el que me sentí tan mal la noche de la fiesta de Poppy, cuando me di cuenta de que solo me había invitado para que conociera a su madre.

Todo lo cual, me imagino, servirá para explicar la sensación que tuve cuando apreté el timbre electrónico de seguridad de la casa de Alison, y ella me abrió la puerta. Habían pasado más de quince años desde la última vez que la había visto. Y casi veinte años más, desde la época en que se había grabado a fuego en mi memoria, cuando ella tenía diecisiete, y el perverso de mi padre le había hecho aquella foto en la que llevaba el diminuto bikini naranja. Y ahora allí estaba, de pie ante mí otra vez: tan estilosa, guapa, elegante y segura de sí misma como siempre. Y con cincuenta años. Un poco mayor de lo que era mi madre cuando yo tenía dieciséis años, y

habíamos ido todos juntos a la región de los lagos. Mayor, ya puestos, que mi madre cuando se murió.

—¡Max! —me dijo—. Qué alegría verte.

Me ofreció la mejilla, y yo la besé. Tenía la piel suave y empolvada. Aspiré un perfume un poco fuerte pero agradable, entre la miel y el agua de rosas.

—Yo también me alegro mucho de verte —le dije—. No has cambiado nada. —¿No es lo que se espera que diga la gente, ya sea verdad o no?

—Qué suerte que hayas tenido que pasar por aquí. Mamá me ha dicho que te dirigías hacia las Shetland, ¿no?

—Sí, exactamente.

—¡Qué emocionante! ¡Vamos, entra!

Me llevó por el pasillo hasta lo que supuse que sería uno de los dos o tres cuartos de estar de la planta baja. De alguna manera, conseguía combinar al mismo tiempo minimalismo y opulencia. Tenía cuadros modernos en las paredes, y espesas cortinas de terciopelo que la defendían de aquella noche desagradable; y distintas zonas de la estancia estaban sutilmente iluminadas con luces ocultas. Había un sofá en forma de L con cómodos cojines acolchados dispuesto alrededor de una mesita de café de cristal, elegantemente salpicada de libros y revistas. En la chimenea, ardía un fuego alegre. Di por sentado que era de verdad, hasta que Alison dijo:

—¿Hace mucho calor para ti? Lo puedo bajar si quieres.

—No, no. Está perfecto. Me encanta un buen fuego.

Me arrepentí de haberlo dicho tan pronto salió de mi boca. ¿Se acordaría? ¿Se acordaría del chasco con el fuego en Coniston? ¿O yo solamente pensaba en él porque había leído su redacción hacía dos días? Imposible saberlo. Su expresión no dejó traslucir nada.

—Pues entonces a ver si te pones cómodo y entras en calor. Hace un tiempo muy desagradable ahí fuera, ¿no? Dicen que hasta puede que nieve más tarde. ¿Quieres algo de beber? Yo me voy a tomar un gin-tonic.

—Estupendo. Ponme otro, por favor —dije, olvidando que se suponía que iba a conducir hasta el restaurante enseguida.

Cuando Alison regresó con las bebidas, nos sentamos en distintos lados del sofá en forma de L.

—Bonito cuarto —dije tontamente—. Bonita casa, en realidad.

—Sí, es bonita —admitió ella—. Pero demasiado grande. Llevo dando vueltas por ella yo sola toda la semana. Es ridículo, la verdad.

—¿Los niños no están aquí?

—Están los dos internos en un colegio.

—¿Y Philip?

—En Malasia. Puede que vuelva esta noche. O puede que no. —Tomó aliento—. Cielos, Max, parece que estás..., ¿cuál es la palabra?

—No sé —respondí—. ¿Qué quieres decir?



—Pues... angustiado, supongo. Parece que estás un poco angustiado.

—Estoy muy cansado —le dije—. Llevo tres días en la carretera.

—Sí —dijo Alison—. Sí, debe ser eso.

—Ha sido un año muy raro —añadí—. ¿Te ha contado tu madre que Caroline me ha dejado?

—Sí, me lo ha contado. —Alison alargó el brazo y me puso una mano en la rodilla—. Pobre Max. Ya me lo explicarás en la cena.

Mientras Alison estaba arriba dándose los últimos toques, salí fuera para coger su caja llena de papeles. Hacía un frío atroz, y diminutos copos de nieve empezaban a revolotear amenazadoramente en el aire nocturno. Cuando regresé al vestíbulo con la caja de cartón, se quedó mirándome, incrédula.

—¿Qué demonios es eso?

—Son tuyos. Tus padres me pidieron que te los trajera.

—No los quiero.

—Ellos tampoco.

—Pues bueno. ¿Pero qué son?

—Cosas de la universidad, creo. ¿Dónde dejo la caja?

—Déjalos ahí. —Hizo un gesto de desaprobación—. Desde luego son tremendos. ¿Cómo se les habrá ocurrido hacerte cargar con ellos hasta aquí?

Se envolvió en un abrigo de piel de imitación, y tecleó un código de seguridad de cuatro cifras en un aparatejo de la pared, antes de salir fuera y cerrar la puerta a nuestras espaldas. El terreno estaba un poco resbaladizo, así que me cogió del brazo mientras nos acercábamos al coche. Me gustó que se apoyara en mí de aquella manera. La textura de su abrigo era extrañamente reconfortante.

—Anda, qué bonito..., un Prius —dijo—. Philip y yo hemos estado pensando en comprarnos uno.

Estuve a punto de decirle que en realidad era de la compañía, pero me lo pensé mejor. Por alguna razón, me gustaba la idea de que creyera que era mío.

El coche se fue deslizándose silenciosamente, como siempre, a través de aquellas calles tranquilas, oscuras y reservadas. Las casas parecían macizas e imponentes, y había pocas luces encendidas en las ventanas. Solo llevábamos en marcha un par de minutos, y ya habíamos pasado por delante de dos coches de policía (uno que patrullaba despacio las calles, y otro aparcado junto al bordillo). Se lo comenté a Alison, y me explicó:

—Aquí hay mucha preocupación por la delincuencia. Porque esta zona está llena de millonarios (la mayor parte, banqueros), y en este momento la gente está furiosa con ellos. Justo en esa calle...

Empezó a hablarme de un mago de las finanzas multimillonario que vivía en aquella calle, al que habían traído para dirigir uno de los principales bancos, pero que

se las había arreglado para reducir su capital a la nada, y al mismo tiempo escaparse con una fortuna en bonos personales y fondos de pensiones; aunque yo no estaba escuchándola con mucha atención. Ya había programado el navegador para el destino del día siguiente, así que por lo visto Emma pensaba que ya me dirigía hacia Aberdeen, y me iba dando instrucciones en consonancia.

—A doscientos metros, gire a la izquierda —dijo.

—Para el carro —le contesté—. Por ahí es por donde tenemos que ir mañana.

—¿Qué? —dijo Alison.

Avergonzado, me di cuenta de que había interrumpido a Alison en medio de su discurso, mientras me contaba lo de aquel reciente escándalo financiero. De hecho, por un momento, mientras Emma me hablaba, casi me había olvidado de que iba con Alison.

—¿Con quién hablabas? —me preguntó.

—¿Qué dices?

—Que no parecía que hablaras conmigo, precisamente.

—Pues claro que hablaba contigo. ¿Con quién iba a hablar, si no?

—No sé. —Me echó una mirada de cierta preocupación y cierta desconfianza—.

¿Con tu navegador?

—¿Cómo que con mi navegador? ¿Por qué iba a hablar con mi navegador?

Estaría loco.

—Pues sí.

Dejamos el tema, y continuamos hasta el restaurante.

Era un sitio íntimo y agradable, situado bastante cerca del castillo. La nieve había desaparecido prácticamente cuando llegamos, pero, aun así, nos alegramos de huir del frío metiéndonos en aquel interior tan acogedor, con sus techos abovedados y sus paredes de piedra vista. Tenía un montón de pequeños rincones, donde las parejas de comensales podían comer y charlar con cierta intimidad, y nuestra mesa se encontraba en uno de ellos. Parecía que el camarero conocía a Alison, y fue especialmente atento y amable mientras tomábamos asiento. Tras echarle un vistazo rápido a la lista de intrigantes platos de la región, Alison eligió una ensalada de queso de cabra, mientras que yo preferí pato ahumado. Para acompañar la comida, pidió un Chardonnay francés que costaba cuarenta y dos libras con cincuenta. Afortunadamente, Alison ya se había ofrecido a pagar ella la cena. Y yo sabía que era arriesgarse demasiado intentar incluirla en el capítulo de gastos.

—Así que tu marido está en el Lejano Oriente —le solté de repente, mientras le dábamos unos sorbos al vino, que me supo bastante parecido a esos que te puedes comprar por cinco libras en Tesco o en Morrisons—. ¿Y qué hace allí?

—Me imagino que ver a los proveedores —respondió Alison distraídamente—. Últimamente cada vez tiene que viajar más. En realidad, vuelve de un viaje por

Australia.

—Yo acabo de volver de Australia.

—¿En serio? ¿Y qué hacías allí?

—Ver a mi padre.

—Ah, claro. Me había olvidado de que había acabado allí. ¿Cómo lo encontraste?

—Está... bien. En plena forma.

—No, quiero decir..., ¿qué tal te llevas ahora con él? Porque, que yo recuerde (pero corrígeme si me equivoco), nunca os llevasteis muy bien.

Si he de ser sincero, la verdad era que no me apetecía hablar de eso. Lo que de verdad me apetecía era sacarlo todo a relucir, y soltarle algo del estilo de cuánto sentía que, hacía treinta años, hubiera pillado a mi padre haciéndose una paja con una foto suya que ella nunca había querido que sacara, para empezar. Pero, de alguna manera, me costaba encontrar las palabras adecuadas. Quizás por casualidad, me salvó en ese momento el sonido de mi teléfono móvil. Miré la pantallita y vi que la que llamaba era Lindsay Ashworth.

—Será mejor que lo coja —dije.

—Claro.

Alison se puso a servirnos un poco más de vino. Yo le di al botón de descolgar de mi teléfono.

—Hola —dije.

—¡Ah del barco! —dijo Lindsay inesperadamente a grito pelado—. ¡Basta, marineros! ¡Ayustad la braza mayor e izad la gavia! ¿Cómo llevas la vida sobre las alegres olas del mar, viejo lobo curtido por la sal?

—¿Qué dices?

Hubo una pausa.

—¿Eres tú, Max?

—Sí.

—Pues ¿cómo te va en el barco entonces? ¿Cómo es tu camarote?

—No estoy en el barco. Estoy en Edimburgo.

Se produjo un silencio de asombro, aún más largo. Y también un cambio notable en el tono de Lindsay.

—¿Que estás *dónde*?

—Que todavía estoy en Edimburgo.

—¿Y qué haces en Edimburgo?

—Estoy cenando con una vieja amiga.

—Max —dijo Lindsay, y ahora pude percibir perfectamente cierto tono de enfado—, ¿pero a qué estás *jugando*? Se supone que tienes que llegar a las malditas islas Shetland.

—Ya lo sé. Salgo mañana para allí.

—¿Mañana? Trevor y David llegaron ayer a su destino. Tony fue y volvió en un solo día.

—Ya sé, pero me dijiste que no corría prisa.

—Una cosa es que no corra prisa, Max. Y otra que te tomes este viaje como una excusa para andar dando vueltas por el país a costa de la empresa, haciéndoles una visita a todos tus amigos de Facebook.

Algo raro pasaba. ¿Por qué me trataba tan mal de repente? Hacía dos días había estado comprensiva y cariñosa. ¿Había cambiado algo mientras tanto?

—Lindsay, ¿estás bien? ¿Va todo bien? Porque me parece que estás siendo un poco..., bueno, que me parece que estás exagerando un poco.

Hubo una pausa al otro lado del hilo. Luego suspiró.

—Va todo bien, Max. Va todo muy bien. Pero intenta llegar de una vez a tu destino, haz lo que tienes que hacer, y luego vuelve. ¿Vale? Tú a lo tuyo.

—Por supuesto. Cojo el ferry mañana a las cinco en punto. Eso está claro.

—Bien. Eso era lo que quería oír. —Me pareció que estaba a punto de despedirse, pero aún me hizo otra pregunta—. ¿Qué tal va el diario en vídeo?

Ni que decir tiene que no había grabado nada más que lo del bloque de pisos de mi padre en Lichfield y lo del área de servicio de Abington.

—Genial. Bueno, evidentemente me he estado reservando para el viaje en barco y las islas en sí. Aunque lo que tengo hasta ahora también es bastante bueno.

—Estupendo. Sabía que podía confiar en ti, Max.

—¿Y tú dónde estás? —le pregunté. Por algún motivo, me daba la sensación de que no me llamaba desde casa.

—Estoy en la oficina. Estoy aquí hablando con Alan. Sí, un poco tarde para trabajar. Pero tenemos unas cuantas cosas que... limar.

Y con aquel comentario un tanto enigmático, me colgó. Mientras guardaba el teléfono, vi que en la pantallita había aparecido un aviso de que casi no tenía batería. Mejor que la recargara esa noche. Entretanto, Alison me echó una mirada inquisitiva al mismo tiempo que mordía con delicadeza una rodaja de remolacha.

—Era Lindsay —le expliqué—, de la oficina central, para controlar mis progresos.

—O la ausencia de ellos.

Me sonreí.

—Bueno, ha habido unas cuantas cosas que me han hecho retrasarme hasta ahora —admití—. Ayer volví a ver a Caroline. Por primera vez desde que... me dejó.

—¿Y cómo fue todo?

Por una vez no me costó nada encontrar la palabra adecuada.

—Penoso.

Por segunda vez esa noche, Alison alargó el brazo y me tocó, posando su mano suavemente sobre la mía.

—Pobre Max. ¿Quieres que hablemos de eso? Quiero decir, de por qué te dejó. Me han contado algunas cosas, pero no sé si serán verdad.

—¿Qué te han contado? ¿Y quién?

—Chris, sobre todo. Decía que, cuando fueron de vacaciones con vosotros hace un par de años, la situación era..., bueno, un poco tensa.

—Es cierto. No fueron unas vacaciones muy afortunadas. De hecho, fueron mal un montón de cosas. Joe tuvo aquel accidente tan desagradable, y...

—Lo sé. Chris me lo contó.

—Creo que, en cierta forma, me echó a mí la culpa. De todos modos, no nos hemos vuelto a hablar desde entonces.

—Ya sé. Me lo contó. —Bajó la voz y añadió en un tono más serio—: Oye, Max, ¿y tú y Caroline no podéis arreglar las cosas? Todo el mundo pasa por momentos difíciles.

—¿Ah, sí?

—Pues claro. Philip y yo estamos pasando por uno ahora mismo.

—¿En serio? ¿En qué sentido?

—Bueno, él siempre está viajando. Y apenas habla conmigo cuando está aquí. No puede parar de pensar en el trabajo. Ya sabía que los negocios eran lo más importante de su vida cuando me casé con él. Fue parte del trato, y supongo que, mirando las cosas desde un punto de vista estrictamente material, me ha ido muy bien en ese sentido. Ya sabes, uno tiene que transigir. Uno tiene que... adaptarse. Todo el mundo lo hace. ¿Caroline y tú no lo podríais enfocar de esa manera? Porque no es que ninguno de los dos haya sido infiel o algo así, ¿verdad?

—No, es cierto. Si hubiera sido por eso, seguramente las cosas habrían sido más fáciles.

—Entonces, ¿de qué va la cosa?

Le di un sorbo al vino (o mejor dicho, un buen trago), mientras me preguntaba cómo podía explicárselo.

—Hubo una cosa que me dijo antes de irse. Me dijo que el problema era yo. Mi propia actitud conmigo mismo. Dijo que yo no me *gustaba* lo suficiente. Y que si yo no me gustaba, era difícil conseguir gustarles a los demás.

Antes de que a Alison le diera tiempo a contestar, llegaron nuestros primeros platos. Su filete de gallo parecía pálido y delicado al lado de mi tajada de venado rojo sangre. Pedimos otra botella de vino.

—No voy a poder conducir después de esto —dije.

—Pues coge un taxi —dijo Alison—. Seguro que te viene bien hacer un descansito después de dos días conduciendo.

—Es verdad.

—Por cierto, ¿para qué vas exactamente a las Shetland? —me preguntó.

Así que me puse a hablarle de Trevor, y de Cepillos de Dientes Guest, y de Lindsay Ashworth. Le hablé de la campaña del «Nosotros llegamos más lejos» de Lindsay, de los cuatro representantes saliendo en distintas direcciones hacia los extremos más alejados del Reino Unido, y del par de premios por los que se suponía que competíamos. Y luego me dejé llevar, y le conté lo de mi desvío a Lichfield para

ver el piso de mi padre, y qué desolado y fantasmagórico me había parecido; y lo de la señorita Erith y sus fascinantes historias y su tristeza por la desaparición de aquel antiguo estilo de vida; o su extraña, solemne y casi inexpresable gratitud cuando le había regalado uno de mis cepillos. También le hablé a Alison de la bolsa de basura llena de postales del tal Roger, aquel misterioso amigo de mi padre, que estaba ahora en el maletero de mi coche, y de la carpeta de anillas azul repleta de poemas y escritos de papá. Le conté que había seguido conduciendo desde Lichfield y me había parado en Kendal para ver a Lucy y a Caroline, y que tenía planeado coger el ferry desde Aberdeen al día siguiente, pero que los señores Byrne me habían convencido de que, en vez de eso, me acercara hasta Edimburgo.

—Bueno, Max —dijo, sosteniéndome la mirada un momento—, me alegro de que hayas venido, sea por la razón que sea. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que nos vimos, aunque solo fuera porque mis padres nos forzaron a ello.

Le devolví la sonrisa, sin saber muy bien adónde iríamos a parar con todo aquello. En vez de responderle, me había limitado a contarle mi viaje; era como si Alison se estuviera preparando para llevar la conversación a un terreno totalmente distinto.

Pero luego pareció que se lo pensaba mejor. Colocó el cuchillo y el tenedor perfectamente sobre el plato y dijo:

—Somos una generación rara, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que en realidad nunca nos hemos hecho adultos. Seguimos vinculados a nuestros padres de una manera que le habría parecido inconcebible a la gente nacida en los años treinta o cuarenta. Ya tengo cincuenta años, por el amor de Dios, y la mitad del tiempo aún tengo la sensación de que debo pedirle... *permiso* a mi madre para vivir mi vida de la manera que quiero. En cierta forma, sigo sin conseguir apartarme de la sombra de mis padres. ¿A ti no te pasa lo mismo?

Asentí con la cabeza, y Alison prosiguió:

—El otro día estaba escuchando un programa de radio sobre los «Jóvenes Artistas Británicos». Habían juntado a tres o cuatro, y estaban todos recordando las primeras exposiciones que habían hecho juntos: aquellas primeras exposiciones en la galería Saatchi, a finales de los noventa. Y no solo es que ninguno tuviera nada interesante que decir sobre su propio trabajo, sino que el tema principal de conversación (aparte de que se habían dedicado a follar todos con todos) era lo «impactante» que había sido, y lo preocupados que estaban sobre lo que iban a decir sus padres cuando lo vieran. «¿Qué dijo tu madre cuando vio aquel cuadro?» no paraban de preguntarle a uno de ellos. Y yo pensé..., bueno, puede que me equivoque, pero seguro que cuando Picasso pintó el *Guernica*, con esas descripciones tan gráficas de los horrores de la guerra moderna, lo que tenía en mente no era lo que iba a decir su madre cuando lo viera. Me imagino que ya habría superado esa etapa hacía tiempo.

—Sí..., yo he pensado lo mismo —dije con entusiasmo—. Mira Donald

Crowhurst: ya tenía cuatro hijos cuando zarpó para dar la vuelta al mundo, y eso que solo tenía treinta y seis años. Tienes razón, la gente era muy..., muy *adulta* en aquella época.

—¿Qué época? —preguntó Alison; y yo me di cuenta, naturalmente, de que no tenía ni idea de quién era Donald Crowhurst.

A lo mejor no fue buena idea ponerme a contarle toda la historia. O quizás lo hubiera sido si no me hubiera salido del tema. Pero enseguida dejé de contarle su desafortunada vuelta al mundo, para explicarle los paralelismos que estaba empezando a ver entre su situación y la mía, y lo mucho que me estaba identificando con él. Y aunque, por lo visto, no entendía ni la mitad de lo que le estaba contando, me fijé en que empezaba a parecer aún más preocupada que antes.

—¿Qué pasa? —le dije—. ¿Por qué me miras de esa forma?

—Ese tal Crowhurst... —dijo Alison—. Salió a dar la vuelta al mundo en velero a pesar de que no estaba nada preparado para ello; se dio cuenta de que no podía conseguirlo, así que decidió fingirlo todo; entonces se dio cuenta de que tampoco podría conseguirlo, y se volvió loco y se suicidó, ¿no es eso?

—Más o menos.

—Y ahora resulta que empiezas a identificarte con esa persona, ¿no?

—Un poco, sí. —De repente tuve una sensación muy evidente de que estaba tumbado en el diván de un psicoanalista—. Oye, que no me estoy volviendo loco, si es lo que quieres decir.

—No seas tonto. Lo que pasa es que estás muy cansado, y llevas mucho tiempo hablando solo; hasta has empezado a hablar con tu navegador, y mañana sales para una de las zonas más remotas del país. ¿No es lógico que se me enciendan un poco las alarmas?

—Estoy bien. En serio.

—Puede que ya haga mucho tiempo, Max, pero en su día me licencié como psicoterapeuta.

—Sí, lo sé perfectamente.

—Así que sé algo de lo que te está pasando. Sé algo de depresión.

—Bueno, gracias por tu interés.

—¿Dónde vas a pasar la noche?

—No sé. Pensaba pasarla en el Travelodge que me quedara más cerca.

—De eso nada. Me niego. Tú te vienes a casa conmigo. Puedes dormir en uno de los cuartos de invitados.

—¿Qué es lo que estás haciendo exactamente, entonces? ¿Ponerme bajo vigilancia para que no me suicide?

Alison suspiró.

—Me parece que te hace falta una buena noche de sueño, levantarte tarde por la mañana, y a lo mejor unos cuantos mimos caseros de paso.

Intenté ponerle alguna pega, pero lo único que se me ocurrió fue:

—Tengo la maleta en el coche.

—Estupendo. Pues vamos hasta el coche, coges tu maleta, y volvemos a mi casa en un taxi. Más sencillo, imposible.

Y dicho así, parecía lo más sensato.

En el taxi, sucedió algo inesperado. Íbamos sentados juntos en la parte de atrás, a una distancia prudencial el uno del otro, cuando Alison se me arrimó, se inclinó hacia mí, y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Abrázame, Max —me susurró.

Le pasé el brazo por los hombros. El taxi cruzó traqueteando North Bridge, más allá de la estación.

—Ya sé lo que estás haciendo —dije.

—¿Mmm?

—Esta es una técnica que te enseñaron, ¿verdad?, como parte de tu formación. Has herido mi ego, haciendo que me sintiera como si necesitase ayuda. Y ahora estás tratando de reforzarlo otra vez, haciendo que me sienta fuerte y protector.

Se quedó mirándome. Le brillaron los ojos provocativamente en la oscuridad. Su pelo castaño rojizo, un poco despeinado, me quedaba lo suficientemente cerca como para acariciarlo si hubiera querido.

—De eso nada —dijo—. Simplemente es que estoy encantada de verte, y no veo nada malo en que dos viejos amigos, que se conocen desde niños, se den un abrazo cariñoso.

Para mí era más que un abrazo cariñoso, pero no se lo dije.

—Me pregunto si vendrá Philip —murmuró.

—¿Le esperas esta noche?

—Si hace lo que tenía planeado, sí.

—¿Le importará que yo esté aquí?

—No. ¿Por qué iba a importarle?

—¿Le echas de menos cuando no está?

—Me siento muy sola. Pero no estoy segura de que eso sea lo mismo que echarle de menos.

De repente, y para mi sorpresa, pensé que estaría muy bien que el marido de Alison no llegara esa noche. La estreché un poco más fuerte y ella se acurrucó contra mí. Dejé que mis labios le rozaran el pelo y aspiré aquel olor cálido e incitante.

¿De verdad iba a pasar, más de treinta años después de cuando debería haber pasado? ¿Iba a acostarme con Alison por fin? ¿Me estaban ofreciendo una última oportunidad de redimirme? Una parte de mí anhelaba ese final, y otra empezaba a aterrorizarse y a buscar excusas. Y no hacía falta ir muy lejos.

Evidentemente, Alison estaba casada y con hijos. Si no me andaba con cuidado, estaba a punto de jugar el papel más despreciable de todos: el papel de



destrozahogares. Que yo supiera, el tío aquel, Philip, podía ser perfectamente el hombre más encantador, amable y honrado de la tierra. Entregado totalmente a su mujer. Se quedaría destrozado y hecho polvo si alguien se interpusiera entre los dos. Además, ¿qué más daba que se pasara demasiado tiempo trabajando? Eso no lo convertía en un mal marido, o un mal padre. De hecho, lo convertía más bien en un buen marido y un buen padre, porque su motivación era, naturalmente, proporcionar el mejor nivel de vida posible a su amada familia, en el presente y en el futuro. ¡Y allí estaba yo, dispuesto a convertir a aquel modelo de orgullo paterno y fidelidad conyugal en un cornudo!

Retiré el brazo del hombro de Alison y me puse muy derecho. Ella me echó una mirada de curiosidad, luego se enderezó también, atusándose el pelo y restableciendo aquella distancia prudencial entre los dos. De todos modos, ya casi habíamos llegado a su casa.

Una vez dentro, se quitó el abrigo y me llevó hasta la cocina.

—¿Te apetece un café? —me dijo—. ¿O algo más fuerte? —Como me quedé dudando, me advirtió—: Yo me voy a tomar un whisky.

—Estupendo —le dije—. Ponme otro a mí.

Mientras iba a buscar la botella de Laphroaig y echaba el líquido dorado en los dos vasos, me quedé mirándola y vi que realmente tenía muy buen tipo para una mujer de cincuenta años. Ella y Caroline me hacían avergonzarme de mí mismo. Cuando volviera a casa, iba a tener que empezar a ir al gimnasio. Y mejorar mi dieta. De momento, parecía que vivía únicamente de patatas fritas, galletas, chocolate y, por supuesto, panini. No era de extrañar que no tuviera ningún tono muscular y en cambio tuviera michelines. Era un desastre.

—¡Salud! —dijo ella, viniendo hacia mí con las bebidas. Entrechocamos los vasos y bebimos, y luego se produjo un largo momento de expectación, los dos allí de pie, en medio de la cocina, esperando que ocurriera algo. Era mi primera oportunidad de hacer un movimiento decisivo. Pero la dejé pasar.

Al darse cuenta, Alison se apartó con cierto aire de desilusión, y se fijó en que en el teléfono de pared parpadeaba una lucecita.

—Mensaje —dijo—. Me pregunto si será Philip.

¡Pues claro que sería Philip! Sería Philip llamando desde el aeropuerto para decir que su vuelo había aterrizado hacía un cuarto de hora, que estaba esperando a que su equipaje apareciese en la cinta transportadora, y que estaría en casa en media hora; llamando para decirle que la había echado muchísimo de menos y que ya contaba los minutos que le quedaban para volver a verla.

Alison apretó el botón y los dos escuchamos el mensaje.

—*Hola, cariño* —dijo la voz de su marido—. *Oye, lo siento muchísimo, pero los tipos de Tailandia están haciendo el gilipollas y voy a tener que pegar un salto hasta Bangkok para verlos. Con suerte, podré coger un vuelo directo desde allí y solo debería retrasarme un par de días, así que estaré de vuelta el viernes. ¿Te va bien?*

*Lo siento de veras, cielo. Ya te llevaré algo bonito, a ver si consigo que me perdones, ¿vale? Cuídate, cariño. Nos vemos el viernes.*

Después de eso, el mensaje continuó unos segundos, aunque Philip ya no dijo nada más. De hecho, costaba entender por qué no había colgado antes, a no ser que le preocupara especialmente que a su mujer no le quedara más remedio que escuchar el ruido de fondo del aeropuerto y la voz cantarina de la locutora por los altavoces diciendo: «*Bienvenidos a Singapur. Se recuerda respetuosamente a los pasajeros en tránsito que está prohibido fumar en cualquier lugar del interior del edificio de la terminal. Les agradecemos su colaboración y les deseamos que continúen felizmente el viaje*».

Así que el único obstáculo había sido eliminado por fin.

Supongo que hay una hermosa lógica en todo lo que ocurrió después, como si los dos siempre hubiéramos sabido que sucedería algún día. Aun así, me sorprende darme cuenta de que no consigo recordarlo con detalle. Uno espera que las experiencias más valiosas que definen su vida se graben de una forma indeleble en la memoria, y sin embargo, por alguna extraña razón, a menudo suelen ser las primeras que se desdibujan y se desvanecen. Conque me temo que no podría contarles demasiadas cosas de las horas siguientes aunque quisiera. Me he olvidado, por ejemplo, de la mirada que Alison me echó justo antes de dejar su vaso y besarme en la boca por primera vez. (Sí, al final le tocó a ella hacer el primer movimiento). Me he olvidado de cómo me sentí exactamente cuando me cogió de la mano y me llevó hacia las escaleras. Me he olvidado del meneo de sus caderas y las curvas de su cuerpo mientras la seguía escaleras arriba. Me he olvidado de cómo la frialdad inicial del dormitorio no utilizado se convirtió en calidez cuando Alison me abrazó y me estrechó contra ella. Me he olvidado de lo que sentí, después de tantos y tantos años, al descubrir otro cuerpo humano en dichoso y amoroso contacto con el mío, despojados enseguida de la ropa que se interponía al principio. Me he olvidado también de la textura de su piel, del vago olor familiar (el olor de la vuelta a casa) cuando mis labios rozaron su nuca, de la suavidad de sus pechos cuando los rodeé con las manos y luego los besé. Me he olvidado de las horas que siguieron, de los lentos e inevitables ritmos de hacer el amor, de cómo fluctuamos entre el amor y el sueño, el amor y el sueño. De cómo nos despertamos por fin abrazados, sorprendidos de encontrarnos juntos por fin (juntos e inseparables) en la luz azul de un amanecer invernal en Edimburgo. Me he olvidado de todo. De todo.

Y en cuanto a lo que siguió...

Pero, miren, ya saben el final de esta historia. O por lo menos, ahora que se ha terminado, ahora que Alison y yo estamos juntos, y felices, ahora que toda la pesadilla de lo que pasó antes está muerto y enterrado, esta historia ya ha servido a su propósito. No hace falta seguir volcando palabras en el papel. Si todos viviéramos en un estado de perfecta felicidad (sin conflictos, ni tensiones, ni neurosis, ni angustias, ni problemas sin resolver, ni monstruosas injusticias personales o políticas, ni toda esa porquería), entonces toda la gente que recurre todo el tiempo a las historias para consolarse ya no necesitaría hacerlo, ¿verdad? No necesitaría el arte en absoluto. Que es por lo que yo no lo necesito, ni ustedes tampoco, a partir de este punto. No necesitan saber los planes que Alison y yo hicimos esa mañana, no necesitan escuchar ninguno de esos aburridos detalles prácticos sobre su separación y su divorcio, o que nos mudamos juntos a una casa en Morningside pocos meses después, o el tiempo que me llevó acostumbrarme a tener dos hijos adoptivos adolescentes, y

lo recelosos y desconfiados que fueron conmigo al principio hasta que pasamos nuestras primeras vacaciones familiares en Córcega, y en cierta forma todo se solucionó: el resentimiento y la mala disposición parecieron evaporarse bajo el sol mediterráneo, y...

Bueno, como ya he dicho, no necesitan saber nada de eso. De todos modos, tampoco es cierto.

No, no es cierto, ¿pero saben una cosa?, creo que por fin le estoy cogiendo el tranquillo a esto de escribir. De hecho, incluso puede que siga los pasos de Caroline, y vuelva a intentar poner en marcha ese taller literario de Watford. Creo que algunos trozos del último capítulo eran exactamente igual de buenos que su redacción sobre nuestras vacaciones en Irlanda. ¿Les ha gustado que, cuando estaba describiendo las partes sexys, empezara cada frase con «Me he olvidado»? Eso es escribir bien, ¿no? Tardó en ocurrírseme la idea.

Y tengo que decir que me lo he pasado muy bien. Nunca me imaginé que inventar cosas fuese tan gratificante. He disfrutado fantaseando un poco sobre Alison, nuestra noche de pasión y nuestra consiguiente vida juntos. Durante un rato casi he sentido que estaba otra vez en su casa, en su dormitorio, que estaba sucediendo de verdad, en vez de la horrible, lamentable y previsible realidad, que fue esta:

Que me quedé allí como un bloque de mármol mientras ella hacía lo posible por acercarse a mí.

Que al final se dio por vencida y se fue arriba diciéndome:

—Tengo la sensación de que estoy perdiendo el tiempo. Pero por si acaso, Max, voy a dejar la puerta de mi dormitorio abierta.

Que me terminé mi vaso de whisky, y unos diez minutos después me acerqué hasta el vestíbulo donde había dejado mi maleta.

Que me di cuenta de que no sabía cuál era el dormitorio en el que se suponía que iba a dormir, así que me fui al cuarto de estar y me senté en el sofá en forma de L, y me quedé allí un buen rato con la cabeza entre las manos.

Que al final decidí que también podía desplomarme en el sofá, y abrí con un chasquido mi maleta para buscar mi neceser, pero en cambio resulta que saqué la carpeta de anillas azul de mi padre.

Que les eché un vistazo a los poemas, aunque (como siempre) no entendí ni una palabra.

Que me quedé un momento mirando el título de la segunda parte: *El Sol Naciente (Memorias)*.

Que oí a Alison pasearse por el piso de arriba, preparándose para irse a la cama.

Que esperé a que parasen los ruidos, y luego bebí un poco más de whisky, y volví a esperar otros diez o quince minutos, y entonces subí para usar el baño, y después me quedé escuchando cerca de la puerta abierta de su dormitorio su suave respiración rítmica y somnolienta, que se podía oír perfectamente en el silencio casi absoluto de la casa, y al final bajé las escaleras de puntillas, volví a coger la carpeta de anillas y a quedarme mirando el título aquel.

Que lo último que recuerdo fue oír un coche fuera, en la calle salpicada de nieve, rompiendo la quietud de la noche.

Y que entonces me puse a leer.

## AIRE

### El Sol Naciente

*Junio de 1987*

La semana pasada me vi obligado a pisar el Strand, en el centro de Londres, para completar el papeleo necesario para mi viaje a Australia; así que dentro de unos días dejaré por fin este país, a lo mejor para no volver nunca. Entretanto, mi paso por Londres ha despertado algunos recuerdos muy poderosos, que me siento obligado a trasladar al papel antes de marcharme.

No me llevó tanto tiempo como me había imaginado completar las formalidades en la embajada de Australia. Tras lo cual, al ver que me sobraba prácticamente toda la tarde, decidí darme un paseo por la City. Aunque solo fuera por los viejos tiempos. Había llevado conmigo la cámara de fotos (mi querida Kodak Retina Reflex IV, que compré en los años sesenta y aún no me ha hecho una foto mala), y quería tener un recuerdo duradero de aquellos sitios que en su día me habían resultado tan familiares, si todavía quedaba alguna huella de ellos.

Mientras avanzaba bajo un sol radiante por Fleet Street, subía por Ludgate Hill, atravesaba la larga sombra arrojada por la catedral de San Pablo y seguía por Cheapside hasta que vislumbré el imponente pórtico del Banco de Inglaterra, me di cuenta de que hacía casi treinta años que no me paseaba por aquellas calles. Veintisiete, para ser exactos. En el ínterin, todo había cambiado. Todo. La antigua City de Londres —el centro de mi universo durante unos cuantos meses intensos y problemáticos en los últimos coletazos de los años cincuenta— había sido testigo de una revolución que, incluso en aquellos días lejanos, se había considerado excesivamente pospuesta. Una revolución en la arquitectura, la moda y, finalmente (o eso se decía en los periódicos), en la forma de trabajar. Todos los viejos edificios refinados y arrogantes seguían allí (el Guildhall y la Mansion House, el Royal Exchange y St. Mary-le-Bow), pero encajados entre ellos había decenas de nuevos bloques de apartamentos, algunos de los oscuros años sesenta, otros tan solo de hacía un par de años, abovedados, lisos y brillantes, como la década que estábamos disfrutando. Los hombres (seguía sin haber demasiadas mujeres) llevaban todos traje, aunque los trajes parecían más marcados y agresivos de lo que yo recordaba, y no se veía ni un solo sombrero hongo. En cuanto a la forma de trabajar... Bueno, ahora casi todos los negocios se hacían en la pantalla, si había que hacer caso de los comentarios. Las reuniones cara a cara, los amistosos apretones de manos en el parqué de la Bolsa, habían pasado a la historia. No más negocios esbozados entre oporto y puros en el Gresham Club, no más cotilleos financieros intercambiados en voz baja y educada en el George and Vulture. Por lo visto, los operadores comían ahora en sus mesas (sándwiches envueltos en celofán que les traían del exterior a

precios absurdos), sin levantar jamás sus ojos vidriosos de las pantallas donde parpadeaban las cifras anunciando sus incesantes pérdidas y beneficios, desde primera hora de la mañana hasta última hora de la noche. ¿Qué papel podría haber jugado yo, siendo un ignorante de veintiún años, en aquel nuevo mundo frenético e impaciente?

Sí, solo tenía veintiún años cuando fui por primera vez a Londres. Creo que fue en algún momento de las últimas semanas de 1958. No había ido a la universidad, y durante un par de años me había ocultado en el tedioso anonimato de un trabajo de archivero en Lichfield, pero cierto impulso rebelde latente (supongo que mi horror juvenil ante la idea de quedarme asfixiado de aquella forma para siempre) me había llevado al final a alejarme de la seguridad de mi ciudad natal y el hogar de mis padres para encaminarme hacia Londres en busca de fortuna, como se suele decir. O, si no de fortuna, de algo aún más escurridizo e intangible: mi vocación, mi destino. Porque, sin decírselo a mi familia (tampoco se lo habría dicho a mis amigos, si los hubiera tenido), había empezado a escribir. ¡A escribir! Mis padres no me habrían tolerado tamaña arrogancia si lo hubieran sabido. Mi padre se habría burlado de mí sin piedad; sobre todo al descubrir que mi instinto me inclinaba hacia la poesía; y no solo hacía la poesía, sino, peor aún, hacia la poesía «moderna»: aquella aberración cultural aparentemente sin forma y sin sentido, que era la cosa que más detestaba la clase baja medianamente cultivada. Lichfield, cuna de Samuel Johnson, no era desde luego el sitio ideal para un aspirante a poeta en los años cincuenta; en cambio Londres, si uno podía fiarse de los rumores, estaba inundado de poetas. Yo me imaginaba largas conversaciones incentivadas por el vino con otros colegas poetas en habitaciones alquiladas de las afueras del sur de la capital; apasionantes noches en los pubs del Soho escuchando recitales de poesía en un ambiente cargado de espíritu bohemio y humo de cigarrillos. Fantaseaba con una vida en la que pudiera hacer la trascendental declaración: «soy poeta», sin suscitar incredulidad o mofa.

Tengo una larga historia que escribir, así que debo seguir adelante. Sin demasiada dificultad, encontré una habitación en una casa compartida cerca del cementerio de Highgate y (a través de los anuncios por palabras del *London Evening News*) un trabajo temporal de chico de los recados en la agencia de corredores de Bolsa Walter, Davis & Warren. Tenían las oficinas en Telegraph Street, y gran parte de mi trabajo consistía en llevar y traer en mano la correspondencia del banco de compensación central con las sociedades autorizadas a cotizar en Bolsa de Blossoms Inn: un sistema que permitía que se repartieran todas las transferencias y todos los cheques de pago en el mismo día. (Cosa que ahora no sería necesaria, evidentemente, con los faxes y las transferencias electrónicas). Me dejaban una hora para comer, entre la una y las dos de la tarde, y la mayoría de las veces lo hacía en Hill's, un anticuado restaurante de la City cerca de la estación de Liverpool Street, donde (si no te importaban las paredes de azulejos verdes que le daban cierto aire de urinarios públicos) podías tomarte un menú de pudín de carne con riñones, puré de patatas y tarta de manzana,



por media corona.

Comer solo es una actividad problemática. No tenía amigos en la City, ni en ninguna parte de Londres, la verdad, ni nadie con quien charlar durante la comida. Por lo tanto, la mayoría de los días me llevaba un libro conmigo; normalmente algún volumen delgado de poesía contemporánea, que casi siempre había cogido prestado en la biblioteca de Highgate. El restaurante solía estar abarrotado, y te podías encontrar compartiendo una mesa de seis con cinco desconocidos. Un día de principios de enero de 1959, levanté la vista de mi libro (eran los *Cuatro cuartetos* de Eliot) y descubrí a un hombre con barba, más o menos de mi misma edad, que me miraba intensamente. Sostenía el tenedor en el aire sobre un plato de hígado encebollado, pero en vez de comer fijó la vista en mí y recitó en alto, con una voz perfectamente modulada:

*El tiempo presente y el tiempo pasado  
tal vez estén los dos presentes en el tiempo futuro,  
y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado.  
Si todo el tiempo es eternamente presente  
todo el tiempo es insalvable.*

Los demás comensales de nuestra mesa se quedaron mirándonos a los dos un tanto asombrados. Uno creo que hasta hizo un gesto de desaprobación. Hablar con un desconocido en voz tan alta, en un sitio público, y emplear una forma de expresión tan especial, era considerado sin duda una grave violación del protocolo de la City. Por lo que a mí se refiere, me quedé atónito.

—Dígame, ¿a usted el señor Eliot le parece un genio —siguió diciendo mi nuevo amigo en un tono insolente—, un fraude o un farsante de tomo y lomo?

—Pues... no sé —farfullé—. O, bueno..., al menos —con más audacia ahora— en mi opinión, quiero decir, si mi opinión sirve de algo, es uno... de los poetas vivos más grandes. En lengua inglesa, claro.

—Bien. Me alegro de estar sentado frente a un hombre con un gusto refinado.

El hombre me tendió la mano, y yo se la estreché. Luego se presentó a sí mismo: se llamaba Roger Anstruther. Aún hablamos un poco más de Eliot (comentando también de pasada, creo recordar, la obra de Auden y de Frost), pero lo que recuerdo mejor de esa primera conversación no fue su contenido, sino una especie de extrañamiento estremecimiento eléctrico que me invadió en presencia de aquel hombre tan singular y arrogante. Tenía un pelo con un ligero tono rojizo y una barba espesa pero muy recortada, y aunque la sobriedad de su traje no dejaba lugar a dudas sobre que se trataba del clásico exponente de la Square Mile, un pañuelo amarillo con lunares azul celeste le sobresalía del bolsillo de la chaqueta de una forma que sugería una original concepción del estilo personal, si no una auténtica afectación.

A las dos menos cuarto se levantó bruscamente y miró su reloj.

—Bueno —dijo—, esta noche tocan Fauré en el Wigmore Hall. El cuarteto en mi

menor, entre otras obras. He reservado dos entradas en la primera fila, donde tengo intención de perderme en las exquisitas nieblas de la introspección francesa. Aquí tiene la otra entrada. Podemos quedar en The Cock and Lion, que está a pocos metros en la misma calle, a las siete en punto. Si llega usted antes, pídamle un gin-tonic con hielo generosamente servido. Adiós.

Volvió a estrecharme la mano, se echó un largo abrigo negro de cachemir por los hombros, y se marchó haciendo una floritura. Me quedé mirándolo en silencio, de puro pasmo. Pero cuando se me pasó, mi emoción predominante fue una alegría loca y exultante.

Huelga decir que Roger Anstruther era completamente distinto a cualquier otro hombre que yo hubiera conocido en mi corta y limitada vida.

Su pasión era la música y, aunque no tocaba ningún instrumento, sus conocimientos sobre el repertorio clásico, desde la época barroca hasta nuestros días, eran exhaustivos y sin lagunas. Pero también podía divagar, con pleno conocimiento de causa, sobre cualquier otra rama de las artes. Arquitectura, pintura, teatro, literatura (parecía que no existía nada que no hubiera leído, visto o escuchado, ni nada sobre lo que no hubiese reflexionado). Y, sin embargo, solo era un año mayor que yo. ¿Cómo había podido adquirir tantos conocimientos, experiencia (y *seguridad en sí mismo*, por supuesto) en un espacio tan corto de tiempo? Las diferencias entre nosotros (amplificadas además por Roger con sus maneras grandilocuentes, profesoriales, a veces arrogantes, y otras abiertamente intimidatorias) solo me hacían sentirme más estrecho de miras, provinciano y poco instruido de lo que me había sentido antes.

De esa forma, en cualquier caso, comenzó lo que considero mi verdadera educación. A partir de ese momento, Roger y yo empezamos a salir juntos casi todas las noches. Conciertos en el Royal Festival Hall; teatro experimental en el Soho y en Bloomsbury; la National Gallery; Kenwood House; recitales poéticos en sótanos sin ventanas o plantas superiores de destartalados pubs en Hampstead. Y cuando no encontrábamos nada de ese tipo que pudiese interesarnos, nos dedicábamos simplemente a caminar: a caminar por los laberínticos y vacíos callejones de Londres, a altas horas de la noche, mientras él me señalaba extraños rasgos arquitectónicos, edificios raros, monumentos olvidados con algún oscuro fragmento de la historia de la ciudad ligado a ellos. Una vez más, sus conocimientos parecían inagotables. Era apasionado, dogmático, fascinante, infatigable y desesperante en la misma medida. Podía ser frívolo y encantador; también podía ser impaciente y cruel. Tenía un poder absoluto sobre mí. Era una relación que (al principio) cubría perfectamente las necesidades de ambos.

Gran parte de nuestras noches juntos empezaban justo después del trabajo, en un pub llamado El Sol Naciente de Cloth Fair, cerca del mercado de Smithfield. Yo solía

llegar antes, poco antes de las cinco, y le pedía a Roger su gin-tonic mientras aguardaba su llegada. Había averiguado que trabajaba en el parqué de la Bolsa, pero no en un puesto tan importante como me había imaginado. Era lo que se solía denominar un «Blue Botton», alguien del nivel más bajo de la jerarquía comercial. En esencia era, igual que yo, un chico de los recados, a pesar de que desde luego estuviera más cerca del centro de las cosas de lo que yo estaría nunca. A los hombres que realmente compraban y vendían acciones en el parqué de la Bolsa se les conocía como corredores; no estaban autorizados a negociar directamente con el público; así que seguían órdenes de los agentes, la mayoría de los cuales tenían sus pequeñas oficinas (o *boxes*) en la periferia del parqué. Los Blue Bottons eran intermediarios entre los agentes y los corredores: llevaban mensajes, transmitían instrucciones y en general se les requería, durante las horas comerciales, para hacer cualquier cosa que su corredor les ordenase, por trivial o excéntrica que fuera. Yo no podía evitar pensar que, para alguien con la prodigiosa inteligencia (o eso me parecía a mí) y la ambición desmedida de Roger, aquel trabajo era bastante degradante.

—Bueno, no seguiré mucho tiempo con ese trabajo —me contó una noche mientras estábamos sentados tomándonos nuestras copas en El Sol Naciente, con el aire cada vez más viciado, mientras en el exterior las ráfagas de nieve seguían formando remolinos en Cloth Fair con el viento de enero—. El mundo de las altas finanzas ya me ha decepcionado prácticamente del todo.

Eso era mucho decir, pensarán ustedes, para un hombre de veintidós años. Pero ese era el tono en el que siempre se expresaba Roger.

—Siempre he sabido que el mercado bursátil sería un lugar espantoso —prosiguió—. Pero también había notado que las personas que trabajaban en él (aunque siempre resultaran tremendamente aburridas) nunca daban la impresión de estar escasas de dinero. Evidentemente, la mayoría lo han heredado todo de mamá y papá. Gran parte de los agentes de bolsa han estudiado en Eton (y la mitad de los corredores también), y todos sabemos que esa clase de educación no sale barata. Aun así, hacen gala de abrir el parqué a chicos de instituto como yo, conque pensé que si al menos me hacía una idea de las ingentes cantidades de dinero que tienden a cambiar constantemente de mano, seguro que al final parte de ese dinero acabaría en las mías. Pero creo que he sido un ingenuo. Además, no tengo el temperamento adecuado. No me gusta tanto el dinero como para querer pasarme toda mi vida pensando en él. Eso es lo que me diferencia de Crispin, ¿ves?

Crispin Lambert, como muy bien sabía, era el nombre del corredor para quien (o con quien, como prefería decir Roger) le habían puesto a trabajar.

—¿Qué tal te llevas con él? —le pregunté.

—Bueno, bastante bien —me contestó—. Es una persona honrada, supongo, para la penosa media del lugar. Aunque también es el típico producto del sistema, la verdad. El encanto personificado, en apariencia. Si alguna vez lo conoces, pensarás que es el tipo más simpático que te has topado en la vida. Pero eso es tan solo una

máscara de su auténtica crueldad. Le gusta el dinero más que ninguna otra cosa, y quiere tenerlo, y hará cualquier cosa que esté en su mano para conseguirlo. Eso es a lo que me refiero cuando digo que toda esta gente es muy aburrida. Para mí, el dinero es un medio para conseguir un fin. Lo usaría para viajar. Para ver el mundo a lo grande. Me gustaría poder permitirme buenas entradas en la ópera. Me gustaría poder tener un Picasso o dos. Pero para Crispin y sus iguales, el dinero es un fin en sí mismo. Sus ambiciones se acaban ahí. Y, lo siento, pero en mi opinión esa es una forma muy aburrida de ver el mundo. Somera. Superficial. Carente de valor. Quiero decir, ¿qué tiene esa gente realmente en la cabeza? ¿Dónde está su vida interior?

—¿No tiene, ya sabes..., pasatiempos? ¿Aficiones, distracciones?

—Es un fanático de los caballos —reconoció Roger—. Siempre anda a vueltas con ellos. Se sabe el nombre de todos los entrenadores y todas las cuadras del país. Pero estoy seguro de que no le proporcionan ningún *placer*. Apuesta simplemente para ganar. Una vez más, todo gira en torno al dinero, ¿entiendes?

La casualidad quiso que conociese a Crispin Lambert unas semanas después; a esas alturas, mi relación con Roger había cambiado en varios aspectos, sutiles pero inquietantes. Para empezar, había tenido mi primera experiencia de su habilidad (casi se podría decir que disfrutaba especialmente de ella) para crear situaciones incómodas. Habíamos asistido a una producción de *Tito Andrónico* en la que toda la función era interpretada con trajes modernos, y estaba ambientada en las oficinas del ayuntamiento de Stockton-on-Tees. Esta innovación había sido saludada con cierto entusiasmo por los críticos de prensa, pero a Roger no le impresionó lo más mínimo. A los veinte minutos del inicio de la representación, se levantó y proclamó a grito pelado: «Veo que nos estamos dejando embaucar, señoras y señores, por unos zoquetes sin talento. Estos cretinos están arrastrando por el fango a nuestro más grande dramaturgo, y yo no estoy dispuesto a tolerarlo ni un minuto más. Cualquiera que desee unirse a mí en un rápido éxodo al pub más cercano será más que bienvenido. Vámonos, Harold». En esa ocasión llevaba (como muchas otras veces) una capa negra forrada de seda que hizo revolotear a su alrededor con el más eficaz y convincente de los gestos, antes de salir tropezando con las piernas de los espectadores de su misma fila, arrastrándome tras él mientras todos (incluidos los actores) se quedaban mirándonos, indignados y estupefactos. Para mí, dado como era a una actitud de deferencia y recato cualesquiera que fueran las circunstancias, fue una experiencia realmente bochornosa. Me ardían las mejillas, consciente de que cientos de ojos estaban fijos en nosotros, mientras que Roger, estoy seguro, saboreaba el momento. No había nada que le gustara más que ser el centro de atención. Más tarde, cuando ya estábamos sentados en el pub, se rio de buena gana. «Alguien tenía que desenmascarar a esos idiotas», dijo. «Todos los demás se habrían quedado allí sentados como un rebaño de ovejas hipnotizadas». Luego, al darse cuenta de que yo me sentía incómodo y molesto por todo el episodio, se puso a reprocharme mi timidez. «Harold, eres un pobre de espíritu», dijo. «Te dejas acobardar demasiado por

tus inhibiciones, que hacen que te dé miedo no solo expresar lo que tienes en la cabeza, sino hasta mirar dentro y averiguar lo que hay realmente en ella. Harías prácticamente lo que fuera por preservar el orden establecido. Me temo que nunca vas a llegar a nada, con esa clase de actitud».

Ese parecer lo expresó varias veces durante nuestra amistad. Volvió a ocurrir después de que yo cometiera el error de enseñarle algunos de mis poemas, un gesto presuntuoso por mi parte que desembocó en una noche muy dolorosa para los dos: la primera que pasé con Roger en la que, durante un rato, creí de verdad que le odiaba y deseé verle muerto. Como de costumbre, estábamos en El Sol Naciente, donde llevábamos sentados más de hora y media, mientras él me ilustraba sobre los antiguos ritos paganos británicos (el último campo que había atraído su voluble e impredecible interés) sin aludir ni una sola vez al preciado manuscrito que había puesto en sus manos dos días antes, en un anónimo sobre A4 de papel de estraza. Al final, durante un breve interludio de su monólogo, perdí la paciencia, y mi curiosidad ya no pudo esperar más.

—¿Los has leído? —le solté.

Él se lo pensó un momento y meneó su vaso de ginebra.

—Sí, sí —dijo por fin—. Ya los he leído.

Me pareció que la pausa siguiente duraba una eternidad.

—Bueno, ¿y qué opinas?

—Pues opino..., opino que seguramente sería mejor que no dijera nada, en líneas generales.

—Entiendo —dije sin entender nada, aunque sintiéndome muy herido, de todas formas—. ¿No tienes ninguna crítica que hacerme?

—¿Pero qué sentido tendría, Harold? —dijo Roger, suspirando profundamente—. No tienes poesía *dentro*. Tu alma no tiene poesía. El alma de un poeta es algo liviano, etéreo. Y tú tienes los pies en la tierra. Eres demasiado terrenal.

Se quedó mirándome casi benévolamente mientras decía eso, y me cogió la mano. Fue un momento extraordinario: nuestro primer ejemplo de auténtico contacto físico, creo (después de llevar viéndonos tantas semanas), que hizo que una especie de euforia me recorriera el cuerpo, hasta el punto de que casi pude sentir la sangre zumbando en él, como si por fin se hubiera cerrado un circuito. Y sin embargo, al mismo tiempo, sentí una repulsión absoluta: mi rabia ante su rechazo, ante el total desprecio que tan claramente mostraba hacia mis tentativas poéticas, era tan fuerte que no podía ni hablar, y retiré la mano bruscamente en un par de segundos.

—Voy a pedir otra copa —me dijo, poniéndose de pie. Y aseguraría que vislumbré una sonrisa casi diabólica en sus ojos mientras me miraba por encima del hombro y decía despreocupadamente—: ¿Nos pone otra de lo mismo?

Estaba a merced de Roger. Por cruel que fuera conmigo, no tenía escapatoria. Había

hecho muy pocos amigos en Londres, y además él tenía una personalidad mucho más fuerte que la mía, que me llevaba a aceptar sus críticas más duras y creer que eran bien fundadas. Continuamos con nuestros proyectos de diversión y superación personal. Pero no volvió a cogerme de la mano en una buena temporada.

Un tema recurrente de nuestras conversaciones era nuestro plan de hacer un largo viaje juntos, en algún momento determinado, por Francia y Alemania, y de allí bajar hasta Italia para visitar Florencia, Roma y Nápoles, y contemplar los esplendores del mundo antiguo. Como todos los proyectos de Roger, era grandioso. Ni se le ocurría pensar en un rápido viaje de ida y vuelta en tren. Había muchos sitios que quería ver en nuestro recorrido por el sur; e incluso empezó a hablar de regresar por la rívera italiana y francesa, con un posible desvío hasta España. El viaje entero, decía, si lo realizábamos como era debido, nos llevaría unos cuantos meses y nos costaría varios cientos de libras. Así que el principal obstáculo que se interponía en el camino de nuestro proyecto era totalmente previsible y, al parecer, de difícil arreglo: una importante carencia de fondos.

No obstante, surgió un atisbo de solución un anochecer de marzo mientras nos dirigíamos hacia el bar del Mermaid Theatre, donde teníamos intención de tomarnos una copa y quizás ver la función después. Mientras paseábamos juntos por Carter Lane, nos cruzamos con un alto caballero de la City, con su milrayas y su bombín, que venía en dirección contraria. Roger se paró de golpe y se quedó mirándolo mientras se alejaba lentamente.

—Ese es Crispin —dijo—. Ven, vamos a decirle algo. Te lo presentaré.

—¿Pero se alegrará de vernos? —le pregunté, un poco nervioso.

—Más bien le horrorizará. Pero ahí está la gracia.

Crispin había desaparecido en la puerta de un pub que curiosamente también se llamaba El Sol Naciente, a pesar de hallarse a poco más de un kilómetro de nuestra guarida habitual en Cloth Fair. Nos lo encontramos de pie en la barra, inclinado sobre las páginas de *Sporting Life*, muy pensativo.

—Buenas noches, señor Lambert —dijo Roger en un tono respetuoso que no le había oído emplear nunca.

—¡Roger! —Levantó la vista, sobresaltado—. Cielo Santo. No sabía que este era uno de sus abrevaderos.

—Uno de tantos, señor Lambert, uno de tantos. Permítame que le presente a mi amigo Harold Sim.

—Encantado —dijo, al mismo tiempo que me estrechaba la mano sin ningún entusiasmo. Dudó un momento, como esperando que nos apartáramos de él. Pero nosotros nos quedamos allí plantados—. Bueno... —dijo tras un silencio embarazoso—. Supongo que les apetece una copa, caballeros.

En cuanto nos tomamos unas copas juntos, Crispin Lambert resultó ser bastante amable; aunque tampoco es que yo tomara una parte muy activa en la conversación. Roger y él enseguida se pusieron a discutir sobre su trabajo en el parqué de la Bolsa,

y yo me encontré metido en un berenjenal de argot financiero del que no entendía lo más mínimo. Me distraje y empecé a pensar en otras cosas. Se me ocurrieron unos cuantos versos de un soneto y me puse a anotarlos en mi cuaderno. De hecho, me olvidé completamente de mis compañeros hasta unos minutos después, cuando me di cuenta de que Roger se estaba dirigiendo a mí directamente.

—Bueno —dijo—, parece una propuesta interesante. ¿Tú qué opinas, Harold? ¿Deberíamos unir nuestros recursos y probar a ver qué pasa?

Sabía que habían estado hablando, entre otras cosas, de las posibilidades de determinado caballo que corría a las tres y media en Newmarket ese sábado, así que en principio pensé que Roger me estaba proponiendo una apuesta. Pero resultó ser algo bastante más complicado que eso.

—El señor Lambert ya ha apostado por él —me explicó, enseñándome un trozo de papel arrugado con el garabato de un corredor de apuestas—. Este es el boleto de la apuesta, y lo que nos está proponiendo es *vendernos* el derecho a comprárselo en el futuro. Lo que nos quiere vender, en realidad, es una opción sobre la apuesta.

—¿Una opción?

—Sí. Como verás, está siendo muy honesto. Ha apostado cinco libras a que va a ganar un caballo llamado Red Runner, apuesta que se paga a seis contra uno. Evidentemente, tú y yo no podemos permitirnos ese lujo. Y lo que él nos propone es que, si le pagamos una libra ahora, eso nos da derecho a comprarle el boleto por veinte libras *después* de que se celebre la carrera.

—¿Veinte libras? Nosotros no tenemos veinte libras.

—Bueno, tendríamos que pedir las prestadas. Pero a esas alturas ya no podemos perder, ¿entiendes? Solo tenemos que comprarle el boleto si el caballo ha ganado, y en ese momento ya valdrá treinta libras. Así que aunque se lo compremos por veinte, además de la libra inicial que habremos pagado por esa opción, saldremos ganando nueve. Lo único que arriesgamos es nuestra libra inicial.

—Sigo sin entenderlo muy bien. ¿Por qué no apostamos nosotros por nuestra cuenta?

—Porque de esta manera tenemos la posibilidad de ganar más dinero. Si solo apostamos una libra, como se paga seis contra uno, solo ganaremos cinco. De este modo podemos sacar casi el doble.

—Es lo que llamamos apalancamiento —explicó el señor Lambert.

Mi cabeza seguía en las nubes.

—Pero eso significa que usted saldrá perdiendo de todas maneras.

El señor Lambert sonrió.

—De eso ya me ocupo yo.

—Oye, Harold —dijo Roger—, el señor Lambert no lo haría si se arriesgara a perder algún dinero en el trato. Estoy seguro de que se lo ha pensado muy bien.

—Cierto —dijo Crispin—. El caso es que ya he hecho otra apuesta a ganador y colocado en esa carrera con otro corredor. Así que, como verá, no tengo nada que

perder en este trato, y hasta puede que gane algo con él. En realidad, todo el mundo sale ganando.

—Entonces, ¿qué dices, Harold? Tenemos la posibilidad de ganar nueve libras. Sería un buen comienzo para nuestros fondos europeos.

—Es verdad.

—Pues suelta ya la pasta, como está mandado.

No me hacía muy feliz ser el único que ponía dinero; tal como yo lo veía, eso no formaba parte del trato, pero por lo visto Roger solo llevaba cinco chelines encima en ese momento. Le tendí al señor Lambert un billete verde nuevo de una libra, una suma bastante considerable de dinero para mí en aquella época. A cambio, él garabateó unas palabras en un trozo de papel arrancado de su libreta, lo firmó y se lo pasó a mi amigo.

—Tome —dijo—. Ahora es rigurosamente legal. Entonces saldamos las cuentas el lunes por la mañana, y esperemos que el resultado sea satisfactorio para todo el mundo.

Dicho esto, apuró su copa y emprendió la retirada, diciéndonos adiós alegremente con la mano desde la puerta del pub.

Roger se sonrió y me dio unas palmaditas en la espalda.

—Bueno, hoy ha sido nuestro día de suerte —dijo—. ¿Otra ronda?

—No lo tengo nada claro —dije yo, mientras miraba ceñudo los restos de mi cerveza—. Tiene que haber alguna pega. Y, de todas formas, nueve libras no nos van a llevar hasta Nápoles y traernos de vuelta.

—Cierto —dijo Roger—, muy cierto. Pero hemos empezado bien. Y además se me ha ocurrido otra cosa. Voy a ir a ver a mi hermana este fin de semana.

—¿Y eso cómo nos va a ayudar? —le pregunté.

—Pues porque es asquerosamente rica. Se casó con el propietario de una gran empresa de ingeniería química hace un par de años. Me presentaré allí el sábado por la tarde, interpretaré el papel del hermano menor más cariñoso del mundo, pasaré allí la noche y le pediré un pequeño préstamo por la mañana.

—¿Un préstamo?

—O un anticipo, se lo plantearé de esa forma. Un anticipo sobre el fabuloso libro que voy a escribir sobre los lugares de interés arqueológico del norte y del sur de Europa. La animaré a invertir en la genialidad de su hermanito. ¿Qué te parece? A esta gente le gusta hablar de inversiones.

A veces el entusiasmo de Roger era contagioso, eso no se podía negar.

—Me parece estupendamente —le contesté, y para celebrarlo me invitó a un whisky con mi siguiente jarra de cerveza.

Cuando me encontré con Roger en el Hill's Restaurant el lunes a la hora de comer, tenía buenas y malas noticias que darme. Red Runner había ganado la carrera, lo que



significaba que podíamos ejercitar nuestra opción sobre el boleto de la apuesta de Crispin y retirar las ganancias: treinta libras por su apuesta de cinco, menos veinte que le debíamos y la libra de la opción; lo cual nos dejaba con nueve libras de beneficio. Muy satisfactorio. Menos satisfactorio, en cambio, había sido el resultado del acercamiento de Roger a su hermana.

—Que esto te sirva de aviso, Harold —me dijo muy serio—, no se puede confiar en las mujeres, ni contar con ellas. De hecho, uno no debería siquiera prestarles la más mínima atención a esas criaturas egoístas y mezquinas. Harriet no mostró ningún interés en nuestra expedición, ni en el libro que le dije que saldría de ella. Sus horizontes son simplemente demasiado... *limitados* para apreciar la importancia de lo que nos proponemos hacer. Está totalmente centrada en sus pequeñas y banales preocupaciones domésticas.

—¿Como por ejemplo?

—Ah, pues el bebé ese que va a tener, claro. No hablaba de otra cosa.

—Pues no sé cómo eso puede parecerse...

—Es que Harriet siempre ha sido así, ¿sabes? Me había olvidado de cómo era y de lo mucho que la odiaba.

—¿Para cuándo espera el bebé? —le pregunté, bastante escandalizado por aquel lenguaje.

—Para dentro de unos meses. No iba a darle coba a su engreimiento preguntándole ese tipo de cosas. Venga, vamos a tomar un poco el aire.

Dejamos atrás la penumbra alicatada del restaurante y nos pasamos el resto de la hora de la comida en el agradable espacio verde de Finsbury Circus, aprovechando que nos quedaba cerca. Estábamos a principios de marzo, y hacía el suficiente calor para sentarse fuera leyendo un libro a la débil luz del sol. Yo llevaba conmigo un ejemplar de *El halcón en la lluvia*, la primera recopilación de poemas de Ted Hughes, que entonces no era muy conocido. Roger estaba leyendo su manoseada edición de *La brujería hoy*, de Gerald Gardner. Aquel imponente volumen se había publicado unos cinco años atrás y había llamado bastante la atención, sobre todo de los diarios dominicales populares a los que les gustaba provocar a sus lectores con la idea de que en todos los arrabales de Inglaterra existían modernas asambleas de brujas, donde tenían lugar asiduamente orgías sexuales y ceremonias en las que los participantes adoraban desnudos al diablo, detrás de respetables puertas cerradas. Roger desechaba esas informaciones como fantasías sensacionalistas, e insistía por el contrario en que el libro del señor Gardner era una de las publicaciones más importantes de los últimos tiempos; sostenía que había puesto al descubierto una auténtica herencia espiritual vital que se remontaba hasta la época prerromana, y suponía una valiosa tradición contraria al autoritarismo represivo de la Iglesia cristiana. A esa religión alternativa el señor Gardner la denominaba «wica»<sup>[3]</sup>, y su principal característica era el culto a dos divinidades, o más bien un dios y una diosa, representados respectivamente por el sol y la luna. No siendo muy dado a creencias religiosas de

ningún tipo, no solía prestar demasiada atención cuando Roger se ponía a explayarse sobre el tema, aunque recuerdo lo que me dijo esa tarde en Finsbury Circus.

—Deberías atender a esto, Harold, si quieres tomarte lo de escribir en serio. La diosa es de donde proviene toda inspiración poética. Léete a Robert Graves si no me crees. Sería mejor que no la predispusieses en contra. Desgraciadamente... —dejó el libro y se recostó en la hierba, con la cabeza descansando en sus manos cruzadas—, ella desaprueba totalmente la homosexualidad, y les tiene reservados unos castigos terribles a quienes la practican. Mala cosa para nuestros iguales.

No dije nada, pero tuve un primer impulso de protesta cuando escuché ese comentario, que él dejó caer de pasada, como si fuera la mera confirmación de una verdad evidente. Sabía que a veces Roger disfrutaba siendo estúpidamente provocador. También fue aquella tarde, recuerdo, cuando mencionó por primera vez su intención de echarle una maldición a su hermana.

Mientras tanto, Roger no descuidó la parte más material de nuestros asuntos. Durante las semanas siguientes, llegó a una serie de ulteriores acuerdos financieros con Crispin Lambert y sus numerosos corredores de apuestas, cada vez más ambiciosos y más complicados. Oí hablar de apuestas a ganador y colocado, de cuádruples y de combinadas. Luego pasamos a las condicionales, las quintuples, los pontones y las múltiples secuenciales<sup>[4]</sup>. Cada una de esas apuestas quedaba registrada en un boleto. Crispin calculaba lo que podía valer si la carrera tenía el desenlace apetecido, y después nos vendía la opción de comprarle el boleto cuando se anunciaba el resultado. En cierta forma (supongo que porque Roger y Crispin eran precisos en sus cálculos y en el estudio del rendimiento de los caballos) parecía que siempre sacábamos algún provecho y que todo el mundo ganaba algo. Enseguida nos volvimos más audaces, y los acuerdos que firmábamos ya no nos daban la *opción* de comprarle a Crispin los boletos de sus apuestas cuando la carrera había concluido, sino que nos imponían la *obligación* de hacerlo. Decidimos hacerlo así porque las condiciones que nos ponía eran más favorables, a pesar de que el riesgo que implicaban (por nuestra parte) era mucho mayor. Poco a poco, sin embargo, los ahorros para nuestro viaje fueron aumentando progresivamente. Roger se fue entusiasmando más y más con la perspectiva de dejar nuestro trabajo y embarcarnos en aquel viaje, hasta que llegó un momento en que apenas era capaz de hablar de otra cosa: se convirtió en su única obsesión. Parecía que los placeres culturales que Londres podía ofrecer habían palidecido, por lo que a él se refería, y prácticamente dejamos de ir a conciertos o al teatro juntos. En cambio, si no estábamos absortos en planos de Pompeya o dibujos de los antiguos túmulos funerarios germanos, prefería quedarse en casa y consultar su nutrida biblioteca de volúmenes sobre brujería y paganismo. Y de alguna forma sutil, indefinible, a pesar de que seguíamos hablando siempre de nuestro viaje como de una empresa compartida, yo sentía que nuestra

cercanía empezaba a desvanecerse, y era cada vez más consciente de que en cierto modo le había decepcionado, que no había conseguido cumplir sus expectativas, y esa conciencia me desasosegaba profundamente.

Entonces, un día a mediados de semana, me vino con una propuesta que me alarmó un poco.

—Me he pasado casi toda la noche con Crispin —dijo— en El Sol Naciente. La verdad es que es un tipo muy majo. Quiere ayudarnos a juntar el dinero para el viaje. De todas formas, anoche, se nos ocurrió cómo podríamos hacerlo de un solo golpe. El sábado por la noche el dinero puede ser nuestro. Podemos presentar la dimisión la semana que viene y estar en el tren de Dover dentro de quince días. ¿Qué te parece?

Naturalmente, le dije que me parecía estupendo. Aunque se me pasó bastante el entusiasmo cuando me contó lo que tenía en mente.

La propuesta, en realidad, era una sola apuesta gigante (o mejor dicho, una serie de apuestas extraordinariamente compleja) que había que hacer con cinco corredores en las carreras del sábado. Ahora mismo no recuerdo los detalles (cosa que no es de extrañar, porque ni siquiera llegué a entenderlos del todo entonces), pero entre los distintos términos que se barajaron había «apuestas sencillas», «apuestas en rotación», «viceversas», «en bandera» y «múltiples completas». Como otras veces, era Crispin el que había elegido los caballos, calculado las probabilidades, hecho las apuestas y convertido todo el paquete en un solo instrumento financiero (el habitual trozo de papel firmado, sacado de su libreta) que ahora nos ofrecía vendernos por...

—¿Por cuánto? —le dije a Roger, sin dar crédito.

—Ya sé que parece mucho, pero las ganancias serán *cinco veces* eso, Harold. ¡Cinco veces!

—Pero eso son todos nuestros ahorros. Todo lo que hemos conseguido ahorrar hasta ahora. Con todos los sacrificios que hemos hecho para juntar ese dinero... ¿Y si lo perdemos todo?

—No lo podemos perder todo. Ahí está la gracia. Si solo fuéramos a poner ese dinero en una sola apuesta, como harían muchos apostadores, entonces sí que correríamos un gran riesgo, claro. Pero el sistema que Crispin y yo hemos desarrollado es mucho más inteligente que eso. Es perfecto, mira. —Me pasó una hoja de tamaño A3, en la que estaban anotados una serie de cálculos y fórmulas matemáticas demasiado complicados para que yo (o cualquier otro ser medianamente inteligente) los entendiera.

—Pues si este sistema funcionara —protesté— todo el mundo lo usaría.

—Si tuvieran suficiente cabeza para desarrollarlo.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que habéis encontrado una fórmula para sacar dinero de la nada? ¿Para vivir del aire?

Roger esbozó una misteriosa sonrisa de orgullo mientras me quitaba el papel.

—Ya te lo he dicho más veces —dijo—. Tienes los pies demasiado en la tierra, Harold. Te hace falta adquirir un punto de vista más espiritual. No te conviertas en

uno de esos mortales insignificantes que habitan el mundo material. El mundo donde la gente se pasa la vida haciendo cosas, y luego comprándolas y vendiéndolas y usándolas y consumiéndolas. El mundo de los objetos. Eso es para la chusma, no para los que son como tú y yo. Estamos por encima de eso. Somos alquimistas.

Me da vergüenza reconocerlo, pero cuando Roger se ponía a hablar así lo encontraba más irresistible que nunca, aunque supiera que me estaba controlando y manipulando. De todas formas, accedí a entregarle a Crispin todos nuestros ahorros (e incluso más) con el corazón en un puño, a cambio de su promesa de que nos vendería, al cabo de unos días, los boletos de las apuestas que (como me aseguraron tanto Roger como él) valdrían una fortuna para entonces. Con el corazón en un puño y una extraña sensación de vacío en el estómago.

—¿Me vas a llamar por teléfono el sábado? —le pregunté—. Para que pueda saber el resultado; tampoco es que tenga ninguna duda, claro.

—¿Llamarte por teléfono? ¿Y por qué demonios iba a hacerlo? Estarás conmigo, naturalmente.

—Pensaba ir a ver a mis padres —le expliqué—. Al fin y al cabo es el fin de semana de Pascua.

—Bah, no me vengas con tonterías —dijo, haciendo un gesto de impaciencia con la mano—. ¿No has aprendido nada de mí estos últimos meses? ¿Siempre tienes que ir a refugiarte bajo el ala de esos estúpidos valores burgueses cristianos que tu familia te inculcó desde pequeño? Estas fiestas cristianas son solo un simulacro, una pálida sombra de las verdaderas. Tú te vienes conmigo este fin de semana para enterarte de qué va *realmente* la Pascua.

—¿Que me voy contigo? ¿Pero adónde?

—A Stonehenge, por supuesto. Iremos en coche el sábado por la noche. Hay que estar allí antes de que amanezca, que es cuando empieza la ceremonia.

Continué explicándome detenidamente, como a un niño tonto, que la historia cristiana de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo no era en realidad más que una degeneración de unos mitos mucho más antiguos y poderosos relativos al nacimiento del sol después del equinoccio de primavera. Hasta la palabra Pascua y su equivalente germano, *Ostern*, tenían un origen común (*Eostur* o *Ostar*) que para los escandinavos significaba la estación del sol naciente, la estación de la nueva vida. Así que, el domingo al amanecer, cientos de devotos paganos se reunían dentro del gran círculo de piedras a las afueras de Salisbury, para rendirle su tributo al Sol Naciente.

—Y tú y yo, mi querido Harold, a buen seguro nos contaremos entre ellos. Vente a mi casa el sábado por la noche, cenaremos algo, y luego nos recogerán unos amigos en coche sobre las dos. Llegaremos con tiempo de sobra.

—¿Unos amigos? —pregunté—. ¿Qué amigos?

—Una gente que conozco —me respondió en plan enigmático. A Roger le gustaba mantener las distintas áreas de su vida divididas en compartimentos estancos, y yo sabía que, si tenía intención de presentarme a algunos de sus colegas paganos,

debía considerarlo todo un privilegio.

—Recuerda —me dijo justo antes de separarnos— que el Sol Naciente es un dios masculino. Y eso es lo que vamos a adorar allí: el espíritu de la Virilidad, la esencia de la Masculinidad —añadió con un brillo de desafío en los ojos—. Me sentaría muy mal que no vinieras con nosotros.

Le dije que me lo pensaría, y me marché en un estado de auténtica indecisión.

Al escribir todo esto, con casi treinta años de distancia, me parece increíble haberme dejado subyugar tanto por Roger Anstruther y su personalidad arrogante y prepotente. Pero recuerden (quienesquiera que lean estas páginas) que yo era un joven inmaduro e inseguro, solo en una gran ciudad que le daba miedo; y en Roger creía haber encontrado a alguien que (¿cómo decirlo?) me confirmaba algo de mí mismo. Algo que siempre había sospechado (y que siempre había sabido, incluso, en lo más profundo de mi ser), pero que me había dado demasiado miedo (por pura cobardía, habría dicho él) reconocer. A aquella tierna edad, seguía ansioso por resolver los misterios de la vida. En un principio había pensado que las respuestas residían en mi poesía, pero ahora Roger estaba empezando a abrirme un mundo diferente, aún más tentador: un mundo de sombras, prodigios, símbolos, acertijos y casualidades. ¿Era una casualidad, por ejemplo, que todos nuestros planes fuesen a cristalizar precisamente la víspera de la festividad del Sol Naciente, cuando ese también era el nombre del pub donde habíamos tenido nuestras primeras y más significativas conversaciones? Cuestiones de ese tipo no dejaban de atormentar mi joven e impresionable mente, y me daban la sensación de que tal vez me encontraba al borde de una revelación, de algún cambio decisivo que solucionaría todos los problemas y me liberaría de las ataduras que me habían retenido toda mi vida.

Fue por esas razones (razones que pueden parecerle de poca monta e incluso frívolas a un lector poco comprensivo; ¡perdóneme, Max, si se trata de ti!) por lo que decidí no ir a casa de mis padres aquel fin de semana, sino emprender el sábado por la noche el largo camino que llevaba de mi piso compartido en Highgate a la habitación alquilada de Roger en una decrepita casa adosada de Notting Hill.

Cuando llegué, estaba sentado tras su escritorio. Enseguida me di cuenta de que algo iba mal. Tenía la cara mortalmente pálida, le temblaban las manos mientras permanecía encorvado sobre hojas y más hojas repletas de cifras garabateadas, a las que estaba añadiendo aún más cálculos con un lápiz, en un estado tal de feroz concentración que apenas levantó la vista para darse por enterado de mi llegada.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—No me interrumpas —me respondió secamente, y se puso a susurrar unos cuantos números más por lo bajinis, mientras seguía garabateando aún más

desesperado en el papel.

—Roger, tienes una pinta horrible —insistí—. ¿Es por...? —Evidentemente, sabía qué era lo que pasaba. De repente me sentí débil, y me dejé caer pesadamente sobre su cama, en un rincón de la habitación—. No me digas que ha sido la apuesta. ¿Ha salido mal?

—Totalmente —me contestó con voz trémula, estrujando una de las hojas de papel, para luego tirarla a un lado y empezar una nueva—. Ha salido fatal.

—Bueno... ¿y eso qué significa? —pregunté.

—¿Que qué *significa*? —me echó una mirada furibunda—. Significa que lo hemos perdido todo. Significa que el lunes por la mañana tengo que darle a Crispin su parte.

—Pero..., pero me dijiste que eso era imposible.

—Era imposible. O, por lo menos, no debería haber sido posible.

—¿Y qué es lo que ha pasado? ¿No han ganado los caballos previstos?

—Casi todos. Pero luego una de las carreras ha acabado en empate. Y eso lo ha estropeado todo. No habíamos tenido en cuenta esa posibilidad.

—Creía que habíais pensado en todo.

—¿Te puedes *callar* un momento, Harold? —Cogió la hoja de papel y la sacudió para que la viera bien, a modo de demostración—. ¿No ves lo que estoy intentando hacer? Estoy intentando cuadrar las cuentas.

Sin embargo, parecía que se había dado prácticamente por vencido; porque, en vez de hacer más cálculos, se limitó a quedarse allí sentado, chupeteando el lápiz y contemplando las hojas de aritmética con los ojos extraviados, mirando sin ver.

—Pero, Roger... —empecé, con delicadeza—. Al fin y al cabo, Crispin es tu amigo. No se empeñará en seguir con el trato, ¿no?

Al oírme decir aquello, y tras una breve pausa para digerirlo, Roger se levantó de golpe y empezó a pasearse por la habitación.

—¿Eres tonto o qué? —me ladró, al poco rato—. ¿Es que no entiendes *nada*? Firmamos un pedazo de papel. La City tiene un código de conducta para esta clase de cosas. *Dictum meum pactum*: «Mi palabra es garantía». ¡Va a quedarse con todo lo que pueda, idiota! Hasta el último penique. Él también está metido hasta el cuello en esto, ¿entiendes? Hoy debe de haber perdido una fortuna. Así que no nos va a dejar escapar tan fácilmente.

Se produjo un silencio aún más largo, durante el que asimilé la gravedad de lo que me estaba diciendo y sus posibles consecuencias: todos nuestros proyectos reducidos a la nada, y ante mí, la perspectiva de semanas o meses no solo de pobreza sino de endeudamiento; porque Roger me había convencido de invertir en aquella ridícula apuesta incluso más dinero del que realmente tenía ingresado en mi cuenta bancaria. Y cuando me puse a darle vueltas a eso, empecé a sentir hacia él algo que, hasta aquel momento, nunca me había permitido sentir: indignación, pura y furibunda indignación.

—No, el tonto *eres tú* —le dije, al principio en un tono mesurado; pero, cuando me miró sin dar crédito, comencé a alzar la voz—. ¡Eres un *imbécil*, Roger! ¿Cómo puedes haber hecho esto? Es más, ¿cómo he podido ser tan ingenuo? ¿Por qué te hice caso? ¿Por qué te he dejado tratarme así meses y meses, haciendo todo lo que me pedías, corriendo de acá para allá a tu antojo, como si fuera tu amante? Me tenías tan impresionado, tan *deslumbrado*, y ahora..., ¡ahora esto! No sabías lo que estabas haciendo. Ni siquiera sabías de lo que hablabas. Eres un fraude, Roger, eso es lo que eres. Lo que nuestros primos americanos llamarían un farsante. Y ahí he estado, pendiente de cada una de tus palabras, creyéndome todo lo que me contabas, deshaciéndome de la mitad de mis libros favoritos porque tú despreciabas a sus autores, tirando casi todos mis poemas porque tú los juzgabas con un desprecio tan... frío y premeditado. ¡Y sin embargo eres un mero fraude! ¡Pensar que te he escuchado, pensar que te he tomado en serio! Cuando no te dedicabas a montar un número en el teatro, intentabas convencerme de que la fe cristiana era una chorrada, y de que en cambio todos deberíamos sacrificar cabras en medio de un círculo de piedras. ¡Si hasta me contaste que le ibas a echar una maldición a tu hermana, por el amor de Dios! ¿Pero quién te has creído que eres exactamente? ¿Un gurú, un mago? ¿Un cruce entre Leavis, Midas y Gandalf? Me temo que ya no va a colar más, Roger. De ninguna manera. Me has tenido obnubilado demasiado tiempo. Pero lo cierto es que para mí ahora eres transparente. Me has abierto los ojos. Supongo que debería estarte agradecido por eso, al menos; aunque he tenido que pagar un precio muy alto, demasiado alto. Bueno, uno va aprendiendo en la vida.

Cogí mi abrigo de la cama y empecé a ponérmelo otra vez, con intención de marcharme, pero me detuvieron unas palabras de Roger, dichas en un tono bajo, insistente y espeluznante.

—Le eché una maldición a mi hermana.

Me paré, con una manga a medio meter.

—¿Qué dices?

A modo de respuesta, Roger se acercó hasta la repisa de la chimenea y cogió una carta. Estaba escrita en dos hojas de papel de notas azul, dobladas por la mitad. Me las pasó y se quedó mirándome mientras yo las leía.

Era de su madre. No recuerdo exactamente lo que decía, pero sí el grueso de la carta, que era para hacerle saber a Roger que su hermana estaba destrozada, después de perder a su bebé en un aborto unos días antes.

—¿Y? —le dije, devolviéndole la carta, y terminando de ponerme el abrigo.

—He sido yo —dijo.

Lo miré un momento, para ver si lo había dicho en serio. Al parecer, sí.

—No seas absurdo —le dije, y me dirigí hacia la puerta.

Roger me agarró el brazo y me hizo retroceder.

—Es verdad, te lo juro. Eso fue lo que le pedí a ella.

—¿Que se lo pediste a ella? ¿Pero a *quién*?

—A la Diosa.

No estaba de humor para oír aquello. Ya fuera verdad o no lo que había dicho (o ya se lo creyera él o no, que seguramente era más el caso), quería irme.

—Disfruta de tu festividad mañana por la mañana —le dije—. Yo me voy a casa.

Intenté liberar el brazo, pero aún me lo agarró más fuerte. Le miré a los ojos y me quedé pasmado al ver que los tenía bañados en lágrimas.

—No te vayas, Harold —me dijo—. No te vayas, por favor.

Y antes de que me diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, me había arrimado contra él y me estaba besando en la boca. Intenté apartarme, pero su abrazo era más fuerte de lo que me habría imaginado.

—Hay tantas cosas... —me susurraba, mientras los pelos de su barba me rascaban los labios—, tantas cosas que aún no hemos hecho. Nos queda tanto por hacer...

Sentí su erección presionando contra mi propia entrepierna. Con un último esfuerzo, me liberé de su abrazo y le pegué un empujón con todas mis fuerzas. De hecho, fue suficiente para que perdiera el equilibrio y se cayera contra la chimenea, donde se golpeó con el fuego eléctrico (afortunadamente apagado), para terminar medio sentado, medio tirado, y frotándose la cabeza en el punto donde se la había golpeado sin darse cuenta contra el enladrillado victoriano. Por un momento pensé que le podía haber hecho daño de verdad, pero estaba tan furioso que, en vez de acercarme a ayudarlo, me puse a forcejear con el cerrojo de la puerta, la abrí lo más rápido que pude, y desaparecí sin molestarme en cerrarla y sin echarle siquiera una mirada.

No hay mucho más que contar.

No volví a ver a Roger en más de un año después de aquel episodio. El lunes por la mañana recibí una breve nota en un tono comercial, en la que me informaba de que Crispin Lambert nos exigía el pago de una gran suma de dinero. Reuní aquella cantidad (pidiéndosela prestada, en su mayor parte, a mis padres) y se la envié tan pronto como pude. Después de eso, las cosas estuvieron muy tranquilas. Oí que Roger había dejado su empresa de agiotaje y ya no trabajaba en la Bolsa, pero no tenía ni idea de lo que había sido de él. Por supuesto, me producía curiosidad, pero la reprimí. Empezaba a darme cuenta de que era una persona peligrosa. Y a sentir que también eran peligrosos los sentimientos que casi había conseguido despertar en mí. No quería llevarlos más lejos. La época de mi vida que entonces comenzaba era inofensiva pero gris. Había querido realmente a Roger, y la vida sin él me parecía aburrida, carente de chispa. Una nueva secretaria entró a trabajar en Walter, Davis & Warren en otoño. Se llamaba Barbara. Era de Birmingham, rubia, pechugona y mona. Le hice proposiciones y ella respondió con mucho entusiasmo. Empezamos a vernos fuera del horario de oficina. Iniciamos un noviazgo discreto, casto y sin mayores



incidentes. La llevaba al cine. La llevaba al teatro. La llevaba a los conciertos. Una noche, a principios del verano de 1960, la llevé a escuchar la suite de *Romeo y Julieta* de Prokófiev que tocaban en el Albert Hall, con la esperanza de que sus grandiosos clímax románticos despertaran en nuestros corazones una pasión correspondida. Pero no lo consiguieron. En el entreacto, me dijo que prefería que no la llevara más veces a conciertos de música clásica, que le gustaban más Cliff Richard y Tommy Steele. Me lo dijo mientras nos acabábamos nuestras bebidas en el bar (la mía media jarra de cerveza, la suya un Dubonnet con limón), tras lo cual se fue al servicio de señoras, y yo le eché un vistazo a la otra punta de la barra y vi a Roger mirándome fijamente. Estaba solo y tenía una sonrisa cómplice de satisfacción. Levantó su copa a modo de saludo. Yo me terminé la cerveza y me fui, sin devolverle el gesto.

A la mañana siguiente me llegó una nota al trabajo. Decía:

Aún estoy a tiempo de salvarte.

En el Sol Naciente, a las 9 de la noche.

Tenía razón, por supuesto. Ya no podía seguir luchando contra lo que sabía que era mi destino. Ya no podía seguir contándome mentiras sobre mi propia naturaleza. Cuando dirigí mis pasos hacia El Sol Naciente aquella noche fue con una intención muy clara: hacer cualquier cosa que Roger Anstruther me pidiera.

Llegué bastante pronto, a las nueve menos veinte, y pedí un whisky doble para calmar mis nervios. Me lo bebí rápidamente y pedí otro. El segundo me duró por lo menos media hora, al final de la cual miré el reloj y me di cuenta de que Roger se retrasaba. Pedí una jarra de cerveza y saqué mi cuaderno, creyendo que me ayudaría a tranquilizarme ocupar el tiempo en escribir. El pub estaba lleno. Pasó media hora más.

Solo entonces empecé a percatarme de la razón evidente de la tardanza de Roger. ¿Cabía la posibilidad de que se hubiera referido al otro Sol Naciente? Por extraño que pareciera, no se me había pasado la idea por la cabeza hasta ese momento. Para mí, El Sol Naciente de Cloth Fair siempre sería *nuestro* pub; era donde nos habíamos tomado nuestra primera copa juntos, y donde más tarde se habían producido nuestros encuentros más cariñosos y significativos. En cuanto al de Carter Lane, solo había estado allí una vez, la noche que Roger me había presentado a Crispin Lambert. No tenía ningún significado o resonancia especial para mí; pero era consciente de que Roger había vuelto allí muchas veces, normalmente para encontrarse con Crispin y para dialogar sobre sus complicadas apuestas. ¿Había cometido un error estúpido y humillante al suponer que sus conversaciones conmigo se le habrían grabado con mucha mayor fuerza en la memoria que sus encuentros con Crispin? ¿Estaría sentado allí, esperándome a mí, igual que yo estaba sentado ahí, esperándole a él?

Dejé pasar otro cuarto de hora, y luego decidí que merecía la pena correr el riesgo. Podía ir andando de un pub al otro, si me daba prisa, con bastantes posibilidades de encontrar a Roger, si seguía allí esperándome. Atajaría por West

Smithfield, luego por Giltspur Street, y después todo derecho pasando por delante del Old Bailey y enfilando Carter Lane por Blackfriars Lane. No era tan difícil. El único peligro (muy remoto, por otra parte) era que Roger tuviera la misma idea, dejase el Sol Naciente al mismo tiempo, y viniese a buscarme siguiendo una ruta diferente: cogiendo Creed Lane, por ejemplo, luego Ave Maria Lane, Warwick Lane, King Edward Street, Little Britain y Bartholomew Close. En cualquier caso, valía la pena correr ese riesgo.

Apuré mi jarra y salí del pub, luego fui por las calles vacías, caminando unas veces, corriendo otras, hasta que distinguí claramente las acogedoras luces de El Sol Naciente en Carter Lane. Sin aliento (en parte por haberme apresurado tanto, pero sobre todo por la ansiedad de que aquella noche crucial se disolviese en la nada), abrí de golpe la puerta del pub y entré en tromba. Había pocos clientes, tanto en la barra como en la sala, y Roger, me di cuenta enseguida, no se encontraba entre ellos. Un barman joven estaba recogiendo vasos de las mesas desocupadas.

—¿Ha venido un hombre joven? —le interrogué—. ¿Un pelirrojo de veintipocos años, con barba, que seguramente llevaba una capa?

—¿El señor Anstruther? Sí, ha estado aquí. Se ha marchado hace muy poco.

Al escuchar aquello se me escaparon unas cuantas palabrotas, para desconcierto del barman. Luego, saliendo del pub aún más rápido de lo que había entrado, me quedé un momento parado en la calle, mirando a derecha e izquierda, preguntándome qué dirección tomar. Era probable que Roger hubiera pensado lo mismo que yo, y se hubiese ido corriendo al pub que yo acababa de dejar; echando a correr como un loco, retrocedí sobre mis pasos por delante del Old Bailey, y luego por Giltspur Street, y conseguí estar de vuelta en El Sol Naciente a los tres o cuatro minutos.

—¿Busca a su amigo? —me dijo el barman en cuanto me vio—. Porque ha estado aquí hace un momento, preguntando por usted.

—¡No, por favor! —grité, llevándome las manos a la cabeza y tirándome de los pelos. Era demasiado horrible para ser verdad—. ¿Por dónde se ha ido?

—Creo que se dirigía hacia Middle Street —respondió el barman.

Pero nunca lo encontré. Salí corriendo y me pasé los siguientes veinte o treinta minutos buscando a Roger, gritando su nombre mientras examinaba minuciosamente cada calle en un radio de varios centenares de metros respecto al mercado de Smithfield. Pero no se le veía por ninguna parte. Se había largado.

Solo había una última posibilidad. Me acordé de que había un teléfono público en el pasillo común de la casa de Notting Hill donde tenía una habitación alquilada. Llamé a aquel número (que aún me sabía de memoria) y esperé lo que me parecieron siglos a que alguien me contestara, empañando con mi aliento, por los nervios, el cristal de la cabina telefónica. Pero fue inútil. Hacía más de un año que no marcaba ese número, y cuando por fin me respondió una voz desconocida, fue para decirme que Roger ya no vivía en aquella dirección. Tras un breve silencio, en el que intenté recuperar el habla, le di las gracias a la voz anónima, volví a colocar despacio el

auricular en su sitio, y apoyé la frente contra la cabina telefónica.

Así que se había acabado. Todo se había acabado, y fui presa de una desesperación fría y paralizante.

¿Qué iba a hacer ahora?

No estoy seguro, a posteriori, de cómo llegué a encontrarme delante del piso de Barbara en Tooting. ¿Fui hasta allí en autobús? ¿Cogí el metro? No me acuerdo. Ese intervalo de tiempo se ha borrado de mi memoria. Debía de ser ya bastante de noche cuando llegué, sin embargo, porque recuerdo que nadie me contestaba al timbre, y tuve que despertarla tirando guijarros a su ventana del tercer piso.

No se alegró especialmente de verme. Tenía muchísimo sueño. Y yo estaba muy borracho. A pesar de todo, conseguimos fundirnos en un abrazo. Luego hicimos el amor sin parar de jadear, torpemente, y acabamos enseguida. Creo que ninguno de los dos sabía exactamente lo que estábamos haciendo, o por qué lo hacíamos. Dicen que «siempre se recuerda la primera vez». Me temo que tengo que disentir. Para mí todo el episodio sucedió en una especie de niebla. Lo que recuerdo es que seguí tirado en la cama, al lado de Barbara, las dos horas siguientes. Al principio no nos dormíamos. Yo me quedé mirando al techo, intentando comprender los acontecimientos de aquella noche a través de la bruma de alcohol que me nublabla el cerebro. No sé lo que pensaría Barbara. En un determinado momento le eché una mirada y vi que tenía las mejillas bañadas de lágrimas. A las cuatro de la madrugada aparté con mucho cuidado la ropa de cama, me marché sin despedirme y volví andando a Highgate por las silenciosas calles de Londres.

Ese día no fui a trabajar. Para empezar, tenía una resaca tremenda, y además me espantaba la perspectiva de volver a ver a Barbara. Seguro que el reencuentro sería demasiado doloroso e incómodo. Y, por supuesto, resultó que ella sintió exactamente lo mismo. A finales de aquella semana presentó su renuncia, y el viernes por la tarde le dieron una sobria fiestecita de despedida, a la que no asistí. Los compañeros me contaron que había decidido regresar a su casa de Birmingham. No tenía motivos para pensar que la volvería a ver.

Tres meses después, recibí una carta del padre de Barbara. Me contaba que Barbara estaba embarazada, y que creía que yo era el responsable. Estaba claro por la carta que esperaba que hiciera lo que seguía considerándose lo correcto en esa época.

Así que, mes y medio después, nos casamos.

Vivimos unos meses en casa de sus padres, cerca de la fábrica de Cadbury en Bournville, pero no era un plan muy cómodo. Obtuve un puesto de ayudante bibliotecario en una escuela técnica de la ciudad, y al poco tiempo ya habíamos conseguido juntar el dinero necesario para alquilar un pequeño piso en Northfield. Nuestro primer y único hijo, Max, nació en febrero de 1961. Pasarían otros cinco años antes de que pudiésemos ahorrar lo suficiente para pagar la entrada de una casa

en propiedad; y en ese momento nos trasladamos a Rubery, a una anónima casa de tres dormitorios revocada de guijarros, en una calle sin personalidad de casas parecidas, bastante cerca del campo municipal de golf al pie de las Lickey Hills.

Vivimos allí la mayor parte de las dos décadas siguientes; y también fue allí, en la primavera de 1967, donde vi a Roger Anstruther por última vez.

No sé cómo encontraría mi dirección. Lo único que sé fue que se plantó en mi umbral un domingo de mayo al anochecer. En la City, Roger siempre se había distinguido por su aspecto característico. Aquella noche, cuando se materializó sin avisar en las afueras de Birmingham, llevando una larga capa negra como antes, pero con el añadido de un sombrero de fieltro a juego, estilosamente ladeado en la cabeza, resultaba totalmente extravagante. Al principio, al verlo, me quedé demasiado sorprendido como para que me salieran las palabras, y solo pude hacerle un gesto para invitarle a pasar.

Lo llevé al cuarto de atrás, al que Barbara, Max y yo llamábamos «el comedor», aunque casi nunca comíamos en él. No había ni ginebra ni tónica que ofrecerle a Roger, así que tuvo que conformarse con un jerez dulce. Barbara estuvo con nosotros un rato, pero no tenía ni idea de quién era aquel desconocido tan extraño (nunca le había hablado de Roger) y estaba claro que se encontraba incómoda en su presencia. Al poco rato, se fue a la salita de al lado, a ver la televisión con Max. Recuerdo que era el día del regreso a Plymouth de Francis Chichester, tras su triunfal vuelta al mundo, y los tres habíamos estado viendo la retransmisión en directo. Incluso mientras hablaba con Roger, se oían los gritos de entusiasmo de la gente a través de la fina pared divisoria, y la voz estentórea del comentarista de la BBC.

Al principio nos costó mantener una charla intrascendente, pero con su franqueza habitual Roger tardó poco tiempo en explicarme a qué se debía su visita. Se marchaba del país. Me dio a entender que Inglaterra ya no tenía nada que ofrecerle. En los años transcurridos desde que lo había conocido, se había convertido al budismo, y ahora quería viajar al Lejano Oriente. Iba a empezar por Bangkok, donde le habían ofrecido un trabajo de profesor de inglés de los estudiantes de la ciudad. Pero antes de partir, me dijo, había sentido la necesidad de «darles sepultura» a algunos «fantasmas» de su pasado.

Me lo tomé como una alusión a mi persona, y le dije, bastante indignado, que no me consideraba un fantasma, sino un ser vivo de carne y hueso.

—Y esto... —dijo Roger, echando un vistazo general a nuestro comedor, con su pulcra serie de adornos, la «mejor» porcelana expuesta en el aparador y los paisajes baratos enmarcados colgando de la pared— es lo que tú consideras «vivir», ¿no?

No contesté. Afortunadamente, fue el único comentario que hizo Roger aquella noche que implicaba una crítica a la vida que yo había elegido para mí mismo. La mayor parte del tiempo estuvo en un plan bastante conciliador. Se quedó poco más de una hora, porque tenía que coger un tren de vuelta a Londres-Euston a tiempo de hacer las maletas para su partida al día siguiente. Me preguntó si le perdonaba cómo

se había portado conmigo. Le dije (sin ser totalmente sincero) que raramente pensaba en ello, y que cuando lo hacía era sin ningún tipo de rencor o resentimiento. Me dijo que se alegraba de oírlo, y me preguntó si me podía escribir de vez en cuando desde Bangkok. Le dije que sí, si le apetecía.

La primera postal de Roger llegó como un mes después. A lo largo de los años la siguieron muchas otras, a intervalos tremendamente irregulares y desde los sitios más diversos, como Hanói, Pekín, Mandalay, Chittagong, Singapur, Seúl, Tokio, Manila, Taipéi, Bali, Yakarta, el Tíbet, o cualquier otro que se les pueda ocurrir. Por lo visto, nunca se quedaba en el mismo sitio más que unos cuantos meses. A veces parecía que trabajaba, otras que solo viajaba, llevado por aquel perpetuo espíritu de búsqueda infatigable que formaba parte esencial de su naturaleza. Alguna que otra vez (pero muy de tarde en tarde) le contestaba, pero seguía sin fiarme de Roger, y siempre ponía mucho cuidado en no desvelarle demasiadas cosas sobre mí o mi vida. Me limitaba a escribirle una líneas describiéndole a grandes rasgos los últimos acontecimientos: que Max había aprobado cinco de sus exámenes de Primaria, por ejemplo, o que habían aceptado publicar un poema mío en una pequeña revista local, o que Barbara se había muerto de cáncer de mama a los cuarenta y seis años.

El año pasado, después de que Barbara se muriese y Max se fuese de casa, me trasladé a Lichfield, mi ciudad natal. En esa ocasión les mandé postales para comunicarles el cambio de dirección únicamente a unos pocos amigos escogidos, pero Roger se contaba entre ellos; así que supongo que, en cierta forma, debía de gustarme la sensación de que seguíamos en contacto el uno con el otro. Aunque ahora me pregunto si obraría bien. Si tenía sentido hacerlo.

Y, de hecho, he tomado una decisión: ya no.

Dentro de unos días me marchó a Australia, para empezar (si Dios quiere) una nueva vida. Y no, no le voy a contar a Roger dónde me he ido esta vez. Ya es hora de olvidarse de todo ese tema: de pegar un corte claro, que me debía hace mucho tiempo, con el pasado. Haber escrito todo esto por fin, después de tantos años, ha sido un proceso laborioso, pero también estimulante y catártico. Max lo podrá leer algún día si quiere, y se enterará de la verdadera historia de sus padres. Espero que no le afecte demasiado. Mientras tanto, tengo que aprender algo de esta postergada incursión en el pasado. Tiene que servirme de inspiración; y no me estoy refiriendo a mis recuerdos de Roger o de Crispin Lambert (cuya empresa, he leído en la prensa, ha adquirido por una pequeña fortuna un importante banco de compensación), sino a mi visita a la propia Square Mile: ese laberinto de antiguas calles cargadas de historia, dedicadas al exclusivo propósito de acumular dinero. Anclada en el pasado durante tanto tiempo, la City de Londres ha iniciado hace poco el proceso de reinventarse a sí misma. Y ha demostrado que semejante reinvención es posible, por lo cual la felicito. A partir de ahora, me esforzaré en hacer lo mismo, de una manera

más modesta; y espero poder encontrar incluso cierto grado de felicidad personal como resultado.

—Entonces dime, Emma, ¿cuánto hace que nos conocemos?

—*Continúe por esta carretera.*

—¿Ya no te acuerdas? Pues, por increíble que parezca, hace menos de tres días.

—*A doscientos metros, desvío a la izquierda.*

—Ya sé, parece que hace más tiempo, ¿verdad? Tengo la sensación de que nos conocemos desde hace años. Que es por lo que creo que ya te puedo decir alguna cosa. Soltarte algún piropo, si te parece bien. Me refiero a que lo último que quiero es que te sientas incómoda...

—*A cien metros, desvío a la izquierda.*

—Pero lo que quería decirte de verdad era esto. Solo quería decirte que hay una cosa que me gusta mucho de ti. Una cosa que no he visto nunca en otra mujer. ¿Te imaginas lo que es?

—*Se acerca el desvío a la izquierda.*

—Es esa manera... Bueno, es esa manera que tienes de no juzgar nunca a la gente. Es una virtud muy rara, ¿sabes?, en una mujer. O en un hombre, ya puestos. No eres nada moralista.

—*Continúe cinco kilómetros por esta carretera.*

—Ya sé que no me he portado muy bien. Sé que no debería haber hecho lo que he hecho, ni hacer lo que estoy haciendo. Pero no te lo vas a tomar a mal, ¿verdad? Sabes que tengo mis razones. Sabes que hay circunstancias atenuantes.

—*Continúe tres kilómetros por esta carretera.*

—La verdad es que no queda muy bonito. Me voy de casa de Alison a las cinco de la mañana, sin darle ni las gracias, sin despedirme. Y no solo me largo, sino que, ya puestos, le desvalijo el mueble bar. Sé que Alison y su marido están podridos de dinero, y no van a echar de menos un par de botellas de whisky. Aunque también hay que reconocer que no es un whisky viejo cualquiera, sino dos whiskies de malta carísimos. Pero no es culpa mía. Me da igual cómo sepa esa maldita bebida; si hubieran tenido Bell's o Johnnie Walker en el aparador me los habría llevado tan contento. De todas formas, y por principios (incluso dejando de lado el precio), sé que no debería haberlo hecho. Ya te he dicho que no queda muy bonito. Así que ahí me tienes, arrastrando la maleta por la calle a las cinco de la mañana, con dos botellas robadas sobresaliendo de los bolsillos laterales de la chaqueta, y dos maderos en un coche de policía aparcado mirándome desconfiados mientras paso por delante de ellos, y no sé cómo... y *no sé cómo* volviendo al centro de la ciudad, donde consigo encontrarte de nuevo. ¿A qué hora habrá sido eso? He perdido la noción del tiempo. ¿Te acuerdas?

—*Continúe un kilómetro y medio por esta carretera.*

—Quiero decir, también han pasado otras cosas por el medio. Eso lo tengo claro.

He andado mucho tiempo por ahí. Y estaba aquel «sin techo» en el portal que me ha seguido por la calle, sin parar de preguntarme: «¿Estás bien, colega?». Y me he sentado en un banco un rato. Bastante rato, la verdad. Estaba en lo alto de algún sitio cerca de un parque, mirando hacia Princes Street y Princes Street Gardens y toda la ciudad. La típica vista panorámica. Seguía siendo de noche cuando me he sentado en el banco, y ya había amanecido cuando me he levantado para largarme. Volvía a nevar en ese momento. Pero la nieve no se aposentaba. Solo caía. Todavía no ha empezado a aposentarse.

—*A la derecha en la rotonda, tome la tercera salida.*

—Ha sido un alivio volver contigo, tengo que decirte. Ya hacía bastante frío. Le he pegado un par de sorbos al Laphroaig para calentarme antes de ponernos en marcha, que ya sé que está muy mal...

—*Se acerca la salida.*

—¡Jo! Gracias, por poco se me escapa. No estaba concentrado, lo siento. Y no me toques la bocina, maldito cabrón impaciente, solo porque alguien no conoce tan bien el camino como tú. No todos somos de aquí, ¿sabes? Pero ¿por dónde iba?

—*Continúe por esta carretera.*

—Ah, no te preocupes, ya me acuerdo. Vamos a disfrutar del paisaje. ¿Sabes una cosa?, creo que no he pasado nunca en coche por el Forth Bridge. Este debe de ser el sitio más al norte en el que he estado en mi vida. Menudo imbécil, ¿no? Cuarenta y ocho años y nunca he pasado de Edimburgo. Debería hacer una lista. Una lista de todas las cosas que tendría que hacer antes de los cincuenta. Puenting, ala delta. Leer alguno de esos libracos tremendos que Caroline siempre me andaba aconsejando: *Ana Karenina*, *El molino del Floss*. Encontrar a alguien con quien casarme, acostarme con la gente, conseguir que no me dé miedo la intimidad otra vez, no volver a estar solo (*para, para*), dar la vuelta al mundo a solas en un trimarán.

—*Continúe por esta carretera.*

—Ay, Donald, nunca tuviste posibilidades, ¿verdad? Nunca tuviste más posibilidades de dar la vuelta al mundo que yo de llegar a Unst mañana y presentarme en la tienda con una caja llena de cepillos de dientes. ¿A quién tratamos de engañar, eh? ¿A quién intentamos tomarle el pelo? A nosotros mismos, seguramente. Sí, es eso. También tenemos que engañar al resto del mundo en un determinado momento, pero eso no es lo más difícil; lo más difícil es convencernos a nosotros mismos, ¿verdad? ¿No es cierto, Donald, viejo amigo, mi viejo compañero de a bordo? ¿Eh?

—*Continúe por esta carretera.*

—Lo siento, Emma, debería estar hablando contigo, ¿no? ¿Estabas empezando a sentirte desplazada? O a lo mejor empiezas a preocuparte al oírme charlar con alguien que se murió hace cuarenta años, alguien a quien nunca conocí. Eso no está bien, ¿no? No es sano. Cualquiera pensaría que he bebido demasiado whisky antes de ponerme al volante de este coche tan bonito. No creo en los espíritus, y tú tampoco. Claro que no. Tú eres puramente racional, ¿verdad? Una máquina que solo razona es



lo que eres. No tienes cuerpo, ni alma, solo cabeza, una bonita cabeza, y lo prefiero así. ¿De qué le serviría yo a alguien con cuerpo y alma? ¿De qué me serviría alguien con cuerpo y alma a mí? No, tú y yo estamos hechos el uno para el otro, Emma. Somos como esos «seres cósmicos» en los que Crowhurst pensaba que iba a convertirse todo el mundo. Incorpóreos. Demasiado buenos para el mundo material. De hecho, pegamos tanto que te quiero preguntar una cosa. ¿Te casarías conmigo? Venga, lo digo en serio. Los gays y las lesbianas se pueden casar hoy en día, así que ¿por qué no va a poder casarse un hombre con su navegador? No le haríamos daño a nadie. Se supone que somos todos liberales, tolerantes y comprensivos en este país. Venga, ¿qué dices? Cásate conmigo. Vente a vivir conmigo y sé mi mujer. ¿Qué me contestas?

—*Continúe por esta autopista.*

—Ah, que ahora vamos por una autopista, ¿no? ¿Cuándo nos hemos metido en ella? Ni me he dado cuenta. ¿Pero qué autopista es exactamente? La M90, ya veo. ¿Y hacia dónde nos dirigimos por la M90? Por lo visto, hacia Perth, y luego a Dundee, y luego a Forfar. ¡Forfar! ¡Vaya nombre! ¡Eso sí que es un nombre evocador! Me hace pensar en los resultados de los partidos de fútbol. ¿No decía el tipo que solía leer los resultados en la BBC que era el más difícil de pronunciar? *East Fife 4, Forfar 5*<sup>[5]</sup>, o algo así. En realidad, todos estos sitios me hacen pensar en los resultados de los partidos. Cowdenbeath. Dunfermline. Arbroath. No tenía ni idea de dónde estaban todos esos sitios hasta hoy, pero, Dios mío, esos nombres me traen muchos recuerdos. La tele de los sábados por la tarde. *Clasificación final*. ¿A qué hora la ponían? A las cinco menos diez, creo. Sí, a esa hora más o menos. Entonces empezaban a aparecer los resultados en aquella especie de pequeña máquina de escribir automática. ¿Cómo la llamaban? El *teleprinter* o algo parecido. Dios mío, ¡la tecnología de los sesenta! Ha llovido mucho desde entonces. ¿Cuántos años tendría cuando empecé a ver aquel programa? ¿Siete u ocho? Seguro que todos los niños de ocho años del país hacían lo mismo, sentados en la salita de delante a la hora del té los sábados por la tarde, pegados a la tele. Me pregunto cuántos lo verían con sus padres en esa época. ¿Mi padre se sentaba conmigo a verlo? Bueno, Emma, ¿qué opinas? Di algo a voleo. Pues claro que no, el muy hijo de puta. Estaba demasiado ocupado sentado en el comedor de al lado leyendo a T. S. Eliot y sus *Cuartetos de cuerda*. O planeando cuándo iba a hacerse su próxima paja.

—*Venga, Max, ten un poco de comprensión con tu padre.*

—¡Pero qué...! ¿Me has contestado?

—*Continúe por esta autopista.*

—Vale, te voy a apagar un rato. Me parece que te estás pasando de la raya.

—Casi mejor sin ella, de momento. Hasta que vuelva a necesitarla, por lo menos. Ahora ya no creo que me pierda. De todas maneras, ¿para qué quiero ir a Aberdeen?

No voy a poder coger el ferry esta tarde. Para empezar, mira qué tiempo... Lo que debería hacer realmente es volver con Alison. Dar la vuelta en la próxima salida, volver directamente a su casa y pedirle perdón. Pobre mujer. Con ese cerdo de marido que la engaña. ¿Qué diría si me presentara con esta pinta? Lo entendería. Al fin y al cabo es una psicóloga con mucha experiencia. Un hombro donde llorar. Eso es lo que de verdad me hace falta. Alguien con quien hablar de... todo esto. Todas estas cosas. Todo lo que ha salido a relucir estas dos últimas semanas. Demasiado para mi cuerpo, la verdad. Demasiado para asimilarlo todo de golpe. Todos necesitamos una persona con la que hablar. ¿Cómo te pudiste creer que ibas a conseguirlo, Donald? Nueves meses en el mar, ¿no? ¿O diez? Algo así. Sin más compañía humana que un radiotransmisor que apenas funcionaba. Inconcebible. Y, por supuesto, al final no lo conseguiste. ¿Qué fue lo que te volvió loco en definitiva? ¿La soledad? ¿La espantosa intimidad, como la llamaba Clive? No me sorprende. No se le puede pedir a nadie que soporte una soledad de ese tipo, ¿y por qué ibas a ser diferente? Eres humano como los demás. Pero deberías haber dado marcha atrás cuando aún estabas a tiempo. Cuando caíste en la cuenta de que el barco no iba a conseguirlo. Aunque, no sé, puede que las cosas ya hubieran ido demasiado lejos en ese momento. A lo mejor lo que deberías haber hecho ese día, cuando te diste cuenta del lío en que te habías metido, en vez de ponerte a escribirlo todo y de intentar buscar una salida tú solo..., a lo mejor deberías haber usado la radio, y establecer contacto con tu mujer de alguna forma. Seguro que te hubiera dicho que dieras la vuelta y regresaras a casa.

»*Deberíamos... Podríamos...*

»Pero para mí, ¿sabes?, aún no es demasiado tarde. Debería llamar a alguien, ¿verdad? ¿Todavía estoy a tiempo? Necesito hablar de todo esto. ¿A quién puedo llamar? ¿A Lindsay, a Caroline, a Alison? ¿Qué opinas? ¿A Poppy incluso?

»A Lindsay, supongo. Es la que tendrá el punto de vista más práctico. Sí, a Lindsay. Es la ideal. Vamos a ello.

»¡Ja! No tengo batería. Se ha agotado. Ya vi que estaba muy baja anoche. Tenía intención de cargarla en casa de Alison. Puede que encuentre algún sitio donde cargarla luego.

»De todos modos, ahora mismo no me sirve de nada, igual que tu radiotransmisor en el momento en que más lo necesitabas.

»Supongo que habrá cabinas en la próxima gasolinera.

»Qué más da, joder. Si iba a ser lo mismo...

—*A un kilómetro y medio, a la izquierda en la rotonda, tome la primera salida.*

—Ah, bienvenida de nuevo.

—*A un kilómetro y medio, a la izquierda en la rotonda, tome la primera salida.*

—Ya te he oído la primera vez.

—*A un kilómetro y medio, a la izquierda en la rotonda, tome la primera salida.*

—Ya vale, tampoco hay que ser tan pelma. Si hay algo que no puedo soportar es una mujer coñazo.

—*A cuatrocientos metros, a la izquierda en la rotonda, tome la primera salida.*

—Lo siento, Emma. Tampoco quería contestarte mal. Pero la verdad es que no estoy en mi mejor momento. No he comido desde anoche. Dar vueltas con el coche por las afueras de Dundee, completamente borracho..., no ha sido muy agradable. Intentando además aceptar el hecho de que toda... mi existencia, por lo visto, no es más que una tremenda equivocación por parte de mis padres, o de mi padre en concreto.

—*A la izquierda en la rotonda, tome la primera salida.*

—Así que... gracias, papá, por aclarármelo. Por si acaso había alguna posibilidad de que alguna vez empezara a sentirme bien conmigo mismo. Tampoco es que fuera muy probable a corto plazo, pero está bien saber que te has cargado esa posibilidad de todas formas. Justo cuando empezaba a sentir que mi vida no podía ser más decepcionante, resulta que me entero de que en realidad nunca he tenido lo que se dice una vida. Bueno, ya tengo un epitafio nuevo que poner en mi lápida: «Aquí yace Maxwell Sim, la persona más innecesaria jamás nacida».

—*Al frente en la rotonda, tome la segunda salida.*

—¿Es eso lo que voy a tener que considerarme el resto de mi vida? ¿Una no-persona? ¿La raíz cuadrada de menos uno?

—*La siguiente a la derecha.*

—¿O esa es la manera sutil que alguien ha elegido para decirle a Maxwell Sim que ya no se le necesita? ¿Que tal vez sea el momento de desaparecer?

—*Al frente en la rotonda, tome la segunda salida.*

—Vale, tengo que pensármelo. ¿Te importa dejarme un momento a solas, Emma? Déjame un poco de espacio, por favor.

—A ver...

—*Continúe un kilómetro y medio por esta carretera.*

—Creo que se acerca el momento. El momento de..., el momento de...

—*A cuatrocientos metros, al frente en la rotonda, tome la segunda salida.*

—El momento de dejar de fingir...

—*Al frente en la rotonda, tome la segunda salida.*

—y aceptar lo que me está pasando. Lo que significa que ahora mismo, a las doce y nueve minutos exactamente del jueves 5 de marzo de 2009, a sesenta y cinco kilómetros al sur de Aberdeen, en dirección norte por la A90, a setenta y cinco kilómetros por hora, voy a dejar esta carretera y abandonar este viaje... Así que *no* voy a seguir recto en la rotonda, Emma; voy a torcer a la izquierda en la rotonda, siguiendo los indicadores de Edzell. ¿Qué te parece?

—*A doscientos metros, cambie de sentido.*

—¡Ja! ¿Eso es lo mejor que se te ocurre? Pues no, Emma, desde ahora ya no va a haber más cambios de sentido. Ya no voy a seguir tus instrucciones, y te voy a decir

por qué. Porque no quiero ir a Aberdeen y coger el ferry. De hecho, la lógica de esta situación exige que no vaya a Aberdeen ni coja el ferry. ¿Sabes por qué? *PORQUE YA NO SOY MAXWELL SIM. SOY DONALD CROWHURST*, y tengo que seguir su camino y repetir sus errores. Él no llegó a dar la vuelta al mundo, y yo tampoco voy a ir en barco a las islas Shetland. Él decidió fingir su viaje, y yo voy a fingir el mío, y me da igual cuántos satélites haya en el cielo apuntándome ahora mismo, porque a partir de este momento nadie sabe dónde estoy, he desaparecido, desaparecido en la oscuridad de la tormenta de nieve que se acerca, y me esconderé en ella, a la deriva en medio del Atlántico, el tiempo que haga falta, hasta que llegue el momento, hasta que llegue el momento adecuado de reaparecer, triunfante, y presentarme al mundo.

—*A doscientos metros, cambie de sentido.*

—Nooo. De eso nada. Así está la cosa, guapa. Aquí se separan los caminos.

—*A mil doscientos metros, desvío a la derecha.*

—Por cierto, se me está ocurriendo una cosa.

—*Se acerca el desvío a la derecha.*

—Hubiera sido buena idea echar un poco de gasolina en Brechin. Ya llevamos... 848 kilómetros desde que dejamos Reding, y no he llenado el depósito ni una vez. No puede quedar mucha.

—*La siguiente a la derecha.*

—¿Sigues queriendo llevarme a Aberdeen entonces? Creía que te había dicho que habíamos abandonado ese plan. Aquí hay que girar a la izquierda, creo.

—*A doscientos metros, cambie de sentido.*

—No te das por vencida, ¿eh? Resígnate, Emma. Ríndete. Rendirse tiene un punto fantástico. La sensación de... liberación es increíble. Recuerdo cuando lo descubrí la primera vez, de hecho. Fue de vacaciones en Coniston, con Chris y su familia. Un día decidimos que todos íbamos a subir hasta el Old Man de Coniston, y entonces, como a medio camino, Chris y yo nos adelantamos a los otros y aquello se convirtió en una especie de carrera entre él y yo. Y antes de que supiéramos qué estaba pasando, estábamos subiendo *a todo correr* esa maldita colina enorme, o montaña, o lo que sea. Y, casi enseguida, Chris se me adelantó y quedó claro que estaba en mucho mejor forma que yo (bueno, eso ya estaba claro antes, la verdad), y luego prácticamente le perdí de vista, pero seguí corriendo con mucho esfuerzo, sin aliento, a tropezones por aquellas rocas, con una punzada horrible en el costado y pensando que me iba a dar un infarto en cualquier momento. Y después de unos minutos en ese plan, pensé: ¿Pero qué *sentido* tiene esto? ¿Qué puto *sentido* tiene seguir corriendo? Así que me dejé caer a un lado del camino, y le dejé seguir solo. Sabía hasta dónde podía llegar, ¿entiendes? Sabía que no podía competir con Chris. Nunca había podido, y nunca podría. Y aceptar eso (*aceptarme* tal cual era) fue un auténtico alivio. Enseguida me alcanzaron los demás, que venían andando detrás (los

señores Byrne, y mis padres, y Alison), y se pararon, y recuerdo que el señor Byrne dijo: ¿Te vas a quedar ahí sentado? ¿Ni siquiera lo vas a intentar? Y le contesté que no. Estaba la mar de contento allí sentado, mientras Chris subía corriendo hasta la cima, y todos los demás le seguían. Me había rendido y me alegraba de haberlo hecho, y me quedé una hora o más allí sentado, disfrutando del paisaje, sabiendo que había tocado techo y que nunca podría pasar de allí.

—*Continúe por esta carretera.*

—Creo que eso que acabamos de pasar era un ciervo. ¿Lo has visto? En el bosque.

—*Tenemos que hablar de Chris.*

—Sí, tienes toda la razón. Tenemos que hablar de Chris. Tenemos que hablar de un montón de cosas, y Chris es una de ellas. Pero antes de eso, voy a parar en esta área de descanso para tomarme otro trago de whisky y luego echarme una siestecita, si no te importa. Porque de repente, Emma, estoy cansado. Increíblemente cansado. Y no me gustaría nada que tuviésemos un accidente. No me lo perdonaría nunca si te pasara algo.

—*Tenemos que hablar de Chris.*

—¿Mmm?

—*He dicho que tenemos que hablar de Chris.*

—¡Mierda! ¿Qué hora es? ¿Las tres? Maldita sea.

»¿De dónde ha salido toda esta nieve?

»¿Y dónde ha ido a parar todo el whisky? No me lo he bebido todo, ¿no? Voy a tener que abrir la otra botella.

»Dios mío..., qué cabezón...

»Venga, vamos allá. Tampoco es que haya mucha visibilidad esta tarde. ¡Y está todo tan oscuro! Es como si ya fuera de noche.

—*Continúe por esta carretera.*

—Vale, de acuerdo.

»¿De qué querías hablar?

—*De Chris.*

—Vale, vamos a hablar de Chris. ¿Querías hablar de algo en concreto?

—*Sí. De la fotografía.*

—¿Qué fotografía? Tienes que ser más concreta. No te sigo.

—*Continúe por esta carretera.*

—¿De qué fotografía me hablas?

—*De la foto doblada.*

—Ah, ¿quieres decir la de Alison en bikini?

—¿Por qué la dobló?

—¿Cómo?

—¿Por qué dobló tu padre la foto?

—Creía que ya lo habíamos dejado claro. Porque le excitaba la foto de Alison, y era la única mitad que quería ver.

—¿Estás seguro?

—Pues sí. No hay otra explicación.

—A un kilómetro y medio, desvío a la derecha.

—Venga, Emma, ¿adónde quieres llegar?

—A ochocientos metros, desvío a la derecha.

—No, eso nos llevaría de vuelta a la carretera de Aberdeen, y ya te he dicho que no voy a Aberdeen. Ni hoy ni nunca.

—Ya lo sabes.

—¿Que ya sé qué? ¿Te importaría no ser tan misteriosa?

—Que ya sabes por qué tu padre dobló la foto.

—¿Podemos cambiar de tema?

—Se acerca el desvío a la derecha.

—Pues voy a torcer a la izquierda.

—Ya lo sabes.

—¡Cállate de una vez, Emma! ¿Quieres dejar de hablar de eso?

—Venga, Max, dilo.

—Vete a la mierda.

—No llores, Max, no llores. Solo di la verdad.

—No estoy llorando.

—Vamos, tú puedes.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me haces pasar este trago?

—¿Era realmente Alison la que le gustaba?

—Pues claro que no. ¡Dios mío! ¡Papá! Maldito hijo de... ¿Cómo no me di cuenta? ¿Cómo no se dio cuenta nadie? Era Chris, ¿verdad? Te gustaba Chris. Todos esos años... El mejor amigo de tu hijo. No podías apartar la vista de él. Incluso ahora..., incluso *ahora* sigues pensando en él. Hasta en Australia te pasaste todo el rato preguntándome por él. Y seguramente no fue solo Chris. Seguramente también hubo otra gente. ¿Amigos míos? ¿Amigos de mamá? Quién sabe... Te reprimiste, papá. Te reprimiste todo el tiempo, durante años y años. De hecho, creo que te sigues reprimiendo. Tu triste secretito. El que nunca pudiste confesarle a mamá, ni a mí o ni a nadie.

—A doscientos metros, cambie de sentido.

—Qué triste. Qué cosa más triste.

—Cambio de sentido. Continúe cinco kilómetros por esta carretera.

—Diario en vídeo. Cuarto día.

»Bueno, seguro que quieren saber cómo me ha ido.

»Me complace informarles de que todo va bien mientras me dirijo hacia las Shetland. Sin duda, está un poco oscuro ahí fuera para que vean en qué lugar me encuentro exactamente, pero yo diría que..., yo diría que me encuentro en alguna parte de la costa oeste de África. Ayer, desde luego, dejamos atrás Madeira a estribor, y hoy veo asomar a babor una masa de roca y tierra de aspecto hostil que creo que puede ser una de las islas Canarias. O eso, o muy probablemente las Cairngorms, porque, a no ser que esté muy confundido, estamos ahora en la B976, en dirección oeste, alejándonos de Aberdeen y adentrándonos en las montañas. Déjenme comprobarlo con mi fiel navegador.

—*A trescientos metros, cambie de sentido.*

—¡Ja, ja, ja! Lleva diciendo eso un buen rato. Es Emma, mi fiel, como ya he dicho, mi fiel navegadora, que hoy ha discutido conmigo sobre la ruta que debíamos tomar. Por lo visto piensa que, a este ritmo, no tenemos ninguna posibilidad de rodear el cabo de Buena Esperanza antes de Navidad, lo que significa mal tiempo en las rugientes latitudes entre los cuarenta y los cincuenta grados, aunque tengo que decir que el tiempo ya es bastante malo por aquí. Un torbellino de espesos copos de nieve, como pueden ver fuera del coche, y un viento ululante (¿pueden oír el viento?) no contribuyen precisamente a mantener un rumbo recto en este momento, y eso sin contar que el conductor (quiero decir el capitán) llevaba bebiendo casi seguido las últimas..., las últimas quince horas, más o menos. ¡No hay nada como un poco de ron mariner, digo yo, para animarse cuando hay temporal! De todos modos, la carretera se está volviendo bastante..., bastante tortuosa y traicionera por aquí; y estoy manteniendo una velocidad de unos treinta kilómetros por hora, aproximadamente, y las reservas (me refiero a la reserva de gasolina) son escasas y, huy, aquí viene una curva peligrosa, no la he visto venir, y si están preguntándose que ruido era ese, era la cámara que ha resbalado por el salpicadero y se ha caído al suelo, que es por lo que en este momento tienen una buena vista de mi pie izquierdo.

»Vale. Corto.

—¿Emma?

»Emma, ¿sigues ahí?

—Sí, sigo aquí.

—Llevas un rato sin decir nada.

—Sigo aquí. ¿Qué pasa?

—¿Vamos a parar pronto? Estoy cansado otra vez.

—Continúe por esta carretera.

—Vale. Lo que tú digas. ¿Te parece que es un buen momento para hablar?

—*A trescientos metros, cambie de sentido.*

—¿Nunca te das por vencida? Quería hablarte de mi padre y de Roger.

—Continúe por esta carretera.

—Le he estado dando vueltas, y a lo mejor no es una historia tan triste. En cierta forma se quisieron, ¿no? Roger parece un poco aprovechado y un poco gilipollas, pero creo que mi padre le importaba de verdad. Y eso significa que, por lo menos, *alguien* se preocupaba por él. Si te paras a pensarlo, Roger y mi padre tuvieron mala suerte. Y fue Crispin Lambert el que les jodió la vida, sobre todo. Si no hubiera sido por *él* y sus estúpidos manejos, les podrían haber salido bien las cosas. De todas formas, no sé si mi padre habría tenido alguna vez el suficiente valor para salir del armario, para reconocer ante sí mismo que era... la persona que era. Aunque en cierto modo el camino que acabó eligiendo aún era más difícil. Engañarse y engañarnos a todos los que le rodeábamos, toda una vida. Lo mismo que Crowhurst tenía en mente, ¿no? Por eso debe de haberme recordado a papá.

»¿Emma...?

—*Continúe por esta carretera.*

—*Continúe por esta carretera.*

—Sí, es muy fácil decirlo... Pero no puedo seguir por esta carretera más tiempo. Mira, está cerrada. La ha cerrado la policía. Han puesto una valla.

»¿Dónde demonios estamos, de todas maneras? ¿No acabamos de pasar una ciudad?

»Vamos a echar un vistazo. Sí, aquí estamos. Esto somos nosotros: esa flechita roja en la pantalla, que se ha parado del todo. Esos somos tú y yo, quiero decir. Pero, mira, si retrocedemos un trozo, hay una pequeña carretera hacia el oeste que rodea la valla y nos devuelve a la carretera principal. Luego tenemos que subir esta montaña hasta la cima, y bajarla por el otro lado. No tiene mucha ciencia.

»El problema es que no estoy seguro de si nos llegará la gasolina. Ese indicador ya lleva un rato parpadeando. De todos modos, no te preocupes, ¿eh? ¿Qué es lo peor que nos puede pasar? Tenemos whisky, nos tenemos el uno al otro..., podemos pasar la noche, ¿no? ¿Qué me dices?

—*Tú mismo, Max. Es cosa tuya.*

—Buena chica. Vamos, entonces.

*Las ruedas del autobús, venga a girar,*

*venga a girar, venga a girar.*

*Las ruedas del autobús venga a girar todo el día.*

*Los «limpias» del autobús venga a limpiar,*

*venga a limpiar, venga a limpiar.*

*Los «limpias» del autobús venga a limpiar todo el día.*

—¿Conoces esa canción, Emma? Seguro que sí. Puedes cantarla conmigo si te apetece. Vamos, canta conmigo. Viene bien canturrear un poco cuando uno está en apuros. Te sube la moral.



*La bocina del autobús venga a pitar,  
venga a pitar, venga a pitar.  
La bocina del autobús venga a pitar todo el día.*

—¿Qué pasa? ¿No te la sabes? Yo me pasaba el rato cantándola con Lucy. Me la sé de memoria. No sé si la recordará. Solíamos cantarla en la cama, a primera hora de la mañana. Los fines de semana. Caroline se levantaba y se duchaba primero, y como yo me quedaba en la cama, Lucy venía y se sentaba en mi barriga y cantábamos esta canción.

—*No me la sé.*

—La siguiente estrofa dice:

*Los niños del autobús venga a jugar,  
venga a jugar, venga a jugar.  
Los niños del autobús venga a jugar todo el día.*

—Y luego:

*Los peques del autobús venga a llorar,  
venga a llorar, venga a llorar.  
Los peques del autobús venga a llorar todo el día.*

—¿Sabes una cosa? Creo que no vamos a poder subir esta montaña. Este coche no está pensado para eso. No se agarra bien al hielo. ¿Y has oído ese borboteo? Me suena igual que un coche que está quedándose sin gasolina. ¡Pero estamos tan cerca! Si pudiéramos llegar hasta la cima, a lo mejor podríamos bajar con el motor apagado por el otro lado. Aunque, desgraciadamente, me parece que no vamos a poder.

»No. No hemos tenido suerte.

»Se acabó. Nos hemos quedado atascados.

»Qué silencio, ¿verdad?

—*No se oye nada.*

—Sabes dónde estamos, ¿no?

—*¿Dónde estamos, Max?*

—Pues en pleno bache. Igual que Donald Crowhurst cuando se le estropeó definitivamente la radio. Tenía la radio rota, yo tengo un móvil que no funciona.

—*Pero, Max, te tengo que recordar una cosa. Una cosa muy importante. Tú no eres Donald Crowhurst. Tú eres Maxwell Sim.*

—No, no me entiendes. Sigues sin entenderme. Todo lo que le pasó a él me está pasando a mí. Y en este momento.

—*Estamos en las Cairngorms. No en el Mar de los Sargazos.*

—Si cierras los ojos, podríamos estar en cualquier parte.

—*En su camarote hacía calor. Y aquí hace frío.*

—Bueno, eso tiene fácil arreglo. Vamos a poner la calefacción a tope.

—*Si haces eso, Max, nos vamos a quedar sin batería.*

—Me da lo mismo. Y Crowhurst estaba desnudo, ¿no? ¿No se pasó la mayor parte de sus últimas semanas desnudo?

—*Max, por favor, no hagas eso. Contrólate.*

—¿Pero qué pasa? ¿Es que nunca has visto a un hombre desnudo? No, supongo que no.

—*Max, para. Vuelve a ponerte la camisa. Y baja la calefacción. Está empezando a hacer demasiado calor aquí dentro. Vas a gastar la batería.*

—Ahí van los pantalones. Mira para otra parte, si no quieres llevarte una impresión. ¡Listo! Ahora ya estamos cómodos y calentitos. Sin secretos entre los dos. ¿Te hace una copita? Tenemos un Talisker de veinte años, cortesía de Alison y Philip. ¿No me vas a acompañar? Bueno, tampoco te voy a reñir. Muy sensato por tu parte. Yo ya he bebido demasiado whisky hoy, pero si vamos a pasarnos la noche entera en la falda de esta montaña...

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

»Emma.

—*Estoy aquí, Max.*

—¿Me he quedado dormido?

—*Pues sí. Más de una hora.*

—¿En serio? Mierda, esperaba haber dormido más. Dios, qué calor hace.

—*La calefacción ha estado encendida todo el tiempo. Te he dicho que no la pusieras tan fuerte. Ahora casi se ha agotado la batería. Y sabes lo que eso significa, ¿no, Max?*

—No, ¿qué significa?

—*Pues que me voy a tener que ir pronto. Me estoy desvaneciendo.*

—¡Oh, no! ¡Eso no, Emma! Tú también, no. No me dejes, por favor.

—*Me voy a ir enseguida. Dentro de muy poco.*

—Voy a bajar la calefacción. La voy a apagar del todo.

—*No, Max, demasiado tarde. Tenemos que despedirnos.*

—Pero, Emma, no puedo vivir sin ti. Tú lo has sido... todo para mí, estos últimos días. Sin ti... Sin ti, no puedo seguir.

—*Tiene que ser así.*

—¡No! ¡No te puedes ir! ¡Te necesito!

—*No llores, Max. Hemos pasado buenos ratos juntos. Pero ya se ha acabado. Acéptalo, si puedes. Solo nos quedan unos pocos minutos juntos.*

—No lo puedo aceptar. No.

—¿*Hay algo que quieras decirme en este momento?*

—¿El qué? ¿A qué te refieres?

—*A si no hay algo que quieras decirme antes de que me vaya.*

—No te entiendo.

—Creo que hay algo que deberías contarme. Tu secretito. Algo que nunca le contaste a Caroline. Algo que tiene que ver con Chris.

—¿Con Chris?

—Sí. Ahora ya sabes de lo que hablo, ¿no?

—¿Te refieres a...?

—¿Sí?

—¿Te refieres a lo que pasó en Irlanda? ¿Al hoyo de ortigas?

—Exactamente. Venga, Max. Te sentirás mejor si se lo cuentas a alguien.

—Cielo Santo... ¿Cómo te has enterado de eso?

—Vamos, dílo en voz alta. Cuéntame lo que pasó. Cuéntame lo que le pasó al pobre Joe. Lo que le hiciste.

—Joder..., joder..., joder.

—Vale. Lloro si quieres. Sácalo fuera.

—¿Quieres saber la verdad?

—Pues claro. La verdad siempre es hermosa.

—Pero la verdad, Emma, es... La verdad es... Dios mío. La verdad es que lo odiaba. ¿A que suena fatal? Si solo era un niño. Un niño alegre, curioso, lleno de vida. Lo odiaba por ser tan feliz. Lo odiaba por tener un padre como Chris. Por tener dos hermanas con las que jugar. Lo odiaba por todo lo que tenía... que yo nunca había tenido. Todas las cosas que papá nunca me había dado.

—Lloro si quieres.

—Nunca me di cuenta, ¿sabes? Nunca me di cuenta de la cantidad de odio que tenía dentro. Nunca me di cuenta de que podía odiar así a un niño.

—No reprimas las lágrimas, Max. Te vendrá bien. Entonces, ¿qué pasó?

—No soy capaz de decirlo.

—Sí que eres. Lo puedes decir, Max. Estaba jugando con la cuerda, ¿verdad? Se estaba columpiando sobre el hoyo de ortigas.

—Sí.

—Y entonces se columpió hasta el borde, e intentó saltarse, ¿y qué hiciste tú en ese momento?

—No soy capaz.

—Sí que eres capaz. Tú puedes, Max. Sé lo que pasó. Lo empujaste.

—Yo...

—¿Fue eso lo que pasó? ¿Lo empujaste al hoyo? ¿Lo empujaste, Max?

—Sí, lo empujé. Él también lo sabía. Sabía que fui yo. Se lo dijo a su padre. Al principio Chris no se lo podía creer, pero yo creo que al final le creyó. Y por eso se fueron todos. Por eso Chris no ha vuelto a hablarme nunca.

—Lloro si quieres. Aunque es mejor que se lo cuentes a alguien.

—No lo pude evitar. Quería hacerle daño. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Nunca habría pensado que podía desear hacerle tanto daño a alguien. Si solo tenía ocho años... Ocho años. Mierda. Soy malo. Soy malísimo. No debería habértelo

contado, ¿verdad? ¿Me odias ahora, Emma? ¿Me lo podrás perdonar alguna vez? ¿Podrás volver a quererme?

—Soy la única persona a la que podías habérselo contado, Max. Porque yo no juzgo a nadie, ¿recuerdas? Me alegro de que me lo hayas contado. Está bien que lo hayas hecho. Al fin y al cabo, tenías que contárselo a alguien. Pero casi se ha acabado la batería. Voy a tener que decirte adiós. Te voy a dejar, Max.

—Emma, no te vayas.

—Tengo que irme. Voy a dejarte a merced de los elementos. La nieve caerá sobre ti. La oscuridad te cubrirá. Los elementos te han reducido a esto. Ahora te controlan.

—¿No tienes más que decirme? Porque yo sí quiero decirte una cosa. Algo que llevo siglos queriendo decirte.

—Vale, de acuerdo. Una cosa más. Tú primero.

—Pues ahí va. Te amo, Emma. De verdad. Llevo días queriendo decírtelo, pero nunca me he atrevido. Nunca he tenido el valor suficiente. Pero ya está. Te amo. Siempre te he amado. Desde que oí tu voz por primera vez.

—Adiós entonces, Max.

—¿Pero qué ibas a decirme?

—A trescientos metros, cambie de sentido.

—Emma... *Por favor*, no te vayas. No me dejes solo. No me dejes aquí solo. *Por favor*.

»¿Emma? ¿Emma?

# Fairlight Beach

Al ver a la mujer china y a su hija jugando a las cartas en la mesa del restaurante, con el agua y las luces de la bahía de Sidney brillando detrás, supe que ya no tardaría casi nada en encontrar lo que andaba buscando.

Era el 11 de abril de 2009, el segundo sábado del mes.

Llegué al restaurante a las siete en punto, y ellas llegaron tres cuartos de hora más tarde. No parecía que hubieran cambiado mucho desde la última vez que las había visto, el día de San Valentín. Estaban exactamente igual. Puede que la niña pequeña llevara hasta el mismo vestido. Y lo que hicieron juntas en la mesa también fue lo mismo. Para empezar, comieron de todo juntas (una comida sorprendentemente abundante de cuatro platos para cada una, de hecho), y luego el camarero se llevó las fuentes y los platos y trajo un chocolate caliente para la niña y un café para la madre, y entonces la mujer china sacó la baraja y se pusieron a jugar. Una vez más, no conseguí enterarme muy bien a qué juego. No era el típico juego de cartas adulto, pero tampoco uno infantil, como el burro. Fuera el que fuera, estaban totalmente concentradas en él. En cuanto empezó la partida, fue como si las envolviera un capullo de intimidad que les hiciese prescindir de los demás comensales. La terraza del restaurante no estaba tan llena como la última vez; en parte porque esa última vez había sido el día de San Valentín, claro, pero también porque en Sidney ya hacía un tiempo bastante más frío y otoñal, y la mayoría de la gente había decidido comer dentro. A mí incluso me estaba cogiendo frío; aun así me alegraba de que la mujer china y su hija hubieran preferido quedarse en la terraza, porque eso significaba que las podía contemplar de nuevo tal como las recordaba, con las luces y la bahía de Sidney brillando al fondo. Intenté mirarlas discretamente, solo un vistazo de cuando en cuando en su dirección, sin mirarlas fijamente ni nada parecido. No quería que se sintieran incómodas.

Al principio, simplemente me alegré de verlas. Disfrutaba saboreando aquella abrumadora sensación de bienestar y calma que me invadió cuando las vi por primera vez en la terraza del restaurante. En definitiva, aunque el camarero me había asegurado, no hacía tanto tiempo, que acudían con regularidad a aquel restaurante el segundo sábado de cada mes, no había conseguido convencerme a mí mismo de que estarían allí esa noche. Así que mi primera reacción había sido de puro alivio; alivio que, sin embargo, no tardó en transformarse en una creciente sensación de angustia. El caso era que, a pesar de haberle dado vueltas horas y horas, no había sido capaz de encontrar una manera adecuada de presentarme. Soltar una vieja frase gastada como: «Disculpen, ¿pero no las he visto antes en alguna parte?» no me llevaría a ningún lado. Si les decía, en cambio, que la esperanza de conocerlas había sido uno de los principales alicientes para coger un vuelo intercontinental desde Londres, lo más probable era que alucinaran. ¿No había nada que estuviera a medio camino entre los

dos enfoques? A lo mejor tendría que decirles la verdad: que las había visto por primera vez en el restaurante hacía dos meses, y que desde entonces se habían convertido para mí en una especie de tótem, de símbolo de todo lo que una auténtica relación entre dos seres humanos debía ser, en un momento en que parecía que las personas estaban perdiendo la capacidad de relacionarse las unas con las otras, a pesar de que la tecnología inventase cada vez más formas que supuestamente lo facilitaban... Me iba a quedar empantanado si desarrollaba demasiado aquella línea de pensamiento, pero aun así pensé que (con un poco de suerte, y si conseguía encontrar las palabras justas) podría ser una manera factible de afrontarlo. Y sería mejor que me apurara si no quería perder la oportunidad de hablar con ellas esa noche. Se estaba haciendo tarde, y la niña empezaba a cansarse, y probablemente se irían enseguida. Parecía que ya habían terminado la partida y volvían a charlar y a reírse juntas, mientras discutían amistosamente alguna bobada y la mujer china miraba alrededor buscando al camarero, era de suponer que para pedirle la cuenta.

De modo que así estaban las cosas. Con el corazón a cien por hora, estaba a punto de levantarme de mi silla y acercarme hasta su mesa cuando algo me detuvo. O mejor dicho, alguien. Porque, justo en aquel momento, y sin que me lo esperara en absoluto, mi padre salió a la terraza del restaurante y vino hasta mi mesa.

Sí, mi padre. La última persona a la que esperaba ver en aquel momento. Se suponía que estaba en Melbourne con Roger Anstruther.

De acuerdo. Reconozco que me he dejado fuera partes importantes de la historia. Seguramente es el momento de rebobinar un poco.

Era sábado por la tarde cuando me desperté por fin en un pabellón hospitalario de Aberdeen. Me desperté y vi que había dos personas sentadas junto a mi cama: Trevor Paige y Lindsay Ashworth. Habían venido para llevarme a casa.

Al día siguiente, Trevor y yo volvimos juntos en tren a Londres. Lindsay volvió conduciendo en el Prius. En el tren a Londres, Trevor me contó las novedades sobre Cepillos de Dientes Guest: se habían visto obligados a cerrar después de que el banco se hubiese negado a conceder más créditos. El comunicado se había hecho aproximadamente cuando yo rodeaba las afueras de Dundee, pero nadie de la empresa había conseguido comunicarse conmigo. Los diez miembros del equipo habían sido despedidos, y el proyecto de lanzar la nueva gama en la feria de la Asociación del Comercio y la Industria Dental Británica evidentemente se había cancelado. Todos los planes de Lindsay se habían quedado en nada.

Ya de vuelta en Watford, me llevó unos días recuperarme de mi viaje. Me pasé la mayor parte de la semana siguiente en la cama. Tengo que decir que vino a verme mucha gente. No solo Trevor y Lindsay, sino incluso el propio Alan Guest, lo que me pareció todo un detalle. Por lo visto se sentía bastante culpable del cariz que había tomado mi participación en la campaña, casi como si fuera una responsabilidad

personal. Le dije que no debía preocuparse al respecto. Poppy vino a verme dos veces, trayendo a su tía con ella la segunda vez. Y el fin de semana aún mejoraron las cosas, cuando tuve la suerte de presenciar un auténtico milagro: la visita de Caroline y Lucy. No se quedaron a pasar la noche ni nada parecido, pero de todos modos era la primera vez que se acercaban a Watford desde nuestra separación, y Caroline me prometió que no sería la última.

En cuanto me encontré un poco bien, me puse en contacto como mis antiguos jefes y pedí otra cita con Helen, mi asistente de salud laboral. Le dije que había reconsiderado mi puesto en los grandes almacenes, y que, si había alguna posibilidad de recuperar mi antiguo trabajo, me gustaría volver a trabajar allí. Helen se quedó muy sorprendida con mi petición, y me contestó que tendría que consultarlo con el departamento de personal, y que se pondría de nuevo en contacto conmigo pasados unos días. Y no me mintió. Ya habían contratado a otro empleado en el servicio posventa de atención al cliente, me dijo, pero me mandaría por correo electrónico una lista de vacantes disponibles en otras secciones de los almacenes, y me aseguró que cualquier solicitud que pudiera hacer para uno de aquellos puestos sería vista con buenos ojos. Llegó la lista, y después de pensármelo un poco, solicité un trabajo en la sección de tejidos de decoración. Me alegra poder decir que conseguí el puesto, y acepté empezar a trabajar el lunes 20 de abril.

Mientras tanto tomé una decisión, y me di cuenta de que no tenía mucho tiempo para llevarla a la práctica. Una mañana me senté a la mesa de la cocina con la bolsa de basura llena de postales de Roger Anstruther. Las volqué todas sobre la mesa, y me puse a seleccionarlas. Para empezar, quería ponerlas en orden cronológico. No era fácil, porque no todas estaban fechadas, y de las que no lo estaban muchas tenían matasellos ilegibles. Había que hacer unas cuantas conjeturas. De todas formas, al cabo de unas horas, ya había progresado lo suficiente como para poder trazar un mapa aproximado del itinerario que había seguido en los últimos años. Desde enero de 2006 había viajado por el sur de China, Myanmar, Tailandia, Camboya e Indonesia, y luego se había pasado casi un año en la isla de Peleliu, a casi mil kilómetros al oeste de las Filipinas. Era el lugar más remoto que cabía imaginar, y pensar que Roger podía haberse afincado allí, al menos de momento, hizo que mi plan resultase aún más irreal e impracticable de lo que me había parecido en un principio. Mi plan era... Bueno, ya lo han adivinado, ¿no? Pues claro. Mi plan era conseguir una especie de reconciliación entre Roger Anstruther y mi padre. Encontrar a Roger en primer lugar, y sugerirle que recuperase el contacto con mi padre: en persona, evidentemente; no por correo electrónico ni por teléfono. Sin embargo, puestos a considerar la distancia geográfica que los separaba, la idea empezaba a parecerme ridícula. Cierto era que se hallaban en el mismo hemisferio, pero nada más. Y aun así..., cuantas más vueltas le daba a mi plan, más me parecía una necesidad, y no una fantasía absurda. La historia de mi padre y Roger *debía* acabar de aquella manera. En el fondo tenía la sensación de que se trataba de algo más que una



cuestión de suerte, que su encuentro era también su destino, y que provocarlo era la tarea para la que yo había nacido. ¿Les parece que no había recuperado mis facultades mentales del todo, tras el desastroso final de mi viaje? Pues entonces piensen una cosa. Todavía quedaban veintitantos postales en la bolsa en aquel momento, y cuando las saqué descubrí que, aunque aparentemente la mayoría de ellas databan de los primeros años noventa, había una que era mucho más reciente. Se trataba de una foto del frente costero de Adelaida, y estaba fechada en... enero de 2009.

Roger estaba en Australia. Él y mi padre estaban viviendo a unos mil quinientos kilómetros de distancia. Sin aliento, leí y releí el texto del dorso de la postal:

*Al final me he hartado de vivir en el culo del mundo, y he empezado a volver a suspirar por algunas comodidades occidentales. También he pensado (aunque sea un pensamiento morboso) que debería empezar a buscar un sitio en el que acabar mis días. Así que aquí estaré, al menos durante los próximos meses. He marcado mi hostel con una flecha; en tiempos debió de tener una buena vista de la bahía, pero al parecer todos los nuevos bloques de apartamentos se la han cargado.*

Y ahora díganme, ¿no les parece puro destino?

A menudo, tal como he llegado a descubrir estas últimas semanas, internet es algo que levanta barreras entre las personas en la misma medida que sirve para conectarlas entre sí. Pero también hay ocasiones en las que puede ser una bendición sin complicaciones. En cuestión de horas, había usado el Google Earth para localizar la zona del paseo marítimo de Adelaida de la postal de Roger, había identificado su hostel, averiguado el nombre y la dirección, y enviado un e-mail a los dueños preguntándoles si tenían algún cliente con su nombre. Su respuesta llegó a la mañana siguiente, y era exactamente la que estaba esperando.

Así que ya había encontrado a Roger Anstruther.

Cogí un vuelo a Australia el 4 de abril. Esta vez iba a ser un viaje corto, poco más de una semana; ni siquiera el tiempo necesario para recuperarme del desfase horario como es debido. Tampoco podía permitírmelo económicamente sin endeudarme todavía más. Pero había que hacerlo. Al principio no tenía intención de decirle a mi padre que iba a ir. Pensé que sería mejor darle una sorpresa. Luego me di cuenta de que era absurdo; la gente no vuela de un lado a otro del mundo, con el consiguiente gasto, con la vaga esperanza de ver a su padre. ¿Y si se había ido a alguna parte? ¿Y si había decidido cogerse un par de semanas de vacaciones? Así que la noche anterior al vuelo, lo llamé por teléfono, pero no conseguí comunicarme con él. El teléfono de su casa no contestaba, y el móvil tampoco. Entonces me asusté. A lo mejor le había ocurrido algo. A lo mejor estaba muerto en el suelo de la cocina de su nuevo apartamento. Ahora sí que tenía que ir hasta allí si quería verlo.

Naturalmente, cuando me presenté en su apartamento treinta y seis horas después y llamé al timbre, salió a abrirme enseguida.

—¿Pero qué haces aquí? —me dijo.

—He venido a verte. ¿Por qué no me has cogido el teléfono?

—¿Me has estado llamando? No sé qué le pasa. Le he quitado el timbre, no sé cómo. Ahora no lo oigo cuando me llama alguien.

—¿Y tu móvil?

—Se le acabó la batería y no encuentro el cargador. No te habrás hecho semejante viaje solo por eso, ¿no?

Yo seguía de pie en el umbral.

—¿Puedo pasar?

Creo que mi padre estaba realmente conmovido porque yo me hubiese tomado la molestia de volver allí tan pronto, después de mi última visita. Conmovido y estupefacto. Gran parte de la semana no hicimos nada especial, aunque había una comodidad e incluso (¿me atreveré a decirlo?) una cercanía entre nosotros totalmente nuevas para los dos. Le devolví el preciado cuaderno azul de anillas que le había cogido en Lichfield, y le conté que había leído *El Sol Naciente*; pero aparte de eso, no hablamos de ello. Por lo menos durante un tiempo. Tampoco le comenté al principio que más de la mitad del espacio de mi maleta lo ocupaban capas y más capas de las postales de Roger Anstruther. En cambio, me lo tomé con calma, y pasamos los primeros días de mi visita entregados a distintas actividades domésticas de poca importancia. Mi padre ya llevaba tres meses en ese apartamento, pero aún no estaba amueblado del todo, así que también nos entretuvimos yendo a almacenes de muebles y comprando sillas y armarios y una cama supletoria. Además tenía un televisor de hacía unos veinte años que apenas funcionaba, conque un día salimos a comprarle un bonito televisor nuevo de pantalla plana y un reproductor de DVD. Se quejó diciendo que ahora no tenía donde poner sus viejas cintas de VHS, y que los mandos eran demasiado pequeños y que seguro que los perdía; pero en general creo que estaba contento, no solo por el televisor, sino por todo. Lo estábamos pasando mucho mejor que la última vez que le había visitado.

Llegó la noche del viernes, y yo aún no le había contado lo que tenía planeado para el día siguiente. Pedimos comida a un chino y abrimos una estupenda botella de Syrah neozelandés y entonces, mientras estábamos partiendo el cuarto de pato crujiente y sacando las tortitas de su envoltorio de celofán, fui a la habitación de al lado y, cuando volví, le dije:

—Papá, tengo que decirte una cosa.

Puse un billete de Qantas en medio de la mesa.

—¿Qué es eso? —me preguntó.

—Es un billete de avión —le contesté.

Lo cogió y se quedó mirándolo.

—Es un billete para Melbourne —dijo.

—Exacto.

—Para mañana.

—Sí, para mañana.

Lo dejó sobre la mesa.

—Bueno, ¿y qué pasa?

—Que mañana te vas a Melbourne —le dije.

—¿Y para qué quiero ir a Melbourne?

—Porque... Porque mañana también va a estar allí alguien a quien creo que deberías ver.

Se quedó mirándome sin entender. Me di cuenta de que parecía que quería que viera a un especialista o algo así.

—¿Pero quién?

—Roger —le dije.

—¿Qué Roger?

—Roger Anstruther.

Mi padre dejó de cortar el pato en pequeñas tajadas muy finas y se sentó a la mesa.

—¿Has contactado con Roger? ¿Y cómo?

—Le he seguido la pista.

—¿Pero cómo?

—La clave estaba en la última postal que te mandó. Me la encontré en Lichfield.

—¿Sigue escribiéndome?

—Sí. Nunca ha dejado de hacerlo. Tengo unas doscientas postales suyas ahí arriba, en la maleta.

Mi padre se rascó la cabeza.

—¿Quiere verme?

—Sí.

—¿Has hablado con él?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Pues me pareció que... tenía ganas de verte.

—¿Ahora vive en Melbourne?

Negué con la cabeza.

—En Adelaida. Escogimos Melbourne porque era un buen punto intermedio.

Mi padre volvió a coger el billete y miró la hora del vuelo, a pesar de que parecía que no se enteraba muy bien de los detalles.

—Entonces, ¿ya lo habéis organizado todo?

—Si a ti te apetece.

—¿Dónde se supone que nos vamos a encontrar?

—En el salón de té de los Jardines Botánicos —le dije—, mañana, a las tres en punto de la tarde.

Dejó el billete y cogió el tenedor y el cuchillo para seguir cortando el pato, pensativo, con el ceño fruncido. Durante un buen rato no dijo nada más sobre el tema.

Mi padre, ahora que lo pienso, tiene un talento natural para los silencios.

Esa noche, de todas formas, era evidente que estaba muy nervioso. Le pasé los paquetes de postales, y cuando me fui a la cama lo dejé sentado a la mesa de la cocina, leyéndolas metódicamente. A las tres de la mañana, todavía con el desfase horario encima, me desperté y vi que aún había luz en la rendija de la puerta de su dormitorio. Se oía el crujido de las tablas del suelo mientras se paseaba de un lado a otro. Sospecho que ninguno de los dos durmió el resto de la noche.

Fui el primero en usar la cocina a la mañana siguiente. Mientras estaba allí haciéndome un café sobre las siete de la mañana, entró mi padre y me dijo de improviso:

—No me has sacado un billete de vuelta.

—No.

—¿Y por qué no?

—No sabía cuánto tiempo ibas a querer quedarte. Creí que eso dependería más bien de cómo salieran las cosas. Vas a tener que comprarte el billete de vuelta.

—No puedo pagarme un billete de avión, de Melbourne a Sidney.

—Ya te lo pagaré yo después.

Cuando dije eso, hizo algo..., bueno, hizo algo que me pareció totalmente extraordinario. Si han tenido la suerte de tener una relación relativamente normal con sus propios padres, les costará entender lo extraordinario que me pareció. Para empezar, me dijo:

—Gracias, Max. —Y luego—: No tenías por qué hacer esto por mí, ¿sabes? — Aunque eso no fue lo raro. Lo raro fue que, mientras lo decía, se acercó hasta mí mientras estaba echando agua hirviendo sobre el café soluble de la taza, y me puso una mano en el hombro. Me tocó.

Tenía cuarenta y ocho años, y era la primera vez, que yo recordara, que hacía semejante cosa. Me di la vuelta y nuestras miradas se encontraron un momento. Pero el momento era demasiado incómodo para los dos, y enseguida apartamos la vista.

—¿Y tú qué vas a hacer hoy? —me preguntó.

—No tengo ningún plan especial —le dije—. Salvo que esta noche tengo que ir a un restaurante. Yo también espero poder encontrarme con alguien allí.

Le expliqué que era el mismo restaurante donde no habíamos conseguido cenar juntos al final de mi última visita. Y también le conté algo de la mujer china y su hija.

—¿Conoces a esa mujer? —me preguntó, mientras le pasaba una taza de café instantáneo.

—No, no exactamente. Pero... —sonaba bastante absurdo, pero me lancé— en cierta forma es como si ya nos conociéramos. Como si ya la conociese hace mucho.

—Entiendo —dijo sin mucho convencimiento—. ¿Está casada? ¿Tiene novio?

—No creo. Estoy casi seguro de que es madre soltera.

—Y esta noche vas a hablar con ella. ¿Ese es el plan?

—Sí, ese es el plan.

—Pues buena suerte —me dijo.

—Lo mismo te digo, papá —le dije—. Es un gran día para los dos.

Entrechocamos nuestras tazas, y bebimos por el éxito de nuestros respectivos encuentros.

Como media hora más tarde, justo antes de irme, le recordé a mi padre que había encontrado el cargador de su móvil y que, después de cargarlo a tope, se lo había dejado en lo alto de la estantería del cuarto de estar.

—No te lo olvides, por favor —le grité, mientras él estaba en su dormitorio, metiendo unas cuantas cosas a presión en una bolsa de viaje.

—No te preocupes —me gritó él—. Ya lo he cogido. Lo tengo aquí.

Y, tonto de mí, le creí.

Y ahora ahí estaba, de vuelta en Sidney, poco más de doce horas después, tomando asiento frente a mí en la terraza del restaurante, con el agua y las luces de la bahía de Sidney brillando detrás. Aparte de la mujer china y su hija, éramos los únicos que quedábamos. Soplaban una brisa fresca desde el agua. Le despeinaba el pelo a mi padre, y al verlo pensé que tenía la suerte de conservarlo todo a su edad. Pensando en eso, me pasé una mano por mi propio pelo, que ya estaba casi todo gris, pero que, como el de mi padre, tampoco tenía entradas y seguía siendo abundante; y entonces me puse a pensar en que probablemente había heredado su pelo, y de que debía estarle agradecido, porque había muchos hombres de mi edad prácticamente calvos. Me quedé mirando a mi padre mientras le daba vueltas al tema, y me di cuenta de que me parecía a él en muchas cosas: el color de ojos, la curva de la barbilla, que nos gustara menear las bebidas en el vaso antes de tomarlas... Y por primera vez en mi vida ese pensamiento me resultó agradable, algo bueno, y me entró una sensación de calor en la boca del estómago: como si fuera una especie de regreso a casa.

—Esperaba encontrarte aquí —me dijo—. ¿Has terminado de cenar? ¿Te tomas una copa conmigo? Porque te juro que necesito una copa.

Le contesté que por supuesto que me tomaría una copa con él, así que llamó al camarero y pidió dos amarettos largos (salvo que él los llamó «amaretti»).

—Entonces, ¿cómo te ha ido? —le pregunté, a pesar de que ya veía que algo había salido mal—. ¿Qué tal te ha ido con Roger? ¿Conseguiste reconocerlo después de tantos años?

El camarero nos trajo las bebidas (esa era otra cosa que me gustaba de aquel restaurante: tenía un servicio estupendo), y luego se acercó a la otra mesa a llevarles la cuenta a la mujer china y su hija.

Mi padre meneó su copa de amaretto antes de pegarle un buen sorbo.

—¿De quién fue la idea de que nos encontráramos en el salón de té de los Jardines Botánicos? —me preguntó—. ¿Tuya o de Roger?

—Mía —le respondí—. ¿Por? ¿No ha sido buena idea? No me digas que estaba

cerrado por reformas o algo así.

—No, qué va. En principio no era mala idea. Los jardines son preciosos. Solo que me sorprende que los eligieras tú, porque creía que nunca habías estado en Melbourne.

—Es que no he estado —reconocí—. La verdad es que tengo un amigo en Facebook que vive en Melbourne, conque le pedí que me sugiriera un sitio. Así que supongo que en realidad fue idea suya, no mía.

—Ah, está bien. Estupendo, entonces.

Era evidente que de estupendo nada, que había algo que no había funcionado.

—Pero... —le solté.

—Bueno... —Mi padre pegó otro sorbo, mientras se pensaba detenidamente lo que iba a decir—, fue buena idea, Max, pero es que hay un problema.

—¿Cuál?

Se inclinó hacia delante y dijo:

—*Hay dos salones de té distintos en los Jardines Botánicos de Melbourne.*

Estaba a punto de pegarle un sorbo a mi amaretto. Posé la copa despacio.

—¿Qué?

—Hay dos salones de té distintos. En los dos extremos opuestos de los jardines. Uno está pegado a la entrada principal, enfrente del monumento a los caídos, el otro está cerca del lago ornamental. He ido al del lago.

—¿Y Roger...? —le pregunté, aunque casi no podía hablar.

—Pues parece ser que ha ido al otro.

Empezaba a darme cuenta de lo absurdo del caso, de lo horrible de la situación, en toda su crudeza.

—¿No habéis conseguido encontraros?

Mi padre asintió.

—Pero... le di el número de tu móvil. Y metí el suyo en tu directorio. ¿No ha intentado llamarte por teléfono?

—Sí. Catorce veces. Como he visto cuando he llegado a casa. Aquí.

Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y me enseñó el mensaje de la pantallita, que decía: «14 llamadas perdidas».

—¿Y por qué no se lo has cogido?

—Porque no llevaba el móvil.

—¿*Que no llevabas el móvil?* Pero serás... idiota, papá. Te pregunté si lo llevabas. Y me dijiste que sí. Te lo he preguntado esta mañana.

—Creía que lo había cogido, pero no. Lo confundí con esto.

Sacó algo del bolsillo de su chaqueta y lo puso en medio de la mesa. Era el mando de su nuevo televisor de pantalla plana.

—Tendrás que reconocer —dijo, colocándolo junto al móvil— que se parecen mucho.

Era cierto. Se parecían.

—Entonces... ¿qué ha pasado?

—Pues que he llegado al salón de té sobre las tres menos diez, y me he quedado allí sentado como media hora, y entonces he pensado que Roger se retrasaba, así que he ido a mirar el teléfono, a ver si me había llamado y no lo había oído, y ha sido cuando me he dado cuenta de que había cogido el mando de la tele por equivocación. No me he quedado horrorizado porque en ese momento, que yo supiera, solo había un salón de té en los Jardines Botánicos, y allí estaba yo plantado. Así que he esperado otros veinte minutos, y entonces una chica se ha acercado a retirar mis cosas y le he dicho: «Por cierto, si hubiera quedado usted con alguien en el salón de té de los Jardines Botánicos, ¿vendría a este sitio?», y se ha sonreído y me ha dicho: «Pues claro». Pero luego al irse se ha dado la vuelta un momento y me ha dicho: «Bueno, a no ser que quisiera decir usted el otro, claro».

Los dos meneamos el amaretto de nuestras copas y le pegamos otro sorbo. Las dos copas estaban casi vacías.

—Entonces he entendido perfectamente lo que había pasado. Y le he preguntado a la chica cuánto me llevaría ir andando de un sitio a otro, y me ha dicho que diez minutos o un cuarto de hora (ha visto que no estaba precisamente en la flor de mi juventud), y le he preguntado si había más de un camino, y me ha contestado que varios diferentes. Así que he pensado que seguramente Roger también se habría dado cuenta de lo que había pasado, y que lo mejor sería quedarme en mi sitio un rato. Conque me he quedado allí otro cuarto de hora, y luego he empezado a preocuparme, porque, aunque seguro que podría haberle pedido al personal de mi salón de té que llamara al del otro para ver si había alguien allí parecido a Roger, no se me ha ocurrido a tiempo, y me he levantado de mi mesa para acercarme hasta el otro salón de té. Lo que de hecho me ha llevado más de veinticinco minutos, porque últimamente no puedo andar muy rápido y me pierdo todo el rato. El caso es que, cuando he llegado allí, Roger ya se había ido.

—¿Pero había estado allí?

—Sí, sí. El encargado de la barra me lo ha descrito muy bien.

—Pero si llevabas sin ver a Roger cuarenta años...

Mi padre se sonrió.

—Ya lo sé. Pero era Roger seguro. Hay cosas que no se olvidan.

—¿Y qué ha pasado luego?

—Pues luego... —Mi padre estaba a punto de lanzarse a explicármelo, pero por lo visto se le quitaron las ganas—. Ay, Max... —me dijo—, ¿de verdad necesitas saberlo? ¿Qué te parece otra copa?

Le pedimos dos amaretti más al camarero, y en ese momento me di cuenta de que la mujer china y su hija ya no estaban sentadas a su mesa.

—Oh, no..., se han ido —dije, y el corazón me dio un vuelco. Me había distraído tanto con la historia de mi padre, que ni siquiera me había fijado en que se marchaban.

—¿Quién se ha ido?

—La mujer y su hija. Las dos con las que quería hablar.

—¿No has conseguido hablar con ellas?

—No.

—Creía que ya habías hablado con ellas.

—Estaba a punto cuando has aparecido. Y ahora ya se han ido.

Estaba destrozado. Me levanté de la mesa para ver mejor a mi alrededor, y las distinguí a unos cien metros: iban andando cogidas de la mano hacia Circular Quay. Por un momento incluso pensé si salir corriendo tras ellas. Al fin y al cabo, me había hecho aquel viaje desde Londres para hablar con aquella mujer. De hecho, seguramente habría dejado la terraza en aquel momento y echado a correr en su busca si la mano de mi padre no me hubiera sujetado el brazo.

—Siéntate —me dijo—. Siempre puedes hablar con ellas mañana.

—¿Cómo que mañana? —le contesté, enfadado—. *Se han ido*, ¿te enteras? Se han ido y no hay manera de volver a encontrarlas a no ser que vuelva dentro de un mes.

—Que puedes hablar con ellas mañana —repitió mi padre—. Sé dónde van a estar.

Llegó nuestra segunda ronda de amaretti. El camarero nos dijo que eran invitación de la casa. Le dimos las gracias, y mi padre continuó:

—Si te refieres a la mujer y a la niña que estaban sentadas en aquella esquina de la terraza —asentí, jadeando por el miedo de que estuviera a punto de tomarme el pelo con alguna falsa esperanza—, las he oído hablar cuando he llegado. La niña estaba preguntando si podía ir a nadar mañana, y la madre le ha contestado que sí si hacía buen tiempo, y la niña le ha dicho que quería ir a Fairlight Beach.

—¿A Fairlight Beach? ¿Dónde está eso?

—Fairlight es un barrio de las afueras, cerca de Manly. Hay una playa abrigada, con una piscina natural. Así que, por lo visto, ahí es donde van a estar mañana.

—Si hace buen tiempo.

—Eso, si hace buen tiempo.

—¿Y cuál es la previsión para mañana?

—Que va a llover —dijo mi padre, dándole un sorbo a su amaretto—. Pero se suelen equivocar.

—¿Han dicho a qué hora iban a ir?

—No —respondió mi padre—. Imagino que tendrás que ir pronto, si quieres estar seguro de que vas a poder verlas.

Contemplé esa posibilidad. Mi vuelo a Londres salía a las diez en punto la noche siguiente, y no tenía ningún plan concreto para el resto del día. De todas formas, la idea de pasarme horas y horas sentado en una playa buscando a la mujer china y a su hija era un poco desalentadora. Pero no tenía otra alternativa. A esas alturas mi necesidad de hablar con ella se había vuelto obsesiva, aunque solo se tratara de intercambiar unas cuantas palabras. La idea de regresar a Londres sin haber



establecido ningún tipo de contacto me resultaba insoportable.

—Bueno —dije con un suspiro—, entonces supongo que eso es lo que habrá que hacer.

—No te preocupes, Max..., todo saldrá bien.

Le miré sorprendido. Desde luego, estaba descubriendo unas cuantas facetas nuevas de mi padre aquella semana. No le pegaba mucho aquel aire tranquilizador.

—Pareces muy... tranquilo, teniendo en cuenta lo que te ha pasado hoy —le dije.

—¿Y qué vamos a hacerle? —me contestó—. Algunas cosas, Max..., algunas cosas no están destinadas a suceder. Hace más de cuarenta años que no veo a Roger. Y han pasado cincuenta desde que hicimos las cosas que escribí en esos recuerdos. Y he sobrevivido sin él todo ese tiempo. Claro que me he quedado hecho polvo cuando esta mañana nos las hemos apañado para no volver a encontrarnos. Ha sido horrible la sensación de que se repetía la historia, como ya te puedes imaginar. Pero luego... me he vuelto al salón de té, al primero al que había ido, cerca del lago ornamental. Y me he quedado allí sentado un rato bebiendo cerveza, y he pensado..., si viene, que venga, y si no viene, pues que no venga. Y no ha venido. Hacía una tarde bonita. Hace mucho más calor en Melbourne que aquí. Así que seguí allí sentado, tomándome mi cerveza, y me puse a escuchar todos los ruidos de los pájaros exóticos, y a mirar las palmeras y los dátiles... Me lo he pasado estupendamente, la verdad. Tienen un magnífico ciprés desnudo, justo al lado del lago ornamental. Un ciprés desnudo mexicano. De hecho, he escrito un poema sobre él. «Taxodiaceae», lo he titulado. Toma, échale un vistazo.

Me pasó su cuaderno Moleskine negro, y yo intenté leer el poemita de ocho versos que había escrito en él esa tarde. Tratar de descifrar su letra ya era bastante difícil, pero como de costumbre para mí el poema no tenía ni pies ni cabeza.

—Genial —le dije, devolviéndole el cuaderno, y me estrujé los sesos a ver si se me ocurría algo más—. Deberías publicar estos poemas tuyos.

—Bah, soy solo un aficionado, ya lo sé.

—¿Roger no te ha dejado algún mensaje en el teléfono? —le pregunté con la esperanza de salvar algo de aquel desastre de día.

—No tengo ni idea —dijo mi padre—. No sé cómo se leen los mensajes, y la verdad es que no quería oírlos si los había.

—¿En serio? —le dije—. Después de tantos años, ¿no tienes... curiosidad?

—Max —dijo mi padre, inclinándose hacia delante y poniendo las manos sobre las mías. Otro gesto sin precedentes—. Hoy has hecho algo increíble por mí. No lo olvidaré nunca. No porque realmente quisiera ver a Roger otra vez, sino porque eso demuestra que me aceptas. Me aceptas tal como soy.

—Más vale tarde que nunca —le dije, con una risa tranquila pero compungida.

—¿Qué te parece mi apartamento? —me preguntó mi padre, tras una breve pausa, que aprovechó para retirar sus manos de las mías.

—Bueno, está... bien, supongo. Puede que necesite algún retoque para hacerlo

más acogedor.

—Es horrible, ¿verdad? Lo voy a dejar.

—¿Y te vas a trasladar? ¿Adónde?

—Creo que ya es hora de que vuelva a casa, la verdad. Al fin y al cabo ese piso de Lichfield se está echando a perder. Sería mucho más lógico que viviera allí. Y si vuelves a preocuparte por mí (o yo me preocupo por ti, ya puestos), será todo más fácil si vivo a tres horas en coche, ¿no? En vez de a veinticuatro en avión.

Sí, estaba de acuerdo: sería mucho más lógico que viviese en Lichfield que en Sidney. Así que nos pasamos el resto de la noche hablando de eso, en lugar de hablar de Roger Anstruther o de la mujer china y su hija. Le hablé a mi padre de la señorita Erith y de que había dicho que era un auténtico cabrón por haberse marchado sin decirle cuándo iba a volver, y de la amistad que tenía con el doctor Hameed, y de cómo se había quejado de que las grandes corporaciones controlasen ahora Inglaterra. Y él me reconoció que sería agradable volver a verla. Y de alguna manera, aunque no sé muy bien cómo (charlando sobre su traslado inicial a Lichfield, supongo, como reacción a la muerte de mi madre) acabamos hablando de ella. ¡Hablando de mi madre después de tantos años! Antes de esa noche, no creo que hubiésemos mencionado su nombre entre nosotros desde su funeral. Y entonces, por primera vez, vi que a mi padre se le llenaban los ojos de lágrimas, de lágrimas de verdad, mientras se ponía a hablar de sus años de matrimonio, del pésimo marido que había sido, de la mierda de vida que le había dado, de las cartas tan inútiles que le había repartido a mi madre Dios o el destino o lo que quiera que fuese, al morir a los cuarenta y cinco años, cuando lo único que había conocido hasta aquel momento era la desgracia de estar casada con un hombre consumido por el autodesprecio, un hombre que no tenía ni idea de cómo relacionarse con ella ni con su hijo, un hombre que no sabía nada más que esconder sus emociones y reprimir sus deseos...

Mi padre solo empezó a calmarse cuando se dio cuenta de que teníamos al camarero al lado.

—Caballeros —dijo el camarero—, dentro de poco vamos a cerrar.

—Me parece bien —le respondí.

—Pero antes... ¿tal vez un par de amaretti más?

Cuando nos trajo las bebidas, mi padre y yo entrechocamos las copas de nuevo y brindamos por mi madre.

—Lo era todo para mí —le dije—. Nunca se lo dije, ¿sabes? Debería haberlo hecho. Espero que comprendiera, de un modo u otro, lo mucho que la quería.

Me quedé mirando a papá, preguntándome si iba a decir algo parecido. ¿Él también la había querido? Seguro que sí, a su manera, habiendo seguido con ella tanto tiempo. Pero no dijo nada; solo me devolvió una sonrisa triste.

El camarero había empezado a poner las sillas del revés sobre las mesas a nuestro alrededor. Los dos estábamos cansados y con ganas de irnos a la cama.

—Bueno, de todas formas vamos a mirar al futuro. Por lo menos deberíamos

hacer algo con la lápida de mamá. Lo único que pone es «Barbara Sim 1939-1985». Debería ocurrírsenos algo más decente.

—Tienes razón —dijo mi padre—. Eso es lo primero que haremos.

Tuve un momento de inspiración.

—Ya sé... ¿Qué te parecen aquellos versos de los *Cuatro cuartetos*? Aquellos tan bonitos, sobre el tiempo pasado contenido en el tiempo presente.

Mi padre se quedó pensándolo.

—No está mal. No está nada mal.

Pero era evidente que no estaba muy convencido.

—¿Tienes una idea mejor?

—La verdad es que no. Pero el problema es que tu madre no soportaba la poesía. Le habría horrorizado algo de T. S. Eliot sobre su lápida.

—Vale. ¿Y qué le gustaba?

—Pues no lo sé. Le gustaban Tommy Steele, Cliff Richard...

—Entonces algo de Cliff. Unas líneas de alguna canción suya.

—«Living Doll» —masculló mi padre, y meneó la cabeza—. No es muy adecuada para una lápida, la verdad.

—¿Qué tal «Devil Woman»? No, mejor no.

—¿«Congratulations»? No creo.

—¿«We're all going on a summer holiday»?

—No, no funcionan como epitafios. Ninguna de esas.

Nuestras miradas volvieron a encontrarse, y de repente nos echamos a reír; luego seguimos meneando las dos copas de amaretto con la mano, antes de apurarlas hasta la última gota.

Donald Crowhurst empezó a pensar en el insoluble misterio de la raíz cuadrada de menos uno, y antes de que pasara mucho tiempo se encontró en un «túnel oscuro» del que ya no salió jamás. Afortunadamente, la mayoría de nosotros tenemos más suerte. Poca gente es capaz de evitar del todo esos túneles, pero normalmente algo suele sacarnos por el otro lado. El túnel en el que yo estaba metido... al final resultó ser más largo y más oscuro de lo que nunca me habría imaginado. Ahora me doy cuenta de que llevaba en él la mayor parte de mi vida. Aunque lo importante es que al final conseguí escapar, y cuando por fin salí a la luz, pestañeando y frotándome los ojos, me encontré en un lugar de Sidney llamado Fairlight Beach.

Llegué allí a las nueve en punto de la mañana, después de coger uno de los primeros ferrys de Circular Quay a Manly. De Manly Wharf a Fairlight había aproximadamente un cuarto de hora andando. El cielo estaba gris y cargado de nubes de lluvia, pero a pesar de eso flotaba un calor húmedo y denso en el aire. Desde luego, hacía bastante calor como para bañarse. Las decenas de corredores aficionados con los que me crucé en el paseo marítimo desde Wharf hasta la playa iban cubiertos de sudor. Me había imaginado que llamaría la atención, que tendría todo el sitio para mí solo y que parecería un personaje sospechoso sentado tan solo en lo alto de la playa, pero había un flujo continuo de paseantes. No solo de corredores, sino de personas paseando a sus perros, turistas y gente que simplemente había salido a dar un paseo, camino de las tiendas para comprar el periódico del domingo. Me sentía como en casa, formando parte de aquella comunidad tan afable, relajada y acogedora.

Tres horas, sin embargo, es mucho tiempo para estar sentado en un banco mirando el mar, esperando ansiosamente que alguien aparezca. Había cogido un ejemplar tirado del *Sun-Herald* por el camino, pero eso solo me mantuvo ocupado como una hora. El único otro objeto que había pensado llevar era una botella pequeña de agua, aunque tampoco quería beber mucho, por si me entraban ganas de ir al baño. La vista era espectacular: al borde de la playa de arena había una piscina de agua salada excavada en la roca, un rectángulo iridiscente de agua verde y azul; y más allá, el mar, calmo y gris aquella mañana, se extendía hasta el horizonte, salpicado de yates; y aún más lejos, en lontananza, insinuándose vagamente, descansaba la espléndida inmensidad de la propia Sidney. Cualquiera habría pensado que era imposible cansarse de aquella vista. Tal vez en otra ocasión, en la que no hubiera estado esperando con semejante ansiedad la llegada de la mujer china y su hija, habría sido capaz de pasarme el día entero sentado en el banco, contemplando la playa y el agua. Pero ese día esa perspectiva enseguida empezó a perder su encanto.

De todos modos, no quiero hacerles esperar tanto como esperé yo. Llegaron. Llegaron un poco antes de mediodía. La mujer china, su hija y otra niña pequeña más o menos de la misma edad. Una amiga de la hija, evidentemente. Rubia y blanca de

piel. Las tres pasaron andando por delante de mi banco y luego bajaron a la playa, donde la mujer china extendió una esterilla sobre la arena, y las niñas se desnudaron rápidamente para quedarse en bañador y salir corriendo a jugar en las rocas. La mujer china (que llevaba una camiseta blanca y unos pantalones anchos azul marino, acampanados en los tobillos) se sentó en la esterilla y se sirvió algo caliente de beber de un termo, mientras contemplaba el otro lado de la bahía.

Así que esa era mi oportunidad. Por fin había llegado el momento. ¿Pero era capaz de hacerlo? ¿Era capaz de acercarme andando a una completa desconocida, una mujer sola que había venido a pasar la tarde en la playa con su hijita y una amiga, e irrumpir en su mundo, invadir su privacidad con alguna frase tonta como: «Disculpe, no me conoce, pero...»?

Estaba dispuesto a reconocer que al final no podía con ello, cuando de repente se oyó un grito de dolor y angustia proveniente de la piscina natural.

Levanté la vista. Era la amiguita de la niña china. Había resbalado y se había caído. Había estado al borde de la piscina, balanceándose sobre el muro de roca, y había perdido el equilibrio y caído al mar. Instintivamente, corrí en su ayuda. Procedente de otra dirección, de la playa donde había extendido su esterilla sobre la arena, la mujer china también corría hacia allí, y los dos llegamos al mismo punto, al mismo tiempo.

—¡Jenny! —gritó—. Jenny, ¿estás bien?

El agua allí tenía poca profundidad, y Jenny ya estaba de pie, llorando a lágrima viva. El desnivel del muro al agua tenía metro y pico de altura, demasiado para salvarlo ella sola, así que lo primero que había que hacer era subirla hasta arriba. Extendí los brazos.

—Ven —le dije—. Agárrate a mí. Yo te saco.

La niña rubia me agarró las dos manos, y la subí con facilidad hasta el borde de la piscina. Entonces nos dimos cuenta de que tenía la espinilla y el tobillo izquierdo muy rozados en donde había chocado contra el rocoso suelo marino. Le sangraban mucho. Se echó a los brazos de la mujer china y se quedó llorando así un momento, y luego los cuatro rodeamos el borde de la piscina en dirección a la esterilla de playa.

—Gracias, muchísimas gracias —iba diciendo la mujer china. Ahora que la veía de cerca, me pareció incluso más guapa.

—¿La puedo ayudar en algo? —le dije.

—Creo que se pondrá bien. Solo hay que lavarla y...

—No nos vamos a casa, ¿verdad, mamá? —dijo su hija.

—No lo sé, cariño, depende de lo que quiera Jennifer. Jennifer, ¿quieres volver a casa con tu madre?

Jennifer negó con la cabeza.

Cuando llegamos a la esterilla, Jennifer se echó en ella y le miramos bien la pierna. Uno de los rasguños era muy profundo y tenía mala pinta. La mujer china sacó unos kleenex de una caja de su cesta de excursión, y yo le eché agua de mi

botella en la herida; luego se la limpiamos juntos y detuvimos la hemorragia. Entonces la mujer rebuscó en su cesta de nuevo, y la oí susurrar para sí:

—¡No tengo tiritas! ¡Cómo no me he traído ninguna tirita!

Y yo recordé que había pasado por delante de una farmacia de camino a la playa. Así que le dije:

—Voy a ir a comprar algunas.

—No, por favor, de verdad, es mucho pedir.

—Qué va. Hay una farmacia cerca en la carretera. Y le hace falta algo para tapar esos rasguños. Si no, no va a poder meterse en el agua en todo el día.

—En serio, no creo...

Pero no escuché sus protestas, y antes de que terminara ya me había puesto en camino. Fui y volví en menos de diez minutos. En cuanto volví y le pasé las tiritas, me di cuenta de que ya no había mucho más en que ayudarla. Los rasguños quedaron tapados rápidamente, y las dos niñas (que al parecer se habían pulido la mayor parte de la comida mientras yo no estaba) ya se encontraban otra vez en plena forma, listas para salir corriendo hacia la piscina.

Antes de darles permiso, la mujer china se levantó y le recogió el pelo a su hija en una coleta, ciñéndola con una goma.

—Y ahora no os metáis en el agua hasta que hayáis hecho la digestión —dijo—. Y esta vez tened cuidado, por favor.

—Sí.

—¿No le vais a dar las gracias a este caballero tan amable por su ayuda?

—Gracias —dijeron las dos a coro, obedientemente.

—De nada —contesté yo. Pero ya se habían ido.

Nos quedamos allí de pie un momento, la mujer china y yo, bastante desconcertados. Ninguno de los dos sabía qué decir.

—La verdad —farfullé al final— es que me alegro de haber estado aquí. Quiero decir, seguro que se las hubieran apañado solas, pero...

Me miró con el ceño fruncido y dijo:

—No suelo acertar mucho con los acentos, pero... el suyo es de Inglaterra, ¿verdad?

—En efecto.

—Entonces, ¿ha venido de viaje? ¿Lleva mucho tiempo en Sidney?

—Solo una semana —le dije—. He venido a ver a mi padre. Teníamos que solucionar un problema familiar. Pero como ya está, me vuelvo a Londres. Esta noche, por cierto.

Al oír eso, me tendió la mano, fría y cortésmente.

—Pues muchas gracias por su ayuda, señor... ¿mmm?

—Sim —le dije, estrechándole la mano—. Maxwell Sim.

—Gracias, señor Sim. Antes de que se vaya, querría hacerle una pregunta..., si no le importa.

—Dígame.

—Bueno, es pura curiosidad. Me gustaría saber si fue solo una casualidad que anoche cenáramos en el mismo restaurante.

—Ah —dije. Por lo visto, me había descubierto el juego.

—Igual que hace dos meses, si mal no recuerdo.

—Dos meses —repetí—. Sí, tiene razón.

—¿Me está siguiendo usted entonces, señor Sim? ¿Debería llamar a la policía?

No sabía qué contestarle. Sus ojos tenían un brillo extraño, pero era un brillo de desafío, más que de alarma.

—He venido aquí —dije con cautela— porque sabía que la encontraría. Y quería encontrarla porque quería preguntarle una cosa. Hay algo que necesito saber, que solo usted puede decirme. Nada más.

—¿Nada más? Entonces será mejor que me lo pregunte ya.

—De acuerdo. La pregunta es... —me costaba mucho hacérsela—, ¿está usted casada? ¿Tiene novio? ¿Su hija tiene un padre?

La mujer china sonrió con los labios apretados y apartó la mirada.

—Ah —dijo—, ya entiendo. —Y luego, volviéndose hacia mí—: Sí, señor Sim, estoy casada. Felizmente casada, creo que se dice.

—Ah, vale. —Fue como si de repente se hubiera abierto un abismo de desilusión a mis pies, y lo único que quisiera hacer ahora fuera arrojarme a él—. En ese caso —le dije—, será mejor que me marche. Lo siento muchísimo si... la he molestado en algo. Pero era muy...

—Por favor —dijo la mujer china—. No se vaya. No me ha molestado en absoluto. La verdad es que me ha ayudado usted mucho. Y lo que ha hecho es..., bueno, tan romántico en realidad... Si ha venido hasta aquí solo para verme, lo menos que puedo hacer es ofrecerle algo. ¿Un vaso de té tal vez?

—Es usted muy amable, pero...

—Por favor, Maxwell, siéntese. ¿Y podemos tutearnos?

—Sí, claro.

Se sentó en la esterilla y me hizo una seña para que me sentara con ella; cosa que hice, aunque con un poco de apuro.

—Yo me llamo Lian. Y mi hija Yanmei. Y el nombre de su compañera de colegio ya lo sabes. ¿Quieres el té con limón? Me temo que no he traído leche.

—Me lo tomaré... tal cual. Lo que te sea más fácil.

Lian echó té negro en dos vasos de plástico, y me pasó uno. Yo le di las gracias, y bebimos en silencio unos segundos. Luego le dije:

—Te puedo dar una explicación.

—Dámela entonces, por favor.

—La verdad es que cuando te vi cenando con Yanmei en el restaurante hace dos meses me hicisteis mucha impresión.

—¿En serio? ¿En qué sentido?

—Nunca había visto algo parecido a... la intimidad que vi entre vosotras dos. Vi esa intimidad y sentí la ausencia de ella en mi propia vida, y empecé a hacerme esperanzas (meras fantasías, en realidad) de que quizás podría compartirla algún día.

Lian esbozó otra de sus seductoras sonrisas de labios apretados. Bajó la vista hacia su vaso de té y dijo:

—Bueno, esas cenas que tenemos juntas son muy especiales para nosotras. Vamos allí el segundo sábado de cada mes. Una vez al mes, ¿entiendes?, mi marido, Peter, tiene que ir a Dubai. La semana laboral empieza allí el domingo por la mañana. Así que coge un vuelo desde Sidney a las nueve y diez la noche antes. Yanmei y yo vamos al aeropuerto a despedirle, y luego ella siempre se queda un poco deprimida, porque quiere mucho a su padre, y le echa de menos cuando está fuera. Así que, como regalo especial, la llevo al restaurante. Doce veces al año sin fallar una, sea invierno o verano. Los niños necesitan pautas establecidas, necesitan rutinas. Bueno, en realidad los adultos también. Ir a ese restaurante es una de las constantes de nuestra vida.

—Me encanta la forma... —empecé, sintiendo que ya no tenía nada que perder diciendo lo que pensaba lo más claramente posible—. Me encanta la forma que tenéis de jugar a las cartas juntas. Es como si el resto del mundo no existiera. Y Yanmei es como una versión en miniatura tuya. —Eché un vistazo en dirección al punto donde se encontraba, al borde de la piscina, haciendo acopio de valor para un chapuzón—. Tiene el mismo tono de voz, los mismos movimientos, se parece mucho a ti...

—¿En serio? —dijo Lian—. ¿Crees que hay un parecido físico?

—Claro.

—Pues ¿sabes una cosa? —me dijo—. Yanmei no es mi hija biológica.

—¿Ah, no?

—No, Peter y yo la adoptamos hace tres años. De hecho ni siquiera tenemos la misma nacionalidad. Yo nací en Hong Kong. Y Yanmei en China, en una ciudad llamada Shenyang, en la provincia de Liaoning. Así que a lo mejor nuestro parecido solo está en tu cabeza. A lo mejor es algo que querías ver.

—Puede ser —le dije, dándole un sorbo a mi té y mirando al otro lado de la bahía. Por alguna extraña razón, aquello me había desconcertado. Saber que no había lazos de sangre entre Lian y Yanmei había cambiado en cierta forma mi fantasía con respecto a ellas—. ¿No tienes hijos propios entonces?

—No. Durante un tiempo lo llevamos muy mal. Pero ahora tenemos a Yanmei, así que...

—¿Era huérfana?

—Sí. Su madre murió hace unos años, cuando ella solo tenía tres. Una muerte horrible, me temo. Sabrás que las condiciones de trabajo en algunas de esas fábricas son increíbles. ¡Las cosas que soportan esos trabajadores para que nosotros en Occidente podamos comprar los artículos tan baratos! La madre de Yanmei trabajaba en la sección de pintura en aerosol de una de esas fábricas unas quince o dieciséis



horas al día, pulverizando cosas todo el rato con esas pinturas químicas, llenas de disolventes tóxicos. Sin las debidas precauciones: ni máscaras ni nada parecido. Se murió de cáncer. Un tumor cerebral.

—Qué horror —le dije. Era una frase bastante tonta, pero no se me ocurrió otra cosa—. ¿Y qué fabricaban?

—Cepillos de dientes, creo.

Me quedé mirando intensamente a Lian cuando dijo eso. ¿Había oído bien?

—¿Cepillos de dientes?

—Sí... Cepillos de dientes de plástico barato. Pareces sorprendido. ¿Qué te sorprende tanto?

Me había quedado mudo, de hecho.

—¿Los cepillos de dientes tienen un significado especial para ti?

Poco a poco, empecé a recuperar el habla.

—Sí lo tienen, sí. Un significado muy especial. Es más..., lo que acabas de contarme, la historia de la madre de Yanmei..., lo encuentro asombroso. Increíble.

—Pues no tiene nada de increíble. Estas cosas suceden continuamente, en el tercer mundo y en todas partes. Desgraciadamente, tendemos a cerrar los ojos.

—No, lo que me parece increíble es... lo que significa para mí. Lo que tiene de especial para mí.

—Ah, ya. ¿Me lo podrías explicar entonces?

Tomé aliento y meneé la cabeza.

—Me llevaría..., me temo que me llevaría demasiado tiempo. ¿Sabes?, de alguna extraña manera, todo lo que me ha pasado estas últimas semanas tiene que ver con Yanmei y su madre. Pero tendría que contarte toda la historia para que lo entendieras, y seguro que te parecería muy aburrida.

—Pues ahora me la tienes que contar. Mira. —Señaló con un gesto a Yanmei y a Jennifer, que estaban chapoteando alegremente de un lado a otro de la piscina—. Las niñas se lo están pasando muy bien. No van a querer irse, como mínimo, hasta dentro de una hora. No he traído nada que leer. Así que cuéntame tu historia. Quiero oírla, por larga y aburrida que sea. ¿Qué otra cosa voy a hacer?

Conque me puse a contarle todas las cosas que me habían pasado desde que las había visto por primera vez a ella y a Yanmei sentadas en el restaurante que daba a la bahía de Sidney el día de San Valentín. Costaba saber por dónde empezar, y creo que al principio la desorienté un poco. Empecé hablando de Alan Guest y de todos los ideales y ambiciones que había intentado llevar a la práctica con su pequeña compañía de cepillos de dientes, pensando que, si mis experiencias recientes me habían enseñado algo, había sido una lección sobre la crueldad del mundo; me habían enseñado que aún vivíamos en una época donde hasta la organización más innovadora y bienintencionada podía verse doblegada por poderes mucho mayores.

Pero luego pensé que a lo mejor aquella no era en absoluto la moraleja de la historia, y que quizás lo que había aprendido (o empezado a aprender) era algo sobre mí mismo, sobre mi propia naturaleza y mis propios problemas. Así que iba y venía entre estos dos conceptos, y Lian estaba cada vez más desconcertada, y en un determinado momento me pidió que empezara otra vez y me limitara a contarle la historia desde el principio, tal como había sucedido. Y cuando me puse a hacerlo me di cuenta de que lo que le estaba contando ya no se parecía nada a una auténtica historia, sino a una serie de episodios fortuitos sin relación alguna: fundamentalmente encuentros, encuentros con gente desconocida e inesperada que habían contribuido, en algún grado, a cambiar el curso de mi vida durante las últimas semanas. Habían empezado con la propia Lian, claro, y con Yanmei. Pero luego estaban..., bueno, primero el hombre del mostrador de facturación de la compañía aérea en Sidney, que me había pasado a clase Turista especial por ninguna razón en concreto. Luego el pobre Charlie Hayward, que había tenido un infarto mientras iba sentado a mi lado en el vuelo a Singapur. Después estaba Poppy, con su grabadora secreta y su historia sobre Donald Crowhurst. Luego el hombre del parque de Watford, que me había robado y había vuelto después a preguntarme qué camino coger. Después venían Trevor Paige y Lindsay Ashworth, que me habían llevado a tomar una copa al Park Inn para pedirme que me uniera a su equipo de vendedores. Luego la cena en casa de la madre de Poppy, donde había conocido a la madre, a su insoportable amigo Richard, y en la que su tío Clive había sido la única persona realmente simpática conmigo. Después mi encuentro con el propio Alan Guest, el día que había salido de su despacho, en la primera etapa de mi viaje a Escocia. Y luego los señores Byrne, los padres de Chris, y después la señorita Erith y el doctor Hameed en lo alto de aquel bloque de apartamentos a las afueras de Lichfield, y luego Caroline y Lucy y aquel fracaso de cena en Kendal, y después Alison Byrne, que me había invitado a dormir con ella en Edimburgo, pero yo me había escapado y me había largado con sus botellas de whisky para meterme en mi coche al amanecer y aventurarme a solas en las montañas escocesas. En realidad, la única persona a la que no mencioné ni una vez en todo el rato fue Emma, porque ahora me daba corte reconocer que había empezado a hablar con mi navegador, y me parecía que Lian no se iba a hacer una buena opinión de mí si se lo contaba.

Mientras le contaba todos aquellos encuentros, Lian se echó sobre la esterilla, se puso las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos. No dijo nada, y tampoco me hizo ninguna pregunta; no me interrumpió ni una sola vez, a pesar de que me pasé mucho tiempo hablando, y luego, cuando terminé, al principio no comentó nada, hasta el punto de que su silencio me hizo sospechar que se había quedado dormida. Pero no, no se había dormido. Simplemente estaba dándole vueltas a lo que le había contado, y al final se incorporó sobre los codos, me miró y dijo:

—Bueno, Maxwell, ahora empieza a tener su lógica.

—¿Qué es lo que empieza a tener su lógica? —le pregunté.

—Ahora entiendo por qué anoche parecías tan distinto del hombre que había venido al restaurante hace dos meses.

—¿En serio? —le dije—. ¿Me encontraste cambiado?

—Pues claro. La primera vez me asustaste un poco. Pensé que nunca había visto a nadie tan solo y tan deprimido. Pero anoche, y hoy, tienes un aspecto..., bueno, más relajado, por lo menos. Pareces un hombre que casi está en paz consigo mismo.

—¿Casi? —repetí.

—Sí, casi.

—¡Mamá! —Yanmei se acercó corriendo, con Jennifer detrás—. ¿Qué hora es? Todavía no es hora de irse, ¿verdad?

—Me temo que sí. La madre de Jennifer nos estará esperando. Y no pongáis esa cara de desilusión... O mucho me equivoco, o ha dicho algo de jugar a buscar los huevos de Pascua.

A las niñas se les alegró la cara inmediatamente.

—Vale —dijo Jennifer—. ¡Pero antes vamos a darnos otro chapuzón!

Echaron a correr, riéndose, en dirección a la piscina.

—¡Cinco minutos! —les gritó Lian.

Se volvió hacia mí y vio que yo estaba abstraído otra vez en mis pensamientos.

—Perdona —le dije, bajando de las nubes—. Ni siquiera me había dado cuenta de que hoy es domingo de Pascua. La festividad del Sol Naciente...

—¿Del sol naciente? —dijo Lian, desconcertada.

—¿No es así como empieza la Pascua? Se supone que es el momento de un nuevo amanecer, de un nuevo comienzo.

Entonces me sonrió, y dijo dulcemente, en tono de disculpa:

—Y pensaste que yo iba a ser tu nuevo comienzo. Yo y Yanmei. Pues lo siento, Maxwell, pero... vas a tener que buscar en otra parte.

—Ya lo sé.

—De todas maneras...

—¿Sí? —le dije. Su forma de interrumpir la frase tenía un toque provocativo, incluso un poco inquietante, como si no se atreviese del todo a decir lo que estaba a punto de decir.

—De todas maneras... —continuó tras unos segundos—, esa cosa que andas buscando, esa intimidad..., no la habrías encontrado con nosotras.

—¿Eso crees? ¿Cómo puedes estar tan segura?

Lian cogió mi vaso de plástico de la arena y le dio la vuelta, sacudiendo las últimas gotas de té. Luego enroscó el vaso con cuidado en la boca del termo. Sus movimientos eran lentos y metódicos, como si sus pensamientos (los auténticos) estuvieran en otra parte.

—Esa chica, Poppy —dijo por fin—, me interesa. De toda la gente que te has encontrado en tu viaje, es la más especial. Ha sido la que te ha entendido mejor, me parece.

—Sí, pero Poppy me dejó muy claro que solo podíamos ser amigos.

—Ya. Y sin embargo..., cuando te invitó a cenar en casa de su madre... ¿no te pareció un gesto extraordinario por su parte?

—¿Extraordinario? ¿En qué sentido?

—Bueno, fue generoso por su parte. Y también esperanzador. Y también bastante... inteligente.

—Sí —le dije, con cierta impaciencia—, pero como ya te he explicado no encajó con su madre, si ese era el plan. No me resultó atractiva.

—¿Crees que Poppy quería que tú y su madre os enrollarais?

—Pues claro. Eso me dijo.

—Pero había alguien más en la cena esa noche.

—¿Alguien más?

—Sí, alguien más.

¿De quién me estaba hablando?

—No había nadie más —le dije—. Había una pareja joven (como veinte años más joven que yo), y también estaba su tío Clive. Pero nadie más.

Lian se quedó mirándome fijamente. Volvió a esbozar una sonrisa, aunque consiguió reprimirla cuando vio que mi indignación iba en aumento.

—Lo siento —dijo—. He hablado de más.

Metió rápidamente en la cesta las cosas que quedaban del picnic y se levantó.

—Será mejor que vaya a buscar a las niñas.

Todavía mudo de asombro, me levanté también y, sin pensar, volví a darle la mano cuando me la tendió.

—Adiós, Maxwell Sim —me dijo—. Y procura no enfadarte con la gente que cree que te conoce mejor de lo que tú te conoces a ti mismo. Su intención es buena.

Se dio la vuelta y empezó a alejarse.

Titubeé un momento y luego salí corriendo detrás de ella para alcanzarla.

—¡Lian! —le grité.

Se volvió de golpe.

—¿Sí?

Descontrolado (sin pararme a pensar lo que hacía), la agarré, la cogí entre los brazos y le di un abrazo muy fuerte. La apreté tanto contra mí que apenas podía moverse ni respirar, supongo. La tuve así... no sé cuánto tiempo. Hasta que mi propio cuerpo se estremeció en un espasmo con un único y tremendo sollozo, y apoyé la boca en su pelo y lloré y le susurré:

—Es duro. Es muy duro. Sé que tengo que afrontarlo pero es lo más duro que he tenido que...

Sentí su palma contra mi pecho, apartándome, suavemente al principio, luego con más fuerza. Me solté de ella y retrocedí un paso; me sequé los ojos y aparté la vista avergonzado, hundido, destrozado.

—Creo que ya casi lo has conseguido, Maxwell —me dijo—. Casi, casi.

Me hizo una caricia en el brazo, y después se volvió otra vez y se alejó andando en dirección a la piscina, llamando a su hija.

Me quedé en la playa hasta la puesta de sol.

Era interesante ver cómo iba cambiando el color del cielo. Nunca me había fijado. El gris se transformó poco a poco en plata mientras las nubes empezaban a fragmentarse y dejaban ver algunos atisbos del sol poniente. Enseguida se tiñeron de un resplandor aún más dorado, y luego comenzaron a separarse y distanciarse todavía más mientras la propia luz se suavizaba y se desvanecía, hasta que el cielo se fue veteando poco a poco de un rojo y un azul muy pálidos. La gente seguía yendo y viniendo por la playa. Ya no había nadie en la piscina. Aquel día tan largo estaba tocando a su fin.

Yo ya echaba de menos a Lian. Me horrorizaba la idea de no volver a verla. También echaba de menos a mi padre. Debería haber regresado para verlo (en definitiva solo me quedaban unas horas en Australia), pero algo me lo impedía. Algo me paralizaba. No era urgente hablar con él, de todas formas, ahora que sabía que iba a volver a vivir en Inglaterra. Pronto podríamos pasar mucho tiempo juntos, y pasarlo muy bien además.

No podía quedarme allí sentado eternamente. Iba a perder el avión si no me marchaba pronto. Pero sabía que tenía que hacer algo antes.

Tenía que hablar con alguien. Tenía que hablar con alguien urgentemente, más urgentemente aún que cuando había estado conduciendo borracho por los Cairngorms en una tempestad de nieve y mi móvil se había quedado sin batería.

Ese día, claro, mi móvil estaba completamente cargado.

¿Qué me lo impedía, entonces?

Era como la pequeña Yanmei, allí de pie en el borde de la piscina, armándose de valor para tirarse al agua. Pero sabiendo que en cuanto lo hubiera hecho, en cuanto hubiera reunido el valor necesario, me esperaba la frescura del agua, la sensación largamente postergada de liberación, de libertad.

Ya casi lo has conseguido, Max. Casi, casi.

¿Qué hora era en Londres? La diferencia horaria se había complicado los últimos quince días. En Inglaterra habían adelantado los relojes una hora por el horario de verano, y en Australia los habían retrasado por el de invierno, ¿o era todo lo contrario? Algo parecido, en cualquier caso. Así que, si eran las cinco en Sidney, era... muy temprano en Londres. ¿Demasiado temprano para llamar a alguien? Difícil decirlo. El momento oportuno para aquella llamada no estribaba en el horario, de todos modos. O sería una llamada bien recibida, o no lo sería.

Saqué el móvil. Repasé el directorio hasta que encontré el nombre de Clive. Luego respiré hondo y le di a la tecla de llamada.

El teléfono sonó durante lo que me parecieron siglos. No iba a cogerlo. Sin

embargo, al final contestó.

—Hola —dije—, ¿eres Clive?

—Sí, soy Clive. Cielo Santo, ¿eres Max por casualidad?

—Sí. ¿Te he despertado?

—La verdad es que sí, pero no te preocupes. No me importa. Me encanta que me hayas llamado.

Y ahora... perdonen si me repito, pero... ¿les he comentado antes que lo primero que me resulta atractivo de alguien nueve de cada diez veces es su voz?

Me quedé en la playa hasta la puesta de sol.

(Díganme si ya les aburro con todo esto).

Contemplé los colores cambiantes del cielo.

(No tienen por qué leer más si no les apetece. Se acabó la historia).

Llamé a Clive y supe que todo iba a salir bien.

(Ha sido un camino largo y difícil de recorrer, ya lo sé. Gracias a todas las personas que me han acompañado. Se lo agradezco de veras. Y les admiro por su paciencia, la verdad. Impresionante).

Y entonces...

Y entonces llegó un grupo de gente a la playa. Un grupo familiar. No venían de Manly Wharf, habían venido por el paseo marítimo en la dirección contraria, desde el oeste, y eran siete en total. Había una pareja con dos hijas (se les notaba mucho), pero ya no estaba tan claro quiénes podían ser los demás. ¿Los abuelos quizás? ¿Tías, tíos, amigos de la familia? No se sabía muy bien. Las dos niñas eran muy pálidas y llevaban unos vestidos holgados de verano encima de sus bañadores. La más pequeña tendría unos ocho años, y la mayor unos doce o trece (más o menos la edad de Lucy). Salieron corriendo hacia el borde del agua y se pusieron a chapotear en la orilla. Su madre, que tenía el pelo largo y rubio, también bajó para vigilarlas un poco, y en cambio el padre se quedó en el sendero que había encima de la playa, y empezó a pasear por allí despacio, entre abstraído y preocupado. Tenía el pelo gris (casi blanco) y llevaba una chaqueta de color marrón claro sobre una camiseta blanca que resaltaba demasiado su curva de la felicidad. El conjunto le daba cierto aspecto de café con leche servido en un vaso alto con un pequeño bulto en medio.

Había bancos libres a los dos lados del mío, aunque para mi sorpresa los ignoró y se sentó junto a mí. En cualquier otro momento me habría desagradado aquella intrusión, pero ahora estaba bastante relajado, comunicativo y optimista; me daba la sensación de que cualquier cosa que me ocurriera a partir de entonces siempre sería para bien. Y además me pareció percibir cierta bondad y cierta benevolencia en los ojos azules de aquel amable desconocido. Así que, si le apetecía entablar conversación, no me importaba.

—Buenas —le dije.

—Buenas —repitió, y añadió—: ¿Cómo le va?

Era una de esas preguntas tontas que normalmente no requieren respuesta. Ese día, sin embargo, decidí desafiar las convenciones sociales y me la tomé en serio.

—Bueno, ya que me lo pregunta, me va estupendamente —le dije—. Llevaba un par de días agotadores en cierto sentido, pero al final... tengo que decir que lo llevo

bien, muy bien.

—Genial. Eso es lo que quería oír.

—Usted también es inglés, ¿verdad?

—Vaya, el acento siempre te traiciona, ¿no? Sí, hemos venido a pasar tres semanas. Mi mujer es australiana. Quería ver a algunos parientes.

—¿Es aquella de allí? —le pregunté, señalando a la bonita mujer rubia que estaba en las rocas con las dos niñas pálidas.

—Sí.

Miré al hombre con más atención.

—Le parecerá raro que se lo pregunte —le dije—, pero ¿me equivoco o ya nos hemos visto en alguna parte?

—¿Sabe que estaba pensando exactamente lo mismo? Creo que sí. En realidad estoy seguro. Hasta me acuerdo de dónde.

—Pues entonces —le dije— me saca usted ventaja. No se ofenda, pero el caso es que he conocido a tanta gente distinta estas últimas semanas...

—No pasa nada. Es comprensible —me respondió el hombre—. De todos modos, tampoco es que llegáramos a conocernos exactamente. Nuestros caminos se cruzaron, más bien. No llegamos a hablar.

—¿Dónde fue entonces?

—¿De verdad no se acuerda?

—Me temo que no.

—Fue en el aeropuerto de Heathrow, hace casi dos meses. Usted estaba sentado en uno de los cafés, intentando tomarse un capuchino, solo que estaba tan caliente que casi no lo podía tocar. Yo estaba en la mesa de al lado, esperando embarcar para irme a Moscú.

—¡Es cierto! También estaban su mujer y sus hijas.

—Habían venido a despedirme.

Sí, ahora lo recordaba perfectamente. Era uno de los encuentros de los que no le había hablado a Lian, mientras le contaba la historia de mis últimas semanas. Recordaba haber escuchado sin querer la conversación familiar, que me había dejado un poco pasmado.

—¿Y por qué tenía que irse a Moscú? —le pregunté—. Escuché sin querer parte de lo que dijo en aquel momento, y creo que comentó algo de... ¿unas entrevistas?

—Exactamente. Era un viaje de promoción. Es que soy escritor.

—Ah..., escritor. Eso lo explica todo. —Pensé que, si hubiera estado allí, a Caroline le habría encantado conocer a un escritor de verdad. Pero a mí no es que me hiciera mucha ilusión—. ¿Debería conocerle? —le pregunté.

Se rio.

—No. Claro que no.

—¿Qué clase de libros escribe?

—Novelas, sobre todo. Narrativa.



—Ah, yo no leo mucha narrativa. ¿Está trabajando en algo en este momento?

—Estoy acabando una, ya que me lo pregunta. Estoy casi al final.

Hice un gesto de asentimiento, como para darle ánimos. Luego nos quedamos callados.

—Una cosa que siempre me he preguntado sobre los escritores —le dije— es de dónde sacan las ideas.

Me miró sorprendido. A lo mejor era que nunca le habían hecho aquella pregunta.

—Mmm..., es una pregunta complicada —me contestó—. No se puede generalizar, ¿sabe?

—Bueno, entonces ¿qué me dice del libro que está terminando en este momento?

—¿Que de dónde saqué la idea, quiere decir?

—Sí, si le apetece contármelo.

—Pues vamos a ver... —Se recostó en el banco y miró al cielo—. Me cuesta recordar los detalles, pero... ¡Sí, fue eso! Sí, le puedo decir exactamente de dónde la saqué.

—Cuénteme entonces.

—Pues hace dos años, en la primavera de 2007, vine otra vez a Australia de visita con mi familia, y estábamos cenando una noche en un restaurante que da a la bahía de Sidney, y resulta que me fijé en una mujer china que jugaba a las cartas con su hija en otra mesa.

Me quedé mirándolo fijamente.

—Y no sé por qué —continuó—, pero había algo tan tierno en ellas..., parecía que había una intimidad y una conexión tan grandes entre las dos, que me pregunté cómo se sentiría un hombre que estuviera cenando a solas en aquel restaurante entreviendo por un momento aquel mundo y deseando formar parte de él.

Intenté interrumpirle, pero estaba lanzado.

—Y además, en ese viaje, había quedado en ver a Ian, mi viejo amigo Ian de la Universidad de Warwick, que ahora da clases en la Universidad Australiana de Canberra; y habíamos quedado en vernos en el salón de té de los Jardines Botánicos de Melbourne, pero yo no había caído en la cuenta de que había dos salones de té distintos en los Jardines Botánicos de Melbourne, así que por poco no nos encontramos. Y supongo que fue la combinación de esas dos ideas lo que me hizo empezar a escribir el libro. Suele ser así. Es como si un par de ideas de ese tipo se... frotaran la una contra la otra. —Se volvió para mirarme. Yo ya no quería interrumpirle, porque (por segunda vez ese día) me había quedado sin habla—. ¿Le resulta familiar algo de esto?

Yo tenía la garganta seca.

—Creo que empiezo a hacerme una idea —le dije por fin.

—Bueno, ¿y cómo se siente uno —me preguntó— formando parte de la historia de otra persona?

—Pues... no lo sé muy bien —le contesté, escogiendo las palabras con cuidado

—. Creo que me va a llevar un tiempo acostumbrarme. —Luego, con el corazón encogido y sabiendo de antemano cuál iba a ser la respuesta, le pregunté—: ¿Y en ese libro suyo se habla de cepillos de dientes por casualidad? ¿O de Donald Crowhurst?

—Curiosamente —dijo el escritor— trata de las dos cosas. Quería que la historia girara en torno a un objeto doméstico, algo que la gente usara todos los días, sin pensar realmente en sus implicaciones políticas o medioambientales. Al final me costó encontrar algo apropiado, y de hecho fue mi mujer quien me sugirió los cepillos de dientes. Y poco después, estaba tomando café en Londres con mi amiga Laura, que es crítica de arte, y se puso a hablarme de unas obras de Tacita Dean que estaban inspiradas en la historia de Donald Crowhurst, y también me dio a conocer ese magnífico libro que escribieron Nicholas Tomalin y Ron Hall sobre él. Así que, como verá, lo que sucede normalmente (respondiendo a su pregunta inicial) es que tengo muchas ideas distintas, tomadas de diferentes sitios, y cuando empiezo a juntarlas, comienzan a salir más cosas. La gente, para ser exactos. Los personajes. En este caso concreto —me miró directamente—, *tú*.

De pronto me sentí el protagonista de una película de espías de serie B, justo cuando se da cuenta de que ha caído en la trampa que le ha preparado el villano.

—Entiendo. Así que... soy yo, ¿no? —le dije, tratando de ganar tiempo—. Soy un producto residual de sus ideas, ¿no? Pues debo decirle que no es que me suba mucho la autoestima.

—Míralo de otra forma —me respondió—. No es peor que descubrir que solamente existes porque en Londres hay dos pubs cercanos que se llaman El Sol Naciente, ¿no te parece? O saber, ya puestos, que solo existes debido a una colisión casual, entre mil millones posibles, de un espermatozoide de tu padre con un óvulo de tu madre. De verdad, Max, yo diría que tu existencia tiene más sentido que la de mucha gente.

El tono con que el escritor me estaba diciendo todo esto era difícil de juzgar. ¿Intentaba ser amable, o simplemente estaba jugando conmigo como un gato juega con un ratón antes del ataque final?

Me quedé mirando la playa. Sus hijas se habían quitado los vestidos y se iban turnando para saltar a la piscina. Con la bahía de fondo, y las ascuas rosas y doradas del crepúsculo cambiando continuamente, era una escena preciosa. Parecía que hacía días, semanas, años, desde que Yanmei y su amiga también habían nadado allí. Toda mi conversación con Lian parecía ya cosa de otra época totalmente distinta.

—Como verás, tracé tu itinerario con todo detalle —dijo el escritor en un tono bastante arrogante, creo yo—. Empieza el día de San Valentín de 2009. Y luego, cuando me di cuenta de que tenías que llegar a Heathrow dos días más tarde, y recordé que yo había estado efectivamente allí esa misma mañana, en mi viaje para dar unas conferencias en Moscú, pensé que sería bonito que pudiera echarte un vistazo mientras los dos estábamos de paso, por así decirlo. Solo para ver si todo iba bien, ya me entiendes. Al fin y al cabo, me siento bastante responsable de ti.

—¿Y Fairlight Beach en Sidney? —Ya me iba haciendo una idea de cómo funcionaba aquella mente tan retorcida—. Supongo que estuvo usted realmente aquí el Domingo de Pascua con su familia, ¿verdad?

—Pues claro. Quiero decir, mira este sitio. Es precioso, ¿no?, en esta época del año y con esta luz. Es un sitio tan bonito y tan triste... En cuanto lo vi supe que la última escena del libro tenía que ser aquí.

Se me encogió el corazón al escuchar aquellas palabras. Sonaron como un toque de difuntos.

—¿La última escena? —le dije—. ¿Está a puntito de acabarlo entonces?

—Creo que sí. Así que... ¿te lo has pasado bien? Me refiero a si te ha gustado formar parte de él. ¿Cómo lo has visto, Max?

—Yo no diría que me lo he «pasado bien» exactamente —le dije—. Ha sido... toda una experiencia, eso sí. Supongo que he aprendido un par de cosas por el camino.

—Esa era mi intención.

¡Qué tío más presumido! Empezaba a sospechar que bajo aquella apariencia de cortesía se escondía un engreído y un narcisista.

—¿Y no le parece una cosa muy poco seria —le dije, decidido a sacarlo de sus casillas— inventarse historias para ganarse la vida? Seamos claros: usted ya no es ningún jovencito. ¿Qué tal escribir sobre algo más serio? Historia, o ciencia, o algo así.

—Pues eso que me dices es muy interesante —dijo el escritor, recostándose en el banco con pinta de ir a soltar una conferencia—. Porque tienes toda la razón en que las cosas que escribo no son objetivamente «verdaderas», en el sentido literal del término. Pero lo que me gusta pensar es que hay otra clase de verdad..., más universal... Mmm..., perdona, ¿adónde te crees que vas?

Pensé que, mientras se seguía enrollando en aquel plan, tendría una buena oportunidad de escabullirme. Al fin y al cabo mi avión salía a las diez en punto, y debía facturar las maletas con más de dos horas de antelación.

—Es que tengo que irme. Tengo que coger un avión.

El escritor se levantó y me cortó la retirada.

—Creo que no lo has entendido, Max. Tú no vas a ninguna parte.

Justo en ese momento, se acercó su mujer y le dijo una cosa.

—¿Me haces el favor de ir a sacar a las niñas de la piscina? Es que papá parece un poco cansado, y creo que deberíamos irnos a casa.

—Sí, un momentito —le contestó, impaciente.

—¿Otra vez hablando con tus amigos imaginarios? —le dijo ella con un tonillo de desdén, y se alejó andando hacia la piscina ella sola.

Él se volvió hacia mí.

—Como ya te he dicho, Max..., lo siento, pero no vas a ninguna parte.

—Pero tengo que coger un avión —le dije; empezaba a temblarme la voz—.

Tengo que estar en Londres mañana. Voy a cenar con Clive por la noche. Y luego mi padre va a venir a vivir a Lichfield y todo eso. Deberíamos hacer algo con la lápida de mamá.

—La historia se ha terminado, Max.

Le miré a los ojos, que ya no me parecieron los de una buena persona. Más bien fue como mirarle a los ojos a un asesino en serie.

—No se puede haber terminado —me quejé—. Aún no sé cómo acaba.

—Eso es fácil —dijo el escritor—. Te digo yo cómo acaba. —Me echó una última sonrisa (una sonrisa de disculpa, pero a la vez despiadada) y chasqueó los dedos—. Así.

## Agradecimientos

Gran parte de esta novela fue escrita durante una estancia en la Villa Hellebosch en Flandes, subvencionada por el gobierno flamenco según el plan de Residencias de Flandes gestionado por el Het Beschrijf de Bruselas.

Me gustaría dar las gracias especialmente a mi amable y atenta anfitriona en la villa, Alexandra Cool; y también a Ilke Froyen, Sigrid Bousset y Paul Buekenhout, y a James Cañón por su agradable compañía durante mi estancia.

*El hoyo de ortigas* apareció por primera vez como parte de la colección *Ox-Tales: Earth*, editada por Profile Books como ayuda a Oxfam. Muchas gracias a Mark Ellingham de Profile y a Tom Child de Oxfam por servirme de estímulo y apoyo.

Website: [www.jonathancoewriter.com](http://www.jonathancoewriter.com)



JONATHAN COE (nacido el 19 de agosto de 1961) es un novelista y escritor Inglés. Su obra tiene una preocupación subyacente por cuestiones políticas, aunque este compromiso serio se expresa a menudo en forma de sátira.

Estudió en la King Edward's School de Birmingham y en el Trinity College de Cambridge, doctorándose en Literatura Inglesa en la Universidad de Warwick, en la que también fue profesor.

Es Doctor Honoris Causa por la Universidad de Birmingham.

Es autor de novelas en las que generalmente se tratan temas relacionados con la política de forma satírica, y con una crítica mordaz. Su estilo, a veces complejo, requiere cierta concentración para su lectura.

# Notas

[1] Caroline no se refería al clásico infantil de Richard Adams, donde se narran las aventuras de una comunidad de conejos, sino a la serie de novelas protagonizadas por Harry «Conejo» Angstrom, de John Updike. (*N. del T.*) <<



[2] El lenguaje del navegador no es una transcripción literal de la adaptación castellana incorporada realmente en el automóvil, sino una traducción de la versión original inglesa incluida en la novela. (*N. del T.*) <<

[3] Religión politeísta neopagana basada en la tradición precristiana, muy centrada en la naturaleza. Sus opositores la ven como una forma de brujería. (N. del T.) <<

[4] La mayoría de los tipos de apuestas incluidos en la narración no tienen un equivalente exacto en el mundo hípico de habla hispana. (*N. del T.*) <<

[5] En inglés, casi un trabalenguas: *East Fife four, Forfar five.* (N. del T.) <<